LA ESTELA

Sarah Perry

Siruela Nuevos Tiempos



Sarah Perry

LA ESTELA

Traducción del inglés de
Mª Pilar Lafuente Bergós

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: mayo de 2025

Título original: *Enlightenment*
En cubierta: *Libro de los Milagros de Augsburgo*,
folio 52 © FL Historical Collection 5 / Alamy Stock Photo
© Sarah Perry, 2025
Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2024 por Jonathan Cape,
un sello editorial de Penguin Random House
Esta edición se publica por acuerdo con
The Foreign Office Agència Literària, S. L., y Lutyens & Rubinstein
© De la traducción, Mª Pilar Lafuente Bergós
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2025

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-06-6

Conversión a formato digital: María Belloso

A la memoria de David George Perry,
un buen baptista y un muy buen amigo

Existen dos apetitos, el apetito de pan
y el apetito del alma ordinaria
por la gracia de la luz. Yo he visto ambos…

R. S. THOMAS,
«The Dark Well» [El pozo sombrío]

PRIMERA PARTE

1997

La ley de las elipses

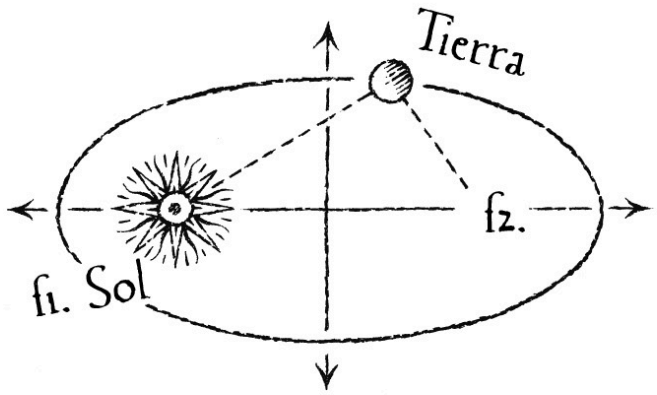


Figura 1

Lunes, finales de invierno, tiempo de perros. El río Alder, crecido por las continuas lluvias, corría a raudales a través de Aldleigh y más allá, llevándose carpas, lucios y páginas arrancadas de revistas pornográficas a su paso por monumentos a los caídos, *pubs* y nuevos polígonos industriales hasta la desembocadura del Blackwater y, a su debido tiempo, hasta el mar. En la orilla, brillaban destartalados carritos de la compra, anillos de boda no deseados, latas de cerveza y monedas acuñadas por imperios en sus años de decadencia. Las garzas se paseaban como ordenanzas con batas blancas entre los juncos fangosos. A las cuatro y media un pescador atrapó una copa, intacta desde que se escribiera con tinta fresca *La batalla de Maldon*, y, tras escupir dos veces, la arrojó de nuevo al agua.

Finales de invierno, tiempo de perros. Unas nubes opresivas, tan bajas como la tapa de un féretro, se cernían sobre la ciudad, un lugar que, de mencionarse, se hace de pasada. Ni Boudica ni Wat Tyler echaron la vista atrás cuando fueron a Londres a vengarse, y si la guerra llegó allí fue solo como una ocurrencia tardía, cuando un Junkers solitario descargó la última de sus municiones y acabó con cuatro almas sin previo aviso.

Thomas Hart, sentado ante su escritorio en su despacho de la redacción del *Essex Chronicle*, contemplaba la ciudad a través de una ventana que parecía disolverse. A esa hora y desde ese punto de observación, las luces surgían cual hogueras prendidas por viajeros que cruzaran una ciénaga inundada: los fluorescentes iluminaban las zapaterías y los quioscos que aún no habían acabado la jornada, así como el cine y la bolera que abrían sus puertas a dos millas de la ciudad, las lámparas brillaban en el bar Jackdaw and Crow, y a lo largo de London Road se encendían las farolas.

Hombre ya en la cincuentena, Thomas Hart era, para más señas, oriundo de Essex. De alta estatura, conservaba una cabellera tan profusa como la que lucía a los cuarenta, más abundante en la zona del cuello que en la frente. Iba vestido, como siempre había sido su costumbre, con ropa elegida para ser admirada por el observador de gusto refinado: una chaqueta cruzada de *tweed* Harris sobre una camisa blanca con puños adornados por gemelos de plata, y una corbata de seda tejida color avena. Thomas Hart no se engañaba creyéndose guapo, pero consideraba su rostro memorable. Su nariz no era simétrica, sino de un tamaño agradable y enfático; sus ojos eran grandes, directos y casi verdes. En general, tenía un aire como de habitar en un tiempo que no le correspondía. ¿Se hubiera sentido tal vez más cómodo en un comedor eduardiano, por ejemplo, o en la cubierta de un clíper? Es muy probable.

Thomas examinaba un objeto que había encima de su escritorio. Dos discos de cuero del diámetro aproximado de su propia mano aparecían sujetos con un alfiler deslustrado. El disco inferior, pintado de azul, estaba moteado de marcas que no habría podido distinguir ni aunque hubiera estado dispuesto a intentarlo. El azul se veía a través de un gran agujero practicado en la parte superior, y, en el borde, letras doradas mostraban los meses del año, los días del mes y las horas del día. Thomas lo tocó como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—¿Qué crees que debería hacer con esto? —preguntó.

Había un hombre más joven sentado en el borde del escritorio, balanceando el pie. Con la mirada baja del culpable hizo girar el disco superior con el dedo. El agujero se movió. El color azul se mantuvo, persistente.

—Pertenecía a mi padre —dijo—. Pensé que se te podría ocurrir algo.

Nick Carleton, editor del *Chronicle* e hijo afligido, miraba con diversión no disimulada el pequeño despacho, en el que —a pesar de las persianas venecianas de plástico y el disco duro del ordenador, que zumbaba mientras se esforzaba en su quehacer, y

aun cuando el siglo XX se desgastaba en las aceras tres pisos más abajo— daba la impresión de que en cualquier momento podría comenzar a sonar en un gramófono un *lied* de Schubert.

—Sentí muchísimo tu pérdida —dijo Thomas con seriedad—. La muerte de un padre —prosiguió mirando a la ventana con el ceño fruncido— es ley de vida, pero también es una cosa incomprensiblemente sin sentido.

—Nunca lo vi usarlo —respondió Carleton, conteniendo las lágrimas —, y no sé cómo funciona. Es un planisferio, un mapa de las estrellas.

—Ya veo. Y ¿qué crees que debería hacer con él?

La tarde avanzaba obstinadamente. El viento se filtraba por el alféizar de hormigón de la ventana, y una paloma desconcertada chocó contra el cristal y desapareció de la vista.

—Eres nuestro colaborador más veterano —dijo Carleton, y se estremeció con el ruido—. El más admirado. De hecho, diría que el más popular.

«Estoy empezando a hablar como él —pensó—. Se te pega la forma de ser de Thomas Hart, ese es el problema».

—A menudo —prosiguió—, he oído decir que es un consuelo (ese es el sentimiento general, como le dije a la junta directiva) despertarse el jueves por la mañana y encontrarse con tus reflexiones sobre los fantasmas de Essex, la literatura y demás temas, antes de pasar a los asuntos del día.

—La literatura —dijo Thomas suavemente mirando el planisferio— es el asunto del día.

—Tu trabajo tiene un aire anticuado —insistió Carleton—. Permíteme que te lo diga. Yo sostengo que ese es tu encanto. Es posible que otros periódicos busquen a algún joven para que sea la voz de su generación, pero aquí, en el *Essex Chronicle*, nos enorgullecemos de nuestra lealtad.

—Difícilmente podría haber sido la voz de toda una generación —dijo Thomas—, ya que yo soy solo uno.

Carleton observó brevemente al otro hombre, sobre quien había

hecho tal análisis que podrían haberlo nombrado catedrático de Estudios Thomas en la Universidad de Essex. Sabía, por ejemplo, que Thomas era un soltero empedernido, como suele decirse, al que nunca se veía en compañía de jóvenes bellezas ni de maduras beldades, que tenía el aire melancólico y religioso de un sacerdote excomulgado, y que era conocido por asistir a una pequeña y peculiar iglesia de las afueras de la ciudad. Tenía modales corteses, considerados afectados por aquellos a quienes no caía en gracia, e irresistibles por aquellos a los que sí; y, si bien no se podía decir con justicia que fuera raro, daba ciertamente la impresión de que era el único representante de su especie. De la familia, amistades, tendencia política, gustos musicales y ocupaciones de Thomas Hart en su tiempo libre, Carleton lo ignoraba todo y, aunque a menudo sentía curiosidad, nunca le preguntaba. Que Thomas había trabajado para el *Chronicle* desde 1976 era fácil de determinar, como lo era saber que había publicado tres novelas breves desde aquella fecha. Llevado por cierta muestra de discreción, Carleton nunca mencionó que poseía las tres, y que las encontró elegantes y elípticas, redactadas en una prosa que tenía la cadencia de la Biblia del Rey Jacobo, y cuyo argumento giraba en torno a profundos sentimientos reprimidos hasta las páginas finales (en las que sucedía algún confuso acontecimiento, generalmente con mal tiempo). Si Carleton fuera su agente literario, podría haberle pedido al otro hombre que se permitiera, al menos en la ficción, decir lo que realmente sentía, y no velarlo todo con atmósferas y metáforas; pero se limitaba a mirar de vez en cuando los baratos cuadernos verdes que seguían a Thomas como si fueran un rastro, y que se apilaban entonces de tres en tres sobre su escritorio («Lunes —leyó subrepticiamente—; finales de invierno, tiempo de perros…»). No se le había ocurrido que Thomas no reconociera un planisferio cuando lo tuviera en las manos, o que una sugerente tentativa de que mirara las estrellas le resultara tan poco grata. Parpadeando, recalibró lo que pensaba acerca de Thomas Hart y adoptó una actitud persuasiva.

—La lealtad —dijo— es una preocupación clave para nosotros. Pero

tenemos la sensación de que no te iría mal utilizar material nuevo, y se me ocurrió que tal vez te gustara escribir sobre astronomía. Verás —alcanzó el planisferio y lo movió—, esta es la fecha de hoy, por lo que encontrarás a Orión en el sur.

—Astronomía —dijo Thomas, con la mirada de un hombre que saborea una sustancia amarga.

Hizo girar el disco. De un plumazo, acabó con las estrellas.

—De hecho —prosiguió el editor—, se me ocurrió que podías escribir sobre el nuevo cometa. —En un movimiento de extracción del acervo de conocimientos heredado de su padre, añadió—: Es un gran cometa; ya sabes, de los que se pueden observar a simple vista. A la gente le gusta ese tipo de cosas. Bird's Custard puso una vez un cometa en sus anuncios. Tal vez sea un mal augurio, ocurra un desastre y tengamos entonces material para la portada —añadió con regocijo ante visiones de incendios catastróficos.

—¿Qué cometa?

—¡Thomas! ¿Es que nunca miras al cielo? Lo llaman Hale-Bopp. Ha salido en las noticias.

—Hale-Bopp —dijo Thomas—. Entiendo. Nunca veo las noticias. —Levantó el planisferio hacia el editor—. No tengo interés alguno por la astronomía. Aunque este cometa atravesara la ventana y aterrizara en la alfombra, yo no tendría nada que decir al respecto.

Carleton rechazó el planisferio con un gesto.

—Quédatelo. Dale una oportunidad. Tenemos que pensar en algo, Thomas (la tirada ha disminuido). ¿Sobre qué quieres escribir, sobre la oveja que han clonado en Escocia, sobre las elecciones generales?, ¿de chismes de celebridades, tal vez, o de las intrigas sexuales del gabinete conservador?

Recibió una mirada de amonestación, como si le hubiera manchado uno de sus inmaculados puños blancos.

—Soy demasiado viejo para nuevos trucos —se excusó Thomas.

—Hoy en día —respondió Carleton endureciendo su corazón y mermando aún más el tesoro de su herencia— un buen par de prismáticos ofrece más o menos la misma magnitud que el

telescopio de Galileo. Quinientas palabras, por favor. ¿Por qué no empiezas con la luna?

—¿Hay luna esta noche?

—¿Cómo voy a saberlo? —Carleton ya estaba en la puerta; era casi un hombre libre—. Siempre me ha parecido algo poco fiable. Quinientas palabras, por favor; seiscientas, si la noche está despejada.

—Hoy en día —repuso Thomas— las noches nunca están despejadas.

De mala gana levantó el planisferio hacia la débil luz que se filtraba y giró la parte superior. El agujero se deslizó por el cuero pintado, y sobre el fondo azul aparecieron nombres que le resultaron vagamente familiares: Aldebarán. Bellatrix. Híades. Vale, de acuerdo. Quinientas palabras; seiscientas, si la noche estaba despejada. Fuera una cosa u otra, iba retrasado con su correspondencia. Una carta solitaria descansaba en la bandeja de acero, con la solapa levantada y el sello torcido; una carta firmada audazmente con tinta azul:

James Bower
Servicios del Museo de Essex
17 de febrero de 1997

Estimado señor Hart:

Creo que tengo información que podría interesarle.

Como estoy seguro de que sabrá, estamos realizando trabajos de reforma en Lowlands House, y hemos encontrado unos documentos interesantes. Creemos que podrían estar relacionados con una mujer que residió en Lowlands en el siglo XIX, que desapareció y de la que nunca más se supo. Siempre me ha gustado su columna. Recuerdo sobre todo aquel relato en el que fue en busca del fantasma de Lowlands (y se me ha ocurrido que esta desaparición ¡pudiera estar relacionada con la leyenda!). ¿Podría convencerle de que viniera a verme al museo? Abrimos todos los días de 10 de la mañana a 4 de la tarde. Suelo estar siempre en mi despacho.

Atentamente,

JAMES BOWER

Thomas dejó la carta. ¿Era posible que la luz del fluorescente se hubiera atenuado por un momento y evocara de entre las sombras la figura de una mujer desaparecida, que regresaba entonces? No podía ser. Thomas sonrió y se volvió hacia la ventana. La paloma aturdida había dejado su huella grasienta en el cristal, y se elevó, como el Espíritu Santo, tras las persianas venecianas.

«Finales de invierno —pensó Thomas—, tiempo de perros». Ese era un comienzo tan bueno como cualquier otro. Se abotonó el abrigo y salió de la redacción del *Chronicle*. Se había guardado el planisferio en el bolsillo y se pinchó con su alfiler de latón doblado. La luz de la farola daba lustre a un cielo empecinadamente encapotado, y en algún lugar tras él, pensó, se escondía el cometa de Carleton como una carta en un sobre que sin duda traía malas noticias.

Eran más de las cinco de la tarde y el tráfico fluía hacia las afueras de la ciudad. Conforme Thomas se cruzaba con mujeres trabajadoras que llevaban bolsas de plástico de la compra y con escolares que discutían y maldecían, Aldleigh fue apareciendo a la vista. La lluvia se convirtió en partículas de niebla que pululaban como moscas alrededor de las farolas, y, mientras, Thomas conversaba consigo mismo. ¿A qué podía deberse su falta de interés por las estrellas? Se le ocurrió la inquietante idea de que tal vez temiera que la aniquiladora inmensidad de la órbita de un cometa pusiera fin a su vacilante fe. Por otra parte, se consoló Thomas, Virginia Woolf había escrito algo sobre un eclipse solar, y tampoco había que olvidar el trozo de cometa de Gerard Manley Hopkins (así pues, había precedentes). «Bellatrix», pronunció, y se volvió a pinchar con el planisferio, pero se deleitaba a regañadientes en cada sílaba («Híades»). Se encontraba ahora ante un cruce donde el

tráfico se dirigía a toda prisa hacia Londres o a las tiendas y bloques de oficinas de Aldleigh. Deslizándose por entre los coches, Thomas cruzó a la acera opuesta y se detuvo allí un rato. A su izquierda, se encontraba la carretera principal, que llevaba al centro; a su derecha, la carretera que se estrechaba hasta convertirse en un puente de escasa altura sobre el río Alder. Thomas no miraba ni a izquierda ni a derecha, sino que observaba la iglesia que había al otro lado de una reja de hierro en London Road. Estaba flanqueada por un muro cubierto de musgo y por un terreno abandonado que él conocía como Potter's Field; su portón de hierro estaba asegurado con una cadena. La iglesia le miró en silencio a través de un aparcamiento que brillaba bajo la lluvia. La puerta estaba cerrada, y recién pintada de verde. Junto a la misma, florecía un laurel verde, como el de los impíos del salmo 37. Un viento del este que soplaba proveniente del Alder movió el frío aire iluminado, y el laurel bailó en su pequeño lecho negro. La iglesia seguía inmutable. Sus ladrillos eran claros; sus proporciones, austeras. Era un recipiente sellado para Dios. Ningún transeúnte la tomaría jamás por un lugar de culto, y los niños de Aldleigh creían que era un crematorio donde se convertía a los ancianos en cenizas y humo. No había tallas sagradas que flanquearan la puerta ni sonaba campana alguna, y su tejado inclinado de pizarra brillaba azulado cuando se mojaba. Sus siete ventanas ojivales parecían ojos entrecerrados por el sol y, en los días más claros, la luz iluminaba el disco de cristal coloreado que había en el vértice de cada una de ellas. Esta era la iglesia Bethesda, tan fija en el correr del tiempo como una roca en un río. Aldleigh había pasado corriendo por delante de ella, y la había rodeado, sin poder cambiarla nunca. Encima de la puerta, en una estrecha placa, se leía el año de 1888, y, más allá de la estera de cerdas del umbral, volvía a aparecer dicho número. Era como si todos los terribles asuntos del mundo moderno —los tipos de cambio, las competiciones, las obscenidades, publicaciones, elecciones, música y cambios de gobierno— hubieran perdido fuerza ante la puerta verde y hubiesen retrocedido, condenados.

—Bethesda —susurró Thomas, apoyado en la puerta, hablando solo y con una sonrisa pronta en su boca. Entonces, la cadena de la puerta, que debería haber estado cerrada con llave, se abrió y le cayó en el pie. Thomas, reprimiendo la sorpresa, miró confundido a través de la neblina—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Alguien lo ha visto?

Nadie escuchó ni pudo contestar. Thomas se inclinó aún más, dudando de sí mismo. Tan solo eran sombras proyectadas por el tráfico, nada más. Aun así, se preguntó qué debía de haber sido aquello. La cadena se movió sobre su zapato. Thomas sintió que su cuerpo reaccionaba como si fuera un animal: se le erizó el vello de la nuca y de los antebrazos, y las cámaras del corazón se le contrajeron.

—Es el fantasma de Lowlands —murmuró, divertido ante su propio miedo—, que ha saltado el muro.

El aire húmedo se abrió y por un momento una sombra pareció solidificarse y tomar forma contra la puerta verde, para desaparecer luego de la vista. Entonces, bajo la fugaz iluminación de los faros de los coches, Thomas vio una marca pintada cerca de la aldaba de hierro de la iglesia. Era algo parecido a una cruz, aunque mal hecha, y emborronada con un círculo. Los faros se alejaron. La marca volvió a sumirse en las sombras. Thomas, cuya incredulidad igualaba su curiosidad, cruzó la verja bajo el ruido de tráfico malhumorado, de chicas en la calle principal que se llamaban desde las aceras, así como de algún movimiento furtivo junto al laurel verde. Una sombra se separó entonces de repente, tomó forma y cruzó el aparcamiento hacia Thomas. Llegó con tal maliciosa velocidad que él gritó: «¡Ten cuidado de por dónde vas!», con unos buenos modales que resultaron inútiles, y tropezó cuando una persona con capucha blanca se dio contra él al pasar. Alcanzó a distinguir tres cosas de manera fugaz; a saber: una cara delgada, unos ojos claros y una fina mano que llevaba una lata de pintura. Es posible que también dijera algo, sonido que fue tragado por el tráfico y el aire sofocante. Thomas se giró entonces lentamente y vio cómo el intruso se perdía

entre la pequeña multitud que se dirigía a la ciudad.

—Dios mío —dijo Thomas.

Se acercó a la puerta. La pintura corría entre los tablones; el círculo que coronaba la cruz goteaba como una boca abierta. Los jóvenes, se dijo, eran propensos a marcar los arcos ferroviarios en despreocupados actos de desafío, pero no había nada de despreocupado en este símbolo inescrutable ya desdibujado por la lluvia. Más bien, transmitía una especie de malicia incompetente que dejó a Thomas sumido en una sombría melancolía. Sacó su cuaderno del bolsillo y, una a una, fue arrancando páginas que se ablandaban enseguida al entrar en contacto con el aire húmedo, y limpió con ellas la puerta lo mejor que pudo. Luego se dio la vuelta y se encaminó al pueblo, dejando el resto a la intemperie.

Bethesda quedó atrás, impasible en su paz. Más adelante, los quioscos y las tiendas de comestibles bajaban las persianas, una vez acabada la jornada, y un tren que partía hacia Liverpool Street hizo repiquetear los vasos del Jackdaw and Crow. Un hombre con abrigo de terciopelo rojo extendía cajas de cartón al pie del monumento a los caídos y se hizo una almohada con el *News of the World*.

—Buenas noches —dijo Thomas, y recibió como respuesta una imperiosa inclinación de cabeza.

Se dirigió por un callejón en pendiente hasta Upper Bridge Road, que en Essex pasaba por ser una colina, de tal modo que la hilera de casas adosadas de ladrillo rojo que dominaba la cima adoptaba el aspecto de la larga columna articulada de un dragón dormido. Así que subió, para bajar después y continuar hasta Lower Bridge Road, que seguía bajo el arco del ferrocarril, del que se desprendían gotas de lluvia, y que no conducía ni a Aldleigh ni a ningún otro lugar; de hecho, no llevaba a ninguna parte. Allí, treinta y cuatro casas victorianas adosadas construidas para los ingenieros que habían trabajado en la línea de Londres se miraban unas a otras, escondidas detrás de sus coches, de los jardines y de los carteles que instaban a los transeúntes a votar por los laboristas o los conservadores, o a tener cuidado con el perro. Una sola casa resistía

a la época moderna. Aquí nunca se oía otra música que no fuera la clásica, ni exclamaciones de telenovelas o películas; y tampoco había evidencias de lealtad a ningún partido político o tribu urbana. Reinaba, en cambio, un silencio insistente, y la impresión de una casa oculta detrás de una niebla tenue pero impenetrable. Era el hogar de Thomas Hart.

Nick Carleton, que se preguntaba cómo vivía el otro hombre, lo imaginaba con afectuosa lástima llevando una vida solitaria en un cuidado apartamento, con una cama estrecha, que se hacía cada mañana sin falta. Se equivocaba. Thomas vivía donde había nacido y donde (así lo pensaba a menudo sin amargura) muy probablemente moriría; no obstante, pese a vivir solo, no se sentía aislado, ya que esto último no es una condición de soledad, sino de anhelo, y Thomas no era un hombre insatisfecho. Los hábitos y gustos de sus padres, que habían sido los de los austeros hijos del particular Dios de Bethesda, se habían arrancado junto con el papel pintado y las alfombras, y nada quedaba ya de ellos, excepto el propio Thomas. Todo era exactamente como él quería que fuese. La mesa de roble que había junto a la ventana seguía reluciente tras décadas de comidas y trabajo, y brillaba sobre sus gruesas patas torneadas. El sofá era profundo y azul, y estaba parcialmente cubierto con una colcha que su madre no había tenido tiempo de terminar. Una dispar mezcla de lámparas eduardianas, victorianas y *art déco* armonizaba entre sí por obra y gracia de Thomas, y ofrecía su luz desde el aparador y sobre el suelo. Un amplio ventanal orientado al este brindaba una sola hora de sol naciente antes de que la habitación se oscureciera a la sombra del puente del ferrocarril, y, cuando se encendía fuego en la chimenea, caléndulas amarillas florecían en los azulejos circundantes. Las paredes estaban forradas de libros en una disposición que habría hecho las delicias de cualquier bibliotecario, exceptuando aquellos escritos por Thomas Hart, que se interponían aquí y allá, ya que nada halagaba más su vanidad que visualizar a las criaturas de su imaginación en diálogo nocturno con Emma Bovary hecha un figurín, o con la señora Dalloway, preocupada por

sus listas de la compra. Cuadros varios —una litografía firmada por Picasso, un óleo de un mar embravecido realizado con destreza…— colgaban en cuidadoso desorden. Ocupando un gran espacio que no merecía, una pequeña fotografía mostraba la iglesia Bethesda el día de su inauguración, en 1888: un sol despiadado abrasaba el césped mientras hombres barbudos de aspecto sombrío posaban junto a mujeres que lucían sombreros de verano; más allá del muro de la iglesia, en la tierra no consagrada de Lowlands Park, una mujer con la cabeza descubierta permanecía de pie a la sombra de un olmo, con la vista alzada hacia el cielo. Thomas encendió las lámparas y la contempló un instante. De niño la temía, ya que su rostro en la sombra no tenía rasgos definidos, pero ahora la consideraba una inquilina, y su vestido y su cuello encorvado se hacían cada vez más visibles tras el cristal.

Se preparó algo de comer: rábanos en un platillo con sal de Maldon y aceite de oliva junto con un buen pan de centeno y vino tinto, que sirvió con el deleite de un hombre entregado a los placeres mundanos. Los llevó a la mesa junto con la carta y el planisferio, y los examinó mientras comía y bebía. «Quizá suceda un desastre», había dicho Carleton; y Thomas volvió a sentir el golpe de la criatura encapuchada que huyó de Bethesda con pintura en las manos. Pero eso no había sido un desastre, sino solo algo extraño, y se le borró con rapidez de la memoria en el orden y la tranquilidad de su hogar, así que Thomas, que tenía un don para la autopersuasión, comió un rábano plácidamente.

Es ya tarde ahora. El hombre del abrigo rojo duerme sobre el *News of the World*, en el Jackdaw and Crow se piden las últimas rondas, un petirrojo desconcertado canta en la farola, y la carta de James Bower se ha manchado de vino. La mesa estaba repleta de baratos cuadernos verdes colocados junto a un ordenador portátil, que parecía insolentemente moderno en contraste con el roble pulido y el vaso vacío con borde dorado. Suspirando, Thomas levantó la tapa y miró con el anhelo y la desgana de un escritor el documento en blanco que le hería los ojos con su resplandor. No deseaba nada más

que escribir y, al mismo tiempo, preferiría hacer cualquier otra cosa (era el propósito de su vida, pero también su cruz).

—En cualquier caso, todo es inútil —le dijo a la mujer de la fotografía—; nada arruina más algo que tratar de describirlo. Además, no tengo nada que decir.

Entonces, se escuchó el canto de un petirrojo. Se oyó, tal vez, a la mujer de la fotografía que hablaba tras el cristal, desde detrás del muro de Bethesda: *Sigue adelante, ¡vamos! Estás en tu quincuagésimo primer año, y el tiempo pasa.*

Bien, de acuerdo. Finales de invierno, tiempo de perros. Un comienzo tan bueno como cualquier otro. Sigue adelante, Thomas Hart.

EL FANTASMA DE LOWLANDS

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,
31 de octubre de 1996

Como es Halloween, y dado que se abre una grieta en el muro que separa el mundo de los vivos del de los muertos, esta noche es tan buena como cualquier otra para confesar que no creo en los fantasmas, pero sí les tengo miedo.

¡Qué gracia, mis viejos amigos! El temor llegó así: cuando tenía once años, uno de mis compañeros faltó al colegio durante días; decían que se había vuelto loco porque había visto al fantasma de Lowlands. Como yo nunca había oído hablar de dicho fantasma, escuchaba con incredulidad las historias acerca de una dama demacrada y terrible que miraba al cielo con un cuello que parecía medio roto, y maldecía a quienes la veían sola como un alma en pena, de tal modo que los hombres que la habían visto se ahorcaban, y nadie los descolgaba luego, y a los niños que se la encontraban los abandonaban a su suerte sus padres.

No obstante, había un plan. Mis amigos iban a irrumpir en Lowlands House en Halloween, a esperar al fantasma. ¿Quería ir yo también, y que nos encontráramos en las escaleras a medianoche? Aquí se me presentaba un problema. Mi padre era el pastor de la iglesia Bethesda, y en nuestro credo no había lugar para los fantasmas. Pero, como yo creía en Dios, creía también en su adversario, así que pensé que lo que podía haber en Lowlands no era un fantasma, sino tal vez un demonio. ¡Esta era una prueba de fe por la que uno de los primeros mártires cristianos hubiera dado su brazo derecho! «Está bien —dije—, iré».

Así que la noche de Halloween salí sigilosamente de casa y me dirigí a Lowlands Park. No había luz a mi alrededor, sino tan solo un color gris brillante. Cuando llegué a Lowlands House, me dio la impresión de que la casa se hundía en la hierba, y las tablas de las ventanas me recordaron a las monedas que se ponen sobre los ojos de los muertos.

Entonces esperé largo rato en las escaleras a los otros chicos, pero nunca llegó nadie.

Jamás me había sentido solo antes, pero aquella noche tuve la impresión de ser el único ser vivo del mundo. Cuando

llamé a mis amigos, nadie respondió; cuando intenté rezar, no recordaba cómo. Entonces mi corazón dio un vuelco y se me encogió, porque vi una luz que se movía de un sitio a otro en las habitaciones de la planta de arriba, como si alguien se deslizara en una especie de carrito pasando por una ventana y luego por otra, y atravesara las paredes. Tontamente, comencé a caminar hacia la luz en movimiento sin saber por qué lo hacía, hasta que tropecé con la raíz de un árbol y me caí. La casa desapareció de mi vista como si al final se hubiera hundido. Todo quedó en silencio. Las lechuzas habían volado. Pensé que todos y cada uno de los seres vivos de Essex, incluidos los gusanos, me abandonaban con desprecio. Un cansancio enorme se apoderó de mí, volví la cara al barro y esperé al demonio, o al fantasma, o a Dios, pero no ocurrió absolutamente nada.

Al amanecer me encontró una mujer que paseaba a su perro y me llevó a casa con una tos que me alejó del colegio durante días, e impidió que mis padres me castigaran como podrían haber hecho. Durante mi enfermedad, descubrí que cada vez que miraba hacia arriba podía ver una foto antigua colgada en lo alto de las escaleras. La imagen mostraba a una mujer de pie junto al muro de Lowlands Park, y bajo cierta luz parecía que se giraba y me miraba con un rostro sin rasgos y carente de ojos.

Como venía diciendo, no creía en fantasmas entonces, ni creo en ellos ahora; pero siempre llamaba a mi madre y le pedía que cerrara la puerta.

El domingo siguiente, James Bower esperaba dentro de su coche en el semáforo de London Road. La insatisfacción que lo había perseguido toda su vida se vio amplificada por la monotonía del día, y se sintió invadido por la sensación de que siempre había estado esperando acontecimientos que nunca llegaban. Entonces, le asaltó la culpa: tenía una casa hipotecada a un tipo de interés competitivo, una esposa de cuya compañía todavía disfrutaba y unos hijos a los que quería. ¿Qué más podía pedir un hombre de cincuenta años? Su reloj, sin embargo, marcaba el tiempo, cada tictac dividía una hora, y todo lo que estaba a la vista representaba su fracaso a la hora de vivir la vida que esperaba de sí mismo. ¿Es que nunca iban a cambiar las luces del semáforo y permitir que se pusiera en camino? Suspirando, bajó la ventanilla y una música le llegó a través del borde del cristal (voces y un instrumento de algún tipo…), una melodía que conocía y no acababa de identificar salía por las puertas abiertas de un austero edificio gris que había al otro lado de unas rejas de hierro y flanqueado por el muro de Lowlands Park. James Bower observó este edificio con sorpresa, como si en ese momento hubiera sido golpeado por el instrumento y los cantantes. Los claros ladrillos tenían un aspecto nacarado, y las estrechas ventanas brillaban. La música se detuvo, y James vio a un hombre cruzar la verja rápidamente. Era alto y vestía un abrigo de *tweed* con el cuello levantado para protegerse del viento previsto. Llevaba una cartera de cuero que le daba el aspecto de un objeto depositado en un lugar al que no pertenecía. Cuando llegó al umbral de la iglesia, se detuvo y se volvió dos veces indeciso hacia la verja, para luego regresar. Entonces, se agachó un momento con el fin de examinar la puerta pintada de verde, le dio dos palmaditas, como si estuviera satisfecho con ella y consigo mismo, y entró.

En aquel momento, James Bower, sorprendido por el cambio de luces y por los conductores impacientes que tenía detrás, se sacudió el breve encantamiento y se alejó de Bethesda sin pensar más en ella durante días.

Thomas Hart, que había regresado a casa aquella tarde desde Londres en tren, cerró la puerta de Bethesda. Llevaba el planisferio en el bolsillo, y unos prismáticos en su cartera. «Quinientas palabras —pensó, resignado en la tarea—; seiscientas, si la noche estaba despejada». Oyó a la congregación cantar: «Contenta, contenta está mi alma», y el sonido le hizo retroceder dos veces hacia la verja, como si hubiera olvidado su propia alma en la acera. Luego se dirigió resueltamente hacia la puerta y la inspeccionó. Se vislumbraba una pequeña mancha entre las tablas pintadas, pero no quedaba ni rastro del absurdo símbolo, y ninguna sombra se despegó detrás del laurel verde. Golpeó la puerta dos veces y entró.

Era el día del Señor y anochecía sobre Bethesda. En lo alto, las nubes se alejaban. Cuarenta y siete miembros de la congregación estaban de pie con el alma en la boca. Los bancos eran duros y estrechos, con altos respaldos de tablas en los que uno se podía apoyar cuando el sermón se alargaba. Tiras de alfombra marrón sujetas con clavos vestían los pasillos que había entre los bancos; los tablones del suelo eran de madera de pino. Las paredes estaban pintadas de un verde tan claro que era imperceptible bajo cierta luz; y en todas las estaciones resultaban frías al tacto. Al terminar el servicio, el aliento de los fieles se escurría sobre ellas como alcohol en un alambique. Las lámparas de gas colocadas en lo alto de la pared ya no se encendían porque tenían los tubos cortados, y sus pantallas de cristal verde parecían tulipanes pasados de moda. La luz no provenía de esas lámparas de gas, sino de estrechas ventanas ahusadas y de opacos globos de vidrio lechoso que colgaban del techo como si fueran diez quietas lunas. El púlpito, levantado contra la pared del fondo, también tenía el aspecto de un tulipán que

florecía en un ancho tallo de roble, y justo debajo, siempre bajo la mirada del predicador, la mesa de la comunión descansaba sobre el escenario alfombrado proclamando su mensaje: HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA. El predicador en el púlpito, con la mirada hacia adelante, vería la galería de Bethesda, sostenida en la pared opuesta por pilares de hierro pintado; esta galería era de color blanco, y allí colgaba un reloj como el de una estación de ferrocarril. Una mujer con una pluma balanceante en su sombrero tocaba el viejo armonio, que una vez se encontrara flotando en la iglesia en 1952, durante la inundación del mar del Norte, cuando las mujeres de la isla de Canvey habían envuelto a sus hijos y los habían dejado colgados encima de las puertas de las cabañas para protegerlos del agua (de esa forma, decía Thomas, flotaban los himnos en el aire salado).

Al cruzar la puerta, Thomas sintió que había entrado en una densa nube iluminada, a través de la cual el resto del mundo parecía débil y remoto, como una ciudad al otro lado de un valle. La congregación se sentó. Thomas se sentó con ella y no miró al predicador, sino a una chica de cabello negro que estaba sentada junto a una estrecha ventana. Llevaba un ladeado sombrero de terciopelo, del que solo sobresalía su redonda barbilla, y un chal con flecos enmarañados, que caía sobre el respaldo elevado de su banco. Al oír que la puerta dejaba entrar al recién llegado, la muchacha se volvió y lo saludó. Luego, miró con el ceño fruncido al reloj de ferrocarril y bajó la mirada de nuevo. *¡Llegas tarde, Thomas Hart!*

Llego tarde, Grace Macaulay, es cierto, transmitió él con un gesto sonriente, *pero no me importa*.

Grace Macaulay, veamos: de baja estatura y regordeta, tenía diecisiete años, y una piel que adquiría un color tostado a finales de mayo. Su cabello era negro y grasiento, y despedía el aroma cálido y reconfortante de un animal en verano. No le gustaban los libros y era una ladrona nata de cualquier cosa ajena que considerase bella. Ignoraba que cantara mal. Era proclive a enfadarse. Tenía el repentino afecto mudo de un animal de granja, y la costumbre de

apretar su pequeño cuerpo como un cordero contra Thomas, que la amaba y odiaba como imaginaba que un padre podría amar y odiar a su propia hija. Mientras la diligente congregación abría sus biblias y comenzaba la lectura del salmo, Thomas recordó la primera vez que la vio, cuando tenía seis días de vida, con las fontanelas del cráneo todavía por cerrar. Había sido en un frío y hermoso día de 1980, en el que Thomas, a sus treinta y tres años, estaba infelizmente sentado en el banco donde en ocasiones se le advertía de que su naturaleza resultaba vergonzosa ante Dios. Había decidido que aquel domingo sería el último; agradecido, cerraría con llave las puertas de Bethesda tras él para sellar lo que quedaba de su fe, e iría a florecer a Londres, descreído y en libertad. Pero entonces entró un hombre que llevaba a un bebé en una cesta de mimbre: Ronald Macaulay, el más piadoso y severo de todos los hombres de Bethesda, cuya esposa Rachel había muerto al dar a luz. Tenía una expresión de asombro, como si le hubieran mostrado algo que fuera a intrigarle el resto de su vida, y un vómito lechoso asomaba en la solapa de su chaqueta. Instintivamente, y con la fe de la que nunca pudo deshacerse, Thomas rezó ante Dios por aquel hombre afligido, y al final del servicio se dirigió a expresar con sinceridad y cortesía cuánto lamentaba su pérdida. Entonces —sin gozo y sin interés— había mirado dentro de la cesta. Y allí estaba ella, Grace Macaulay, feúcha y de pelo negro, con una pelusilla que le bordeaba las orejas. Sus ojos, con el brillo recién nacido del aceite sobre el agua, habían recorrido los rostros de los desconocidos con desinterés, para posarse luego en Thomas y mirarlo con súbita atención. «¡Oh!», dijo él. Era un hombre de treinta y tres años a quien los niños le gustaban ni más ni menos que cualquier otro ser humano, es decir, según sus méritos. «¡Vaya!», exclamó, y «¡Ahí estás!». Efectivamente, ahí estaba. No existía antes, pero ahora sí, convocada a partir de cualquier materia de la que estuviera constituida su conciencia, e interponiendo su pequeño pie descalzo ante su puerta. Resultó algo desastroso. Un dolor asomó a su corazón, como si este hubiera adquirido una nueva cámara para

contener a la nueva criatura, a la que, de alguna manera, acarrearía el resto de su vida. Entonces la niña comenzó a aullar con la rabia indignada de un ser que nunca había pedido nacer, y Thomas aceptó irremediablemente el deber para con un amor que jamás había buscado y que no podía explicar.

La congregación regresó entonces a sus biblias y el sonido de las páginas al pasar parecía el del viento. Se procedió a la lectura de un salmo. Thomas se pinchó con el planisferio; lo sacó y lo puso junto a su biblia. «Andrómeda», indicaba. «Perseo». El azul resaltaba contra la fina tipografía negra del libro sagrado. «Levantaré mis ojos a las colinas —declamó el pastor, y Thomas alzó los suyos hacia el techo abovedado, del que a veces caían copos de pintura blanca en suave balanceo—. Dios Todopoderoso —continuó el pastor—, nuestro Padre celestial». Thomas daba vueltas al planisferio una y otra vez, y el alfiler de latón brillaba como la Estrella Polar.

El predicador pronunció «amén», y justo en ese momento el aire santo de Bethesda se alteró con el sonido de cristales rotos. Algo había llegado del mundo exterior tras golpear la ventana donde estaba sentada Grace Macaulay. Fragmentos de cristal parpadearon sobre la alfombra. Una pelota de golf rodó entre ellos y chocó contra un banco. La mitad de la congregación, dando muestras de devoción en sus plegarias, no abrió los ojos; la otra mitad miró a la chica del sombrero de terciopelo que estaba entonces de pie, con su biblia en la mano izquierda, al tiempo que con la derecha se exploraba un corte en el cuello. A través del agujero de la ventana se filtraban los ruidos del viento que agitaba el laurel y del tráfico que se dirigía hacia a Aldleigh, acompañado de todas sus actividades mundanas. Entonces, llegaron dos únicas sílabas, cuyo efecto fue el de una gota de tinta que se derrama sobre un impecable mantel: «¡Mierda!». El pastor sujetó el atril y repitió su amén. «Mierda», volvió a decir la voz, con una cadencia desesperada; y Grace, de pie, con el pulgar sobre un fino hilo de sangre, miró expectante hacia la puerta, como si recordara una cita a la que no hubiera podido acudir.

«Qué alegría cuando me dijeron —prosiguió el pastor con su

extraño y árido buen juicio— vamos a la casa del Señor». Entonces la puerta interior se abrió, y Thomas vio entrar a un chico. Llevaba un abrigo verde y el pelo cortísimo, reducido a una pelusa reluciente. Asombrado por los rostros de la congregación, dijo: «Oh, Dios»; y, como ese nombre nunca se había pronunciado en voz alta bajo el techo de Bethesda con otra cosa que no fuera veneración, la atmósfera se rompió tal como lo hizo la ventana. Siendo consciente del cambio en el ambiente, el chico murmuró en voz baja: «Lo siento, he perdido mi pelota», e imitó el movimiento giratorio y ascendente del *swing* de un golfista. Grace, presionando el corte para que saliera sangre, dijo: «Está por allí». De pronto se dio cuenta de que, a pesar de pertenecer al sexo inferior, había hablado en voz alta durante un servicio religioso. Con el ceño fruncido, se sentó.

El chico cruzó el pasillo. Observó a su alrededor con la mirada penetrante y atenta de los miopes; sus ojos estaban bordeados de espesas pestañas oscuras. El agua le corría por las mangas del abrigo y goteaba sobre la alfombra, y sus zapatillas deportivas tenían cordones verdes. El pastor miró impotente a su congregación. El chico cogió la pelota con rapidez de entre los vidrios rotos y al levantarse se encontró con la mirada de Grace. El ala de su sombrero oscurecía la parte superior de su rostro; la débil luz de la iglesia le iluminaba la barbilla blanca y regordeta y el pulgar sangriento en su cuello. El intruso le dirigió un amable saludo que borró los bancos, el armonio y las paredes verdes y húmedas. Entonces, se pasó la pelota de una mano a otra y salió de la iglesia.

La puerta se hundió silenciosamente en la pared y el pastor continuó: «¿Cantamos?». La agradecida congregación se levantó, y alzó a Thomas con ella. Mientras cantaba, él vio que Grace miraba hacia las puertas de la iglesia con un gesto expectante y esperanzado, cosa que le intranquilizó. Le pareció que la tierra había interrumpido su giro normal, para comenzar de nuevo, un poco más inclinada sobre su eje.

Una vez terminado el servicio, y con la lluvia desplazada al este,

hacia Aldwinter y Walton-on-the-Naze, el pastor y Ronald Macaulay inspeccionaron la ventana rota. «Qué lástima —dijeron—, y qué triste escuchar el nombre de Dios en vano con tanta indiferencia»; por otro lado, ¿serviría un trozo de cartón para un apaño, hasta que un vidriero pudiera reemplazarlo? Grace Macaulay, que anhelaba tener una cicatriz, le mostró a Thomas el pequeño corte.

—¿Quién era ese chico?, y ¿por qué entró? —preguntó.

—Ha sido solo un accidente. No volverá.

—Pero, si Dios es el último responsable de las cosas, entonces es que todo sucede con un propósito y no ha sido un accidente. Así que ¿por qué entró?

—Si conociera los designios divinos, tendría mejores cosas que hacer que hablar con niños. —Thomas, taimado, tiró del borde de su chal.

—¿Qué es eso, Thomas? —preguntó ella, al notar el planisferio mientras él se lo guardaba en el bolsillo—. ¿Es un reloj?

—Es una forma de dar con las estrellas.

—A las estrellas no es necesario encontrarlas. Sales, miras hacia arriba y ahí están siempre.

—Supongo que sí —dijo Thomas—. Pero ¿alguna vez lo haces? Yo no. Además, puede que los ríos siempre estén ahí, pero es posible que aun así necesites un mapa para encontrarlos. —Le mostró el planisferio y giró el disco de cuero.

—«Aldebarán» —dijo ella—. «Pólux». ¿Lo estoy diciendo bien?

—No lo sé, pero lo dudo. Vamos, devuélvemelo. Voy a ir a Lowlands Park, a ver si encuentro mi camino entre las estrellas —dijo Thomas—, y, si sale la luna, supongo que será mejor que eche un vistazo. —La cogió por el hombro y la sacudió con algo de brusquedad, como si fuera una mascota—. Que duermas bien, niña desdichada —dijo—. Mira. Tu padre te está llamando y ya están apagando las luces.

Detrás de la iglesia había un prado con una pendiente pronunciada,

donde Grace jugaba sola cuando era niña. Este prado estaba delimitado por una hilera de abedules plateados que ocultaban la iglesia del mundo, como una cortina protege a un paciente moribundo en una sala. Más allá de los abedules plateados se extendían los quinientos acres de Lowlands Park. Para entonces ya estaba a medio camino de la ruina, y la cuidadosa plantación de robles y tilos parecía un batallón exhausto marchando hacia la casa. Los prados estaban prácticamente desatendidos, y los tallos de gordolobo y perifollo verde, muertos desde finales de verano, temblaban cuando se levantaba el viento. Inmensos macizos de flores habían quedado hundidos y se habían extendido y se habían vuelto indistinguibles del césped, lo que no impedía que alguna osada planta, que había sobrevivido a través de generaciones, floreciera aquí y allá en pleno verano. Quedaba un lago que, abandonado a los sedimentos, tenía escasa profundidad; estaba rodeado de juncos y durante todo el verano estaba plagado de mosquitos que danzaban con fulminante júbilo. En ocasiones, cuando hacía buen tiempo, el césped volvía a marchitarse y la tierra se agrietaba, y se podían distinguir los restos de un camino de ladrillos —marcados aquí y allá con estrellas—, que descendía sin rumbo hasta el agua.

Lowlands House, que se alzaba sobre un leve promontorio al final del sendero desaparecido, era (en ciertos momentos, en ciertos días) un lugar encantador. La fachada blanca reaccionaba a la luz de Essex, lo que en ocasiones la hacía parecer rosa como la carne y, con las tormentas, gris como el ladrillo de Bethesda. En el pasado había sido una de las grandes casas de Essex. No era extraordinaria (diría Pevsner resoplando), pero fue diseñada y construida con todas las terrazas y columnas dóricas que la moda de la época demandaba. Cuando el dinero de la familia se vio menguado por la corrupción y los malos consejos, al tiempo que la blanda arcilla de Essex producía un hundimiento que agrietaba de forma audible el yeso por la noche, el último miembro del linaje familiar apostó la casa que despreciaba a un caballo y la perdió a manos de un

hombre que nunca cruzó el umbral y que pronto olvidó que era su dueño. De esta forma, Lowlands se transformó rápidamente en un lugar desconsolado y húmedo, y a su debido tiempo la compró un comerciante de lana llamado John Bell. Con sus cuidados y con reluciente dinero nuevo, tuvo un breve momento de esplendor. Así, fue Bell quien trazó el sendero estrellado, excavó el lago y encargó una estatua en forma de mujer que permaneciera por siempre erguida con la vista fija sobre el agua (si bien una tragedia a la que Thomas nunca prestó atención puso fin a todo eso, y el jardín de rosas se ahogó enseguida en sus propias espinas, y después la estatua se arrojó al agua ella sola).

Un mal humor infantil se había apoderado de Thomas. Era el resultado de la iglesia, la ventana rota y la impertinencia de Nick Carleton —¿qué le importaba a él un cometa? ¿Qué tenía él que ver con la luna? Crecía y menguaba, y eso era lo único que le había bastado saber de la misma toda la vida—. Le dolía la cabeza. Siguió caminando. Oscurecía. Los densos robledales se fueron reduciendo hasta convertirse en centinelas solitarios a medida que el prado se elevaba débilmente hacia la casa. En el cielo, franjas de nubes altas se dividían mostrando tramos despejados y oscuros, no marcados todavía por estrellas. En algún lugar, sin duda, se ocultaba esa luna de poco fiar. Continuó caminando al tiempo que sacaba del bolsillo el planisferio y la libreta, y anotó diligentemente la fecha y la hora. Desde aquel punto de observación, podía distinguir la casa descolorida que se inclinaba sobre su promontorio poco profundo y las escaleras que descendían hasta una inservible valla de alambre. Columnas dóricas flanqueaban unas puertas de roble coronadas por un escudo heráldico y aseguradas por placas de acero. Las ventanas estaban cegadas por tablas partidas y combadas debido al mal tiempo, de manera que los intrusos que pasaban al otro lado de la valla que hacía de barrera en ocasiones podían distinguir la chimenea del vestíbulo y los claros frescos medio oscurecidos por obscenos grafitis amatorios. Mientras tanto, el lago ornamental cedía ante la arcilla de Essex y ahogaba a la mujer de piedra.

Thomas siguió caminando. Las nubes se fueron retirando y salió la luna. La niebla se acumulaba en los huecos entre los robles. No había viento. «¿Dónde estás? ¿A dónde te has ido?», preguntó Thomas, buscando a su antiguo compañero en las ventanas, dispuesto a convencerse de que una luz se movía detrás de las tablas partidas. Como era de esperar, no pasó nada. Thomas se encogió de hombros; miró al cielo. De este a oeste parecía haber un dosel oscuro y monótono, salvo un claro lugar donde las nubes bajas, sorprendidas por la luna creciente, se dispersaban en brillantes fragmentos. A Thomas le pareció que estaba contemplando un mar en el que nadaba un plateado banco de arenques. Después de un rato, cuando se deshizo una nube, levantó los prismáticos y volvió a mirar.

PRIMERA LUZ

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

24 de febrero de 1997

Querido lector, tiene usted en sus manos a un hombre alterado. Esto es culpa de mi editor, que me ha encomendado la tarea de observar la luna.

Pero, Thomas, estarán pensando, ¿nunca has visto la luna antes? Claro, por supuesto. Conozco su costumbre de aparecer a las dos de la tarde o de inclinarse hacia atrás como una mecedora, pero nunca la consideré más interesante que cualquier otra cosa. Así que el domingo pasado partí hacia Lowlands Park sin esperanzas y de mal humor. Ese día había llovido y no había pájaros, ni estrellas, ni luna. Estaba claro que todo era una pérdida de tiempo, y mis zapatos se estaban echando a perder con el barro.

Estaba muy ocupado maldiciendo a mi editor cuando me di cuenta de que, en realidad, la noche había comenzado a aclararse y mi mal humor se estaba disipando por ello. Las estrellas habían aparecido sin que yo me diera cuenta y, justo encima de Lowlands, había un espacio inmenso y radiante donde una última nube tapaba la luna. Entonces, el viento se llevó la nube y salió la luna, y, así, por primera vez en mi vida, le presté atención a la luna. Primero, vi un rostro melancólico mirándome, y estuve a punto de saludar. Pero, después de todo, ya no soy ningún niño, y aquel blanco plato grasiento me tentó a encogerme de hombros y volver a mis libros. Entonces recordé que llevaba unos prismáticos, y durante un rato manipulé torpemente el enfoque, sin ver nada, excepto una mancha brillante. Maldije. Mis pies estaban mojados. Lo intenté de nuevo. Entonces, la mancha se redujo y la luna apareció plenamente a la vista. El rostro plano y melancólico había desaparecido, y en su lugar había una cosa asombrosa y terrible que asomaba su barriga por el cielo.

Cuanto más la miraba, más grande se hacía. No piensen que vino a mi encuentro: ¡más bien parecía huir! Vi el borde de los cráteres iluminados por el sol y las sombras que caían tras ellos; vi vastas llanuras oscuras, y lugares tan brillantes que uno pensaría que habían encendido las luces para que yo los observara. Hacia el borde, allí donde la

manecilla de un reloj marca las cuatro y media, percibí un centro brillante del que irradiaban líneas demasiado rectas para haber sido hechas por casualidad. Es una ciudad, pensé, ¡y todos los caminos conducen a ella!

Un hombre con abrigo de terciopelo rojo que pasaba cerca de donde yo estaba se rio de mí al oírme decir «¿Quién eres? ¿Quién eres tú, allá arriba?». Quería saber quién viajaba por esos caminos y en qué vehículos. ¿Cómo se llamaba la ciudad celestial y cuáles eran las leyes y normas de sus principados y autoridades? ¿Eran nuestros pecados sus virtudes, y sus virtudes, nuestros pecados? ¿Cuáles eran los intervalos de su música, y qué comían cuando hacía mal tiempo?

Dejé los prismáticos. Estaba desconcertado y asombrado. Había barro en la pisada de mis zapatos y polvo lunar en los bolsillos de mi abrigo. Vi al hombre del gabán rojo negar con la cabeza y dirigirse al pueblo; oí a una mujer llamar a su perro, y música que resonaba con fuerza desde un coche en London Road. Pero todo eso parecía tan remoto como las costumbres foráneas en tierras extranjeras. ¿Qué demonios tenía que ver Essex conmigo? Me había convertido en un ciudadano del imperio de la luna.

Nick Carleton, que leía este mensaje proveniente de la orilla del mar de la Tranquilidad, levantó la vista hacia Thomas Hart.

—¿Te gusta? ¿Servirá? —preguntó este último.

—Sí —dijo el editor con sinceridad—, pero es un poco raro.

—Ah, bueno —dijo Thomas, y lo dejó ahí.

—Mi padre me contó —dijo Carleton— que cuando se utiliza un telescopio por primera vez todo lo que el astrónomo ve esa noche se llama «primera luz». Tú también eres como un telescopio, Thomas. Le hemos quitado la tapa a la lente y esta es tu primera luz. Mira por dónde, ¡ya tenemos título!

Parecía satisfecho con esto, mas, cuando buscó la complicidad del otro hombre, vio que este estaba mirando entre las persianas de listones. Eran las tres y media de la tarde, pero no importaba nada, excepto la luna.

Transcurrieron varios días fríos. Thomas deambulaba por la noche entre la basura, los borrachos y los zorros, consultando el planisferio a la luz de las farolas. Se tomaba las noches nubladas como una afrenta personal, por la que acababa con el cuello dolorido de tanto mirar. Las estrellas desperdigadas habían adquirido un sentido por fin: una sed de conocimiento había nacido en él. La luna menguó, y, con ella, se apagaron las luces de la gran ciudad y volvió la calma a los revueltos mares oscuros. Inmerso en libros de física y astronomía, la comprensión de las leyes de Kepler llevó a Thomas al borde de las lágrimas, maravillado ante una belleza tan precisa. «Soy un cuerpo celeste», pensó, mientras pasaba intacto entre la multitud de Aldleigh High Street, al tiempo que los fluidos de su cuerpo eran arrastrados por la luna y las mareas.

A partir de la última noche de febrero, resultó imposible pasar por alto la presencia del cometa Hale-Bopp. Emergió como un destello de luz terrosa y blanca, brillante como una estrella de segunda magnitud, hasta el punto de captar la atención de hombres y mujeres para quienes los astros no despertaban generalmente mayor interés, y terminaron además por preguntarse qué era y por qué no se movía. En el cuartel de Colchester, por ejemplo, unos envalentonados brigadas lo avistaron y empezaron a fanfarronear sobre el tema; al mismo tiempo, una chica que salía del Jackdaw and Crow, desconsolada porque se le había roto un zapato, lo vio y trató de describirlo sin éxito. (El vagabundo del abrigo rojo lo observó desde las escaleras del monumento a los caídos, pero, dado que había estado bebiendo diligentemente durante todo el día, para él todas las estrellas tenían cola).

Ronald Macaulay lo contempló y se dijo que los cielos declaraban la gloria de Dios, si bien admitió que de esa gloria él no sentía nada. Anne Macaulay lo divisó, de pie, junto al fregadero de la cocina. Grace Macaulay lo miró y se encogió de hombros. Se estaba desvistiendo. Tenía la costumbre de examinarse todas las noches a la luz de la lámpara, como si su cuerpo fuera un pedazo de arcilla sobre el que trabajaban contra su voluntad. El vello entre sus piernas era rojizo, algo que le parecía extraño y hermoso. Tenía una peca en el hombro que le resultaba imposible de alcanzar, y una extensión de sutiles venas violáceas en las caderas, que se habían ensanchado sorprendentemente desde el año anterior. Sus pechos y vientre eran redondeados, y sus pies se afianzaban en el suelo como un animal que se niega a moverse. Los músculos se le marcaban en los brazos y muslos. No había crecido ni una pulgada desde que tenía doce años. La parte baja de su espalda mostraba una pronunciada curva interior; tenía una marca de nacimiento en la parte superior del brazo, y en el cuello se adivinaba un corte que estaba sanando rápidamente. Lo tocó y deseó que fuera más profundo. Tenía las manos pequeñas y se mordía las uñas. Vista así, pensó que resultaba sexualmente atractiva, y se preguntó si se

trataba de una forma de deseo que constituyera pecado. Luego se preguntó si el chico que había roto la ventana de la iglesia también la vería de esa manera, e hizo una mueca porque le remordió la conciencia. Se metió en la cama. En el jardín delantero, entre su ventana y la farola, había un abedul plateado. Su sombra se estremeció contra la pared. Rezó de forma sincera y se durmió.

Thomas Hart, al ver el cometa cuando regresaba del trabajo, sintió que llevaba toda la vida esperándolo.

—Mire —dijo, y agarró a un desconocido de la manga—. ¡Mire eso! Es circumpolar —dijo—; nunca se detendrá en ningún lugar.

El desconocido se lo quitó de encima y se fue a casa a dormir la mona. Más tarde, esa noche, a Thomas se le ocurrió que había algo que debería haber hecho, recordó lo que era y se puso a ello.

Estimado señor Bower:

Espero que esté bien. Lamento haber tardado tanto en responder a su amable carta, que, efectivamente, fue de mi interés. ¡No soy tan mayor como para quedarme indiferente ante la perspectiva de resolver el problema del fantasma de Lowlands! Si puede perdonar mis malos modales, y aun así desea hablar con el *Chronicle* sobre su investigación en Lowlands, estaré encantado de visitarle y ver lo que ha encontrado. Iré este viernes, si me lo permite, sobre las once.

Atentamente,

THOMAS HART

SEÑALES Y MARAVILLAS

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

21 de marzo de 1997

Bueno, ¿ya lo han visto? Tenemos una visita. Miren hacia el noroeste después del anochecer cuando haga buen tiempo y lo encontrarán: es el cometa Hale-Bopp, que rasga el espacio en su camino hacia el Sol.

No sería extraño que trajera problemas. En 1910, por ejemplo, en los Estados Unidos la gente compró máscaras antigás y selló las cerraduras con trozos de jabón y cera, porque creían que el cometa Halley liberaría nubes de gas cianógeno mortal. En Haití y Texas se podían comprar pastillas anticometas, y en el estado de Washington un pastor se clavó de pies y manos en una cruz de madera y suplicó a las autoridades que lo dejaran allí. Ese mismo año, en Essex, dos hermanas adineradas se encerraron en el ático y, tras prenderse fuego, fueron enterradas a la semana siguiente en la misma tumba; y en Londres un pastor predicó durante veinte horas sin descanso antes de desplomarse en la calle (se decía que sus últimas palabras fueron «huid de la ira venidera»). Al final, Halley alcanzó su perihelio sin causar mayor daño que el terror (si bien algunos dijeron que se había podido oler algo parecido a verduras quemadas y gas metano).

Los cometas siempre han causado un cierto revuelo. En 1456, el papa Calixto III excomulgó a Halley como «instrumento del diablo», y en 1835 se dice que provocó un incendio devastador en Nueva York. Naturalmente, la nuestra es una era de razón, y eso es bueno, pero la llegada del cometa Hale-Bopp ha demostrado que nuestro placer por el miedo no ha disminuido tanto como nos gustaría pensar. He oído hablar de un grupo en California que ve en la estela del cometa un «compañero oscuro» que creen que es una nave espacial, y en tan solo esta semana el *Chronicle* ha recibido tres cartas de personas que creen que Hale-Bopp es la Estrella de Belén, que señala la llegada de un nuevo Mesías, o posiblemente el regreso del antiguo.

Y, aunque me parece poco más que una estrella borrosa, a veces levanto la vista y recuerdo una frase bíblica que me asustaba cuando era joven: que en los últimos días habría guerras y

rumores de ellas. ¡Con qué facilidad nos dejamos engañar por una nueva luz! De hecho, Hale-Bopp alcanzará su perihelio el primer día de abril[1], lo cual supongo que es apropiado, pero creo que en general prefiero ser proclive a dejarme engañar que a ser un hombre demasiado sabio para maravillarme.

[1] El 1 de abril es el Día de los Inocentes en la cultura anglosajona. *(Todas las notas son de la traductora).*

Viernes, alrededor de las once. Marzo se iba acabando al paso lento y tranquilo de un cordero. Aldleigh estaba animado bajo los montones de flores de cerezo que borraban los escalones del antiguo ayuntamiento y hacían resbalar a las mujeres con zapatos de tacón. Era aquí donde el museo municipal guardaba sus reservas de monedas y mosaicos, rescatados en el último momento de nuevas carreteras y urbanizaciones, junto con un oso danzante disecado y encadenado al pie de las escaleras y un único gato egipcio momificado que, según afirmaban los niños, podía olerse a través de los paneles de vidrio. Estudiantes de Colchester y Cambridge lo visitaban de vez en cuando para examinar su biblioteca y sus manuscritos relacionados con los juicios de brujas, el azafrán, las serpientes del Blackwater y el cultivo y fabricación de paja; y, mientras tanto, una escultura de Boudica, con sus duros pechos desnudos, conducía su carro, detenida en el tiempo, sobre una alfombra manchada de chicle.

La oficina de James Bower era fría y daba la impresión de no estar nunca suficientemente iluminada. Las ventanas vibraban cuando soplaba el viento del este, y, aunque algunos días los paneles de las paredes y el escudo de armas de Essex sobre la puerta le resultaran encantadores, en aquel momento suspiraba por el tedio que le provocaba su trabajo. «He estado aburrido toda mi vida —pensó— y ahora tengo cincuenta años. Todo ha quedado atrás y no hay nada por delante». Observó cómo avanzaba el reloj con su tictac. Eran alrededor de las once, y se oían voces en la entrada. Supuso que se trataba de Thomas Hart, cuya carta y columnas sugerían que era un hombre que arrojaba polvo al caminar. James se puso en pie. Ordenó los papeles que había sobre su escritorio. Se oyó entonces una voz profunda, neutra y precisa.

—Gracias —dijo—. ¿Espero aquí?

—No es necesario —respondió James asomándose por la puerta—. Thomas Hart, supongo. Pase y tomemos té, o café si lo prefiere.

El polvo flotaba en el estrecho vestíbulo y por un momento pareció que el invitado matutino, borroso y sin rasgos definidos, se hiciera tangible en ese momento a partir de una masa arremolinada de partículas. Entonces, mientras James trataba de buscar en su memoria, se hizo la luz.

—¡Vaya! —exclamó, manejando con torpeza sus buenos modales y frunciendo el ceño ante el visitante al reconocerlo con asombro. ¿Qué era o qué había sido? Tal vez un viejo compañero de colegio, pero qué más daba…—. Entre —dijo— y siéntese.

Con elegante deliberación, Thomas Hart se quitó el abrigo, y James Bower comprendió que no eran los rasgos lo que le resultaba familiar, sino la atmósfera que rodeaba al hombre. Llevaba corbata y le asomaba el borde de un pañuelo doblado por el bolsillo de la pechera de su chaqueta. Con ello, buscaba el efecto de darle a James la impresión de que su propia camisa y sus vaqueros eran de algún modo ofensivos. Habría sido cruel y falso decir que era un hombre foráneo, pero aun así daba la impresión de que pertenecía a otro lugar.

—Espero que perdone mi demora en responder, señor Bower —dijo Thomas Hart—. He tocado la luna con las manos, ¿sabe?

—Por favor —dijo el otro hombre, desconcertado por tal formalidad —, llámame James.

—Ah, sí. Es la fuerza de la costumbre. James, entonces. —Sacó una libreta y la abrió sobre su rodilla. James comenzó a escuchar una tenue melodía, tan clara como si entrara por el marco roto de la ventana—. ¡Vaya! —continuó diciendo. Eso era, pensó; justo eso: el ladrillo gris nacarado, el hombre solitario… «¡Contenta, contenta está mi alma!»—. Así que, James, ¿has encontrado unos documentos relacionados con Lowlands House? Adoro ese viejo lugar —dijo con encantadora tristeza— y me apena ver cómo se está deteriorando.

A James no le habría sorprendido si hubiera dicho: «Estuve allí cuando se construyó y vi colocar la última teja en el tejado».

Una mujer silenciosa trajo té en tazas verdes sobre una bandeja de hojalata del mismo color y se fue.

—Podría dejarte entrar —dijo James—. Tengo las llaves. —Se sorprendió ante sí mismo por el inesperado deseo de ayudar a ese hombre—. Lo visito a menudo, por supuesto, y nunca creí en el fantasma, pero últimamente me parece escuchar pasos… ¿Estás tomando notas?

—Lo anoto todo —dijo Thomas, insinuando una disculpa—. Así es como les doy sentido a las cosas. —Entonces, adoptó un aire profesional y enérgico (si había pasos en Lowlands, estaba evidentemente resuelto a no oírlos)—. Y bien —dijo, y se inclinó levemente hacia delante—, ¿qué hay acerca de estos documentos?

James siguió voluntariamente a Thomas de lo sobrenatural a lo ordinario y abrió una carpeta.

—¿Qué sabes de Maria Văduva? —preguntó.

—Nada —respondió Thomas—. De hecho, es la primera vez que escucho ese nombre.

—Era la esposa de John Bell, propietario de Lowlands hasta su muerte en 1889, pero nunca se ha sabido nada más de ella. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Tenemos registros de su matrimonio, pero no de su muerte; carecemos de cualquier retrato suyo, y, cuando se vendió la casa y su contenido, ninguna de sus posesiones figuraba en el inventario. Solo sabemos que en 1887 John Bell encargó una estatua de su imagen para colocarla junto al lago. Mira: tenemos una foto…, pero poco después ella desapareció, y ahora la estatua tampoco está.

—Ya veo. —Thomas examinó la imagen de una mujer de piedra atrapada en la orilla del lago. Su falda estaba manchada de musgo negro, y algo le caía de la mano derecha—. Supongo que ahora estará bajo el agua —dijo—. ¿Qué tiene en la mano?

—Siempre he pensado que parecía una escopeta… —respondió James—. ¿No quieres tu té? No te culpo.

Thomas miró la taza que había dejado y la alejó un poco más.

—Me has hablado de lo que no sabes —dijo—, pero creía que querías mostrarme algo de lo que sí tienes certeza.

James, desconcertado por el deseo de impresionar y entusiasmar a este visitante más allá de un ordinario interés profesional, volvió a coger la carpeta.

—Hemos estado quitando las alfombras del ala este —dijo—. Los listones del suelo se están levantando con la humedad, y ahí abajo hay de todo (un tenedor de plata, el cristal de unas gafas, trozos de ropa vieja…) y también, apretujado entre las tablas como si lo hubieran metido ahí deliberadamente, encontramos esto.

Le entregó al otro hombre un cuadrado de papel enmohecido y doblado, junto con un documento más grande.

Thomas tomó el documento y lo alzó a la ventana. La luz del día se filtraba por unas ranuras que había allí por donde se desdoblaba. Era una larga carta, escrita con una caligrafía exuberante y enredada.

—«… habitante querido —leyó en voz alta—. Foolish Street…». —Vencido brevemente por la tinta, frunció aún más el ceño—. «… aunque realmente me parece que soy un objeto estático, inmutable como los gases nobles, condenado solo a observar y a no moverme nunca…». Continúa extensamente —dijo Thomas—. Veo que nunca se llegó a enviar.

—No la terminó y nunca la envió. Pero, como ves, está fechada, y el nombre está claro: Maria Văduva, escrita en Lowlands el 22 de mayo de 1887.

Thomas dejó la carta y adoptó una actitud pensativa.

—Entonces —dijo—, se pueden deducir ciertos hechos. Primero, que se llamaba Maria Văduva, nombre que desde luego no es inglés y es posible que sea italiano. Segundo, que era lo bastante notable como para que le hicieran una estatua, en la que era probable que portara un arma. Tercero, que ella estaba viva y residía en Lowlands en esa fecha. Y cuarto, que tenía al menos una amiga a la que escribía en ocasiones. Es muy extraño —añadió, y miró directa e inquisitivamente a James— que quede tan poco de ella. Esta carta

es larga. Supongo que aquí habrá más información, ¿no?

—He hecho copias —dijo James—. Puedes llevarte una a casa y leerla.

—Gracias.

—Lo que sea por el *Essex Chronicle* —dijo James, con aire magnánimo—. Y luego, verás, tenemos esto.

«Esto» resultó ser una hoja de papel más pequeña, doblada una vez, y que mostraba un círculo dibujado en tinta con la precisión de un colegial. Dentro de este círculo había una especie de mancha garabateada. Thomas lo examinó. Era amorfo y absurdo: no se le podía encontrar ningún sentido.

—Uno puede casi sentir —dijo— que, si lo toca, su dedo se hundirá a través del papel y se perderá allí. Pero esto también está firmado: «Maria Văduva, M42, 1887». «M42» —repitió, y negó con la cabeza —. Es como si quisiera indicar marzo, o mayo, solo que ningún mes tiene cuarenta y dos días.

—Tal vez —dijo James—. Pero puede que no signifique nada en absoluto.

Las corrientes de aire del techo oscuro se movieron y arrastraron polvo.

—Bueno, quizá perdió la chaveta y por eso la encerraron.

—Cualquiera de nosotros podría perderla en un momento dado —repuso James.

—Es posible, supongo —dijo Thomas.

La sugerencia de que él, en cualquier caso, fuese un hombre fuera del alcance de la locura quedó flotando en el aire.

—Una última cosa —dijo James—. Esto se había caído detrás de un asiento que estaba junto a la ventana. Ahora que tenemos una imagen de ella, todos nos hemos enamorado. No es joven ni hermosa —añadió con una gentil decepción—, pero se podría decir que era llamativa.

Thomas cogió la foto que se le ofrecía y vio a una mujer con un vestido negro de seda, de cuello alto y ajustado, adornado con encaje. Su rostro de perfil mostraba cejas negras y rectas, y nariz

romana; su cabello oscuro estaba recogido hacia atrás desde las sienes con un alfiler de diamantes.

—Qué enfadada parece —dijo Thomas—, pero no creo que esté loca. —Entonces, frunció el ceño, como burlándose de la concentrada severidad de la mujer—. Señor Bower (James, debería decir), me pregunto dónde la he visto antes.

—¿Te refieres a esta imagen? ¿A esta foto?

—No. —Dejó a la mujer sobre la mesa—. Tengo una fotografía en casa —dijo—, del día en que Bethesda abrió sus puertas. —Entonces dudó, y a James le sorprendió ver que un sonrojo subía por debajo del cuello de la camisa del otro hombre y manchaba su cuello—. Me refiero a la antigua iglesia de London Road, que da a Lowlands Park. Tal vez la conozcas. En cualquier caso, se tomó una foto el día de su inauguración. Muestra la iglesia, por supuesto, y a la primera congregación; pero lo que más me interesa es que casi en el borde de la foto, captada por error y casi fuera de la vista, aparece una mujer de cabello negro en la otra punta del muro de la iglesia, en el terreno de Lowlands. Está fechada en agosto de 1888, así que, si es ella, eso significa que estuvo viva y seguía en Lowlands un año entero más. Tal vez la traiga y te la enseñe —dijo; y a James le pareció que Thomas se apoyaba con timidez en el respaldo alto de su silla y se inspeccionaba las uñas, como para indicar que una negativa no le preocuparía en absoluto.

—Sí —afirmó James—, tráela, desde luego. —Hubiera resultado bastante natural decir entonces: «Por supuesto que conozco la iglesia, Thomas; todo el mundo la conoce, y te vi allí», pero esto le pareció íntimo en exceso—. Me pregunto —continuó, y sonrió para demostrar que era consciente de su propia estupidez—, me pregunto si le hemos puesto nombre al fantasma de Lowlands. Una mujer extranjera que desapareció de repente, una estatua hundida en el lago, ¿qué más podemos pedir? ¿Crees que vale la pena escribir sobre ello? ¿Puedes sacar algo de eso?

—Por supuesto que puedo —respondió Thomas mientras volvía a meterse el cuaderno en el bolsillo—. A mis lectores les gusta

Lowlands y les encanta el fantasma. Me dicen que ha vuelto (ya sabes, que se han visto luces donde no debería haberlas). Pero me interesa más una mujer real desaparecida que una imaginada que persiste en aparecer. Estaremos en contacto. —Se levantó y se puso el abrigo—. Tú puedes decirme qué más encuentras, y por mi parte te diré lo que encuentro yo. Será un misterio —dijo, y una sonrisa fugaz atravesó su rostro—, como si estuviéramos en el colegio.

Extendió la mano. Hubo un breve toque seco de palma contra palma. Las ventanas de la habitación giraban con la tierra y dejaron entrar el sol. Un rayo de luz partió la habitación en dos, dividiendo a su vez a los dos hombres.

—Bueno —dijo James—, tienes mi número, y yo tengo el tuyo.

—Sí —respondió Thomas—, eso creo. —Y con una sonrisa peculiarmente íntima se dirigió hacia la puerta.

Un personaje bastante extraño, pensó James al verlo alejarse, pero qué alivio descubrir que todavía conservaba la capacidad de que lo cogieran por sorpresa. Regresó a su trabajo, y con su vieja sensación de tedio e inutilidad firmó un formulario rosa relacionado con unas tumbas exhumadas en el pueblo de Aldwinter en 1954.

Maria Văduva Bell
Lowlands House
22 de mayo de 1887

¡Al único habitante querido de Foolish Street!:

Muy bien, ya que preguntas, dejaré registro de los acontecimientos —aunque, para qué mentirte, mi propia vida es tan inmutable como los gases nobles— y, para cuando llegues a mi firma, desearás echar a la pobre y aburrida Maria a los perros…

Como ves, he abandonado mi tierra natal. ¡He cambiado tanto el calor como el frío por la insipidez del clima inglés! John Bell me llevó primero en tren y, a su debido tiempo, en un ruidoso carruaje hasta Lowlands, a escasa distancia del pueblo de Aldleigh, que no me gusta y cuyo nombre no sé pronunciar. Me veo obligada a llamar a esto mi hogar, y, aunque dudo que haya habido nunca un lugar tan húmedo y lúgubre debido a su llanura y monotonía, Essex tiene al menos a su favor el tipo de cielo que he buscado toda mi vida.

Confieso haberme visto sorprendida por el afecto hacia mi esposo. Esta espantosa emoción se despertó al descubrir que había encargado la creación de una rosaleda, un huerto y un lago y, junto a este último, la estatua de una mujer que porta ciertos instrumentos propios de su oficio, para cuyo modelo se han inspirado en mí. Te reirías al verla (es tan frágil como se supone que son las mujeres, y como tú y yo no lo somos) y levanta su falda sobre el agua, mas tan solo hasta por encima de los dedos de los pies, lo cual, no obstante, me hizo sentir ternura ante cualquier hombre que pudiera concebirme de esta manera. Luego, lamenté esa dulzura e hice un rápido resumen de los defectos de dicho hombre; a saber: que carece de humor, de inteligencia y de estilo, además de poseer —no negarás esta evidencia objetiva— una cara como de patata cocida. (Debes aplicar este método a tu propio esposo, ya que es prudente no pensar nunca demasiado bien de ningún hombre, o descubrirás, como yo he hecho, ¡que se convierten en las rocas contra las que naufragará tu barco!).

24 de mayo

¡Qué descuidada he sido en mi labor! A modo de compensación puedo decir que he retomado mis viejas costumbres nocturnas, dado que el clima ha sido propicio para la caza.

A John Bell, por supuesto, no le agradan estos hábitos y habla con su agente como si yo estuviera loca. Por mi parte, agudizo mi ingenio hasta el máximo y hablo con el administrador de la propiedad, con los guardas, los encargados, los contables, las sirvientas y demás (sabiendo que te relacionas con socialistas y radicales, me sonroja confesar que mi marido es rico más allá de toda virtud) con tal precisión y prolijidad en su propio lenguaje que esto al principio los deja asombrados y, a su debido tiempo —cuando me disculpo por la escasez de mi vocabulario y la inexactitud de mi gramática—, bastante avergonzados. De este modo, mi cordura no queda en entredicho, y los instrumentos de mi oficio quedan también a buen recaudo.

Empleo mis días tal que así: me despierto temprano y me levanto tarde. Mi habitación es contigua a la de mi esposo; está adornada con un papel pintado de patos que nadan eternamente hasta el suelo, y mi cama es tan alta que, de no tener yo la altura de un hombre, necesitaría una escalera para subir a ella. Luego, me visto con atuendos tan ostentosos como para que se diga de mí que hago ruido al caminar (de hecho, tengo en mente un vestido para deslumbrar a quien lo mire con galaxias enteras de perlas y plata; un día me lo verás puesto). Si ha habido una buena noche de caza, dedico una hora a analizar lo que he capturado y el lugar donde lo pesqué, así como a etiquetar las piezas. Después, almuerzo con John Bell y escucho sus comentarios sobre la bolsa de valores y las fluctuaciones del precio de la lana merina, de Shetland, de cordero o de angora, entre otros, hasta que siento que debo hundirme bajo el cálido y suave montón de sus palabras…

25 de mayo

He caído en la melancolía como quien entra en una habitación, ¡y esto después de semanas en las que mi corazón tiene por morada un lugar tan desolado y monótono como un campo de Essex en invierno! John Bell me pregunta: «¿Qué te aflige, esposa?». Me sorprende con gardenias, peinetas,

lentes, pulseras de ámbar y azabache, almanaques celestiales y una gallina blanca. Me recuerda que todo el tesoro de su afecto y de sus cuentas está a mi disposición, como si yo fuera un rey caprichoso, y él, un canciller que temiera por su cuello. «Déjame desplumar y comerme la gallina», dije, pero cedí ante sus bellos ojos y la dejé libre para que picoteara en la terraza. «¿Qué es lo que te apena?», pregunta, ¡como si él no supiera (pues se lo dije) que amo a un hombre que no me corresponde!

No tengo el ánimo necesario para salir de caza.

31 de mayo

Esta tarde di un paseo por los jardines con John Bell, y mi corazón se alegró (aunque yo no le había dado permiso) ante el primer brote de rosas. No debería, sin embargo, estar feliz. ¿Acaso el valor de mi amor por M. no está determinado por la magnitud de mi dolor? Mi razonamiento dicta lo siguiente: que, al disminuir mi dolor, mi amor disminuiría en igual medida.

Tres mujeres paseaban por los campos, como suele hacer la gente de Aldleigh, siendo idiosincrasia de Essex el no respetar la ley. Eran jóvenes y del tipo que M. apreciaba (pues a menudo me confiaba que no se resistía ni a la belleza ni a la juventud), así que las desprecié por el simple valor de su bella apariencia. John Bell se inclinó profundamente como lo habría hecho M., solo que con más énfasis y elegancia, lo que hizo que mi orgullo se desplomara y volviera a su lugar habitual, esto es, a mis pies, después de haber sido pisoteado.

¡Oh, C., desearía que a él le hubiera gustado mi aspecto, desearía que sus preferencias no estuvieran tan profundamente arraigadas en Veronica, quien en su espantosa hermosura podría haber sido su hermana! Todavía recuerdo las palabras de esa reina inglesa: que bien podría sonrojarse al mostrar su rostro, pero que, de su mente, nunca tendría motivo de vergüenza…

¿Qué te he dicho del hombre al que amo? Has visto su belleza en fotografías —y es notable—, ¡pero no debes pensar que ese es el motivo! Este último no es otro que el que se encuentre en una alta cornisa, fuera de mi alcance, ¡y ya sabes qué debilidad tengo por lo que no puedo alcanzar!

Me entero de que John Bell ha vendido un terreno en el límite de Lowlands, junto a la nueva London Road. ¡Qué asombro y consternación ha habido entre señores y sirvientes! ¿Es que acaso se tambalea la fortuna de mi marido? Más

bien no; prospera con la lana y las mujeres que la visten. Me confía que se la pidieron especialmente los caballeros de una secta disidente, llamada los Baptistas Estrictos y Particulares (confío en no encontrar nunca a ningún hombre que viva bajo una fe tan restringida), quienes carecen de un lugar de culto, y desean erigir uno. A mi esposo le gusta cualquier religión que no esté supervisada por el Estado; de hecho, a la hora de comer podría hablar durante horas sobre Wycliffe, la estrella de la mañana de la Reforma, si yo se lo permitiera, así que por fin ha vendido medio acre a precio del año pasado, y pronto se sentarán los cimientos.

Ahora, mi adorada, no hay nubes ni luna. Creo ver a Lucifer en mi ventana. Tu amiga debe vestirse y salir…

*

Me hallo postrada en el suelo, entre papeles rotos que yacen a mi alrededor. John Bell posee una capacidad de ira que jamás habría imaginado… ¡Ah, debo confesar, aun así, que tal temperamento me agrada! Me pregunta por qué me casé con él, olvidando que lo acepté bajo esta simple premisa: que amo a un hombre que no me corresponde en afecto, y que mi corazón, en su plenitud, fue entregado a M., quien lo desestimó por completo. Así que debo resignarme a un matrimonio desprovisto de sentimientos, fundado únicamente en la prudencia (después de todo, ¡John Bell es un hombre de posibles!).

Pues bien, John, receloso, dictaminó que me quedara en casa, aun cuando la noche se presentara clara y hermosa; tiene celos de M. y de todo lo que amo. ¡Mejor le iría si le ordenara a un sacerdote que no buscara a Dios! No obstante, cuando destrozó mis escritos, lo hallé atractivo en su ira, y fui infiel así a M. y a mi propio dolor…

¡Qué pobre opinión tendrías de mí ahora!

Thomas Hart, agradablemente ebrio, aunque solo un poco, leyó esta carta por tercera vez y habló con la mujer que la escribió. Había tomado la foto de Bethesda en el día de su inauguración, y la había apoyado contra la botella de vino, vacía entonces sobre la mesa.

—Así que ¿eras tú quien se aparece en Lowlands y quien se me apareció a mí? —preguntó. (Maria Văduva, recostada contra el muro

de Bethesda, se negó a mirarlo a los ojos)—. Es inútil —prosiguió Thomas—. Ya estoy empezando a conocerte, te guste o no. Un poco excéntrica, creo; hermosa y rica, de genio fuerte, inteligente y perdidamente enamorada. Y supongo que yo también estoy loco, al hablar con una muerta. ¿Qué es lo que me ha pasado?

Se estaba riendo de sí mismo y de todo el mundo, y lo que le acontecía era esto: que, superpuesta al resto del mundo, estaba la mirada sorprendida de reconocimiento de James Bower. ¡Vaya, pero si eres tú, Thomas! ¡Aquí estás por fin! «Él me conocía —se había dicho a sí mismo, mientras volvía a casa a trompicones y pasaba por el monumento a los caídos y la plaza del mercado—. ¡Me conocía!». ¿Cómo explicar un conocimiento tan sorprendente e imposible junto con aquella intimidad inmerecida que le había secado la boca hasta el punto de que ni siquiera pudo beberse su té? La Providencia, pensó Thomas, eso era todo, la Providencia. Dios los había guiado a ambos. ¡Él los había puesto en movimiento, y sus órbitas estaban fijadas! No obstante (Thomas era un hombre honesto), la belleza de James Bower era una cuestión que había que tener en cuenta; en aquella habitación oscura y cerrada había causado que todo fuera íntimo y extraño, y, en el transcurso de una hora, Thomas la había memorizado, como una vez aprendiera pasajes de las Escrituras en la escuela dominical de Bethesda.

—Todo en él era oro, irradiaba luz —le dijo a Maria, indiferente detrás del cristal—; ¡podía leer a oscuras al estar a su sombra!

Entonces Thomas enumeró las virtudes de James Bower, una por una: su cabello rubio, que llevaba demasiado largo, ya fuera por vanidad o por negligencia; sus castaños ojos rasgados, cuyo blanco era notablemente claro; unos lustrosos antebrazos que quedaban descubiertos por una camiseta para la que en realidad era ya demasiado mayor, cosa que, sin embargo, Thomas estaba dispuesto a perdonar. Los huesos de sus muñecas eran demasiado prominentes, y el cristal de su reloj estaba agrietado. Sus manos eran grandes y expresivas, y se había movido con facilidad en su silla, como si para él fuera un placer habitar un cuerpo del que

nunca se había avergonzado. Su aroma no era a jabón ni a colonia, sino a piel limpia. Parecía como si en sus labios reposara un resto de ceniza.

—Tiene que beber más agua —dijo Thomas con ternura—, o le darán dolores de cabeza.

Es prudente no pensar nunca demasiado bien de ningún hombre, dijo la cautelosa Maria, inclinándose sobre el muro de Bethesda y hablando con apremio, *o descubrirás, como yo he descubierto…*

—Sí, sí, «que se convierten en las rocas contra las que naufragará tu barco». Eso dijiste. Pero ¿cómo puedes entenderlo? ¿Cómo puedes saberlo?

Fue a buscar más vino; cortó un trozo de pastel de cerdo y lo untó con mostaza. Cuando regresó a la mesa, Maria había saltado el muro para unirse a la congregación en el césped de Bethesda. Con su brazo alrededor de la cintura del pastor, miró sin sonreír a Thomas y negó con la cabeza.

—Déjame explicarte —dijo él (si se estaba volviendo loco, estaba inclinado a dejar que sucediera)—. He leído tus cartas privadas. ¿No es justo que, a cambio, te cuente mis secretos? Siempre he deseado solo a hombres. Lo he hecho toda mi vida. Supe que lo hacía antes de conocer todas las palabras que tenían para describirlo, y mucho antes de escucharlos decir desde el púlpito que los hombres como yo vivían fuera de la gracia de Dios; lo supe a los trece años, cuando fui de campamento de verano. Los muchachos se afeitaban con cuencos esmaltados sobre la mesa y, al observarlos, sentí el dolor que me causaba ver cómo sus gargantas se movían al tragar. Sus cuerpos eran tan milagrosos y extraños que uno pensaría que no se parecían en nada al mío.

Maria, frunciendo el ceño y con solemnidad, miró por encima del hombro hacia Bethesda y sus estrechos ladrillos.

—Sí —dijo Thomas, y derramó el vino—, sí, y cada semana me sentaba en mi banco entre mis padres, y, una vez murieron, me senté allí sin ellos y traté de encontrarle sentido. ¿Crees que pierdes la fe porque esta te rechace? ¡Qué fácil sería eso! ¡Mi vida hubiera

sido más feliz! ¡Pero durante todos estos años ha habido en mí dos fuegos sin que ninguno apagara al otro! La forma en que trato de darle sentido a esto es así: en Londres vivo esa parte de mi vida, que nunca siento como pecado, y en el tren entre Liverpool Street y Aldleigh la dejo a un lado, y voy a Bethesda convertido en otro hombre. No he conocido el amor —dijo entonces, y frunció el ceño y miró la carta que estaba sobre la mesa—, pero tampoco lo he esperado nunca. Pensaba que Dios me lo iba a negar por mis pecados. Ese ha sido el trato, ¿entiendes? Pero, si fue la Providencia divina la que me llevó hasta James Bower, si este hombre ha estado buscándome y me ha encontrado, ¿ha sido esto pecado alguna vez, después de todo? ¿Acaso no he sido nunca pecador ni santo, sino solo Thomas Hart?

Sentía dolor en las cuencas de los ojos y en la base del cráneo. «Estoy borracho y soy tonto —pensó—, y le pido demasiado a la vida». La mesa era acogedora y fresca al tacto, y un petirrojo cantaba en la farola. «Solo necesito dormir hasta que se me pase —pensó Thomas—; solo necesito echar una cabezada», así que apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados, con el olor a cera, mostaza y papel. Se durmió fácilmente; y, mientras lo hacía, la mujer de la fotografía quitó su brazo de la cintura del pastor y cruzó el césped reseco hacia la cámara. Sus faldas negras, con abundante pedrería en el dobladillo, oscurecieron la vista de Bethesda. Luego, sus finas y embarradas botas pasaron por encima del marco, y se colocaron primero de lleno sobre la mesa, y después, primero la una y luego la otra, en el suelo. Maria Văduva Bell, conjurada a partir de tinta y especulaciones, fijó su residencia en Lower Bridge Road.

SOBRE EL MOVIMIENTO DE LOS CUERPOS EN ÓRBITA

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

28 de marzo de 1997

Desde que divido mi tiempo entre Essex y la Luna, salgo cuando las noches están despejadas a explorar mi segundo hogar, lo que me provoca un dolor de cabeza constante con tanto mirar hacia arriba.

Al tomar nota del tránsito de la Luna sobre Aldleigh, me imaginé que se movería a lo largo del hilo de su órbita como una cuenta en un trozo de cuerda. ¿Creían que una órbita tenía forma de círculo? Eso es lo que pensaba yo, pero ambos estamos equivocados. En 1609, Johannes Kepler publicó sus leyes sobre el movimiento de los cuerpos en órbita, y en la primera de ellas establecía que la forma de una órbita no es la de un círculo, sino más bien la de una elipse (soy un estudiante tan desconcertado como pueda serlo cualquier niño, y me ha resultado útil imaginarme el dibujo de una pelota de *rugby*).

Como todo niño sabe, un cuerpo debe orbitar en torno a algo, por lo que la Tierra orbita alrededor del Sol, y la Luna orbita alrededor de la Tierra. El Sol es el punto focal de la Tierra, y la Tierra es el punto focal de la Luna.

Esto es bastante sencillo, pero he descubierto que, cuanto más aprendo, más fácilmente me confundo. De hecho, hay dos puntos focales dentro de la elipse orbital, dos puntos dibujados en el lado de nuestra pelota de *rugby*. El primero es el punto focal principal —el Sol, por ejemplo, o la Tierra—, pero, después, hay otro foco. Allí no hay estrella ni planeta; solo hay espacio. No es posible verlo porque no hay nada que ver, excepto matemáticas. Está ahí porque debe estarlo.

A veces pienso en mi propio cuerpo en movimiento. ¿Qué es lo que me mueve? ¿Qué es lo que les mueve a ustedes? Supongo que podría decirles qué tipo de sol me atrae hacia su órbita, pero debe de haber otras fuerzas en acción que no puedo distinguir. Me consuela pensar en todos nosotros en movimiento, indefensos ante las fuerzas del tiempo y el destino. Creo que somos como la Tierra, «insignificantemente pequeños», como dijera una vez Kepler, «pero nacidos a través de las estrellas».

El domingo siguiente, Thomas Hart salió por las puertas de Bethesda una vez el servicio vespertino hubo terminado. Grace Macaulay iba tras él. El cometa se veía en el cielo.

—Mira hacia arriba, niña desdichada —dijo él—. ¿Lo ves ahí, por encima del tejado?

Grace miró obedientemente la mancha nacarada que rozaba las tejas. Su alma permaneció inalterable.

—¿Es eso? —preguntó—. ¿Eso es todo?

Llevaba su mejor traje de domingo: una falda hecha a partir de una descolorida colcha comprada por una libra y estampada con pájaros que parecían dibujados por un niño, y una blusa de seda que le había robado a su tía (le quedaba pequeña y sus costuras rotas quedaban ocultas por una chaqueta de uniforme de colegio). Sus rizos negros, libres del odioso sombrero de terciopelo, necesitaban un lavado y brillaban con la grasa del cuero cabelludo. Los aceites de romero y lavanda que había usado como perfume producían una desagradable mezcla sobre su piel. Llevaba su biblia y caminaba con pasos pequeños y rápidos, como si siempre estuviera a punto de caerse.

—Creo que probablemente sea una señal —dijo ella—, ¿no lo ves así? Las cosas están cambiando. —Miró hacia Potter's Field, y no vio nada allí—. Y tú también pareces diferente. Está pasando algo. ¿Por qué no me dices qué es? Apuesto a que todo tiene que ver con ese maldito cometa —dijo, y sonrió al pronunciar esta pequeña grosería.

—No se trata del cometa exactamente —dijo Thomas, negándose a aplaudir o castigar—. Es todo. Verás, he dado con un misterio.

—¡Thomas! ¿Estás viviendo una aventura?

—Sí —respondió él—. Han encontrado unos documentos en Lowlands House: unos dibujos incomprensibles, y una carta de una

mujer llamada Maria que había perdido la chaveta y que posiblemente sea un fantasma.

—¿El que viste cuando eras niño?

—Eso creo, ¿tú no? Y a veces incluso la veo estos días, cuando me da por mirar. Parece que se llamaba Maria Văduva. Desapareció en 1888, y nadie sabe qué fue de ella. James Bower dice…

—¿Quién es ese?

—Un hombre del museo. Nadie importante. —Thomas temía sonrojarse y que ella lo viera.

—No, ¿quién es? —insistió Grace.

Permanecía rígida como un lebrel a la espera de comenzar la carrera, gruñendo en la oscuridad, que era interrumpida a intervalos por las farolas de London Road. Thomas la contempló: parecía más animal que humana mientras olfateaba el aire. Entonces miró hacia donde ella lo hacía, y vio una figura que se movía delante de ellos, alejándose de la ciudad. Saltaba y zigzagueaba con feliz malicia por el camino, deteniéndose ante cada luz, con la que se regocijaba antes de seguir adelante.

—Es él —dijo Grace, con el asombro de los astrónomos—. Es él; es ese chico. —Ella corrió hacia delante, y luego se volvió hacia Thomas —. ¿Qué debo hacer? —preguntó con una curiosa especie de impotencia que no tenía nada de infantil—. No sé qué hacer. Volvamos a Bethesda. Puede que no hayan cerrado las puertas con llave.

—Pero él te ha visto.

—¿Tú crees? Thomas, ¿qué hago?

Hale-Bopp volvió a salir, pero nadie lo vio. El chico, saltando hacia la luz, se quedó observando a Grace a distancia. Un cortísimo pelo rubio brillaba sobre su cuero cabelludo. Llevaba una chaqueta vaquera llena de parches, que seguramente habrían resultado tan inescrutables para la chica como para Thomas: un círculo amarillo marcado con una sonrisa idiota, y una calavera azul a través de la cual se movía una serpiente. Los cordones de sus zapatillas estaban desabrochados. Llevaba una férula en la muñeca y se había raspado

la mejilla. Miraba con ojos miopes a través de un larguísimo flequillo y traía algo consigo.

—¿Hola? —dijo.

—En realidad, no puede ver quién soy —susurró Grace, ofendida—. ¿Por qué no lleva gafas? —Avanzó unos pasos—. Soy yo —dijo—. ¿No puedes verme?

—Oh. —El chico parpadeó, saludó con la mano y se acercó—. Qué gracioso —dijo—. Iba a venir a verte.

—Me hiciste daño —dijo Grace—. Me provocaste un corte en el cuello por el que me quedará una cicatriz. ¿Qué quieres decir con que venías a verme? ¿Estás aquí para decirme que lo sientes?

—¡Fue un accidente! —exclamó el chico, como si fuera un niño con quien se ha cometido una injusticia—. ¿Cómo puedo decir que lo siento, si no era mi intención hacerlo?

Grace, que pareció examinar esto desde una perspectiva teológica, cedió visiblemente.

—Está bien —dijo—, soy Grace. Pero ¿cómo podías venir a verme si ni siquiera sabes quién soy?

—Todo el mundo lo sabe —pareció disculparse—, porque, bueno, ya me entiendes. —Un gesto con su muñeca entablillada señaló su larga falda, bajo la cual asomaban unas sucias enaguas de encaje y sus botas de niño, junto con la biblia medio escondida, oculta por su sombrero—. Pero a mí me gusta —dijo con apresurada amabilidad—. Soy Nathan.

—En el Libro de Samuel, Nathan era un profeta que engañó a un rey —dijo ella.

—Ya veo —respondió él.

—¿Qué es eso? ¿Es para mí? —Grace Macaulay, ladrona empedernida, puso su pequeña mano sobre lo que llevaba el muchacho.

—Te he comprado bombones. No porque lo sienta. Simplemente pensé que te gustarían. Me he comido algunos, no voy a negarlo. Pero quedan muchos.

Abrió la caja. Juntos examinaron el contenido y comenzaron a

comer plácidamente. Thomas observó, desconcertado. Tenía de nuevo la sensación de que estaba ocurriendo algo importante y de que tal vez siempre hubiera sido así. El cometa avanzaba en su camino.

—Hola —saludó, con tono de reproche.

—Hola —respondió el muchacho. Tenía la naturalidad de una criatura a la que nunca se le ha dicho que era pecadora desde que estaba en el útero de su madre.

—Este es Thomas —dijo Grace, sin ninguna otra explicación.

Se mantuvo cerca del chico con la confianza que se tiene con alguien a quien se conoce desde hace tiempo, y a Thomas le pareció que de alguna forma estaban alineados contra él; que era posible distinguir un tejido conectivo que se disolvía entre él mismo y Grace, y que este se volvía a formar entre los otros dos.

—¿Estás ocupada? —preguntó el joven a Grace—. ¿Quieres hacer algo? ¿Qué es lo que te apetece?

Ella pareció asombrada. ¿Qué es lo que quería hacer?

—No lo sé —contestó. Rara vez se le había ocurrido preguntarse eso. Sabía lo que debía hacer y lo que no; la idea de que se le permitiera desear cualquier cosa resultaba aterradora.

—¿Quieres ir allí? —dijo el chico señalando hacia Potter's Field, un lugar que estaba totalmente oscuro entre Bethesda y las luces de London Road—. Alguien ha encendido hogueras. ¿Te apetece ir a verlo?

Grace miró a Thomas, quien vio, superpuesta a la niña a la que amaba, a una mujer llegada desde más abajo de su órbita, agotada por todos sus cálculos diarios sobre cómo ser buena. «Tiene diecisiete años —pensó—, y pronto cumplirá dieciocho; ha tenido muy poca libertad y puede que nunca tenga más que esta». Las luces estaban apagadas en Bethesda. A pesar de sus anchos hombros y el olor a cigarrillo adherido a su chaqueta con parches de colores, el muchacho no parecía peligroso.

—Adelante, ve —dijo Thomas—, pero solo un rato. Yo volveré despacio para que puedas alcanzarme.

Grace emitió un mudo sonido de alborozo y le apretó el brazo con dolorosa gratitud. Entonces, los niños (porque eso era lo que eran, pensó Thomas) se alejaron, hablando de hogueras. Thomas esperó. El cometa siguió avanzando.

Mientras tanto, Anne Macaulay, en la cocina de la casa de Beechwood Avenue, contemplaba con el ceño fruncido su ejemplar del *Essex Chronicle*. «Insignificantemente pequeños —había escrito Thomas—, pero nacidos a través de las estrellas». Esto la preocupaba. Los fieles de Bethesda apenas pensaban en las estrellas. Dios las había fijado en su lugar al cuarto día, y eso era todo. Pensar cualquier otra cosa implicaba extensiones de tiempo y distancia que estaban en desacuerdo con el Génesis y, por lo tanto, en discordia con Dios. Dejó el periódico.

Thomas Hart, creía ella, se estaba desligando del púlpito. Ella rezaría por él, pero esto no era ninguna molestia, dado que lo había hecho todas las noches desde que se conocieran el día en que enterraron a Rachel Macaulay. Después del funeral, Anne se había sentado contra el frío muro de Bethesda con la pequeña Grace en brazos, sin sentir ni una pizca de afecto por aquella niña que lloraba. Habían pasado diez días desde que su hermano la llamara a salir de una vida que, suponía, no habría causado la envidia ni la admiración de nadie, pero que entonces recordaba con el desconcertado asombro de una soñadora: un apartamento con vistas a una colina azotada por el viento; una pequeña y fría aula que mantenía en buen orden, junto con los alumnos; salmos entonados en la iglesia donde había nacido y la habían bautizado (y donde todavía pensaba que podría casarse); y un coche amarillo y poco fiable que le encantaba. Entonces, su hermano había llamado por teléfono, y con sílabas mudas y átonas le dijo que Rachel había muerto; sí, muerto. Que había tenido una niña, y que si podía acercarse a su casa. Así que allí que fue, con un billete de ida, a un condado que despreciaba, con sus deprimentes campos de colza y sus

emergentes ciudades en las llanuras. Su pequeña vida había terminado por el bien de una niña de cabello negro y ceño fruncido a la que no amaba, y en el funeral se encontró con que no se apenaba tanto por Rachel como por sí misma. Ante esta falta de bondad, su dolor se agravó con un sentimiento de culpa, lo que la hizo romper en un llanto sin lágrimas en el momento en que sacaban la tetera de plata y los tristes sándwiches, hasta que Thomas Hart llegó silenciosamente a donde ella estaba sentada junto a la pared.

—Siento mucho su pérdida —había dicho, y la forma de las palabras se renovó cuando lo dijo, como si comprendiera que la pérdida de Anne no era la de la mujer que había muerto al dar a luz, sino la de la aulaga y la colina, y la del aula y los quince niños que había en ella—. Lo siento mucho —pronunció, y, tomando el puño del bebé, lo agitó dos veces como si fueran socios comerciales que tuvieran un acuerdo previo—. Nos volvemos a encontrar —había dicho; y Grace Macaulay, que apenas tenía diez días, había vomitado en su manga.

Luego pasaron diecisiete años en un instante, y ahí estaba Grace ahora, llamando a la puerta con su impaciente toque habitual.

—Es tarde —le dijo Anne a Thomas—, y el té se ha enfriado en la tetera. ¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó, y dirigió entonces la mirada a Grace, que parecía haberse cansado desproporcionadamente en el breve tiempo que había estado fuera —. ¿Se ha hecho daño alguien?

—En absoluto —replicó Thomas—, no ha pasado nada. Ha salido el cometa, eso es todo.

—Tía Anne —pidió Grace, pareciendo incluso más pequeña de lo que era por estatura—, ¿puedo irme a la cama?

Entonces, sin ninguna causa aparente, Grace comenzó a llorar con sollozos silenciosos y resignados; y Thomas, al verla secarse la nariz con la manga mientras entraba en la casa, constató un hecho con solo nombrarlo.

—Tranquila —le dijo a Anne—, en realidad es solo una niña.

Era medianoche en Essex, y Hale-Bopp se dirigía hacia el oeste en compañía de Casiopea. Ese mismo día, más temprano, en China, Mongolia y Siberia, un eclipse total de Sol había hecho que el cometa fuera visible poco antes de las doce. Giraba en el sentido contrario a las agujas del reloj cada once horas y cuarto y, según las observaciones y los cálculos de los astrónomos, su cola creaba el efecto de ondas que se extendían, como las que ocasiona una piedra arrojada a un estanque. Dado que el perihelio no se alcanzaría hasta el primer día de abril, el cometa no había llegado todavía a su máxima magnitud, pero era nuevo, y lo suficientemente brillante como para que las ratas a orillas del río Alder, que conversaban sobre un carrito de la compra sumergido, lo vieran, se detuvieran y continuaran su coloquio; las palomas que había en el tejado del Jackdaw and Crow lo observaron, y acto seguido hincharon su plumaje para protegerse del frío. En Lowlands House alguien lo avistó y, con prisa y miedo, derramó pintura negra sobre los escalones. (Bethesda lo percibió, pero no le dio importancia, pues tenía la mente puesta en asuntos más elevados).

En Potter's Field, un zorro lo vio y comenzó a hacer cabriolas y a correr entre las ruinas, sin tener idea de por qué lo hacía. «Qué hedor hay por aquí», pensó el zorro, desenterrando colillas y husmeando papeles untados con restos de comida. ¡Qué mal olor, qué peste! Buscó mientras brincaba, y descubrió a un hombre sentado bajo un avellano y apoyado contra el muro que separaba Potter's Field del suelo santificado de Bethesda. Estaba ocupado desatando una cuerda. Esto le resultaba difícil, ya que todos los nudillos de sus manos estaban hinchados, y su pulgar izquierdo, que parecía haberse desplazado aproximadamente una pulgada por la muñeca hacia el codo, era absolutamente inútil. El vigilante zorro no pudo distinguir el tamaño del cuerpo dentro de la ropa, que constaba de varias capas rematadas por un abrigo de terciopelo rojo que alguna vez debió de ser de mujer. Llevaba vaqueros rotos, y

botas que no eran iguales. El sol le había manchado el cuero cabelludo a través de su fina capa de pelo blanco, y tenía los ojos azules. Al cabo de un rato terminó su tarea con la cuerda, se levantó con dificultad y examinó el avellano. Era joven y flexible: serviría. Sacó una lona de una bolsa de cuero, y con aquella misma torpeza ató la tela al avellano y se hizo un refugio. A continuación, sacó de su bolsa un trozo de alfombra, lo puso a la sombra de la lona, y se acostó a dormir. El zorro, que no era cruel por naturaleza, siguió su camino en silencio. Habría más alondras en otro lugar.

En Lower Bridge Road, Thomas Hart escuchaba el ladrido de los zorros y el maullido de los gatos en celo, mientras permanecía sentado junto a un fuego agonizante. Apartó la vista de un rincón de la habitación, porque estaba seguro de que, si miraba lo suficiente, vería a una mujer de cejas negras, con las piernas cruzadas contra el rodapié, que hacía garabatos sobre un trozo de papel: Maria Văduva Bell, concentrada en sus dibujos como loca. Thomas pensó en Grace con amor y preocupación. Había salido de Potter's Field hablando atentamente con el chico, quien, con reverencias exageradas, los había dejado junto al semáforo en London Road, y se había ido solo a casa haciendo cabriolas.

—¿Todo bien? —había preguntado Thomas, y percibió que la muchacha parecía intacta y completamente alterada a la vez.

—Había habido un incendio —dijo—, pero ya estaba apagado.

Olía a cigarrillos, y sus mejillas estaban sonrojadas. Furtivamente, y sin ganas de hacer de un espía, Thomas examinó su cabello y su ropa, y no encontró nada más desordenado de lo normal.

—¿Todo en orden? —repitió con más énfasis; y ella, enfadada, respondió que por supuesto que sí.

¿Acaso pensaba que nunca había hablado con un chico antes? ¿Es que creía que no podía cuidar de sí misma? En efecto, esto era lo que Thomas pensaba, pero, en su lugar, señaló a Orión, que corría a grandes pasos sobre el tejado del Jackdaw and Crow.

—Desaparecerá pronto —había dicho—, y no lo volveremos a ver hasta que haga frío. Te acompañaré a casa.

Ahora Thomas apartó a Grace de su mente, y se permitió pensar en James Bower e imaginar que Maria Văduva, agazapada en un rincón entre sus metros de brocado negro, levantaba la vista de sus lunáticos garabatos y le guiñaba un ojo solemnemente. «Me he estado acercando hacia esto toda mi vida —pensó Thomas—, un desconocido que me conocía y un fantasma con el ceño fruncido que se instala en la sala de estar». Entonces, retomó su nueva costumbre de recitar para sí todo lo que James Bower había dicho, y todas las miradas y gestos que habían indicado comprensión, hasta que se avergonzó de sí mismo, dejó de lado sus recuerdos y comenzó a escribir…

Thomas Hart
Lower Bridge Road
Aldleigh
30 de marzo de 1997

Querido James:

Me alegré mucho de conocerte el otro día. Espero que recuerdes que dije que tengo una fotografía que podría interesarte. Me voy por unos días, así que te la adjunto aquí. Verás que está fechada en agosto de 1888. ¿Crees que esta mujer que se encuentra fuera de la vista podría ser nuestra Maria perdida? Siempre la he tenido a mano, y cuando era niño le tenía miedo porque pensaba que era el fantasma de Lowlands y que se sentía tan sola que me había seguido a casa. ¿Tal vez sea ambas cosas?

Te adjunto también un recorte de periódico que puede resultarte interesante. Es del *Essex Chronicle* de la semana siguiente a la inauguración de la iglesia Bethesda. No soy miembro propiamente dicho (tengo un pie en el mar, y otro, en la orilla, por decirlo de alguna manera), pero voy a menudo por costumbre y por el tipo de amor que uno podría tener por un miembro de la familia. Es un lugar extraño, supongo, y la gente allí se mantiene separada del mundo, aunque yo mismo, que lo frecuento mucho, nunca acabo de sentirme como en casa, ¡ni en el banco ni fuera de él!

Saludos cordiales,

THOMAS HART

ALDLEIGH, ESSEX:
IGLESIA ABRE PARA EL CULTO

ESSEX CHRONICLE,

25 de agosto de 1888

El corresponsal de asuntos religiosos escribe: Ha tenido lugar el primer servicio de la nueva iglesia baptista estricta y particular de London Road, Aldleigh. Hasta ahora, los miembros se reunían en la casa del pastor John Brandon, fallecido en Wattisham, Suffolk. Se espera que la iglesia atraiga a los fieles de la tradición no conformista de la ciudad que actualmente carecen de lugar de culto.

¿Qué hay en un nombre?

Los lectores anglicanos desconcertados por el término «baptista estricto» deben saber que los miembros no tienen una disposición estricta; la precisión es doctrinal y no conductual, y se refiere a la cuestión de la «redención particular» y a la «restricción de la comunión» a los bautizados por inmersión. Para ello, la iglesia está dotada de un baptisterio con capacidad para albergar a un adulto.

«Todos bienvenidos»

Los servicios tendrán lugar a las 11:00 y a las 18:30 horas del día del Señor, con escuela dominical a las 15:00 y reuniones semanales de oración los miércoles a las 19:00. Estáis todos invitados.

Al amanecer, Lowlands House parecía a la deriva en un claro mar. La niebla que flotaba desde el Alder había cruzado el césped, y llegaba entonces a los escalones y la terraza, como si fuera una suave marea que entraba en la casa. Un hombre con un sombrero amarillo frotaba de rodillas restos de pintura negra derramada sobre los escalones. Mientras trabajaba, el sombrero aparecía repetidamente sobre la pálida orilla, lo que producía el efecto de una señal que se transmitía y nunca se acababa de recibir.

—Me siento como si volviera a ser un niño —dijo James Bower mientras se desabotonaba el abrigo. En la mano derecha llevaba un manojo de llaves que tintineaban en el anquilosado silencio de aquella extraña luz húmeda—. Un niño —prosiguió James— que resuelve un misterio. ¿Cuál es el enigma y qué significa? ¿Qué relación tiene todo ello con Maria Văduva? Quizá estuviera aquí mismo, de pie, alguna vez. Pero ¿adónde fue y qué hizo con sus trozos de papel? Probablemente pienses que estoy comportándome como un crío.

—En absoluto —respondió Thomas Hart.

Los hombres habían entrado por el vano de una puerta cuyas bisagras de latón estaban rotas. Jirones de niebla entraban a la altura de los tobillos y se disipaban rápidamente. En la pared opuesta había otra puerta que estaba cerrada con candado. Las ventanas tapiadas dejaban entrar estrechos rayos de luz y revelaban el papel que se desprendía del yeso podrido, junto con obscenidades pintadas sin demasiada convicción. Entre la puerta abierta y la puerta cerrada había una larga mesa de patas torneadas; sobre ella, descansaba un bote de pintura negra. En el extremo más alejado de la mesa, James Bower se había preparado un lugar de trabajo. Una

carpeta marcada como VĂDUVA estaba apoyada contra la pared junto a la fotografía de Bethesda, y Maria miraba desesperanzada hacia las ventanas ciegas. Una repisa de mármol gris de amplio fondo rodeaba la chimenea, que estaba vacía, donde polillas muertas se alineaban como adornos en el polvo. En el techo, una lámpara de araña colgaba de su gancho. Despojada de sus lágrimas de cristal, apenas era más que una garra de hierro arañando el aire. Los cuadros que faltaban habían dejado su huella en el papel, que se despegaba como la corteza de un abedul plateado, y en la pared de la ventana un símbolo negro recién pintado goteaba sobre las combadas tablas abiertas del suelo. Los hombres lo miraron.

—He visto esto antes —dijo Thomas, con una nota de disculpa. Era consciente de la proximidad del otro hombre, que todavía conservaba el aroma de su ducha matutina y del café que había bebido después. Se había cortado al afeitarse, y Thomas miró con desproporcionada solicitud el trozo de pañuelo adherido al corte—. Alguien lo estaba pintando el otro día en la puerta de Bethesda. Parecía bastante flaco y asustado, y no se esmeró mucho. Este está mejor.

—Hay otro pintado en los escalones —dijo James—. Estamos teniendo problemas para borrarlo. En cualquier caso, son solo estudiantes que hacen gamberradas.

—No estoy seguro —dijo Thomas, y volvió al símbolo de la pared, compuesto de líneas cruzadas coronadas por una lágrima, que no parecían significar nada—. Pero me alegro de haber venido.

James sacó su teléfono de una funda de cuero sujeta a su cinturón, lo miró y suspiró.

—Los operarios llegan tarde, como siempre… y se irán temprano, para no variar.

Comenzó a hablar con abatimiento de las normas relativas a la conservación de los edificios protegidos, algo que a Thomas le resultó incomprensible.

—Estoy seguro de que todo irá bien —afirmó con un optimismo que sabía que era inútil e infundado.

Entonces entró el hombre de la terraza y se quitó el sombrero como si pisara suelo sagrado. Era joven y estaba cansado.

—La pintura no sale —dijo—. Parece que lleve allí décadas, no una hora o dos.

—¿Y si se usa agua a presión? —sugirió James; se alejó de Thomas en cuerpo y alma, y empezó a mirar entre las tablas los deteriorados escalones de piedra—. ¿Se puede probar con algún tipo de disolvente?

—Tal vez lleve allí décadas —dijo Thomas—, y nadie se haya dado cuenta.

Pero James estaba demasiado preocupado para ocurrencias como esta. Así que Thomas lo dejó con sus asuntos y se paseó por la habitación, consciente de una especie de inquietud punzante que parecía no tener causa ninguna. No resultaría extraño pensar que las polillas muertas habían comenzado a estremecerse, y que el silencio más allá de la puerta cerrada con candado era el de una criatura que contenía la respiración… «¿Estás ahí, Maria? —pensó Thomas—; ¿me has seguido desde Lower Bridge Road?». Se volvió hacia la ventana, por donde entraban rayos de luz por entre las tablas, y un asiento saledizo hecho con paneles de madera conservaba jirones de tapicería. El alero se había partido allí donde los listones del suelo se encorvaban con el hundimiento de la casa. Thomas miró la grieta. Detrás de él, James Bower se alejaba en su órbita privada, hablando con tono aburrido de lo que debía hacerse y de cuándo. El asiento roto se abrió aún más cuando Thomas presionó los tablones del suelo.

Entonces, una rata con la cola cortada pasó entre los pies de Thomas. Con sus vivos ojillos negros estudió al intruso, comprobó que no era de su interés y siguió su camino. De repente, se deslizó entre dos paneles del saledizo de la ventana, arrastrando su cola tras de sí, después de lo cual, todo quedó en silencio. El roedor había desaparecido por completo. Una extraña soledad se apoderó de Thomas. Los otros hombres habían salido de la habitación y estaban examinando los escalones; el tono y el ritmo de sus voces

viajaban claramente a través de la niebla, pero sus palabras no se distinguían. «¿Adónde te has ido? —le preguntó Thomas a la rata, sin obtener respuesta. Se puso de rodillas—. ¿Dónde te has metido?». Había polvo en las tablas del suelo, un espeso fieltro en las esquinas, y musgo allí donde la madera estaba húmeda. La presión de su rodilla hizo que la grieta se abriera aún más. Thomas escuchó con nostalgia las diligentes e inteligentes patas de la rata, y detectó también la impresión de un crujido de papel, como cuando un lector pasa las páginas de un libro con impaciencia. Metió la mano en el asiento y dio unos golpecitos a ciegas en la fría cavidad, anticipando el trasero de la rata, o posiblemente un clavo de hierro. Mantuvo los nervios. Tocó papel. Lo cogió. A lo lejos, la rata seguía haciendo ruidos. Thomas retiró rápidamente su puño cerrado, y la madera partida le raspó la muñeca. No se sintió molesto ante aquel leve dolor. Miró el papel que sostenía.

—Mira, James —dijo—. ¿James?

Se levantó con cuidado y se dirigió a la mesa. La niebla se estaba disipando del césped; la luz era menos difusa y llegaban ruidos del tráfico de London Road. James entró. Se había quitado el abrigo, y el olor a jabón se desvanecía poco a poco de su cuerpo.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó—. ¿Qué es eso?

—Había una rata —explicó Thomas, y se quitó la sangre de la muñeca con el puño. Dejó el periódico.

—¿Qué pasa? —inquirió James con agradable autoridad—. ¿Qué has encontrado?

Había tres hojas. Dos de ellas estaban escritas con una letra familiar sobre fino papel azul y, en la penumbra, destacaban ciertas palabras, palabras como «Lucifer», por ejemplo, y «almohadas de plumas de ganso».

—¡Oh, Maria! —exclamó James, como exasperado con un amigo. El tercer fragmento era una hoja de cartulina más pequeña, doblada con precisión. Cuando Thomas la abrió, el papel se partió por la doblez y se rompió—. Vaya —dijo.

Lo miraron juntos en silencio. Se hallaban de nuevo ante un círculo

dibujado en tinta negra, que encerraba una mancha oscura y dividida en hemisferios; una vez más, algo escrito en tinta por el borde, que no era posible distinguir. Lo natural sería juntar las mitades, pero Thomas no estaba dispuesto a tocar el papel y participar en la locura de Maria Văduva.

Una tabla podrida, desprendida por la hiedra y el tiempo, cayó de una ventana y se rompió en la terraza. Los hombres se estremecieron.

—¡Maria! —exclamó Thomas, fingiendo terror para ocultar un miedo genuino. El viento entró, acompañado de voces.

—Hay alguien ahí dentro —dijo una mujer—. Que hay alguien ahí. Te lo dije, ¿a que sí?

Se trataba sin duda de la voz de una mujer, no de la de una niña, pero Thomas la reconoció. Entonces dijo, como si el pecado fuera suyo:

—Sé quién es.

Acercó su rostro a la rendija y miró. La niebla se disipaba en partículas brillantes que dejaban al descubierto prados mojados y robles solitarios, y revelaban también la tela escarlata de una falda roja que sobresalía por encima de unas rígidas enaguas, junto con un par de vaqueros rotos a la altura de las rodillas. La falda flotaba encima de los vaqueros.

—Es una amiga —le dijo Thomas a James— y un conocido suyo.

Salieron ambos al clima templado y anodino de marzo. Los acónitos amarillos llegaban hasta el pie de los robles; la vencida valla de alambre se veía claramente y estaba rota por sitios nuevos. Grace Macaulay, con un chal de flores, estaba de pie en los escalones y Nathan junto a ella. El olor a Silk Cut se desprendía de sus ropas.

—Qué sorpresa —dijo Grace al ver que Thomas se acercaba.

A este último le llenó de resentimiento el verse saludado con decepción por primera vez. «Bueno —pensó—, tú has arruinado mi mañana, y yo he arruinado la tuya. Donde las dan, las toman». Ella miró a James.

—¿No nos presentas?

—James Bower —dijo Thomas—. Grace Macaulay. Y este es Nathan.

El chico saltaba de un pie a otro, ya fuera por el frío o por la emoción. Sus hombros se habían ensanchado desde que Thomas lo viera por última vez hasta tal punto que las mangas de su chaqueta vaquera le quedaban bastante por encima de las muñecas.

—Vale —dijo Grace, observando a James de hito en hito—. Sí, pero ¿quién es? ¿Qué estáis haciendo?

—Estamos resolviendo un misterio —explicó James, al tiempo que examinaba a Grace con agrado y adquiría un aspecto extraordinariamente atractivo—. ¿Os gustaría verlo?

—¿Hay algún muerto? —preguntó Nathan, y se acercó a la ventana y miró hacia dentro—. ¿Es que alguien murió ahí dentro?

Grace tiró, con un gesto posesivo, de la manga de Nathan.

—Thomas cree que una mujer perdió la sesera y desapareció —dijo —. Quiere saberlo todo para poder publicarlo en su periódico, que es la única razón por la que hace algo.

—Eso es cierto —añadió Thomas amablemente.

—¿Por qué no entráis? —invitó James—. Mirad lo que ha encontrado Thomas.

«Pero no —pensó Thomas—, no entréis; dejadnos en paz». La niebla había desaparecido. Ya no le era posible oler el jabón del cuerpo de James Bower.

—Vamos —instó James—, pasad.

Y Thomas vio a Grace correr hacia delante y tropezar con la falda. Se quedó de pie bajo la lámpara de araña sin luz.

—Sabía que sería así —dijo ella—. Toda mi vida quise entrar aquí, pero no me dejaban. Bueno, ahora ya lo he logrado, ¿no?

Ella miró con entusiasmo el techo, las ventanas rotas y los grafitis obscenos del yeso. Estaba contenta con Nathan, quien saltó hacia atrás sobre el saledizo de la ventana y empezó a balancearse al ritmo del crujido de la madera.

—Venid y mirad lo que ha encontrado Thomas —dijo James. Los

llevó a la mesa donde Maria revisaba sus carpetas—. Mirad esto —pidió, y enmudeció acto seguido con una exclamación. Thomas se adelantó rápidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Estaba aquí —dijo James—. Estaba aquí hace un momento… ¿Qué habéis hecho con ello? —dijo, y se volvió hacia Thomas—. ¿Dónde lo has metido?

La fotografía de Maria Văduva había caído bocabajo sobre la mesa junto a la carpeta, pero el cuadrado cortado y la letra ilegible habían desaparecido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grace—. ¿Qué se os ha perdido?

—He encontrado una cosa debajo de la ventana —dijo Thomas, y le enseñó la herida de su muñeca—, pero ya no está.

—¿Lo habéis cogido? —inquirió James, mirando a los chicos uno a uno. A Thomas le pareció severo de una forma abrupta y remoto, y deseable precisamente por eso, lo que le hizo alejarse avergonzado.

—¡Yo no he cogido nada! —exclamó Nathan. Saltó del asiento de la ventana; levantó los brazos—. Ni siquiera he visto nada ahí encima.

—Él no ha sido —añadió Grace—, ¡no es un ladrón!

—¿Habrá sido el viento? —preguntó Thomas, y se agachó para mirar debajo de la mesa. Pero no había ningún papel ahí abajo, sino tan solo un disco de cristal roto. Lo dejó allí.

—Escuchad —dijo James—, no corre nada de aire.

Prestaron atención. Solo se oía el tráfico y el frotar en las escaleras.

—Esta casa se ha vuelto contra mí —dijo James Bower—. Y ¿qué te has hecho en la mano?… Estás sangrando. ¿Por qué no me lo has dicho?

Su atención enterneció a Thomas. Por un instante toda la mañana volvió a parecerle milagrosa, y no se vio capaz de hablar.

Grace se sacudió las faldas y dijo:

—¿Qué hay ahí entonces?

Estaba mirando hacia la segunda puerta. La habían desbloqueado y seguía abierta. Por la abertura se podía ver una pared clara que se

perdía en la oscuridad y el polvo moviéndose en remolinos. El candado todavía colgaba de su cadena.

—¡Dios! —dijo James Bower, y recibió de Grace y Thomas un doble reproche—. ¿Qué diablos está pasando aquí? —dijo entre risas y negando con la cabeza—. ¿Habéis oído eso? ¿Han sido pasos?

Escucharon todos juntos para convencerse de que se oían pasos en la habitación contigua y de que en cada rincón de la casa resonaban las pisadas de todos sus residentes y visitantes.

—¿No ha estado siempre abierto? —dijo Grace—. ¿No ha sido siempre así?

Nathan cruzó la puerta y examinó el candado.

—En realidad no estaba cerrada, las ruedecillas no habían girado. Hay que hacerlo para que se cierre de verdad —dijo, y miró a James con amable lástima ante las debilidades de la tercera edad—. No funciona a menos que lo cierres con llave, ¿te lo enseño?

James dijo solemnemente:

—Gracias, pero creo que lo entiendo.

—Entonces, es que aquí hay alguien —dijo Grace. Puso los brazos en jarras—. Alguien está pintando en las paredes y robando cosas.

Se encontraba cerca de Nathan, a la sombra de la puerta abierta, y a Thomas le pareció que los veía como niños y adultos simultáneamente, con sus cuerpos oscilando entre el tiempo pasado y el que estaba por venir. «Por mucho que me guste pensar que son niños —reflexionó con dolor—, ya no lo son. Lo que hay aquí es un hombre con cigarrillos en el bolsillo y Dios sabe qué más, y una mujer que me reta a que la desafíe».

—Es peligroso —dijo Thomas—, nada está seguro ahí.

—Las cosas se caen y se pierden —dijo James—. Los operarios han estado moviéndose continuamente de un lado a otro.

—Sin duda —afirmó Thomas—, las cosas se caen, desde luego.

Pero la atmósfera en la habitación había cambiado, como si cada uno fuera culpable y consciente de estar siendo observado.

Entonces los obreros entraron en el vestíbulo con paso firme, y se produjo un consenso general entre ellos. Hacían falta refuerzos y

apuntalar lugares concretos; era un puñetero milagro que la chimenea no se hubiera derrumbado sobre el hogar.

—Venga —dijo James—, vámonos. —Y con un gesto ante el cual era imposible decir no, los sacó a todos de la habitación.

Fuera, en la terraza de Lowlands, Thomas cayó en el abatimiento. Algo fugaz se había conquistado en aquella estancia y, como vino, se fue…

—Además —añadió, y se volvió hacia Grace—, ¿no deberías estar en la escuela?

—Sí —dijo Grace—. Pero he pecado.

—Thomas —dijo James Bower, balanceando un casco sujeto con una correa—, tengo que irme. Me alegro de que hayas podido venir. —Se puso el casco, lo que le dio un aspecto ridículo—. Mejor que os vayáis ya —concluyó, incluyéndolos a todos en su amable despedida —. Es probable que Maria aparezca pronto. Siempre aparece.

Thomas recibió un rápido toque en el hombro, que —tuvo la impresión— duró más de la cuenta y parecía esconder algo, gracias a lo cual se le levantó el ánimo.

Ya no había niebla y no brillaba el sol. El mundo entero tenía un aspecto uniformemente apagado; los acónitos cobrizos estaban mustios, y las quietas ramas de los robles se mostraban desnudas y secas. Un solitario punto de color atravesaba el parque hacia ellos y, a esa distancia, parecía balancearse sin rumbo, como una boya en la superficie de un estanque. Era algo rosa, anormalmente brillante, que a su debido tiempo se convirtió en un largo abrigo abotonado de amplia falda, todo del mismo tono rosáceo, plano y sin vida. Se trataba de una mujer que hablaba de manera locuaz con frases largas y átonas. Todo en ella resultaba completamente artificial, empezando por el pelo, cuyos rizos, cual ondas de mantequilla, se recogían desde una pálida frente. Caminando a su lado estaba Anne Macaulay, que parecía tomar forma paulatinamente de entre los monótonos colores del suelo de Essex, mientras se volvía una y otra vez hacia su compañera, como embelesada por todo aquel absurdo e ininterrumpido discurso.

Querida niña, ya estamos en junio y tú, allá en tus elegantes estancias de Foolish Street, pensarás que me he olvidado de ti y, ¡efectivamente, acertarás! Olvido lo que debería recordar, y recuerdo con mayor claridad lo que más deseo borrar de mi memoria. Tal vez por eso haya enloquecido, aunque ya me gustaría a mí conocer a las juntas de hombres que, con sus buenos abrigos de lana, establecen las taxonomías de cordura y dictaminan: «¡Este hombre y esta mujer están cuerdos, pero no ese hombre ni aquel otro!». De hecho, creo que mi cuerpo ha perdido la razón, pero no así mi mente; te aseguro que mi intelecto no ha disminuido un ápice, aunque en todo momento haya una nota áspera en mis oídos —como la de un músico que toca un instrumento roto—, y las palmas de mis manos se entumezcan, o sienta que me pinchen por todo el cuerpo con alfileres invisibles. Duermo y me desvelo una docena de veces por noche, y al despertar mi corazón se aloja palpitante en mi garganta. Mientras tanto, Lucifer, en la ventana, me acompaña en mis mañanas y me hace señas para que salga afuera. Está sujeto por el Cinturón de Venus, y, bajo él, la sombra que proyectamos sobre el universo es tan espantosa y tan inmensa que hay un lugar oscuro que se extiende mucho más allá del alcance de mi vista.

[Todo eso fue ayer, y ya ha pasado. Me indujeron a dormir y al despertarme descubrí que Lucifer se había ido. Esto ha sido un gran alivio para mí —nunca pude resistirme a esa luz, a pesar de todo lo que perturba mi descanso—, pues obedece a lo siguiente: que no hay mal alguno en mí que no pueda solucionarse con tres almohadas de pluma de ganso, más lo que el médico de John Bell dispense de su maletín. Me avergüenzo de mi angustia, de su causa y de estas páginas, así que las retiro y las escondo, y no las enviaré para conservar la buena opinión de mi amiga…; no obstante, nada me impide confesarme ante mí misma: M. V.].

—¿Eso es lo que crees? —preguntó Anne Macaulay—, ¿realmente piensas que es así?

«Es un martes cualquiera —pensó—, y voy a almorzar con mi

amiga». Se sonrojó con orgullo infantil: una amiga propia, no adquirida en Bethesda, sino en el mundo. Era Lorna Greene, deslumbrantemente vivaz vestida de raso rosa, cuyos zapatos de tacón bajo golpeteaban las aceras mojadas con un ruido que parecía un chasquido de dientes, y que acababa de decir lo mucho que admiraba el abrigo de invierno de Anne, con su cuello de fieltro negro doblado sobre mezcla de lana gris, así como lo bien que le sentaba.

Si Anne hubiera creído en el azar, podría haber dicho que fue así como se conocieron, en virtud de haber esperado tantas veces en la misma parada de autobús que al final no hablar habría resultado más extraño que hacerlo. Que Anne reparara en Lorna, destacada contra el granito del cercano monumento a los caídos y los contenedores municipales, no había sido sorprendente. Durante todo el invierno se había vestido con crujientes capas de malva y rosa, y se había peinado el rubio cabello con rizos que resistían al clima. Llevaba un perfume a talco que no se desvanecía nunca de los pliegues de su ropa y examinaba constantemente todo a su alrededor con la brillante mirada evaluadora de un mirlo. Que alguien reparara en Anne le parecía asombroso hasta a ella misma, y había recibido las primeras atenciones de Lorna con una confusa timidez que parecía distante. Pero Lorna la había besado mientras sonreía, buscando su complicidad con una voz bien modulada de la que se había eliminado el acento de Essex: ¿Así que era escocesa? Qué maravilla. ¿Vivía en Beechwood Avenue? Qué calle tan preciosa, con sus abedules plateados. Qué bonito tener una sobrina, llevar el cabello gris, tener un hermano llamado Ronald, haber sido maestra, asistir a la iglesia… En poco tiempo, Anne pasó a ser la «querida Anne», y había sido imposible no ablandarse ante los cariños, el elogio y el regalo no buscado de un broche en forma de libélula, con tórax y alas de cristal. Habían intercambiado números de teléfono y salido a pasear. Ahora iban a almorzar al Jackdaw and Crow («¡Te invito, querida Anne!»), porque a Anne no le había sido posible explicar que nunca había puesto un pie dentro de un *pub* y que

jamás había tenido la intención de hacerlo. Además (se exculpó ella), nada sucedía nunca por casualidad, sino por la Providencia, y siempre podría ganar un alma para Cristo.

—¿De verdad crees que me queda bien? —dijo, y se miró la manga y pensó que tal vez, después de todo, ni su abrigo ni ella misma eran tan sosas como había temido.

Mientras tanto, Thomas Hart, en el vagón D de las 10:42 de Liverpool Street, se sometía en silencio al cariño de un joven pelirrojo con quien había pasado los últimos tres días.

—¿También vives en Aldleigh? —había preguntado el chico esa mañana en New Cross, encantado por la coincidencia y la perspectiva de una mayor proximidad con Thomas Hart, por cuya edad y afecto reservado y experto sentía cierta atracción.

—Un lugar pequeño y horrible —había respondido él, y se estremecía mientras se vestía—. Deberíamos ir a vivir a otra parte —dijo Thomas al tiempo que ocultaba rápidamente su inquietud.

Sobrevivía, como se decía a sí mismo, desligando su naturaleza de su alma; de este modo, dejaba su naturaleza en Londres, en el andén de la estación, y recogía su alma en Aldleigh, igual que si fuera un equipaje abandonado. ¿Cómo podría explicarle a este chico apasionado que no quería tomar café ni que se sentaran juntos en el tren, y que sí, conocía los diferentes lugares de Essex que podían visitar, pero no le gustaba ninguno? Aun así, se entrelazaron del brazo y subieron al tren.

—A nadie le importa, ¿verdad? —había dicho el joven—. Me pusieron un ojo morado hace unos años, pero estoy seguro de que todo es un poco diferente a cuando tú eras joven.

Luego, con cierta imprudencia que evidenciaba que nunca se había considerado un pecador, le había contado sus ambiciones, penas y venganzas, algo que a los ojos de Thomas resultó insignificante, tornándose todavía más trivial a medida que el tren avanzaba por Stratford, Shenfield y Chelmsford, mientras Aldleigh proyectaba su

sombra sobre la vía. Llegó un momento en el que ya no le fue posible ocultar su rechazo por la compañía del muchacho —así como por su juventud, sus ideas poco desarrolladas, su atuendo y su manera de hablar, aspectos todos que lo marcaban de una manera completamente ajena a su propia experiencia— y, de manera casi imperceptible, la cabeza pelirroja se apartó del hombro de *tweed* para reposar, en su lugar, contra la ventana manchada (al tiempo que en el andén de Colchester una mujer de cejas negras golpeaba ferozmente el cristal mientras exclamaba: *¡Eres un cobarde, Thomas Hart!*).

Al poco, llegaron a Aldleigh, donde asomaba Upper Bridge Road a la vista, y el Jackdaw and Crow; más allá, para aquellos pasajeros que se interesaran por mirar, se extendía un amplio paisaje con una casa blanca hundida en el verdor del césped. El muchacho, debido a su resiliencia juvenil, ya había recuperado su fugaz petulancia frente a una inesperada desilusión, y se mostraba preocupado por sus perspectivas para esa noche, y para las venideras.

—Bueno —dijo Thomas, y rompió su billete y se puso a buscar instintivamente a James Bower cuando salieron bajo el arco del ferrocarril—. Te dejo aquí. —Y le tendió la mano en un rutinario gesto de buena educación.

El muchacho lo miró, se rio y, movido por una especie de rencorosa picardía, besó a Thomas en la boca de forma ruidosa y no exenta de compasión. Acto seguido, con un último abrazo duro y admonitorio, se perdió en medio de la indiferente multitud.

—¡Thomas! —exclamó Anne con entusiasmo, gesticulando hacia el amigo al que vio de pie, con una mirada curiosa y distraída en la acera de enfrente, junto a la estación.

El almuerzo había sido placentero. Habían comido en un *pub* que no se parecía en nada al antro de perdición que había imaginado, aunque la mesa estuviera pegajosa y todo tuviera un desagradable olor a humo. Se había armado de valor para bendecir los alimentos

en silencio antes de comer, y estuvo encantada de explicarle a la atenta Lorna por qué lo había hecho, alegrándose aún más de que le hicieran preguntas sobre Bethesda ante un plato de *fish and chips* acompañado de té.

—Qué maravilloso —había dicho Lorna Greene, y su mirada había adquirido una especie de avidez, como si Anne le hubiera estado mostrando joyas en sus dedos—, qué hermoso es tener fe. La verdad es que te envidio, querida Anne. Me recuerdas a mi madre, que podía recitar salmos enteros (también yo, por supuesto, soy una persona terriblemente espiritual, aunque no diría religiosa). Debes dejarme ir contigo a la iglesia —decía anhelante bajo los párpados pintados de sus ojos—. Siempre he sentido que falta algo en mi vida, y ahí fuera, ya sabes… —Miró con desagrado, por encima del hombro de Anne, a través del ventanal del Jackdaw and Crow, desde el que se veían hombres y mujeres que salían corriendo del tren proveniente de Londres—. Puedes encontrar de todo. —Se estremeció y al hacerlo se produjo un delicado movimiento de su blusa que dejó escapar bocanadas de perfume, y sugería que algo sórdido había cruzado fugazmente su vista.

Así que Anne había salido del *pub* agradecida y con la sensación de haber cumplido con Dios y consigo misma. Por supuesto (dijo), Lorna era bienvenida en Bethesda en cualquier momento. De hecho, al día siguiente iba a haber una reunión de oración. Entonces, de pie entre una multitud desconsolada que regresaba de cumplir sus condenas en oficinas e instituciones, Anne había visto la figura inconfundible de Thomas Hart con su traje de lino beis, rompiendo su billete y frunciendo el ceño por algún problema. Estará pensando en la luna, se dijo Anne; estos días no parece tener nada más en la cabeza.

—¡Thomas! —exclamó, saludando con gusto y con una curiosa sensación de alivio—. ¡Thomas!

Pero el tráfico se interpuso, una mujer nerviosa con un cochecito tapó la vista y, cuando el camino volvió a estar despejado, Anne ya no veía a Thomas.

—Era un amigo mío —explicó, volviéndose hacia Lorna para disculparse—. De hecho, viene a la iglesia. Ya lo conocerás.

—¿Ese hombre? —preguntó Lorna, y se dio toquecitos en el pelo mientras se abrochaba los botones de plástico del abrigo—. ¿Ese hombre alto que te ha dado la espalda?

—Se llama Thomas Hart —dijo Anne—. Escribe para el *Essex Chronicle*.

—¿Y va a tu iglesia? Dios mío…, debería haberlo pensado. —Lorna soltó una curiosa risita encantada, que Anne no pudo descifrar y que su amiga disimuló rápidamente—. ¡Qué maravillosa sorpresa! Bueno, ya veremos. —Besó a la otra mujer con precisión en el centro de cada mejilla—. Ya veremos. Que Dios te bendiga —dijo, como si por ósmosis hubiera adquirido ya los hábitos de habla de Bethesda, y se alejó ágilmente hacia la ciudad con aquellos tacones bajos que no tenían aspecto de ser cómodos. Anne permaneció un momento a la sombra del Jackdaw and Crow, dándose palmaditas en la mejilla. Sintió que Lorna había dejado en ella la huella de su olor infantil y de sus besos secos y expertos, además de una sensación de placer halagador, pero también de desasosiego.

Al salir de la escuela al día siguiente, Grace Macaulay pensó que podría regresar a casa por Potter's Field. Se había encontrado con Nathan cinco veces allí porque habían quedado, o porque (pensaba) la Providencia hacía que sus caminos se cruzaran en determinados momentos y en días concretos. Que se hubieran hecho amigos le parecía natural y milagroso. Desde el momento en que lo vio parpadear detrás de las duras y oscuras filas de los bancos de Bethesda, había sentido que le pertenecía; evidentemente, todo obedecía a la Providencia divina. De este modo, era lo natural que él hubiera acudido a buscarla con su caja de bombones y sus cigarrillos, como también lo era que pasearan juntos si su camino a casa desde la escuela se cruzaba con el de ella, que se sentaran durante media hora en Potter's Field de espaldas a Bethesda, y que

él le enseñara a usar desodorante y chicle para ocultar los efectos de un Silk Cut compartido. No obstante, al mismo tiempo, él parecía provenir de un mundo cuyas leyes, hábitos e incluso ropa resultaban inescrutables y a veces aterradores. Cuando hablaba del Southend United, de *Emmerdale* o de la gloriosa tragedia de la Eurocopa del 96, a ella le avergonzaba admitir que solo captaba el significado de esas palabras vagamente y con esfuerzo. «Apuesto a que bebe Carling Black Label —decía él a veces de manera impenetrable, o—: Hasta la vista, *baby*», y Grace sentía su propia extrañeza y aislamiento con tal intensidad que el día perdía todo su color. A menudo llevaba un *walkman* y un par de auriculares de espuma azul que él sujetaba torpemente contra la oreja de los dos, para introducirla en una música que la inquietaba y emocionaba, en un intento de evocar simpatía por el diablo en su alma baptista. De vez en cuando ella parecía convertirse en el único foco de su interés, y él la interrogaba con la atención de un estudiante que toma notas. ¿Por qué tenía que usar sombrero los domingos? ¿Por qué nunca llevaba pantalones vaqueros? ¿Por qué no tenía televisión? ¿Era cierto que nunca había ido al cine? Cuando ella respondía, decía que o era porque su padre lo decía, o porque lo ordenaba Dios, pero, conforme hablaba, se daba cuenta de que a menudo era incapaz de notar la diferencia.

Ahora había llegado a London Road, el lugar donde estaba Bethesda, así como Potter's Field. Se detuvo entre ambos en la acera, allí donde la verja de hierro de la iglesia daba pie a una inclinada valla de alambre. Dos lugares de culto, pensó, y se volvió desde la iglesia hacia Potter's Field, buscando esperanzada a través de la espesura de budelias y ortigas la reluciente cabeza de Nathan o los parches de colores de su chaqueta, pero no había ni rastro de él allí, al igual que en el este no hay huellas del oeste. Así que todo esto ha sido en vano, pensó ella mirando la indumentaria que había improvisado (una falda negra adornada con una cinta en el dobladillo, un cinturón que en tiempos había sido una borla de cortina, y un colgante de abejas plateadas). Todo equivalía a más o

menos nada, a menos que Nathan lo viera. ¡Qué penoso resultaba todo esto! ¿De verdad las mujeres se construían a sí mismas con las partes que pensaban que las hacían más deseables? ¿Era ese el requisito del amor? De ser así, no estaba dispuesta a aceptar nada de eso.

No había ya cosa alguna entre la maleza y la basura que le interesara, y toda su vida consistía en su decepción. Impotente ante la llegada de su mal genio, pateó una lata aplastada de Red Stripe que había a sus pies. Golpeó un bloque de bovedilla roto y asustó a un par de arrendajos que despegaron hacia Lowlands con el sonido traqueteante de un sonajero. Al parecer, también se asustó otra criatura, que se movió más allá de los arbustos y los helechos, hacia donde crecía un pelado avellano contra el muro. El aire era brillante y claro, pero pese a eso le llegó la sensación de que algo oscuro y furtivo se había instalado en Potter's Field. «Será el fantasma de Lowlands —pensó—, al que tampoco nadie amó». Se estremeció y deseó que Thomas estuviera cerca. Pero entonces vio que en las proximidades se había acumulado basura compuesta de grasientos paquetes de papel, botellas y sucios trozos de tela. ¿De qué le serviría todo esto a un fantasma? Se produjo de nuevo un movimiento, y vio que era una lona azul inclinada hacia abajo como la vela de un barco que se hunde, por donde asomaba también una cartera de cuero. Unas piernas se extendían desde el refugio, y ella se percató del olor de un cuerpo sucio que resultaba particularmente dulce.

—¿Hola? —dijo Grace. Se hizo el silencio en Potter's Field, y más allá del muro de la iglesia—. ¿Todo bien ahí dentro? —Se le ocurrió que tal vez encontrara a algún lastimero vagabundo, que miraría con gratitud y amor a su benévola visitante, toda belleza y amabilidad—. No voy a hacerte daño —continuó ella.

Un hombre salió a gatas. Se levantó. Era altísimo, y vestía un abrigo escarlata dentro del cual se arrebujaba. El efecto resultaba majestuoso, y Grace sintió que la balanza de poder se inclinaba a favor del desconocido. Considerando, sin embargo, que ese era su

territorio, preguntó:

—¿Qué está haciendo aquí?

El hombre no dijo nada. Se estremeció en su abrigo.

—¿Por qué tiembla? —preguntó Grace—. Es primavera (mire: hay narcisos) y no hace frío. ¿Es que está enfermo? —¿Estaría tal vez sordo? Qué mala suerte—. ¿Y bien? ¿Se encuentra mal?

Él negó con la cabeza, y luego se inclinó para juntar ramitas de avellano sobre un montón de mampostería chamuscada. Intentó encender fuego mientras Grace le observaba. El esfuerzo resultó inútil. La muchacha vio el pulgar destrozado y los nudillos hinchados, sobre los cuales la piel estaba tensa y blanca. Había también algo inquietante en las puntas de los dedos… Volvió a mirar: eran curiosamente suaves y bulbosas, con las uñas reducidas a astillas.

—Por el amor de Dios —dijo Grace—, deme eso.

Encendió una llama rápida. La lástima le hacía sentirse impaciente y enfadada. La hoguera prendió. El hombre, que no parecía agradecido, colocó encima una trébede chamuscada y puso a hervir una taza de hojalata con agua.

—¿Necesita algo de comer? —preguntó. Se sentía obligada a ser amable y considerada—. ¿Quiere que vaya a comprar algo?

El hombre le dirigió una mirada de tristeza incomprensible, con unos ojos tan peculiarmente vívidos como los de Nathan, y luego empezó a llorar. Aquello era terrible.

—Déjelo —dijo ella—, nunca sirve de nada.

El agua hirvió. El hombre se preparó una ligera bebida oscura, y se la ofreció a Grace con un gesto que evidentemente esperaba que fuera de rechazo, como así fue. Bebió.

—Me llamo Grace Macaulay. —Se golpeó ligeramente el pecho—. Tengo casi dieciocho años. ¿Usted?

El hombre negó lentamente con la cabeza.

—Está bien —dijo—. No es necesario que me lo diga. ¿Ve ese edificio de allí? —preguntó, y asintió con la cabeza hacia Bethesda. El hombre miró y empezó a llorar de nuevo—. Se llama Bethesda —explicó. Recordó sus lecciones de la escuela dominical—. En el

Nuevo Testamento, Bethesda era un estanque a donde se llevaba a los enfermos para que se tumbaran. Entonces, se esperaba a que vinieran los ángeles, agitaran el agua y los sanaran. Podría decirse que vivo allí. Es mi iglesia.

El hombre contempló Bethesda en silencio.

—¿Vives allí? —preguntó.

Los arrendajos regresaron al avellano y comenzaron a reprender a Grace por sus pecados.

—Por supuesto que no —respondió ella. El fuego se había extinguido—. Vivo en una casa normal y corriente.

Entonces se le ocurrió que, si Cristo pasara por Aldleigh ese día, daría por hecho que ella ofreciera su cama, pero la verdad era que no le apetecía ver en su habitación a ese hombre triste con aquel terciopelo maloliente. Este pensamiento le dolió. ¡Qué difícil era ser buena, cuando en verdad no era amable por naturaleza…, sabiendo además que Dios podría castigarla en cualquier momento; por ejemplo, llevándose a Nathan!

Estaba oscureciendo. Abajo, en el noroeste, apareció una mancha clara. Podría ser el cometa, o bien restos de una nube.

—Creo que debería irse a dormir. ¿Está seguro aquí? Nadie le ve desde la carretera.

El hombre se puso de pie, y su magnífico aspecto de abandono recordó a Grace las imágenes que había visto alguna vez de elefantes despojados de su marfil, tropezando desesperadamente, deshonrados y separados de su tribu.

—Lo siento mucho —dijo, y, para su asombro, se encontró con que ahora ella también lloraba—. Lo siento de verdad.

Esperaba que él no le extendiera la mano, porque era fea y estaba rota y no deseaba tocarla; y él se limitó a hacer una reverencia, con un movimiento tan profundo y cortés, acompañado de aquel suntuoso y brillante abrigo de terciopelo, que ella se echó a reír, y se inclinó a su vez.

—Está bien —dijo—. Mejor me voy. Espero volver a verle.

Dios, pensó, aprobaría su amabilidad, pero no debería haber

reparado en la fealdad de las manos de aquel hombre, y menos aún retroceder ante ellas. Resultaba que su bondad era solo superficial. ¡Con qué facilidad podía dejarla caer y romperla! Frunció el ceño con tanta fuerza que le provocó dolor de cabeza. El cometa estaba a su espalda. Se fue a casa.

Aquella misma noche, al hombre de Potter's Field le despertaron los faros de los coches que llegaban de más allá del muro. Atento en su refugio, vio la puerta de Bethesda abierta y escuchó música, que se desvanecía hacia el semáforo. Mujeres y hombres avanzaban solemnemente por el aparcamiento; parecían compartir una especie de parentesco consanguíneo en su paso mesurado y sus serias sonrisas de saludo. Vio entrar a toda prisa a la chica que lo había visitado, que escudriñó por debajo del ala caída de un sombrero de terciopelo el lugar donde él estaba sentado. La seguía una mujer delgada con un gorro de punto, y un hombre alto cuyo cabello recordaba a un diente de león. Este último miraba a su alrededor como si en cualquier momento algún malhechor fuera a robarle su biblia. Luego llegó un último coche del que se apeó tambaleándose una mujer embutida en una ajustada falda rosa, con altísimos tacones a juego. Se inclinó hacia el espejo del coche y, tras retocarse el sombrero, que conjuntaba con el resto, puso rumbo a la iglesia con paso forzado y obsequioso.

Una vez se hubo ido y el hombre se aseguró de estar solo, salió de su refugio a tropezones porque se encontraba ebrio. Juró en su propio idioma y cayó contra el muro de Bethesda, que cedió bajo su peso como si el mortero estuviera mojado y el constructor se hubiera ido a almorzar hacía poco. El hombre se enderezó con esfuerzo y observó la tapia, que ahora se inclinaba hacia fuera en la hilera superior de ladrillos. La tierra compactada se había movido y agrietado en los cimientos, y, al tiempo que maldecía su propia locura, el hombre removió el barro ayudándose del pie, con la esperanza de ocultar su transgresión. Pero, cuanto más lo intentaba,

más parecía insistir el suelo en abrir una brecha y mostrarle algo. Y, efectivamente, resultó que había algo digno de ser mostrado en el lugar donde la raíz de un avellano atravesaba la última hilera de ladrillos. El hombre, exclamando para sí, se arrodilló con sonidos que no constituían tanto una maldición como un ruego. Había visto, avivado por la luz de la calle, un objeto brillante, artificial e inverosímil, que parecía llamarle como por un acto de voluntad. Excavó en el suelo, cosa que no fue fácil para él. Levantó las manos, a las que reprendió, y empezó de nuevo. Pronto fue posible distinguir la esquina de una caja de metal, enterrada por error o intencionadamente en los cimientos del muro, con una tapa poco honda sellada por el barro. Empezó a tirar de ella, pero no encontraba por dónde cogerla y, además, tenía las de perder contra la huraña arcilla de Essex. Entonces, una a una, las luces de London Road se apagaron, y el brillo del suelo desapareció. El hombre suspiró, se levantó y regresó a la lona y al trozo de alfombra. Lo intentaría de nuevo al día siguiente. El día siguiente lo haría mejor.

Thomas Hart estaba de pie en la lúgubre cocina del *Essex Chronicle* preparando un té y pensando en James Bower. Había diarios esparcidos por doquier, pero Thomas no prestó atención a las amenazas de huelga del Sindicato de Bomberos, ni a los folletos de odio racial que habían circulado en Harlow, y tanto le daba que el actual primer ministro estuviera con toda probabilidad calculando el coste de retirar sus muebles de Downing Street (se encontraba todavía en Lowlands, enclaustrado en la niebla, atento al olor de un cuerpo limpio vestido con un abrigo barato). De repente, se dio cuenta de que había algo abyecto en la enrevesada devoción de sus pensamientos y se estremeció como cuando un perro se sacude la lluvia. Entonces, más allá del límite de su visión, vislumbró un movimiento en la cocina. Se imaginó a Maria Văduva jugueteando con los botones nacarados de su puño de seda negra, después de haberlo seguido con empecinamiento desde Lower Bridge Road. *Me pregunto si tienes debilidad*, decía ella, *por lo que no puedes alcanzar*.

—Evidentemente —respondió Thomas.

Entonces, en otro despacho, alguien encendió la radio, y una risa tonta acabó tanto con Maria como con el deseo. Thomas se dio una sacudida a modo de reproche y, al girarse hacia la puerta, se sorprendió al encontrar a una chica silenciosa, que permanecía de pie en la entrada de la cocina. La luz fluorescente daba un tono sulfuroso a su holgada ropa blanca y a su tez marcada por manchas que se extendían desde la mejilla izquierda hasta el cuello. Parecía asustada.

—Buenos días —saludó Thomas. La tetera hirvió. Él sirvió el agua —. ¿Le apetece tal vez una taza de té?

Ella lo miró fijamente con una especie de miedo insolente. Sus

pupilas estaban dilatadas hasta el borde de su claro iris, y despedía el olor agrio de un cuerpo descuidado.

—¿Ha venido a ver a alguien en particular?

La muchacha hizo un pequeño ajuste en la postura de su cabeza. Thomas interpretó que eso significaba que así era y que lo había encontrado.

—Está bien —prosiguió Thomas—. ¿Por qué no viene a mi despacho y me cuenta por qué está aquí?

Se dio la vuelta y, con un aire despreocupado, puso la tetera y las dos tazas en una bandeja, y la llevó por el estrecho pasillo que llevaba a su despacho. Allí se sentó y contempló a la visitante.

—Démosle uno o dos minutos —dijo—. Tome asiento donde quiera.

Debía de tener unos veinte años. Con el pie apoyado en la alfombra, movía la pierna de forma nerviosa. Su aspecto era el de un animal que tan pronto podía salir corriendo asustado como saltar hacia él.

—Tal vez tenga una historia para mí —dijo, y le acercó una taza. Una lenta gota de sangre asomaba desde el peor de sus granos—. Soy escritor, ya ve. Escribo en el periódico. Supongo que ha venido por eso.

La chica frunció el ceño ante aquel comentario mordaz. Entonces, tomó una libreta del escritorio y arrancó una hoja de papel. Miró a Thomas en silencio y dibujó el símbolo que habían pintado en la puerta de Bethesda, y en la pared y los escalones de Lowlands House.

—Ah —dijo Thomas—. Ya veo. Fue usted. Pero ¿qué ha estado haciendo en Lowlands?

—Vivo allí.

—Debería vivir en otro lugar. El techo no es seguro. La humedad es tremenda. Podría disolverse en ella.

—Ningún lugar es seguro —respondió—. Usted mismo lo dijo. Lo leí en el periódico. Vi su nombre. Mencionó malos augurios. Oscuras compañías.

—Comprendo —dijo Thomas.

El símbolo se desmontó y se rehízo, y tomó la forma de un cometa que desciende por su órbita y es atravesado por una cruz.

—Sí, ahora lo entiendo: todo esto tiene que ver con Hale-Bopp.

Comprenderlo amplificó el nerviosismo de Thomas. La grasienta huella del pájaro en la ventana se estremeció.

—Nunca había oído hablar de eso —dijo la chica, temblando en su silla—. Jamás pensé en algo así. Hay muchas cosas que dan miedo aquí abajo, ¿no?, muchas formas de hacerse daño…, pero ahora está en todos los periódicos; solo nos quedan unos días.

—En realidad no hay nada que temer. Se acercará a nosotros, eso es todo. Pasará entre la Tierra y el Sol a una distancia inmensa…

—Pero usted habló de gases venenosos y de pestilencia…, ¡de guerras y rumores de ellas! Es mejor quemarlo todo ahora —dijo, y buscó en su bolsillo— y que nos vayamos antes de que todos enfermemos y muramos.

—Todo eso es solo superstición —repuso Thomas—. Son simplemente los miedos de los niños y de las personas que piensan como ellos.

Vagamente, sin embargo, como si fuera un recuerdo lejano y no un pensamiento recién llegado, se sorprendió al recordar que últimamente había tenido la sensación de que el mundo se inclinaba un poco más sobre su eje.

La muchacha sacó con dificultad un puñado de papeles del bolsillo, los arrojó sobre la mesa y se frotó las manos imitando el movimiento de una mosca. Thomas miró los documentos. Estaban desgastados y doblados, y a la luz de la lámpara de su escritorio distinguió una letra conocida escrita con tinta familiar que decía: «Nada me impide confesarme ante mí misma: M. V.».

—¿Qué es esto? ¿Qué está haciendo con estos papeles? Estas son las cartas de Maria Văduva. Usted las ha robado.

—Le vi —dijo—. Estuve observándole; le vi con ese hombre. No creo que sepa lo que está por venir. No creo que tenga la menor idea. Es mejor que lo quememos todo…

Acto seguido sacó un encendedor de plástico del bolsillo y prendió

fuego al papel. Thomas observó las brasas y el hilo de humo con sorpresa muda.

—¿Qué está haciendo? —preguntó—. ¿Qué ha hecho?

Cenizas ardientes volaron sobre el escritorio, a las que él dio unas palmaditas. El fuego se había consumido y la carta se había convertido en aire ilegible.

El cuerpo de la joven estaba ahora rígido y sereno.

—Es mejor quemarlo —dijo, y miró el cielo embarrado que asomaba por entre las lamas de plástico de las persianas—. Mejor que toda esta espera.

Ella se puso de pie y la mirada que le lanzó entonces fue aterradora, porque era amable. Cuando se fue, la escuchó murmurar ensalmos para sí misma hasta que su voz desapareció, tapada por el sonido de la radio cercana.

Thomas permaneció largo rato con la mirada fija en la puerta.

—¿Qué está pasando últimamente? —se preguntó, con una especie de desesperación exasperada—. Ni que estuvieran poniendo algo en el agua estos días. ¡Menuda farsa! —dijo, temiendo que en realidad todo hubiera sido un absurdo (Maria Văduva y sus cartas enloquecidas, la llegada de James Bower y la intimidad de las habitaciones abandonadas en una casa en ruinas).

Fuera se estaba levantando viento, que cruzó el alféizar de la ventana, alcanzó las cenizas que había encima del escritorio y removió con cuidado un trozo de papel que había salido, como Daniel, intacto del fuego. El papel se desplazó unas pulgadas hacia Thomas.

—Ah —dijo—, gracias. —Y lo cogió. Era el segmento cuarteado de una mancha informe, contenido dentro de un círculo dibujado en tinta con precisión infantil, y bordeado de letras escritas con pluma. El fragmento que había quedado de la firma MARIA VĂDUVA aparecía truncado por el borde rasgado del papel—. Gracias —repitió Thomas, y sonrió ante su propia imbecilidad.

Sin embargo, al examinarlo, las letras del borde se hicieron más grandes… y parecieron mostrarse ante él realmente.

Entonces lo entendió todo. Esto le sorprendió con alegría, a la que su cuerpo reaccionó sonrojándose. El viento amainó. Thomas dio vueltas una y otra vez al documento, y allí ya no vio los amorfos garabatos de una mujer desgraciada, sino el lugar donde nacen las estrellas. Cogió el teléfono.

James Bower nunca se había molestado en imaginar cómo vivía Thomas Hart, pero al día siguiente, cuando llegó a Lower Bridge Road, se le ocurrió que todo era tal y como cabía esperar. Era consciente de un interés más o menos antropológico, como si el otro hombre fuera habitante de una provincia de la que nadie más hubiera oído hablar. ¡Y qué raro era hacerse amigo de alguien a los cincuenta años, cuando las cartas de la vida ya estaban repartidas! Con cariño, su esposa había empezado a llamar a Thomas «tu fantasma», diciendo que, después de todo, ella nunca lo había visto, ni tampoco sus amigos y conocidos; de hecho, sospechaba que su marido deambulaba por los terrenos de Lowlands en compañía de un espectro con zapatos de cuero calado. Porque era un asunto extraño, ¿no?, pensó James. Ningún otro hombre escribía cartas cuando bastaría con una llamada o un correo electrónico, ni invitaba a amigos a almorzar las tardes de los días laborables. Pero, como todo lo que Thomas llevaba, decía y hacía parecía extraño, aquello no resultaba en conjunto más raro que su propia existencia.

Ahora James estaba sentado en una habitación en penumbra en Lower Bridge Road, donde nada le resultaba sorprendente. Las lámparas duplicaban su luz sobre la superficie pulida del aparador y la mesa, y unos tulipanes blancos se desplomaban sobre el borde de un jarrón. La primavera asomaba ya en las calles, pero la chimenea estaba encendida a fin de dotar a la estancia de un ambiente acogedor, y los azulejos que flanqueaban el fuego estaban decorados con flores doradas que parecían a punto de abrirse. No había equipo de música ni televisión a la vista, sino solo libros de todo tipo imaginable amontonados por doquier, y, en la esquina más

alejada de la mesa, un costoso ordenador portátil, que a James le resultó un tanto malévolo por encontrarse claramente fuera de lugar. De vez en cuando, un tren que partía de Aldleigh hacia Londres hacía tintinear los cuchillos y tenedores, lo que despertaba en James momentos de inquietante lucidez. Después, se sometía de nuevo a los lánguidos efectos de la fragante habitación y de la agradable y melodiosa voz de Thomas.

—Dímelo otra vez —pidió—. Explícame qué crees que significa.

—Significa que Maria Văduva no estaba loca. Mira —dijo Thomas, y le entregó a James el trozo de papel chamuscado con la mancha negra—. ¿Ves donde escribe «M42»?

—Ya nos fijamos en esto antes (pensamos que era una fecha, pero mal escrita).

—Sí, ¡pero ella no se había equivocado en nada! Debería haberlo visto antes. Todo es culpa mía. «M42» hace referencia al catálogo Messier, que enumera los objetos del cielo profundo descubiertos por el astrónomo Charles Messier. Messier 42 es la nebulosa de Orión, que es visible incluso con prismáticos en el centro de la espada de Orión. No son garabatos dementes de una mujer que sufre por amor: ¡es la imagen de un lugar donde nacen las estrellas!

James miró de nuevo el papel.

—Sí —afirmó—, lo entiendo. —Aunque era mentira. El dibujo, con tan mala luz, seguía siendo tan inescrutable como siempre.

—Algún día lo entenderás —dijo Thomas—. Mira… —Con un gesto inconcebible en cualquier otra habitación, y en cualquier otro hombre, levantó el dedo de James y describió una suave curva en el centro del círculo—. Eso es lo que llaman bucle de Barnard —explicó.

James separó rápidamente el dedo del papel e hizo una pausa antes de hablar. Entonces, volviendo a un enfoque profesional de los hechos, preguntó:

—¿Crees entonces que Maria Văduva era astrónoma y que a esto es a lo que se refería cuando decía que cazaba de noche?

—Astrónoma —afirmó Thomas, tan orgulloso como si en ese momento hubiera acuñado la palabra y concebido la profesión—. Sus

dibujos son de estrellas, pero los mirábamos a través de nubes.

Se dirigió a la cocina, al tiempo que un tren partía de Aldleigh hacia Liverpool Street y hacía tintinear los cuchillos. James se preguntó si debería volver al museo y seguir con otros asuntos, pero Thomas entró con pan caliente y queso de cabra derretido sobre papel encerado, y decidió entregarse de nuevo a los lánguidos efectos de la tarde.

—Hemos encontrado ya tres lentes —dijo James, saboreando lo que se le daba—, que pensábamos que provenían de gafas. ¿Puede que tal vez tuviera un telescopio?

—Por supuesto —dijo Thomas mientras servía vino—. Ella no podría haber visto Messier 42 con tanto detalle con nada menos que un objetivo de seis pulgadas.

Dejó la botella y miró a James con una de sus repentinas sonrisas de disculpa, como si le hubieran pillado cometiendo alguna pequeña falta.

—Ya ves —añadió—, estoy aprendiendo.

—Messier —dijo James—. Thomas, ¿recuerdas con qué frecuencia escribía sobre un tal M. que parecía haberle roto el corazón? ¿Se trata de este hombre?

Otra sonrisa asomó de nuevo a modo de dispensa.

—Me temo que no. Charles Messier nació en el siglo XVIII, y en tiempos de Maria ya estaba muerto. Fue testigo de un gran cometa a la edad de trece años. Este cometa lo pudieron ver de día a simple vista el rey y sus cortesanos, los labradores cercanos y las bestias del campo, y se dice que poco después del perihelio desarrolló seis colas que pudieron verse sobre el horizonte del amanecer como un abanico abriéndose.

Hablaba contento con las mismas frases largas y bien puntuadas con las que escribía, y el efecto en James fue el mismo que el del vino: no pudo resistirse y se rindió.

—Charles se enamoró —explicó Thomas— y consagró su vida a la búsqueda de cometas. Pero los cielos están llenos de objetos distantes y borrosos que podrían tomarse por cometas y, como

todos los astrónomos, se volvió propenso a pensar que había encontrado lo que amaba, y luego lo único que descubría era que estaba equivocado. Así que se dedicó a hacer un catálogo de todas las galaxias y nebulosas que era posible ver, y le dio a la nada aérea un asentamiento local y un número. Toma más pan mientras esté lo suficientemente caliente como para que se derrita la mantequilla.

—Así que no es que este lugar aquí esté borroso —dijo James, examinando el papel nuevamente—, sino que es una nube de luz sobre un fondo oscuro. Pero todavía no tenemos idea de quién pudo haber sido ese tal M., ni de qué pasó con Maria. ¿Dónde descansa su cuerpo? ¿En qué lugar está su telescopio? He visto los inventarios. No se menciona nada al respecto. Deberíamos regresar y mirar.

—Sí —dijo Thomas—. Deberíamos ir a mirar.

—Y dices que no estaba loca —prosiguió James, considerando los cargos históricos contra Maria Văduva a la luz de nuevas pruebas—. Pero ¿no dijo que vio al diablo en su ventana y quiso salir a su encuentro?

—No era el diablo —respondió Thomas—, sino Lucifer. ¿Te has dado cuenta de que ella lo vio por la mañana? En latín, *lucifer* significa «portador de luz»; el equivalente en griego sería Fósforo, «el portador del amanecer». Así que creo (¿estás seguro de que no vas a beber más vino?) que es posible que lo que Maria viera fuera el planeta Venus, que sale por la mañana y es el heraldo del amanecer, y que incluso a través de un telescopio decente parece la imagen desenfocada de una perla. Y lo que me pregunto una y otra vez —dijo, y juntó las manos detrás de la cabeza y exhaló un suspiro — es si lo que su estatua sostenía era un telescopio, y si ese telescopio está ahí abajo, en el fondo del lago.

James se fijó en el azul claro de la camisa bien planchada y el cinturón estrecho por donde se remetía. De repente, la habitación se volvió sofocantemente pequeña y cálida, los muebles parecieron arrastrarse hacia él a través de la alfombra, y el olor rancio del queso y de los tulipanes mustios le revolvió el estómago. Sintió que su visión del día se alteraba abruptamente, como si lo hubieran

arrojado contra la pared más alejada y lo hubieran obligado a adoptar una perspectiva diferente. Deseó estar en su despacho del antiguo ayuntamiento y anheló volver a casa. Imaginó que su esposa pensaría en ambos con cariño y diría: «Deberías sacarlo a la calle, parar a un desconocido y preguntarle: "¿Ve a este hombre de aquí, o estoy yo solo?"».

En ese momento, Thomas regresó a la mesa, y abrió uno de los cuadernos verdes que estaban allí apilados.

—Examinemos los hechos nuevamente. En primer lugar, sabemos que Maria Văduva no desapareció antes de agosto de 1888, que fue cuando se hizo la fotografía de Bethesda. Nos consta además que disponía de un telescopio e hizo varios dibujos astronómicos, que en su mayoría se han perdido, junto con su instrumento. Tenía también una amiga, C., que vivía en Londres, a quien escribía a veces. Y, por último, que le rompió el corazón ese tal M., quien quizá amaba a una mujer llamada Veronica, aunque no podemos esperar identificarlo. Supongo —dijo Thomas, frunciendo el ceño— que al marido de Maria no le habría gustado eso.

James, riendo y aliviado de poder hacerlo, dijo:

—¡Estoy seguro de que no! Los maridos —dijo burlándose de sí mismo— pueden ser muy convencionales en lo que a sus esposas se refiere.

Thomas reaccionó a esto con una mirada tan cálidamente cómplice que James se vio obligado a actuar con brusquedad.

—Me llevaré esto —dijo, y guardó el dibujo en la carpeta que había traído—; estará a salvo conmigo. Haré que lo fotografíen, lo cataloguen y lo traten como un tesoro. Y habrá más, de seguro que habrá más, tal vez incluso un diario. Y un cuerpo, tal vez, si tenemos suerte.

—Casi espero —dijo Thomas (estaba recogiendo los platos sin mirar a James)— que nunca lleguemos al final, ya que ese sería el fin de la aventura. ¿Tienes que irte ya?

—Sí —respondió James—, o no habrá manera de que se haga nada en Lowlands. Tengo que comprobar que mantenemos la casa segura

antes de que esta mujer la queme hasta los cimientos. ¿Dónde está mi abrigo? Y ¿qué hora es?, ¿la que marca ese reloj?

El fuego de la chimenea se convirtió en brasas.

—En efecto. Te acompañaré a la ciudad.

Así pues, Thomas Hart bajó por Lower Bridge Road con James a su lado y levantó el rostro hacia las enmarañadas nubes.

—Has sido muy amable por venir —afirmó, cuando en realidad habría querido decir: «Por favor, vuelve a verme pronto».

—Dios mío —dijo James (se acercaban al antiguo ayuntamiento, de donde salía una triste música)—. ¿Esa es la gente con la que vas?

Había un grupo de hombres y mujeres de pie junto al monumento a los caídos. La corona de amapolas del año pasado, destrozada por el mal tiempo, se pudría a sus pies; las mujeres y los hombres cantaban a un tiempo. Thomas experimentó ese anhelo habitual por lo sagrado del que nunca se había librado. Ahí estaban el diácono mayor (pensó esto con cariño) y el pastor; ahí estaba Anne Macaulay con un nuevo sombrero negro. Entonces, entre los rostros familiares que mostraban sus habituales miradas de paciente piedad, vio a una mujer de pie con un abrigo rosa de amplia falda, cogida del brazo de Anne. Le resultaba conocida, con la incómoda familiaridad de algo que se recuerda en un sueño. Su cabello rubio resistía al viento que pasaba las páginas de su himnario, y mientras cantaba bajaba los párpados pintados con piadoso sentimiento.

—La he visto antes —dijo Thomas—, caminando con Anne por Lowlands Park, y me pregunté…

No podría haberle explicado a James lo extraño que era ver a Anne Macaulay relacionarse con una mujer que podría haber sido construida como un maniquí para demostrar todas las cosas malvadas que Bethesda consideraba mundanas. Sus finas medias se tensaban sobre los prominentes huesos del tobillo. La falda de su abrigo se abrió y reveló la cara interna de sus muslos bajo un dobladillo floral.

—«Hay una fuente llena de sangre —cantaba, como si estuviera al borde de las lágrimas artificiales—, extraída de las venas de Emmanuel». —Y a su lado Anne Macaulay, sonrojada de orgullo o de humillada valentía, tendió la mano a un transeúnte descuidado y le entregó un folleto evangélico.

—Qué cosa tan rara, cantar sobre toda esa sangre —dijo James.

Pero, mostrándose inclinado a mirar, se retiró a la entrada de una zapatería. Thomas, al descubrir con vergüenza que no quería ver ni que le vieran, se alejó con él.

—Supongo que son mi gente, y siempre lo serán.

—«He aquí que habéis pecado contra el Señor». —Estas eran las palabras de advertencia del pastor al hombre que salía del quiosco liándose un cigarrillo, y a los escolares que se chinchaban unos a otros junto a la furgoneta de las hamburguesas. Mientras tanto, Anne y el diácono mayor repartían sus folletos implorando a Aldleigh que huyera de la ira venidera.

—Aun así —dijo James, y miró su reloj—, aquí nadie les hace mucho caso. Supongo que lo habrán visto antes. Debo irme ya. —Pero frunció el ceño y salió del toldo para tener una vista más clara —. ¿Has visto eso? ¿Qué pasa?

Thomas vio al pastor estremecerse, hacer un amago de movimiento hacia la izquierda y seguir hablando. Luego, por encima del predicador y de la multitud, se escuchó nítidamente el sonido de algo que golpeó el pavimento. Thomas, buscando confundido de dónde provenía aquel ruido, vio, entre las mujeres que llevaban carritos de la compra y las niñas que hacían balancear sus carteras con una sola correa, a una mujer joven que, de pie, a cierta distancia del monumento a los caídos, sostenía un retazo de tela clavado a un trozo de madera extraído de un palé de carga. Era una pancarta chapucera, ya casi deshecha, cuyo mensaje resultaba ilegible. Había pintura negra en la madera y en la ropa de la mujer, cuyo estrecho cuerpo se estremecía con determinación.

—¿Es ella? —preguntó James—. ¿Es esa la mujer de Lowlands?

—Así es —afirmó Thomas.

Sostenía la pancarta en su mano izquierda, y con la derecha sacaba pequeñas piedras de su bolsillo y las arrojaba contra el monumento a los caídos con mala puntería.

—Loca como un cencerro, la pobrecita —dijo James, divertido—. Tengo que irme ya.

Y, mientras tanto, la mujer de rosa le dio la espalda a Anne Macaulay y se dirigió hacia una cabina telefónica en busca de refugio. Anne, valiente e insegura, se mantuvo firme. Una piedra cayó junto a su zapato. Ella hizo caso omiso. En el ínterin, la gente había comenzado a juntarse.

—Díselo tú, cariño —dijo un hombre que, no obstante, tomó un folleto del diácono mayor con un gesto de gratitud—, ¡díselo tú! —Pero en realidad la mujer no le decía nada a nadie, sino que solo siguió de pie en el éxtasis del terror convocado por el cometa, por ella misma, y por todas las ansiedades de una criatura que nunca había pedido nacer.

—«Desde ese momento —continuó el pastor, sin levantar la vista de su biblia— Jesús comenzó a predicar y a decir: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca"».

Señaló la nube, que había adquirido un color verdoso. La mujer agitó su pancarta, pero no tenía más piedras que tirar. El pastor no dijo ni hizo nada. Daba la impresión de que una religión antigua y una nueva se enfrentaban, luchando por todas las almas de Essex. La nube verdosa se oscureció, y las colegialas, gritando, corrieron en busca de refugio. Thomas escuchó de nuevo el crujido de pequeñas piedras sobre una superficie dura, y vio que había comenzado a granizar. El pedrisco golpeó por igual a santos y pecadores y levantó brillantes montículos sobre los escalones del monumento a los caídos. El aire alterado estimuló a la mujer de la pancarta, que inclinó la cabeza y, con el bramido de un toro agitado, cargó hacia el lugar donde se encontraba el pastor, pero este estaba tan atento a la palabra de Dios, y el ruido del granizo que silbaba sobre las aceras era tan grande, que no se dio cuenta.

—«Le trajeron a todos los enfermos —proseguía, con grave

entonación—, y los que estaban poseídos por demonios, y los lunáticos…».

Thomas, pensando que debía evitar un accidente, salió de su escondite y se encaminó hacia el pastor, pero en el último momento la mujer alteró su rumbo y echó a correr calle abajo entre la multitud, con la pancarta ondeando en lo alto, como una vela rota en una nave de locos. Así, liberado de su deber y avergonzado por sentirse aliviado, regresó al refugio de la zapatería.

—En realidad, esto no tiene nada que ver conmigo —dijo—. Las reuniones al aire libre no son algo que yo haya hecho nunca. — Entonces, se dio cuenta de que estaba solo.

James Bower se había ido; había regresado a la vida de la que Thomas no sabía nada y que no habría sido capaz de adivinar cómo era.

Finales de marzo, última hora de la tarde. El gran cometa flotaba invisible en algún lugar al norte del Sol. La columna amarillenta de su cola de polvo se inclinó con la curva de su órbita, y un chorro de gas azulado brotó tan recto como si comprendiera perfectamente los postulados de Euclides. Mientras tanto, Grace Macaulay, que había cumplido dieciocho años de madrugada, se contemplaba complacida en el espejo. Se había hecho ella misma su vestido, que era rojo como la cuerda que la ramera Rahab había colgado de su ventana. Su rostro, sin embargo, estaba despojado de todo adorno, ya que ninguna hija de Bethesda jamás se pintaría la boca ni los párpados como Jezabel (que terminó devorada por los perros, toda ella, salvo las palmas de las manos y las plantas de los pies). Grace, sintiendo en ese momento que cambiaría la paz eterna por una barra de carmín, se mordió los labios para intensificar su color, y se sumió en la desolación. Era su decimoctavo cumpleaños, y todo lo que se le ofrecía era un paseo por el Blackwater con sus dos únicos amigos y un té con su peculiar familia. En días como este, otras chicas celebraban fiestas en las que vestían vaqueros y retazos de tela que dejaban al descubierto sus pechos y clavículas, donde bebían hasta enfermar y bailaban con música sin palabras, y todo estaba impulsado por el sexo, pecado que se le antojaba como una especie de necesidad hacia la que avanzaba impotente. Algunas chicas que conocía bailaban metidas en jaulas en discotecas (nadie sabía decirle por qué) y adelgazaban (se decía) gracias a la cocaína; otras habían interrumpido embarazos que no deseaban, o se habían tatuado polillas o mariposas en las nalgas. Todo esto le parecía deplorable y glamuroso al mismo tiempo, y parte de una vida a la que nunca tendría acceso. Grace no había bailado nunca, y siempre iba a la iglesia con la cabeza cubierta para mostrarse decente ante Dios y

ante los hombres. «Quiero ser buena —pensó—, quiero servir a Dios» (pero cómo cuesta y qué agotador es, aunque al menos ahora podía decirse que sabía sostener un cigarrillo e inhalar el humo sin ahogarse, porque Dios había hecho que Nathan rompiera la ventana de Bethesda).

Oyó a su tía llamarla desde el pie de las escaleras, como si detectara a través de las tablas del suelo la dirección de los pensamientos de su sobrina. De este modo, Grace, sonrojada de vergüenza, bajó las escaleras corriendo y se tropezó con el dobladillo del vestido mientras escuchaba cómo los puntos se rasgaban en las costuras.

Anne Macaulay sonrió con tímido afecto ante el vestido escarlata.

—Están aquí —dijo—. Ya han venido.

Grace besó a su tía de forma mecánica y vio a Thomas erguido en una silla del comedor y a Nathan a su lado. Este último parecía casi vibrar por el esfuerzo de permanecer en su asiento.

—Hola —dijo.

Llevaba gafas, que oscurecían el color y la claridad de sus ojos y le hacían parecer menos digno de admiración, por lo que Grace sintió que la balanza de poder se inclinaba ligeramente a su favor. Grace rio, hizo una reverencia y extendió su pequeña mano hacia ellos.

—Feliz cumpleaños, niña desdichada —dijo Thomas. Sostenía en la mano una caja de cuero, lo cual resultaba prometedor.

—¿Eso es para mí? —preguntó ella.

—Para ti es —respondió Thomas, y la observó descubrir un mellado y delgado anillo de oro con pequeñas piedras engastadas.

Grace sintió que, si alguna vez hubiera visto que otra mujer lo llevaba puesto, se lo habría robado.

—Es lo mejor que he tenido nunca —dijo, y le dio a Thomas uno de sus fuertes abrazos.

Luego, dejando de lado a Nathan ante tanta novedad, se sentó con las piernas cruzadas a los pies de su viejo amigo y se apoyó con irreflexivo afecto en su rodilla.

—No me costó gran cosa —dijo Thomas, esquivando una mirada

preocupada de Anne—. Lo vi por casualidad en Londres y quien me lo vendió no tenía ni idea de lo que valía. Las piedras forman la palabra «AMADISÍMA» (amatista, malaquita, ágata, etc.) porque eso es lo que eres.

Pronunció este homenaje sin azoramiento y, acto seguido, con tímido afecto, le dio dos palmaditas a Grace en la cabeza, como si fuera un perro que le hubiera complacido.

—Yo no te he comprado nada —dijo Nathan, con el buen humor de un pecador ya absuelto—. Se me ha olvidado.

Entonces entró Ronald Macaulay acompañado de un aura de santidad que parecía desprenderse de los pliegues de sus pantalones. La atmósfera pareció aclararse, como si la habitación hubiese ascendido hacia el cielo.

—Ah —dijo—, señor Hart, va a llevar a estos dos jóvenes a Aldwinter, ¿verdad? Qué amable.

No miró a Nathan, a quien parecía haber aceptado como si hubiera recibido un mueble nuevo que podía tolerar, pero que nunca usaría. Entonces, deseándoles una buena excursión, volvió a su habitación con gratitud.

—No supone ningún problema —dijo Thomas a Anne, que había vuelto de la cocina—. Hace tiempo que quería ir para escribir sobre el lugar.

—¿Se lo has contado? —preguntó Anne—. ¿Sabe lo que la vas a llevar a ver?

—No tengo ni idea —dijo Grace, al tiempo que daba vueltas al anillo una y otra vez—. Nadie me cuenta nada nunca. Estoy siempre en la más absoluta oscuridad.

—Venga —dijo Nathan, y se deshizo de la casa como si fuera un abrigo—, vámonos. —Miró a Grace y examinó su vestido como si acabara de verlo—. Se te va a llenar de barro —dijo—. Hay que ver qué tonta estás.

Se dirigieron a la costa de Essex, a través de polígonos industriales,

centros comerciales y plantas de fabricación de maquinaria agrícola. En el asiento del copiloto junto a Thomas, Nathan buscaba música que no se hubiera escuchado nunca bajo el techo de Ronald Macaulay. Detrás de él, Grace prestaba devota atención a la letra y observaba con igual veneración el movimiento de los hombros de Nathan y el delicado hueco de su nuca. «Me he enamorado —pensó —, eso es lo que ha pasado. Menudo desastre. No puede terminar bien, no hay manera de evitar que esto me haga daño». Entonces, al otro lado de la carretera vieron un cernícalo, que Thomas contempló divertido.

—Mirad —dijo, reduciendo la velocidad del coche—, un cernícalo.

El pájaro se inclinó, y el corazón de Grace lo hizo con él; era consciente de que la estaban empujando a sentir algo que no quería sentir. El cordón de seda que llevaba a modo de cinturón comenzó a apretarle de repente, y se le hacía difícil respirar. Deshizo el nudo, para volver a atarlo después.

—Apaga la radio —pidió—, apágala; me duele la cabeza.

—Ya falta poco —dijo Thomas.

El obediente Nathan apagó la música. Dejaron atrás aldeas en las que se interponían modernas viviendas adosadas entre cabañas de paja rosa y campos en los que las torres de alta tensión retrocedían en hileras hasta un distante punto negro. Al cabo de unos minutos ya no se veían más casas, y hacía mal tiempo en el Blackwater, un río lento y marrón, de marismas medio hundidas.

—Ya hemos llegado —dijo Thomas.

Los había llevado por una estrecha carretera, que terminaba en la niebla que durante todo el día se había ido acumulando en las zanjas y hondonadas, y que producía un amortiguado silencio. «Hace frío aquí fuera —pensó Grace—. La primavera nunca llegará tan lejos».

—Puede pasarnos cualquier cosa —dijo Nathan, sonriente y tranquilo—. Un granjero podría dispararnos por asustar a sus cerdos, y por la mañana se habrían comido nuestros cuerpos.

Salieron del coche y se quedaron de pie bajo un roble del que caían gotas de agua.

—Thomas —preguntó Grace—, ¿nos hemos perdido?

—¿Oís eso? —respondió Thomas—. Es un zarapito, creo, puesto que dicen que suena como un canto bajo el agua… Vamos. ¿No confiáis en mí?

Comenzaron a caminar. La niebla cada vez más espesa se abrió para acogerlos y se cerró tras ellos. Grace descubrió que, en realidad, no confiaba en Thomas, ni en Nathan, ni mucho menos en los empinados y resbaladizos márgenes que pisaba. Intentó respirar hondo para reconfortarse, pero descubrió que no podía y se vio invadida por un miedo cerval. Nathan caminaba hacia la bruma que se disipaba delante de él. Grace lo contempló y se admiró de su estatura. El miedo y el placer la recorrieron como una corriente alterna, y el anillo se deslizó en su dedo adelgazado por el frío.

—Fijaos —dijo Nathan, que nunca veía nada extraño en el mundo que le rodeaba—. ¿Veis? —señaló—. Está saliendo el sol.

Así era, y en aquella débil luz, él y Thomas parecían normales y corrientes, lo que hizo que Grace se sintiera avergonzada.

—Ya hemos llegado —dijo Thomas. Extendió los brazos—. Aquí estamos: Aldwinter y el límite de Essex.

A través de la niebla que se desvanecía, Grace vio que habían llegado a una explanada de césped desierta, donde la hierba alta cedía paso a tramos negros y húmedos de barro. Un puñado de casas victorianas se miraban en silencio. Tras ellas, nuevos bungalós blancos se apiñaban contra el suelo.

—Bueno, feliz cumpleaños —dijo Nathan mientras presionaba a Grace con el hombro—. ¿Crees que habrá algún *pub* por aquí? Apuesto a que él bebe —dijo, y miró a Thomas, con sus orgullosos dieciocho años de sabiduría mundana—. Estoy seguro de que le apetece.

Grace examinó la explanada de césped. La bruma alteraba la perspectiva: no se veía lo grande que era el prado ni dónde terminaba. Aun así, dio un paso adelante, acompañada de la servicial neblina. ¿Era posible que, después de todo, no estuvieran solos?

—¿Podéis ver eso? —preguntó.

—Solo es niebla —respondió Nathan—. No hay absolutamente nada.

Thomas, a cierta distancia, escribía algo en su cuaderno.

—¿Cómo es que no lo veis? —insistió Grace, sintiendo que empezaba a perder la paciencia—. ¿Me lo decís en serio?

Señaló un lugar donde la bruma se acumulaba en medio del prado, y a través de ella le pareció distinguir una forma oscura, alta e irregular, con la parte superior difuminada bajo la llovizna, y una masa negra que se extendía a sus pies.

—Mierda —dijo Nathan—. ¿Qué es eso? —Se tapó la boca con las manos y lanzó una especie de clamor invocador.

—Basta ya —dijo Grace, perdiendo los nervios. Caminó hacia la cosa alta y negra. Era el único punto fijo en un mundo fantasmagórico, y su quietud parecía la de una criatura salvaje domada—. ¿Hola? —pronunció, pensando tontamente que se trataba del hombre de Potter's Field que se había quitado el abrigo escarlata, se había puesto uno negro y había crecido de manera inexplicable.

—¿Grace? —No supo distinguir si quien preguntaba era Nathan o Thomas. Ambos eran una sola cosa, que se acercaba rápidamente.

El sol salió y disipó la opacidad del aire al revelar el objeto negro que había delante: una masa oscura de negras extremidades que se extendían a ambos lados y se curvaban hacia abajo como si tuviera las articulaciones rotas, y de la que sobresalía una protuberancia pálida y dura. «Así que todavía hay gigantes en el viejo Essex —pensó Grace— que se deshacen de los ciervos con la intención de conseguir cuernos para sus coronas».

—Te dije que había algo allí —dijo ella. El cordón cayó de su cintura al barro, lo recogió y lo ató de nuevo—. ¿A que te lo dije? ¿No fue así?

—Difícilmente habríamos venido tan lejos —explicó Thomas—, si no hubiera nada aquí.

—Es solo un árbol —dijo Nathan—. Es un árbol normal y corriente.

La niebla había remitido. El sol tardío brillaba suspendido en su ocaso. Todo estaba despejado.

—Solo es un vulgar árbol —dijo Grace, erguida ahora al pie de un inmenso roble moribundo porque era muy viejo o porque estaba enfermo.

Su tronco estaba partido en dos y sus extremidades superiores se mostraban desnudas como huesos; aquí y allá las ramas inferiores se enroscaban en el suelo y salían de él, para morir o convertirse en brotes. Todo esto era bastante corriente, y apenas justificaba la excursión, pero entonces Thomas dijo, satisfecho de sí mismo:

—Mirad, ¿lo veis?

Grace sí que lo vio. Alrededor del tronco, en hileras de dos o tres pies de profundidad y lamidas como las escamas de un pez, había docenas de lápidas extraídas de sus tumbas. Algunas estaban destruidas por el paso del tiempo y las inclemencias climáticas, con sus inscripciones sobrescritas por líquenes y musgo; otras las podría haber puesto allí el cantero media hora antes.

—«Llamado a casa —dijo Grace, rodeando el roble, aturdida, y leyendo en voz alta allí donde le era posible—, Ido a la Gloria, Para siempre con el Señor…». Bájate de ahí, que te vas a romper algo.

Nathan, tras saltar ágilmente sobre el hombro de un ángel roto, alcanzó una rama que crujió con un quejido.

—¿Qué quieres que ponga en tu tumba, eh? —preguntó Nathan—. ¿Qué debemos escribir sobre ti?

La rama se partió. Nathan cayó y se enderezó enseguida, inmune a cualquier daño.

—Podéis enterrarme en el mar —dijo Grace—. Vaya, mira a esta pobre mujer: «Hizo lo que pudo». Qué manera de que te recuerden, que ni siquiera lo mejor de ti fue gran cosa. Pero ¿qué es esto, Thomas? ¿Por qué está aquí este árbol seco junto a estas personas muertas y olvidadas? ¿Qué es lo que pasó?

Se le volvió a caer el cinturón. Le dio unas patadas por el barro y luego lo ató a una rama. Quedó colgado como una pequeña soga.

—Este es el roble del Traidor —explicó Thomas—, donde se decía

que Carlos se había escondido de la ley, aunque lo dudo, ya que los hombres y mujeres de Essex nunca estuvieron dispuestos a arrodillarse ante la Corona. —Eligió una rama como banco y se sentó en ella, sobre su abrigo—. Hubo una época en que esto fue un pueblo de pescadores, donde bajaban al mar en barcos y hacían sus negocios en grandes aguas, y cosas por el estilo (más allá del prado había un muelle, y en aquellos días se veían las velas de color encarnado de las viejas barcazas del Támesis, que remontaban el estuario con cargamentos de ostras y cereales). Había también una iglesia sajona con bestias talladas en los bancos.

—¿Bestias? —dijo Grace—. ¿De qué tipo?

—Lo ignoro. Ya no queda nada de aquello. Las fortificaciones marítimas fallaron a principios de este siglo… y, como consecuencia, las mareas subieron demasiado y empezaron a tener problemas con el cementerio. El guardián de la iglesia solía hacer su ronda matutina y recogía algas de las lápidas…

—Te estás inventando todo esto. Nathan, de verdad, no te creas nada de lo que dice.

—… algas marinas, sargazos e incluso una caballa batiendo sus aletas, que se llevaba a casa y asaba a la parrilla para desayunar. Pero un invierno, cuando comenzó la Gran Guerra, se oyó el ruido de la artillería sobre el canal de la Mancha…

—Todo eso es mentira…

—… hubo una marea alta en una noche de tormenta, y dos tumbas se inundaron y sus ataúdes estallaron, y a la mañana siguiente la congregación tenía dos nuevos miembros, extraños y delgados, a los que nunca se les escuchó cantar una palabra.

Grace se rio entonces y empujó a Thomas con su afecto animal.

—Esto empezó a suceder con tan terrible regularidad —explicaba Thomas plácidamente— que, a su debido tiempo, los cuerpos fueron desenterrados y sepultados de nuevo cerca de Colchester, donde el ambiente es bastante más seco, y las lápidas se colocaron en este lugar para recordarlos. Mirad con atención y veréis que el último ciudadano de Aldwinter fue enterrado aquí en 1921, con algunas

marcas interesantes en la piedra.

—Pero ¿por qué ya nadie vive ahora aquí? —preguntó Nathan—. ¿Dónde está la iglesia? ¿A dónde se fueron todos?

—Algunos todavía sí —dijo Thomas, y señaló casas y bungalós en los que nada ni nadie se movía—, porque no soportan irse. Pero no hay trabajo, y nadie quiere asegurar edificios en terrenos tan propensos a inundarse. La iglesia se quemó y la costa se fue erosionando, pulgada a pulgada, y ahora todo está bajo el agua, aunque dicen que cuando la marea baja se pueden ver los restos de la torre y la nave, y oír el repique de la vieja campana.

—No te creo —dijo Grace, con una sonrisa contradictoria. Nathan, nunca quieto, mostraba su entusiasmo ante lo que imaginaba.

—Voy —dijo—; quiero ir a mirar… Vamos, Grace, ¿no te apetece ver si la marea está baja? ¿No quieres oír la campana? —Extendió la mano.

Grace la miró y levantó la suya en respuesta. Entonces recordó su indignación ante el poder que él ejercía sobre su felicidad, y cuán inconscientemente lo hacía, así que se metió las manos en los bolsillos, se encogió de hombros, y se alegró de ver al muchacho estremecerse ante aquella pequeña negativa.

—Está bien —respondió ella.

El cielo se había despejado y lucía brillante; el límite de Essex estaba más cerca. Empezaron a posarse grajillas en el roble del Traidor, y más allá del prado había zarapitos paseando entre los guijarros.

—Te sigo —dijo Grace—. Tú ve delante.

De este modo, la mujer y el hombre bajaron al agua, y Thomas Hart los observó alejarse. Nadie pronunció palabra. Cada uno de ellos era consciente de estar absolutamente solo e inseguro de su destino.

Anne Macaulay estaba en casa envolviendo los regalos que le había comprado a Grace. El primero de ellos era un obsequio que sentía la obligación de hacerle: un volumen de sermones del siglo XIX encuadernado en cuero color bermellón, elegido cuidadosamente por Ronald y dedicado «con amor», con su letra pulcra e inexpresiva, a la muchacha. El segundo había requerido de un diligente ahorro por su parte. Se trataba de un colgante en forma de disco de oro en el que se había grabado la palabra «XARIS», que era el nombre de Grace en griego común y significaba «el favor inmerecido de Dios». Hacer regalos que nutrieran por igual el cuerpo y el alma era algo hermoso y bueno, así que, con la sensación del deber cumplido, Anne ató el envoltorio con una estrecha cinta que había reciclado de un regalo anterior y le dedicó un único beso en una tarjeta. Le sorprendió la magnitud de su amor por la muchacha, un sentimiento que había llegado tarde y muchas veces le parecía insuficiente. Durante todo el día había sentido que la casa estaba incompleta en su ausencia, y las habitaciones, demasiado vacías y grandes. Últimamente su cuerpo había anhelado a esa niña pequeña y enfurruñada con una sensación de necesidad física que siempre había imaginado que era característica exclusiva de las mujeres que habían dado a luz. Ahora, pensar en uno de esos abrazos duros y profundos daba algo de calor al día.

En la planta baja, sonó el timbre y Anne volvió a sentirse incómoda. Sería Lorna Greene. Anne no podía imaginar por nada del mundo cómo había llegado a invitar a esa mujer a la fiesta de su sobrina, de no ser porque solo se le había ocurrido de repente lo pobre que sería todo de otra manera. Llevó los regalos abajo y abrió la puerta.

—¡Cariño! —exclamó Lorna, y levantó su mejilla a la espera de un

beso. Su cabello rubio estaba formado por rizos brillantes, y su perfume con aroma de talco era extrañamente parecido al de un bebé. Era tan pequeña como Grace, pero más liviana, lo que hacía que Anne en su presencia se sintiera blanda y torpe. Amenazaba lluvia. Anne la besó rápidamente y Lorna le devolvió el beso—. Querida Anne —dijo la visitante mientras se adentraba por el pasillo y el comedor sin que nadie le diera permiso—, qué bonito lo has dejado todo. —Clavó la mirada en el impecable mantel blanco, las prímulas sobre el alféizar de la ventana y los globos que ya dejaban escapar el aliento de Ronald y flotaban en la valla del jardín…—. Y, Dios mío —dijo con un parpadeo—, de verdad, menudo pastel. Apuesto a que es de lo mejor que has hecho nunca.

—Gracias —respondió Anne, que hasta ese momento solo se había permitido el pecado de orgullo en lo que respecta al glaseado y las rosas de azúcar.

—No es lo que esperarías para un decimoctavo cumpleaños. —Lorna hizo ajustes en los cubiertos y las servilletas dobladas—. Pero estoy segura de que se pondrá contenta. Señor Macaulay —saludó al hombre que había entrado en silencio y sostenía una biblia entreabierta ayudándose de un pulgar—, su hija ya es toda una mujer, y estoy segura de que una virtuosa, con un valor muy superior al de los rubíes.

La lluvia se demoraba en llegar. Fuera, el abedul plateado permanecía inmóvil contra un cielo cambiante. Entonces, Anne, cuyo ánimo se había visto hundido junto con los globos, vio cómo la luz de unos focos se reflejaba sobre el árbol. Esa debía de ser Grace, pensó, y Thomas Hart y el muchacho que rompió la ventana.

—Ya están aquí —dijo mientras se acercaba agradecida a la puerta.

Antes de que llegara, sin embargo, esta se abrió y apareció Grace, que entró a toda prisa. No llevaba su abrigo, ni el absurdo cordón de seda que usaba a modo de cinturón; estaba sonrojada y mostraba un aspecto agitado, como si se hubiera puesto enferma en el Blackwater.

—Tía Anne —dijo—, mira, hemos encontrado a un hombre y lo

hemos traído. —Se oyeron un portazo y voces familiares—. Ahora lo están ayudando —prosiguió—. Ya vienen. —Vio a su padre, que esperaba serio en el angosto recibidor, y su rostro se oscureció rápidamente—. Espero no haber hecho nada malo, pero no podíamos dejarlo allí.

—Santo cielo —dijo Lorna cuando llegó a la puerta con Ronald Macaulay—. ¿Qué habéis estado haciendo? —Se humedeció los labios con su delicada y afilada lengua. Grace la miró con algo parecido al desprecio, cosa que Lorna recibió con una sonrisa inalterada y otro dardo en su lengua.

Anne vio a tres hombres que bajaban por el camino cada vez más oscuro. Distinguió a Thomas Hart, erguido y callado, y también a Nathan, con su paso impaciente. Los acompañaba un desconocido, un hombre alto y delgado, con un abrigo escarlata, quien, a pesar de su cabeza gacha, tenía un aspecto altivo, como el de un emperador en el acto de ser depuesto. Llevaba una cartera a la espalda. Los otros hombres lo ayudaban por el camino.

—Dios mío —dijo Lorna mientras los hombres llegaban con dificultad a la puerta—. ¿Creéis que está borracho?

Se llevó una mano —de uñas duras y rosadas como conchas— a la boca. Thomas la miró plácidamente y con cautelosos buenos modales dijo:

—Hola.

—Fui yo quien lo encontró —explicó Grace, como diciendo: «Él me pertenece»—. Descubrí que vivía en Potter's Field. Lo vimos caminando a pocas a millas de distancia de las afueras de Aldleigh y reconocí su abrigo, así que lo hemos traído a casa. —Era probable que esperara elogios por esta muestra de bondad, pero no recibió ninguno—. Bueno —continuó, y miró a su alrededor en busca de pruebas de que hubiera pecado—, ¿acaso no es mi cumpleaños? ¿Es que no puedo hacer lo que me apetezca?

Anne respondió:

—Traedlo.

Obedecieron y lo sentaron con dificultad a la mesa del comedor.

Despabilado por la luz, el hombre miró los rostros uno a uno y agarró la cartera. Hablaba con frases largas y vehementes por las que se hacía entender a pesar de su dificultad con el idioma. Comprendieron que estaba agradecido, pero confundido, y que se encontraba cansado, pero no buscaba ni exigía su compasión. Mientras tanto, el gran cometa, azotado por los vientos solares, atravesó la ventana dejando un rastro de polvo incandescente. Nadie se fijó en él.

—Le gusta el café —dijo Grace, y le dio palmaditas en el hombro de terciopelo, lo que desprendió un aroma a cuerpo sucio y a tierra.

El satén malva de Lorna crujió.

—Hay lugares más adecuados para vagabundos y borrachos —afirmó—. Albergues, por ejemplo, e instituciones benéficas.

Grace reaccionó con una mirada fija y sombría.

—No está borracho. Está cansado. Cualquiera lo estaría después de haber caminado tanto como él.

El raso barato volvió a crujir. En una habitación oscura, produciría chispas.

Ronald Macaulay dio un paso adelante con el aspecto de un hombre incapaz de cometer un acto impío.

—No, no está ebrio —dijo—, aunque no estoy seguro de que lo echara si lo estuviera.

Extendió la mano. El desconocido la tomó con asombro.

—Gracias —pronunció, y se cubrió los ojos con las suyas. La cartera cayó de su regazo.

—Probablemente vaya a llorar —dijo Grace, y llevó café a la mesa. Entonces, como tenía la costumbre de sentarse en el suelo, se acurrucó a los pies del desconocido—. Mira —dijo, y puso una mano sobre su rodilla con una experta suavidad que sorprendió a Anne, dado que parecía haber sido adquirida durante las horas que había estado fuera—, ¿por qué no te quedas con nosotros un rato? Es mi fiesta de cumpleaños. Te invito. —Se acopló junto a su pierna con un afecto fácil e irreflexivo—. Puedes comer algo y luego decidiremos qué hacemos.

Su vestido era rojo, al igual que el abrigo extendido del desconocido, y Anne tuvo la impresión de que era una cortesana a los pies de un rey enfermo.

—De acuerdo —accedió él—, gracias.

Agarró torpemente la taza de café, y Anne vio con inquietud que su pulgar parecía fuera de lugar y flojo, y que las puntas de sus dedos mostraban un aspecto inacabado. Quedó paralizada por una compasión tan íntima y directa que se le antojó una forma de amor. Debido a ello, dijo de repente:

—Él debería quitarse el abrigo, o no entrará en calor.

Con su susurro satinado y su olor a polvos de talco, Lorna buscaba hacerse notar permaneciendo junto a Anne con una sonrisa expectante, e inclinando descaradamente la cabeza hacia un lado.

—Oh, señor Hart —dijo Anne—, no conoce a la señorita Greene. Señorita Greene, este es nuestro amigo, el señor Hart.

Thomas y la mujer se miraron con la falsa cortesía de los políticos, y Anne, ajena a la expresión de secreto placer de Lorna, sugirió:

—Ronald, ¿querrías bendecir la mesa y damos paso a la comida?

De ese modo, Ronald cruzó las manos y comenzó a rezar. Thomas Hart, que no lo hacía, vio entonces el diligente cometa a modo de testigo solitario. Se fijó también en Anne, que fruncía el ceño mientras hacía sus peticiones a Dios. A continuación, observó a Lorna Greene subir y bajar los párpados nacarados en una evaluación privada de la estancia y de todos los que se encontraban en ella. Esa aguda atención llegó hasta Thomas y se detuvo en él, lo que le llevó a pensar que la mujer estaba haciendo ciertas deducciones que nunca antes se habían llevado a cabo en esa habitación. Ahí estaba de nuevo: la apreciación de los desconocidos. Esta vez no se trataba, sin embargo, de la sonrisa tranquila de James Bower, sino de una terrible búsqueda, similar al pinchazo del alfiler de un cazador de brujas. El hombre que era en Londres se acercaba cada vez más, trayendo a otros hombres tras él. «Me descubrirán —pensó—. Todo el mundo se enterará de quién soy». Se estremeció, como si estuviera bajo la sombra del púlpito.

Entonces vio a Nathan en un rincón, con la mirada clavada en Grace. Su vestido mal hecho le caía del hombro, y tenía las manos cruzadas sobre el regazo; arrugaba el ceño como su tía mientras seguía la oración. Nathan la observaba con la misma mirada perpleja que había asomado cuando ella rechazó su mano en Aldwinter, y Thomas, al comprender que el chico se había sentido acuciado por el deseo, lo envidió y compadeció al mismo tiempo.

—En el nombre de Jesús —dijo Ronald—, y por él, amén.

—Amén —repitió el desconocido, y Ronald lo miró con solemne aprobación.

Grace y Anne tomaron juntas el abrigo del desconocido y fueron a colgarlo al vestíbulo, fingiendo no notar el hedor que despedía. Ronald le condujo a una silla mejor.

—Creo que aquí estará más cómodo. Bien —dijo—, tal vez podríamos darle a Grace sus regalos.

Como esta era obviamente una tarea de mujeres, se alejó de su hija para dejar paso a Anne, que se adelantó con el regalo pequeño y el más grande, y dijo «Feliz cumpleaños» con un leve rubor de timidez, como si temiera que la contradijeran.

—Es de Charles Haddon Spurgeon —sermoneó Ronald mientras Grace abría el libro—, que fue quien dijo: «Creced en la raíz de toda gracia, que es la fe».

—Gracias —respondió Grace—, de verdad. —Acarició el libro y se sintió conmovida por él. Entonces, se volvió rápidamente hacia el regalo más pequeño y, como siempre había sido sensible a la belleza, abrió la caja dorada con una prisa indecente, lo que hizo que se le cayera, de modo que tardó un momento en recuperar la cadena de oro de la alfombra—. Oh —dijo, examinando el disco. Como toda buena hija de Bethesda, podía reconocer el griego bíblico allí donde lo veía—; qué sorpresa, ¿es mi nombre? Gracias, gracias.

Acudió a su tía para que le abrochara la cadena mientras sonreía todo el tiempo con alegría incontenible a todos los que estaban allí.

—¿A que es bonito? ¿No creéis que es lo mejor que habéis visto jamás?

—Precioso —dijo Lorna parpadeando—. Qué hermoso cumpleaños. Aun así —dijo con un suspiro y los párpados caídos—, qué lástima que haya un olor peculiar por aquí. Y, Grace, querida, tal vez deberías cambiarte de ropa, ¿no? ¿Te has cosido tú misma ese vestido? Se me ocurrió que era probable que así fuera. Qué mona, te ha quedado muy bien. Pero, mira: se está medio cayendo, y estoy segura de que a tu padre le gustaría que tuvieras un aspecto decente. No le importará que lo diga. No es que yo esté del lado de nadie. Simplemente digo lo que pienso. —Miró a Ronald con un mohín de calculada coquetería, pero descubrió que la atención de este último estaba fija en el desconocido.

—¿Sabemos cómo se llama? —preguntó.

No lo sabían, y a ninguno de ellos le apetecía preguntar.

—Qué encantadora cosita es esta Grace, ¿verdad? —prosiguió Lorna, dirigió su ávida mirada de mirlo a Nathan y se alisó la falda de raso—. Estoy segura de que lo has notado. —Le puso una mano blanca sobre la manga—. Los hombres notan estas cosas, ¿verdad?

Nathan pareció avergonzado de ella, de sí mismo, de Grace y de todos los que se encontraban en aquella pequeña y cálida habitación.

—No lo he pensado en ningún momento —respondió.

—Tampoco es que sea una gran fiesta. —Lorna suspiró y dejó escapar ráfagas de su aroma a polvos de talco—. ¿Es que no tiene amigos? Aun con todo, donde dos o tres estén reunidos, ahí está Cristo, en medio de ellos.

Nathan miró rápidamente hacia la puerta, como si el Redentor hubiera llegado en taxi, con retraso debido al tráfico, dispuesto a insistir en que se comportaran bien.

El tiempo iba pasando. Cantaron «Cumpleaños feliz» en la plena armonía que todo buen baptista aprende en el banco de la iglesia, Grace sopló las velas y el anciano huérfano cenó a gusto con el pan y la mantequilla de Anne Macaulay. El cometa se alejaba entonces por la ventana, y Ronald, con aire jocoso, había encendido la radio, gracias a lo cual una música decorosa entraba en la habitación.

—Es ya toda una jovencita, ¿verdad, señor Macaulay? —le dijo Lorna a Ronald, y ladeó la cabeza con tanta familiaridad como si hubiera estado en la cuna de Grace Macaulay—. Grace, querida —añadió con su bien modulada voz, que penetraba fácilmente en el aire—, ahora que ya tienes dieciocho años debes decirnos qué piensas hacer con la vida que tienes por delante. Tu tía me cuenta que no eres una chica estudiosa, pero quizá naciste para casarte y tener hijos. Eso sería lo natural, lo más normal del mundo, en verdad. —Dirigió su mirada entusiasta y severa a Nathan, que se hundió en el papel pintado—. Es lo natural —dijo de nuevo. Se produjo un silencio, y todas las criaturas que había en esa habitación entendieron que eran animales bípedos sometidos a impulsos que no podían comprender ni resistir—. Bueno —comentó Lorna al tiempo que suspiraba y sonreía, como si todo le resultara placentero—, estoy segura de que tu padre solo quiere que seas feliz.

—¿Feliz? —preguntó Ronald con la inflexión de un hombre que prueba un idioma extranjero—. Nunca he pensado en la felicidad. Solo rezo para que se convierta en una sierva de su Padre celestial.

—Creo que quiero ser como Thomas —dijo Grace—. No me refiero a escribir, sino que quiero que existan cosas en el mundo porque yo las he creado. Me haría feliz saber que dejé huella.

—Y creemos que el señor Hart es feliz, ¿verdad? —La voz de Lorna era dulce como la de un petirrojo. Todos en la sala se quedaron mirando a Thomas y dudaron de lo anterior.

—Es mejor contentarse con lo que se tiene que esperar la felicidad —dijo Anne.

—No sigas mis pasos nunca, Grace —dijo Thomas bromeando—. Me paso la vida haciendo lo único que he sentido que vale la pena hacer y, debido a eso, me despierto cada mañana con sensación de fracaso, atrapado en esta brecha entre lo que quiero lograr y mi capacidad para conseguirlo. Ahí tienes lo que significa escribir —concluyó—: estropear las cosas con solo tocarlas.

—Pero, entonces, ¿por qué no dejas de intentarlo? —preguntó Nathan mirando a Thomas con la misma expresión desconcertada

que tenía el día que entró por primera vez en Bethesda.

—Podría —dijo Thomas—. Quizá lo haga.

Mientras tanto, Lorna se había acercado a Ronald, de tal modo que su dura cabeza rubia quedó al nivel de su hombro.

—Vaya, señor Macaulay —observó suspirando, como si vislumbrara algún pesar en el horizonte—, ¿qué va a hacer con ella? —murmuró moviendo los ojos. La atención de Ronald, sin embargo, seguía centrada en el desconocido.

—Estaba pensando en qué deberíamos hacer con él —respondió Ronald, mientras apreciaba el deleite del vagabundo en aquella cálida habitación, y el pastel que se desintegraba en su plato—. De manera providencial, esta tarde preparé un sermón sobre las palabras de Cristo cuando dijo: «Porque, cuanto hacéis a cualquiera de mis hermanos, a mí me lo hacéis».

—Eso, como mínimo —dijo Lorna—. Me pregunto qué llevará en esa cartera. No me extrañaría que fueran cosas robadas. —Se acercó aún más. Su falda de satén susurró al moverse—. ¿Ha visto el estado de sus manos? He observado lesiones similares antes en borrachos y soldados.

En aquel momento, Grace le estaba mostrando al anciano el anillo que llevaba en el dedo.

—«Amadísima», eso es lo que dice, y se refiere a mí.

—Grace —dijo Ronald, con la voz admonitoria que desplegaba en el púlpito; era evidente que sentía que la velada debía terminar. Thomas Hart se estaba poniendo el abrigo y se acercó a hablar con Ronald.

—Me lo llevaré a casa —dijo. Con deliberados malos modales, dio la espalda a Lorna.

Grace lo miró rápidamente.

—Sí —dijo—, llévatelo y acógelo en tu casa, que es tan bonita. Qué generoso es Thomas —afirmó, y Ronald admitió que así era.

El rostro de Lorna, que se había alterado al haberle robado Thomas el protagonismo, se recompuso con dulzura. Apareció ahora al otro lado de Ronald y posó su pequeña mano en el hueco del

codo de Ronald. Dicho gesto lo dejó asombrado y sin palabras.

—Sí —repitió ella. Sus párpados brillantes descendieron mientras observaba a Thomas con su terrible mirada calculadora—. Sí, creo que le resultará muy agradable, señor Hart —dijo. Su voz llegó a todos, mientras el cometa vigilaba de cerca la ventana, y ella se dio unos toquecitos en los mechones de pelo, que no se habían movido en toda la noche—. Supongo que le gustará —sonrió—, dado que prefiere la compañía de los hombres. ¡Qué delicia: otro hombre más en la casa!

Anne Macaulay bajó la vista a su pastel y apartó las rosas rotas que tenían las huellas de sus pulgares. El vagabundo se había quedado dormido. Ronald, para quien el mundo era una senda de perdición, no vio ningún peligro a sus pies.

—Bueno —dijo—, se hace tarde.

—¿A qué te refieres? —preguntó Grace. Con dificultad, porque tenía los pies enredados en la falda, se levantó del suelo y miró a Thomas, que no se apañaba con sus guantes.

—No es nada por lo que debieras preocuparte. —Lorna miró fijamente a Ronald—. Pero yo habría pensado que… —El final de su frase, que no llegó a pronunciar, quedó suspendido sobre la mesa del comedor—. En fin, que yo no estoy en ningún bando —volvió a decir. Su pequeño cuerpo color malva parecía haberse encogido y haberse hecho más denso, y sus párpados grasientos se entrecerraron—, pero cuando los justos dan paso a los malvados —dijo, mordiéndose algo debajo de la uña— es como contaminar un pozo.

—Para empezar, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Grace, interponiéndose entre Thomas y la mujer—. Este no es tu sitio; no eres uno de los nuestros en absoluto.

Lorna Greene se encogió de hombros, y el satén siseó en sus axilas.

—Si lees tu biblia —dijo—, sabrás que «las conversaciones malas estragan las buenas costumbres»…

—¿De qué estás hablando? —preguntó Grace, mientras el

desconcierto amplificaba su enfado—. Si él es malo, yo también lo soy, junto contigo y todos nosotros… Vete. ¡Vete! Ninguno de nosotros te quiere aquí.

Lorna se puso plácidamente los puños sobre las muñecas.

—Qué velada tan agradable —pronunció—, qué delicia estar en compañía de todos vosotros. ¡Anne, querida! Se hace tarde y creo que Grace está agotada y se ha sobreexcitado, como suele ocurrirles a los niños.

Pero lo que Anne vio con dolor fue que la niña que había llegado a amar había desaparecido, y que ahora tenía que aprender a querer a esta extraña que había regresado del Blackwater y la había reemplazado.

—¿Tienes que irte ya? —preguntó Anne, sin hacer nada para evitar que la mujer se dirigiera hacia la puerta—. ¿De verdad no puedes quedarte?

—Debo marcharme —dijo Lorna—, pero espero veros a todos de nuevo.

Besó a Anne. Sus labios crujieron al tiempo que la seda; su cabello rubio permanecía inalterable.

—Que Dios te bendiga —dijo mientras cruzaba la puerta abierta y pronunciaba palabras sin sentido en su repetición. Una vez llegó al umbral se volvió y dirigió una última mirada fija a la ventana, a través de la cual se podía ver al vagabundo de pie con su abrigo escarlata, y con los brazos en alto como si buscara un abrazo.

—Dígame cómo se llama —pidió Thomas Hart—. Yo ya le he dicho mi nombre.

Se había ido de la fiesta con el desconocido y, de ahí, lo llevó a Potter’s Field. Allí habían desatado la lona del avellano y, bajo esta, enrollaron la alfombra con el sonido de fondo de los arrendajos, que parecían comentar lo avanzado de la hora. Luego Thomas se llevó al desconocido a casa y, al hallarlo dócil y cándido, lo metió en la bañera y lo lavó sin dificultad ni vergüenza. Le limpió la suciedad de

la espalda, las nalgas y las famélicas axilas. Descubrió viejas heridas ulceradas en los tobillos dañados por calzar botas en mal estado, y empapó estas en agua hervida en la que disolvió una cucharadita de sal de Maldon. Le cortó el pelo al rape, hasta llegar al cuero cabelludo quemado por el sol, y encontró bichos en los mechones cortados que arrojó a la basura de la cocina. Todo esto llevó al hombre a derramar lágrimas que se disolvieron en el agua del baño.

—Cuando era joven —dijo Thomas mientras vertía aceite de rosas en un segundo cambio de agua—, los chicos y hombres que conocía comenzaron a caer enfermos, uno tras otro. Nadie sabía de dónde venía la enfermedad ni cómo llamarla; solo que la contraían hombres como yo. Adelgazaban. Les salían marcas negras en el cuerpo, como las de los leopardos, y una especie de hongo blanco les crecía en la boca hasta que les costaba mucho comer. Los periódicos lo llamaban el cáncer gay, y los predicadores, en las esquinas y en el púlpito de Bethesda, decían que nos lo merecíamos. ¿De verdad nos lo merecíamos? Podría decirle sus nombres. Podría contarle cómo vivían.

El dolor que Thomas creía haber soportado durante mucho tiempo lo golpeó violentamente, y ante él pasaron el boticario, el trompista, el arquitecto fracasado, el profesor de lenguas romances, el yesero, el ciclista inexperto, el colegial, el exhausto propietario de un café de Wanstead. Al final, lo único que querían todos era una almohada entre las rodillas para estar cómodos al tumbarse y una pequeña vista con pájaros.

—Un chico que conocí murió la semana en que debería haber hecho sus exámenes de ingreso a la universidad, y su familia no quería que se salvara, por lo que sus amigos hicieron de enfermera y madre, y aprendí que cosas como el estertor de la muerte existen realmente, y que esta puede devorar a un hombre como una manada de lobos en la noche. Después de eso, no solo me avergoncé de mí mismo, sino que también tuve miedo.

El hombre en la bañera se sometió mansamente a la historia y al agua, y Thomas, al no intuir censura ni incomprensión en su silencio,

prosiguió:

—Y usted ¿qué piensa? ¿Merecía morir a los dieciocho años por ser homosexual? ¿Cree que soy malvado, que corrompo a mis amigos por hablar con ellos? ¿Cree que Dios impide la destrucción del mentiroso y el asesino, pero fabrica un virus en algún laboratorio celestial para atormentar a hombres como yo (que mi pecado es mayor que todos los demás pecados que pasan sin previo aviso)? No tiene sentido alguno, y quieren hacerme creer que Dios es un dios guiado por la razón.

Thomas, al escucharse, se dio cuenta de su tono quejoso y sintió vergüenza de sí mismo. El desconocido de la bañera negó con la cabeza con tanta pena que esta pareció extenderse al resto de las cosas. Entonces, Thomas, tras sacarlo del agua con bastante facilidad, secó aquel viejo cuerpo y le puso loción en las manos agrietadas e hinchadas. Acto seguido, tras darle un pijama y sentarlo en una silla junto al fuego y las caléndulas saltarinas, dijo:

—Ahora dígame cómo se llama.

Fingiendo indiferencia ante la negativa del desconocido, Thomas se fue a la cocina. Calentó leche con azúcar de vainilla en una cacerola de cobre y la llevó a la mesa en vasos.

—Se trate de lo que se trate —prosiguió—, y quienquiera que usted sea, no tiene por qué avergonzarse. No haría falta mucho para llevar a alguien a donde usted ha estado. Un mal propietario, pongamos. Una pierna rota que nunca acabó de curar, una excesiva confianza en consejos desafortunados, o una hipoteca inalcanzable por medio punto, y ahí lo tiene: ahí podría estar yo. (En realidad, Thomas no creía del todo esto, pero quería ser amable).

El hombre tomó su vaso de leche y luego, como si notara sus propias manos por primera vez, se estremeció, frunció el ceño y se replegó en sí mismo.

—Estoy muy cansado —dijo—. ¿No podría meterme en una cama?

Cogió la cartera, que había tenido cerca toda la noche, y sus torpes movimientos sacaron una botella vacía, seguida de un paquete envuelto en una tela blanca. Después de alcanzarlos, se golpeó

contra la silla con el pulgar inútil. Luego, maldijo largamente en su propio idioma y volvió a llorar.

—Permítame —dijo Thomas. Dejó la botella y el paquete sobre la mesa. Este último desprendía la dulzura agria del cuerpo del vagabundo, junto con un toque a tierra removida. Thomas lo examinó.

—¿Esto es un libro? —preguntó.

—Lo es. Tenga cuidado. —El hombre examinó la botella y, cuando vio que estaba vacía, volvió a maldecir.

Thomas tiró del envoltorio de tela blanca, que se abrió fácilmente, y encontró un libro negro encuadernado en cuero, con el lomo roto. La luz de la lámpara descubrió el título dorado en la cubierta, y Thomas, inclinándose hacia delante, leyó en voz alta una palabra:

—*Amintiri* —dijo—, ¿lo he pronunciado bien?

Entonces, en un rincón de la habitación, ciertas sombras comenzaron a espesarse poco a poco y tomaron la forma de faldones negros que se sacudían. Maria Văduva carraspeó.

El extranjero rio con un delicioso desprecio, y pronunció la palabra tres veces con una cadencia que Thomas nunca habría podido predecir.

—Esto significa «recuerdos», o tal vez se podría decir «memorias». Es rumano, que es mi lengua materna. Lo encontré junto al lugar donde dormía, en una caja rota. Me ha hecho compañía. —Abrió la cubierta con reverencia, y mostró la portada que había resistido a la tierra y al paso del tiempo. Deslizó el dedo hacia abajo—. «*Jurnalul Stelelor al Maria Văduva*» —leyó—. Podría traducirse como: «*Diario estelar de Maria Văduva*».

Thomas lanzó una exclamación sin palabras y derramó lo último de su leche.

El desconocido frunció el ceño.

—¿Acaso esto le molesta?

—Perdóneme —dijo Thomas—. Lo que pasa es que estos días todo resulta absolutamente sorprendente y previsible al mismo tiempo.

(Maria, espectro ceñudo, fantasma sociable, agarró las perlas del

dobladillo de su falda y, murmurando, regresó a las sombras).

—Usted esperaba este libro; conoce a esta mujer —dijo el hombre a modo de declaración, más que de pregunta.

—Es una vieja amiga mía.

—Pero, si no me equivoco, está muerta.

—En efecto, lo está. Pero ¿cuándo murió y por qué? Es un misterio.

Thomas tuvo la sensación de que una llama se encendía en su estómago. ¡Espera, James Bower! ¡Mira lo que tengo para ti ahora! Hojeó el libro, compuesto de anotaciones inescrutables a modo de diario hechas con una letra familiar y desordenada, y campos de estrellas esbozados en círculos de tinta negra.

—Aunque tal vez ahora lo hayamos resuelto, si me cuenta qué significa todo esto.

—Quizá lo haga. Pero primero deme de beber algo que no sea leche. No soy un niño.

—Le daré *whisky* —dijo Thomas—, para ayudarle a dormir, pero no más que esto. —Sirvió una medida modesta y puso la botella de nuevo en su sitio—. Entonces le contaré mi misterio si usted me cuenta el suyo. Una cosa por la otra.

El desconocido inclinó la cabeza, y Thomas sintió que había triunfado en su ruego a un rey testarudo. Era medianoche. El cometa había empezado a ascender de nuevo y Maria Văduva, sentada en su silla junto a la ventana, guardaba un silencio compasivo.

—Deme más de beber —solicitó el desconocido—. No lo pido por placer, sino por necesidad. Mi nombre es Richard Dimitru Dines. —Le tendió el vaso—. Fui un ministro de Dios en otros tiempos. Más que eso, Thomas. Demasiado no será suficiente.

Thomas, a la escucha mientras el extranjero hablaba, comenzó a escribir con el interés codicioso de los escritores, pero después de uno o dos minutos dejó la pluma. Su acto había sido una transgresión. Solo cabía escuchar y ser testigo de estos hechos desnudos: que Richard Dimitru Dines, a quien su madre y hermanas llamaban Dimi, había sido sacerdote de una iglesia de Bucarest

cuando tal cosa se consideraba enemistad contra el Estado; que los funcionarios permanecían de pie cada domingo en las escaleras de la iglesia y tomaban registro de cada miembro de la congregación, incluidos los bebés recién nacidos; que con el tiempo lo sacaron de su apartamento y lo acusaron de sedición y traición y lo mantuvieron a veinte metros bajo tierra de su ciudad natal, en una cárcel silenciosa donde los guardias llevaban pantuflas de fieltro para ocultar su llegada a la puerta de la celda.

—Luego te llevan a una habitación —dijo Dimi, cuyo cuerpo sacudió la silla sobre la que estaba sentado—, y en ese lugar ves lo que se está haciendo y lo sientes tal y como es, pero no te lo puedes creer, porque si te lo creyeses te volverías loco, como lo están los hombres que lo llevaron a cabo. Se tomaron muchas molestias con mis manos.

Thomas buscó el cometa por la ventana y no pudo encontrarlo.

—Ahora estás pensando —continuó Dimi— que Dios me dejó allí tirado en la celda y me abandonó al martillo, y por eso yo lo abandoné a él. Pero esta es la verdad, y no es tan fácil de perdonar: Dios fue una ayuda muy presente en los problemas, pero, cuando los problemas terminaron, también acabó la ayuda. Durante ocho años me torturaron como un niño travieso desarma una marioneta. Luego el Gobierno cayó, y Occidente llegó al Este, y cuando volví a salir a la luz del día quedé ciego durante una semana, deslumbrado por la luz del sol. El ruido de los coches era ensordecedor, y los jóvenes bailaban al ritmo de música en otro idioma. Regresé al púlpito, pero cada semana la congregación era más pequeña. Como sabes, no se puede servir a Dios y a las riquezas, y empecé a odiarlos. Además, no conseguía dormir.

No le era posible dormir, explicó el desconocido, y esto le había resultado exasperante. De madrugada, caminaba por las calles retorciéndose las manos lo mejor que podía para encontrarse con que había llegado a las puertas de la prisión tal como un perro que regresa a su violento hogar. Cuando leía su biblia, la letra se entremezclaba y no era capaz de encontrarle sentido, y, cuando

rezaba, tenía la sola sensación de golpearse la frente contra un cristal. Su pequeña congregación se fue a otra parte. Ahora aquella iglesia debe de haberse convertido en un café, una biblioteca o una tienda, pero ¿qué más daba?

—A veces ves una rama en un río, o algo que se deja arrastrar por la corriente —dijo—. Así he acabado yo. Aquí estoy.

—Pero ¿no cree que este es el camino para todos nosotros? —inquirió Thomas, ocultando su lástima—. Aunque nunca haya observado un río, sí que me fijo en el movimiento de los cuerpos en órbita, que son atraídos por fuerzas tan brillantes como la del Sol, o por otras completamente invisibles. Tal vez al ver la iglesia junto a Potter's Field se sintió atraído hacia su órbita. Quizá todavía perciba el calor del sol de Dios.

—Tal vez —dijo Dines. Luego miró al otro hombre como si hubiera vuelto a subir al púlpito y estuviera viendo a Thomas en el banco—. ¿Usted qué opina? —preguntó—. Creo que puede que sea un hombre que vive de espaldas al sol.

—Mi problema —dijo Thomas— es que tengo dos soles y ninguno eclipsa al otro. En Bethesda soy el peor de los pecadores, y en Londres soy el más raro de los santos, y nunca me siento cómodo en ningún lugar. Váyase a la cama ahora, abuelo. Yo le ayudaré a levantarse. Ya habrá tiempo mañana para mi misterio. Entonces le hablaré de James Bower, del conocimiento de los extraños y de cómo perseguimos a Maria Văduva.

Llegó la mañana. No había sol, ni tampoco estrellas. El tren de las 6.23 hacia Liverpool Street agitó las ventanas en sus marcos, el amanecer se filtraba sobre Lower Bridge Road. Richard Dimitru Dines se despertó asombrado al encontrar un vaso de agua a su alcance, y lo bebió inclinándose y acercando la boca al borde porque a una hora tan temprana tenía malas manos. El colchón y las sábanas le asombraban, la alfombra de piel de oveja que esperaba a sus pies era un milagro. La casa estaba en silencio. Los radiadores

crujieron. El dolor disminuyó. Se sentó presto contra la almohada y buscó la compañía del libro roto. Entonces Maria Văduva, a los pies de la cama, con el dobladillo de su falda recubierto de hilo plateado, lo miró mientras limpiaba una lente con un paño suave y claro. *Ha soplado todo el día un viento cálido*, dijo, *así que bajé sola al lugar donde los hombres estaban construyendo y vi que todos se habían ido…*

Lowlands House
29 de julio de 1888

Lucifer viene cada mañana al alba —llega como un amante a la ventana— y, aunque salgo presurosa, nunca puedo acercarme; no me parece sino la imagen de una perla desenfocada. Entonces pienso en M., y también en que no podría acercarme más a él que si estuviera atrapado en la lente del telescopio, lo que me lleva a caer en mis antiguas costumbres amorosas, que me parecen humillantes…

El tiempo nocturno ha empeorado. Essex parece envuelto en una densa niebla, cual si estuviera dentro de un féretro. ¡Así me siento también yo, atrapada en mis enaguas de lino, mis sedas y mis granates, mis adornos de papel pintado, tapices, yeso y ladrillo! Tarde en la noche leí la *Ilíada*. Creo que habría sido tan buena guerrera como pecadora; habría permanecido firme en las almenas al igual que Héctor y me habría enfrentado a la lanza de Aquiles riendo tras mi escudo. ¡Déjame realizar primero una hazaña antes de morir, que se cuente entre los hombres de ahora en adelante!

19 de agosto

Ha soplado todo el día un viento cálido, así que bajé sola al lugar donde los hombres estaban construyendo y vi que todos se habían ido y que el mortero ya se estaba secando en los ladrillos. ¿Qué severo Dios podría consentir en morar en un lugar así? Todo es áspero y gris, y no hay belleza en él. Mientras permanecía allí, llegaron hombres y mujeres, que entonaron sus himnos en el prado. Sus dulces voces me conmovieron, a pesar de mi conciencia y mis principios. Me oculté tras el muro del jardín y los escuché rezar por los pecadores. Creo que habría sido una pecadora, si alguna vez se me hubiera presentado la oportunidad.

Más tarde, una extraña noche oscura y resplandeciente me hizo tambalear como si estuviera ebria. Volví mi rostro hacia el cielo y vi que las perseidas

habían comenzado su danza, atravesando las constelaciones de Orión y Casiopea. Observé filamentos y destellos de luz —escasos al principio—, que eran de un blanco absolutamente inmaculado. Entonces, en su debido momento, distinguí unos resplandores que pensé podrían partirme en dos donde estaba —hasta tal punto que, si el pobre John Bell llegara a la terraza a la hora señalada, me encontraría hecha jirones— y la luna en su fase menguante, que se deslizaba a través del campo visual, como la vela de un barco hinchada por ráfagas de fuertes vientos…

C. me preguntó una vez por qué me involucro en tales asuntos. ¿Es por el placer de saber, sugiere, para que los hombres conozcan mi nombre? Le dije que sí, que los hombres nunca deberían pensar que los cielos están en su poder por mucho que dividan y se intercambien la tierra, pero mentí. ¿Qué me importan los elogios de los hombres? ¿De qué me serviría su respeto? ¡Todo lo que emprendo es por uno solo de ellos, para poder llevarle las estrellas y arrojarlas a su umbral, para que abra su puerta ante mi insistente llamada!

Amanecía en Lower Bridge Road, y la casa disfrutaba de su solitaria hora de sol. Había aroma a buen café y tostadas, y olor a tulipanes que se marchitaban sobre el borde de su jarrón. Una luz errante recorría el diario del lomo roto, y llegaba a las hojas de papel en las que Dines traducía a Maria Văduva al inglés («Habría sido una pecadora —había escrito él—, si alguna vez se me hubiera presentado la oportunidad»).

—Cuando lo llamé para decírselo —dijo Thomas—, le conté que era bienvenido en cualquier momento y que, cuanto más tarde llegara, más podría leer sobre Maria, ya que tú estabas trabajando duro.

Dimitru se puso una mano en el estómago, hinchado bajo la ropa prestada; con un día o dos en compañía de Thomas Hart, cualquier hombre engordaría hasta quedar satisfecho.

—Deberíamos darle algo bueno de comer —dijo el anciano, que ya había adquirido las comodidades de un inquilino asentado.

Levantándose de su asiento, preguntó si por casualidad había en la casa levadura, harina y huevos frescos, y si Thomas tenía tal vez algo de mermelada. En efecto, Thomas tenía levadura, y también mermelada de ciruela y una docena de huevos. De este modo, Dines, sentado en un taburete de la cocina, dio instrucciones a su anfitrión acerca de la elaboración de los pasteles que más le gustaban de niño, que —decía— se parecían a la corona del último rey rumano, quien abandonó su trono para retorcer cuellos de pollos en una granja de provincias. Cuando todo esto estuvo hecho, y los pasteles cubiertos de azúcar y enfriándose sobre una rejilla, los hombres trabajaron juntos en silencio durante un rato con los libros, los papeles y el planisferio. La atención de Thomas, sin embargo, estaba fija en la acera del otro lado de la ventana, y sus esperanzas, puestas en el sonido de la puerta del jardín.

Mientras tanto, James Bower, al pasar bajo el puente del ferrocarril, del que se desprendían gotas de lluvia, se detuvo en la esquina de Lower Bridge Road con un estremecimiento. Allí estaba Thomas Hart, pensó, a doscientos metros de distancia, escondido en esa casa detenida en el tiempo, con unas cortinas que nunca se descorrían, y los arces morados que empezaban a brotar; también había otra pieza más de Maria Văduva, desenterrada de Potter's Field. Volvió a ser consciente de las dos sensaciones encontradas que surgían cuando alguna vez pensaba en Thomas. Estas, que deberían haberse anulado mutuamente, nunca lo hicieron. El hombre lo intrigaba y desconcertaba por igual, con sus refinadas muestras de amistad y sus ocasionales sonrisas aparentemente cómplices. Si alguna vez se tomaba la molestia de pensar qué distinguía a Thomas de otros amigos suyos, se topaba con un callejón sin salida que le impedía ir más allá, porque esto desembocaría en algo difícil e inconveniente, pero al menos (la casa apareció en ese momento a la vista) Thomas Hart lo redimía del aburrimiento, que era su más antiguo y acuciante pecado.

—Somos amigos —se aseguró a sí mismo alegremente—, amigos, nada más. —Y entonces apareció Thomas, que se acercó a la puerta sin mostrarse en apariencia más contento de lo que debería, o, en todo caso, no menos.

—Mira, James —dijo, y lo acercó a una silla—, debo presentarte a un buen amigo. Este es Richard Dimitru Dines, aunque dice que deberíamos llamarlo Dimi. Dame tu abrigo y toma uno de estos, que según Dimi tienen forma de corona, aunque a mí me cuesta verlo. ¿Tú qué opinas? Luego te enseñaremos lo que hemos encontrado.

La habitación estaba caldeada. Algunas manzanas rodeaban una naranja encima de la mesa. Los jacintos florecían en cuencos sobre montículos de musgo en el alféizar de la ventana, desprendiendo un perfume que evocaba el de una mujer que se hubiera ido con prisa.

—Bienvenido —dijo el imperioso vagabundo con una inclinación de

cabeza—, me alegro de conocer al amigo de Thomas.

Llevaba un jersey de fina lana verde y babuchas forradas de piel de oveja. Olía a jabón y a *whisky*. Levantó el plato de pasteles con dificultad, y James tomó uno de ellos y lo rompió.

—Thomas me ha dicho que encontraste el libro en Potter's Field —dijo.

—Sí. Yo fui quien dio con él —explicó con la actitud de orgullo que le confería haber supervisado todo el asunto de Maria Văduva desde el principio—. Lo vi brillando en el barro. El muro estaba muy dañado, casi incluso destruido, y fue por ahí debajo por donde distinguí una caja de metal. Un cofre —dijo Dimitru, seleccionando la palabra como si la admirase a ella y a sí mismo—, un cofre como el que se usaría a modo de osario.

—Sí —apuntó Thomas—. Hemos perturbado su tumba. ¡No es de extrañar que ahora me persiga! —Asintió en un gesto de saludo hacia el rincón de la habitación, donde no había nadie sentado, ni ciertamente nadie que arqueara una ceja negra y recta.

James se limpió el azúcar de los dedos.

—Bien —dijo—. ¿Por qué no me lo muestras?

De este modo, abrieron el diario sobre un mullido cojín para preservar el lomo dañado, y Dines, tocando con reverencia el título dorado, dijo:

—He llegado al verano de 1889. Verá, he hecho una traducción. Trabajo rápido. Por lo que veo, esta mujer no era feliz. No tenía el don de la felicidad, como otros no tienen el don, por ejemplo, de doblar la lengua hacia arriba.

Con cuidado, James Bower pasó las páginas del diario y, al no poder descifrar las anotaciones, miró en su lugar los dibujos que se intercalaban a lo largo del texto.

—Qué obvio es —dijo—, y qué tontos hemos sido al no adivinarlo. Fíjate, Thomas, las fases de la luna…, aquí una galaxia, supongo, como agua que cae por una rendija…

—Andrómeda —dijo Thomas—, Messier 31, nuestro vecino más cercano, al que una vez llamaron la Pequeña Nube…

—Así que esto es rumano, entonces. No lo había visto nunca —dijo James—. Es el primer rumano que conozco. Lo habría tomado por italiano.

Intentó decir una o dos palabras. Dimitru se rio y se comió un pastelito.

—Te lo imploro —dijo—, ten compasión de un anciano: deja mi idioma tranquilo. ¿No ha aguantado mi pueblo ya lo suficiente? Me preguntarás ahora qué sé de esta mujer. Pues te diré que es inteligente, como ves. He dicho de ella que es desgraciada, como lo son siempre las mujeres inteligentes. Cuando no se siente desgraciada, toda ella es una especie de tonta alegría. Es rica. Se queja de su corazón roto, pero lo cuida como si fuera una mascota que no curaría, aunque pudiera. Se me ha secado el gaznate. —Le guiñó un brillante ojo a Thomas, quien con un suspiro que daba a entender que se trataba de una operación habitual a la que se sometía en contra de su mejor criterio, cogió una botella y le sirvió una copa al invitado.

—Continúa —pidió.

—Fíjate —dijo Dimitru—. Mira cómo la escritura en este día parece apresurada. Por cómo está la tinta, puede que le temblara la mano. Quizá la pluma se rompiera aquí. Thomas, sírveme otra copa. Ahora sí te lo puedo decir. Lo que ella ha escrito es: «Creo que eso tan importante…». No, tal vez haga una corrección: «Creo que el gran acontecimiento que tanto anhelaba por fin ha sucedido…». Luego habla de amor, etcétera. —El vaso estaba vacío y hacía calor en la habitación. El viejo dio un enorme bostezo—. Ahora me apetecería irme a dormir.

—El gran acontecimiento que tanto anhelaba… —dijo Thomas—. Y ¿habla de amor? Supongo que ese M. suyo vino a Essex para decirle que estaba equivocado, que en realidad la amaba y que no podía imaginar en qué había estado pensando… Dimi, ¿ya te has cansado de nosotros?

James vio cómo el anciano cabeceaba entonces, como si algún mecanismo esencial hubiera fallado.

—¿Le dejamos dormir? —sugirió Thomas, y sonrió con esa curiosa mirada cómplice, que dotó a aquella cálida habitación, con su aire perfumado, de un carácter abruptamente íntimo.

—Sacúdelo —pidió James—. Vamos, despiértalo.

Por unos momentos, los hombres contemplaron a aquel extranjero mientras dormía, con los ruidos de fondo del vecindario. Una mujer desesperada en sus quehaceres domésticos gritaba justo al otro lado de la ventana.

—Vuelve aquí —se la escuchó decir—. ¡He dicho que vuelvas! —Dines se despertó con un sobresalto y miró desconcertado por la habitación, como si no encontrara sentido a los hombres, a la mesa con los cuadernos encima y a la mujer que gritaba en la ventana.

—¿Qué habéis hecho conmigo? —preguntó—. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Dimi —dijo Thomas—, no pasa nada. Todo está bien, y así ha sido durante mucho tiempo.

—No lo hagas —pidió el anciano—; por favor, no lo hagas; no permitas que lo hagan otra vez.

Se acurrucó en la silla con los brazos levantados por encima de la cabeza, y Thomas se le acercó.

—Dimi —dijo—, tranquilo. ¿Ves esta mesa y estas sillas? ¿Ves el sol, que trata de entrar? Estamos en Essex, y es primavera. Es la una y media de la tarde. Levántate, apóyate en mí. —Colocó sus brazos bajo los del anciano, soportando el peso—. No va a pasarte nada, viejo amigo. Estás a salvo. No tardaré mucho —dijo volviéndose hacia James, en la puerta—. Regreso enseguida. ¿Puedes esperarme?

James Bower, que aguardaba entre sillas vacías, se sintió incómodo ante la ausencia de los otros hombres. Casi todos los objetos que tenía cerca eran demasiado grandes y coloridos, y los tulipanes exhalaban un aroma a agua estancada, como la de una balsa. Pasó las páginas del cuaderno.

—«Déjame hacer primero algo grandioso antes de morir» —leyó en voz alta. «Ojalá sí —pensó—, ¡ojalá yo también pudiera!». Miró a su

alrededor, pues no en vano esperaba encontrarse acompañado (por Maria Văduva, que descendería del techo como si estuviera sujeta por cuerdas, trastornada por todo su amor no correspondido, con perlas cayéndole del dobladillo de la falda).

—Lo siento —dijo Thomas, de regreso en la habitación—. Nunca se queda todo el tiempo aquí. Está siempre de un lado a otro, y a veces se marcha tan lejos que no se le puede alcanzar. No te vas a ir todavía, ¿verdad? Quédate. El café aún está caliente.

—Ha trabajado duro en esto —dijo James, con la vista de nuevo en el cuaderno—, y se le debe pagar por ello. Pero ¡mira cómo se detiene justo aquí, como para provocarnos!

—Puede que él se burle de nosotros, y también Maria. Pero, de todos modos —dijo Thomas, y apartó el cuaderno—, cada vez entiendo mejor por qué amaba las estrellas tanto como al hombre que no la amaba a ella. ¿Ves estas manzanas y esta naranja? Intento enseñarme a mí mismo las interacciones de las órbitas planetarias, pero, tan pronto como entiendo la técnica, se me escapa de las manos. Es todo muy extraño y mucho más sorprendente de lo que pensaba. ¿Quieres que te explique lo que he aprendido de la Luna?

—Sí, por favor.

—Dicen que hubo un tiempo en que giraba mucho más deprisa sobre su eje, pero la relación de fuerzas entre ella y la Tierra hizo que disminuyera su velocidad, y al final el tiempo que le llevaba dar una vuelta completa sobre sí misma fue el que tardaba en dar la vuelta a la Tierra, de modo que un día lunar resultó ser lo mismo que un año lunar. A esto lo llaman «bloqueo de marea», que es la influencia de la Tierra y la Luna entre sí. Podríamos decir que el Sol gobierna la Tierra, y que la Tierra gobierna la Luna, pero, aun así, esta última no está indefensa, sino que ¡también tiene poder! Por eso tenemos las mareas, e incluso el suelo se eleva cuando pasa la Luna; un cuerpo es ciertamente más fuerte que el otro, pero el más débil no deja de tener efecto. Y me han dicho que la rotación de la Tierra también se está desacelerando, de modo que al final un lado

mirará eternamente hacia la misma cara de la Luna, mientras que el otro nunca la verá en absoluto… Vaya —dijo (James miró su reloj y se fijó en la hora con el ceño fruncido)—, soy Scheherazade anticipándose al verdugo, y tú tienes trabajo que hacer.

—Últimamente me fijo en la Luna —dijo James Bower—. Nunca antes lo había hecho. Sí, debería irme, pero volveremos a esto cuando Dimitru haya terminado su trabajo y sepamos qué encontró Maria y adónde fue. Entonces podrás escribir un libro con todo esto. Thomas, recuerda mis palabras. —Se dirigió hacia la puerta—. Escribirás un libro, y lo que será tu mejor obra, y podrás dedicármela a mí.

El domingo siguiente, que era el domingo de Pascua, todas las iglesias de Essex se prepararon para celebrar la resurrección del Hijo de Dios. En las catedrales de Chelmsford y Brentwood, inquietos coros se reunieron en sus sillerías, y los triforios prepararon sus aleluyas; en el frío templo de piedra de Saint Peter-on-the-Wall se cortaban tulipanes blancos para colocarlos en níveos jarrones sobre inmaculados manteles, y a media milla del promontorio, los resplandecientes reactores de la central nuclear de Magnox tenían el aspecto de tumbas vacías donde se hubiera enterrado a gigantes.

La iglesia Bethesda, la antigua disidente, no se interesaba por esta fiesta. Rechazaba el calendario sagrado con el vigor con el que Martín Lutero podría dar un manotazo a una hostia consagrada en manos de un sacerdote, y prestaba a la Pascua toda la atención que le daba a la Navidad, es decir, ninguna en absoluto. Pero sucedió que ese era también el día del aniversario del pastor y, dado que llevaba en ese púlpito treinta años, no se trataba de un *sabbat* cualquiera.

—Habrá un servicio de acción de gracias por la tarde —explicaba Thomas mientras limpiaba el abrigo de terciopelo rojo con aguarrás —, y luego tomaremos el té, y habrá otro servicio nocturno. No hace falta que vengas —añadió, consciente de la vergüenza y las dudas del anciano—; puedes quedarte y hacerle compañía a Maria.

Dimitru dijo:

—A mí no me importa, pero ¿a ti?

Thomas tenía su atención fija en un botón que se había aflojado.

—Si crees que la malicia de esa mujer me impedirá sentarme en el banco, estás equivocado. Cuanto más me alejes, más querré sentarme en él, y cuanto más me digan que renuncie al mundo, más mundano me volveré. Así que, ya ves, no espero ser nunca un

hombre feliz. Levántate ya y deja a Maria de una vez, o nos perderemos el comienzo del sermón.

Los dos hombres encontraron la iglesia cambiada con el buen tiempo primaveral. Los discos de colores de la ventana se mostraban líquidos y brillantes, y el viento del oeste agitaba el aire. Las gaviotas que llegaban desde St Osyth y Walton-on-the-Naze chillaban por encima del tejado; en Lowlands Park se celebraba una feria y los alegres vítores de los valses se oían por encima del viejo armonio.

Llegaron tarde. Las luces lechosas de la iglesia brillaban sobre sus cadenas de hierro. Los bancos estaban llenos de feligreses venidos de lugares tan lejanos como Prittlewell, Aldwinter y Suffolk para agradecer la preservación de los santos en general, y del pastor en particular. Cuando Thomas y Dimitru entraron, algunos fieles se volvieron y observaron al hombre conocido y al forastero con breves sonrisas impasibles, para luego dirigir su atención de nuevo al púlpito. Dines se sentó agarrado a su cartera y contempló la iglesia sin aparente sufrimiento. A su lado, abriendo con devoción su biblia y su himnario, Thomas examinó a las mujeres y niñas con sus cabezas decentemente cubiertas con sombreros de paja o *cloches* de fieltro oscuro, y a la docena de hombres y niños con sus mejores trajes negros. Allí estaba Lorna, con una fina blusa blanca que dejaba ver la dura y elaborada carcasa de su ropa interior. Allí estaba también el diácono mayor, que subió solemnemente al púlpito: «Sed perfectos —leyó, entornando los ojos hacia el atril—, ofreced consuelo, sed firmes en vuestra opinión, vivid en paz». Las mujeres, que habían bajado temprano esa mañana para limpiar, habían levantado polvo, que aún salía de la galería, lo que hizo a Thomas imaginar que todo a su alrededor estaba constituido por restos de estrellas que se habían desprendido de los anillos de Saturno y se posaban entonces en las hojas de su himnario. De repente, lo asaltó el conocimiento aniquilador de su pequeñez. «Nada importa lo más

mínimo —pensó, y se apoyó aturdido en el respaldo de su banco—; por mucho que nos esforcemos, ¿qué somos sino hormigas encima de una piedra en un río que avanza hacia el mar?». A continuación, se pusieron de pie y empezaron a cantar «Oh, profundo amor de Cristo, vasto, desmedido, ilimitado, libre» y Thomas pensó en otros amores, que no habían sido ni ilimitados ni libres, pero mucho más cercanos que el amor de Dios. Miró hacia la galería, y allí estaba Grace Macaulay, apoyada en la barandilla que había encima del reloj, con un vestido de rígida tela de color azul claro que se abotonaba hasta el cuello y la hacía parecer mayor. Allí también (Thomas se sobresaltó, y el himno tapó su exclamación) se encontraba Nathan, cuya camisa y corbata lo hacían parecer un niño perdido dentro de ropa prestada. Estaban solos allí arriba, en los bancos que podían cerrarse con un pestillo, donde una vez, cuando Thomas era joven, había encontrado una nota encajada entre el asiento y el brazo del banco, que decía: «Deja que él me bese con los besos de su boca», nota que estuvo dando vueltas durante semanas. Entonces el pastor empezó a hablar, y bajo el tejado de Bethesda todo se volvió claro, fresco y sereno. Las paredes que desprendían el frío del ladrillo y el yeso, el techo abovedado y las luces que parecían de luna, el mantel de la mesa de la comunión; todo estaba quieto y blanco como bajo una helada. Thomas vio las luces de la feria que entraban por la ventana de detrás del púlpito, y a lo lejos distinguió el bajo de canciones pop, extraño en el silencio de la iglesia, así como las campanas que repiqueteaban cuando se ganaban premios y se perdía dinero. «En la gloria de Dios —pronunció el pastor—, amén». Entonces, el armonio despidió un sonido fatigoso al empezar a sonar el último de los himnos, y Thomas Hart se puso de pie, al igual que el resto de la congregación. Se volvió para mirar de nuevo la galería: Grace había dejado su libro de himnos. Ni ella ni Nathan se levantaron, como deberían haber hecho, y no cantaron, como dictaban las normas, sino que se apoyaron en el balcón, se miraron y se pusieron a hablar en voz baja. Grace se había quitado el sombrero. ¿Cómo podría Thomas haberles explicado a aquellos que

iban a la feria, a los pasajeros de los coches detenidos ante los semáforos de London Road y a los niños que pelaban sus huevos de Pascua a la luz de las pantallas de televisión lo indecente y desafiante que era esto? Estaba con la cabeza descubierta en la casa de Dios, y era una mujer. Ya puestos, bien podría haberse levantado la falda hasta los muslos. Luego, con ademanes deliberados que él nunca le había visto antes, se cogió el cabello, se lo subió hacia arriba y lo dejó caer, y repitió este gesto de nuevo. Delante de él, tres bancos más allá, el sombrero blanco de Lorna tembló. Ella se giró y movió la nariz como un animal olfateando el aire. Levantó la vista y vio a Grace. Bajó y subió sus relucientes párpados, para mirar después a Thomas atentamente mientras sonreía, dando a entender que había comprendido la escena, así como su propia satisfacción. Entonces el himno terminó, y la última nota del armonio se perdió entre las luces colgantes. «Dirijámonos ahora a aquel que puede guardaros sin caída —dijo el pastor, apoyado en el atril— y manteneros inmaculados ante su gloria con alegría»; y Thomas pensó: «El problema es que algunos preferiríamos caer».

—Amén —pronunció el pastor.

—Amén —respondió la congregación.

Thomas dijo:

—Amén.

Los fieles salieron de la oscuridad de la iglesia a la luz ordinaria, y se saludaron unos a otros en devota amistad mientras comentaban lo estimulante que había sido el sermón y qué bendición era que hubiera llegado el tiempo primaveral. Acto seguido, se retiraron al frío y oscuro salón que había detrás de la iglesia y ocuparon sus lugares ante las mesas plegables cubiertas de manteles blancos. Sobre cada una de ellas reposaba una tetera de plata. Había tazas y platillos de un verde claro institucional y sándwiches de plátano y dátiles guisados entre rebanadas de fino pan integral. Había también rollos de salchicha que soltaban grasa y una especie de tarta

glaseada que nadie había visto en ningún otro lugar, y que era tan particular de Bethesda como los himnos y el armonio. El aire olía a azúcar y té, y la congregación cantó una bendición que combatió el barullo de la feria. Thomas sirvió el té (era el único hombre de Bethesda que alguna vez pensaría en hacerlo).

Mientras tanto, Dimitru escondía las manos entre los pliegues de su abrigo rojo y le dijo a quien quisiera escuchar que sí, que él era el hombre que había vivido durante un tiempo en Potter's Field, con arrendajos y zorros por vecinos; que en realidad era rumano y echaba de menos la ciudad donde nació (nadie, excepto Thomas, lo vio dar implorantes sorbos a una botella que llevaba escondida en la cartera, en la que también se agazapaba Maria).

Cerca de allí, Grace y Nathan escribían por turnos en una hoja de papel, riéndose y escondiendo lo que habían escrito. «Los diez mandamientos», en imponente caligrafía negra, colgaban a su espalda en inmensos marcos de roble (la humedad de Essex se había infiltrado detrás del cristal y había desdibujado la tinta de tal modo que el engaño y el adulterio se habían convertido en temas de debate) y, en el piano desafinado del rincón, una linda niña con un sombrero de paja rosa tocaba lentamente *Abide with Me*.

Thomas sirvió el té con la alegría aturdida de un hombre al que le han puesto un sedante, olvidándose por un momento de la espina clavada en su carne. Entonces el aire se vio alterado con la llegada de un olor a polvos de talco, como el de un bebé mimado, y un susurro de satén tan barato que podía hacer saltar chispas. La tetera estaba fría y de ella corrían regueros de agua que ennegrecían el mantel. Lorna Greene, con su sombrero blanco, fijo y tembloroso sobre su frente, avanzaba despacio entre las mesas, al tiempo que arrastraba a Anne tras de sí y hablaba en susurros destinados a penetrar el aire somnoliento en el que los ancianos dormitaban sobre el pastel.

—Solo estoy pensando en la niña —decía—. No quisiera que te preocuparas, querida Anne, pero mira. —Señaló los lugares vacíos en su mesa—. Ya ves: se ha ido y el chico se ha marchado con ella.

Y, con estas palabras, derramó toda la maldad imaginable. El rostro de Anne mostraba preocupación. Thomas vio que Grace se había marchado y que había olvidado su sombrero.

—Señor Macaulay —dijo Lorna mirando a Ronald con congraciadora tristeza—, señor Macaulay, me temo que la querida Grace se ha ido. Quizá se haya acercado a la feria. Tal vez el chico la haya tentado a ir. En verdad —coqueteó a través de sus pestañas pintadas al tiempo que criticaba el pecado al que ella misma incitaba —, debo confesar que pensé: «¡Me sorprende que el señor Macaulay acoja a un joven tan mundano bajo su techo!».

—Se acaban de ir a dar un paseo —explicó Anne—. Hace un día tan hermoso.

La chica del piano tocó a tientas una melodía y cerró la tapa de golpe; a falta del himno, escucharían la música de los bailarines de vals.

—Quizá debiéramos ir a buscarla —continuó Lorna, dándole palmaditas en el brazo a Anne, con un gesto maquinado para despertar angustia con el pretexto de aliviarla—. Tal vez el señor Macaulay…

Thomas escuchó los gritos de los niños y los vendedores ambulantes, y una descarga de tambores y bajos que parecían disparatados en contraste con las teteras y los impolutos manteles.

—Oh —dijo—, no le va a pasar nada. —Sin embargo, mientras lo decía, el ruido de la feria cambió. Un grito de advertencia y de voces mezcladas se elevó sobre la música, y Thomas sintió que se le revolvía en el estómago todo lo que había comido. «Peligro —pensó —, peligro», y aquella palabra repicó como un martillo en su cabeza. Memorizó a esas mismas personas en esa misma sala, y entre ellas un bebé, que, huérfano de madre, le inspeccionaba con aquellos ojos recién nacidos, cuyo brillo era el del aceite sobre agua—. Creo que estará bien —insistió, pero lo dudaba.

Se oyó el grito de nuevo, y Thomas experimentó en su corazón una contracción de preocupación tan repentina que, sin pensar ni dar explicaciones, echó a correr, mientras oía a sus espaldas la

exclamación de desconcierto de Anne y a Dimitru gruñendo en sueños. Salió a la luz del día y avanzó dando traspiés por el césped de Bethesda hasta la hilera de abedules plateados, pero entonces el grito amainó bajo la música y las risas de los niños, y volvió a surgir la duda; era solo el ruido de la multitud y el susurro de Lorna. No hay peligro alguno, no hay daño.

Atravesó los abedules plateados, y se detuvo en el límite de Lowlands Park. Desde ese punto de observación le era posible ver a multitud de gente arremolinada entre las atracciones del recinto ferial. Algunos jóvenes disparaban a caballos de plástico cautivos en sus caminos de mentira, y anheló estar entre ellos. Detrás de él, en Bethesda, los familiares y plácidos rostros femeninos se protegían de la luz con sus sobrios sombreros, al tiempo que los serios varones de siempre sonreían cautelosamente tras sus barbas, pero el resto del mundo estaba aquí, agitado, alegre y despreocupado por sus almas, si es que tenían alma alguna por la que preocuparse. Aquí había desde chicas que habían sustituido su uniforme escolar por faldas ajustadas o pantalones vaqueros a madres remilgadas que cuidaban de sus cochecitos; muchachos descamisados que se burlaban de hombres más robustos y corrían en busca de refugio, o mujeres de la edad que habría tenido su madre si aún viviese, medio ebrias por el vino, que gritaban con reproche o alegría.

Thomas caminó a través del aire cargado del aroma a algodón de azúcar. Pasó por delante de un tobogán en espiral pintado con los colores de un poste de barbero, rodeó un esqueleto que colgaba de una soga desde el colorido techo de una casa pintada y, más allá, sorteó a unos niños a lomos de unicornios que corcoveaban montados en barras de latón. Por todas partes, la hierba estaba cubierta de trocitos de papel. Se sentía liberado. ¿De verdad era demasiado mayor para montar en el carrusel y deslizarse sobre una alfombra azul, tobogán abajo? Entonces, se preguntó de nuevo (un ruido cercano le hizo volver en sí): ¿dónde estaba Grace, esa niña desdichada, y dónde se había metido aquel desgraciado muchacho? Se detuvo bruscamente, como ante una señal, y volvió a escuchar el

mismo grito colectivo. «Peligro —pensó—, peligro, a pesar de todo». Dos chicos que había allí cerca se detuvieron, señalaron hacia arriba y se rieron sin ganas. Oyó un ruido de metal que chocaba contra algo y, cuando se volvió junto con los muchachos, vio una atracción con forma de barco, cuya vela de acero roja como una inmensa pala colgaba invertida sobre la feria, mientras el resto se balanceaba sobre la hierba. Una docena de pasajeros, asegurados por barras, estaban suspendidos bocabajo sobre el mecanismo, que se tensaba contra sí mismo con un chirrido. El pelo de una niña caía hacia los dientes engrasados de las piezas.

—Algo se ha quedado atascado —le dijo uno de los niños a Thomas, en el tono amigable de los desconocidos que se ven juntos en la adversidad—. Se ha debido de romper algún mecanismo que ha hecho que se quede bloqueado.

Thomas se vio a sí mismo avanzar junto con la multitud hacia la atracción, hasta que pudo distinguir la punta de la vela a unas pulgadas del suelo, y a un hombre tirado cerca. Allí se había hecho el silencio en medio del ruido, y un hombre sufría en él, con la pierna abierta del muslo a la rodilla. Se podía ver el brillo asombroso del músculo cortado, y el hueso del que había sido separado tan limpiamente como si lo hubiera hecho un carnicero preparando una pieza. De vez en cuando un pasajero colgante gritaba pidiendo ayuda, pero en el reverente *shock* que acompañaba al hombre esto parecía impertinente y nadie levantaba la vista.

El hombre no estaba del todo consciente. Su cabeza se apoyaba en el regazo de una muchacha que a veces le daba palmaditas en el hombro con inútil afecto.

—Ahí está, mira —dijo el niño a Thomas, con una seria satisfacción —, se ha roto de un tajo.

Thomas miró, y vio que un trozo de la vela del barco se había quedado atrapado de alguna manera en el mecanismo y había quedado colgando.

La multitud estaba embriagada por el desastre. Una mujer con los brazos llenos de juguetes de plástico gritó:

—¡Hacedle un torniquete en la pierna, o se desangrará aquí mismo mientras miramos!

A lo que Thomas pensó: «Qué contenta está. Con el tiempo, el rasgo distintivo de su forma de ser será el hecho de haber estado aquí».

A continuación, se escuchó la sirena de una ambulancia, que cortó el aire con su movimiento pendular. La desconcertada multitud comenzó a moverse de un lado a otro y se llevó a Thomas consigo. Hubo un momento en que sintió que algo lo levantaba de tal forma que fue capaz de rozar el césped pisoteado con las puntas de los zapatos; entonces, la sirena enmudeció, lo que dejó un hueco acústico en el que Thomas pudo distinguir el triste gemido del herido.

Algo cedió en el mecanismo de la atracción y, con un chirrido, el barco volcado descendió y se detuvo. El violento movimiento levantó corrientes de aire que hicieron revolotear los trozos de papel sobre el césped, y la multitud, sorprendida, se dispersó. Thomas se vio empujado con fuerza, lo que le hizo tropezar hacia atrás y buscar inútilmente un asidero. Sus talones resbalaron en la hierba revuelta, y por un momento pareció quedarse suspendido en el vacío. Luego volvió a tropezar y sintió un golpe en la parte posterior de la cadera. Le llegó por detrás y fue un golpe tan directo y certero que pensó que lo estaban atacando y no tenía forma de defenderse. Pero la cosa acabó ahí, y la multitud se fue alejando. Al cabo de un momento, se encontró sentado solo en el césped, medio derribado contra el generador de acero que lo había herido con el ataque preciso y desinteresado de un cirujano. Todavía no sentía dolor, pero con la claridad de una profecía comprendió que alguna parte importante de su cuerpo había quedado malherida y nunca se recuperaría del todo.

De un altavoz cercano salió música pop, y Thomas se concentró en la melodía para calmar las náuseas que sentía, tratando de convencerse de que era un himno. Los gritos disminuyeron. El hombre herido seguía callado. El tiempo pasó, o pareció hacerlo.

Cuando por fin Thomas consiguió acercarse al generador, descubrió que la multitud se había reducido. La ambulancia avanzó silenciosamente. Una chica con el vestido manchado de sangre corrió breve rato tras ella, cambió de idea y retrocedió. El sol se puso sobre la vela rota. En otros lugares, las atracciones seguían moviéndose, y los adolescentes vagaban sin rumbo. Se respiraba una atmósfera furtiva, como si todos tuvieran la secreta certeza de estar haciendo algo mal y temieran que los pillaran.

Thomas recorrió la feria a pasitos cortos. Se dirigió hacia Bethesda, pero le resultaba difícil ordenar sus pasos. Se había olvidado de Grace. Estaba seguro de que algo que no debería se movía en su cadera, y esto fue lo que le hizo vomitar mientras caminaba. Lentamente llegó al final de la feria, donde había caravanas adornadas con luces y una silla plegable apoyada junto a un roble. Thomas se sentó allí, entre un montón de colillas, y le sorprendió su propio grito de dolor. Juzgó la hora por el sol poniente (pronto empezarían a cantar de nuevo en Bethesda); pronto oscurecería y vería salir el cometa. Una aturdida satisfacción se apoderó de él, y esto le resultó aterrador. ¡Qué fácil sería sucumbir a esta sensación de hundimiento y que lo tomaran a uno por un accesorio desechado en una casa encantada! «Levántate, Thomas», se dijo a sí mismo con cariño, y no se levantó.

Llegó el ocaso. Unos claros objetos resultaban visibles bajo la tenue luz. Algo se movió cerca de los robles que bordeaban el parque, como si alguien hubiera dejado un paño colgado de una rama. Thomas avanzó, y eso le provocó un dolor de efecto casi extático, de manera que pasaron unos minutos en los que el mundo se redujo a una vaga inquietud. Cuando esta disminuyó, la luz del atardecer volvió a alterarse y la tela clara se volvió más perceptible.

—Oh —dijo—. Sí, ya veo.

Grace Macaulay, con su feo vestido y apoyada en un roble, tiraba y soltaba de su falda con extraños gestos irreflexivos mientras Nathan desabrochaba su ropa desde el cuello hasta la cintura. Los botones se le resistían. Tenía una mirada enfadada. Grace se rio y entonces

el vestido se abrió como el caparazón de un escarabajo.

—Ven aquí —dijo ella—. Acércate.

Nathan la cogió por el hombro y se balanceó como si estuviera medio borracho. A continuación, metió la mano dentro del corpiño y emitió un sonido como el de un hombre que sufre. Grace se rio con una especie de tierna burla, y Thomas vio con asombro que el chico no sabía lo que hacía. Tiró del vestido, dejando al descubierto el hombro y el pecho de Grace. Thomas vio la extraordinaria palidez de su piel, por la que discurría el único afluente de una vena. Luego, la muchacha se ofreció al chico poniendo el pecho en su boca e, inclinándose, lo besó en la cabeza, como si se compadeciera de él por la turbación a la que su carne se veía sujeta.

Thomas se quedó sumido en una confusión de envidia y deseo no consumado. «Yo nunca he experimentado nada igual —pensó—, y ahora ya soy viejo». Con un instinto de refugio animal, se dirigió a Bethesda. Pasado un rato, se le ocurrió que tal vez fuera más fácil gatear que caminar, así que se agachó hasta el suelo, y sintió como si el cuero cabelludo se le desprendiera del cráneo, y como si, con ello, se le quitase un gran peso de encima. En el delirio del dolor, Thomas se encontró con la repentina y acerada luz del mediodía. Los últimos miembros de la multitud, que permanecían en silencio, se fueron separando uno a uno para despejar el camino y dejar pasar a un hombre que se acercaba bailando: James Bower, cuyo rostro alzado era digno de contemplar bajo aquella extraña luz perpendicular, y tras él, Richard Dimitru Dines con su abrigo escarlata, empujando un carrito de la compra que se había oxidado en el río. Maria Văduva iba montada en él, agarrada a su destartalada cuadriga en busca de la luna.

—Lo que anhelaba —decía— por fin ha sucedido.

—Esperadme —dijo Thomas—, ahora voy.

Pero ellos no le esperaron, y él no fue capaz de llegar. El mediodía se tornó en noche. La oscuridad apareció como una mancha que se extendía desde el borde de lo que alcanzaba a ver. James Bower quedó reducido a un agujerito, al igual que el abrigo escarlata y el

inclinado carrito de la compra. Thomas cayó hacia atrás y el blando suelo de Essex lo acogió.

Ya es de noche. El cielo está despejado, asoman las primeras estrellas. Hale-Bopp, el gran cometa de la época, hace ahora su aparición, radiante sobre la pendiente del terreno de Lowlands, y cae cruzando Perseo como el último ángel rebelde.

Mientras tanto, antes de la puesta de sol, Grace Macaulay había regresado a la iglesia con Nathan, y se había encontrado con que la congregación se había ido y todas las ventanas estaban cerradas. Ronald la esperaba con su tía junto a las puertas, mientras se pasaba las pesadas llaves de la iglesia de una mano a otra, con la biblia sujeta bajo el brazo. Grace se disculpó de forma apresurada (habían salido a dar un paseo, dijo, y el tiempo había pasado volando). Luego se escuchó el sonido de la verja cuando Lorna Greene la cruzó, con su sombrero blanco y con cara de haber cumplido con su deber. Se detuvo para observarlos a todos con una mirada fija antes de dejar caer sus párpados nacarados y alejarse en la noche hacia la ciudad.

—Ya veo —dijo Grace, comprendiéndolo todo con perfecta claridad. Lorna debió de haberlos seguido hasta la feria, vio lo que hicieron y corrió a decírselo a su padre, cuyo cabello blanco tenía entonces, más que nunca, el aspecto de un halo que designaba su estado virtuoso. Grace no sintió vergüenza ni miedo. Su cuerpo conservaba todavía el olor de la tierra bajo los robles y la indiferencia de la naturaleza ante el pecado—. Vete a casa —le dijo a Nathan, como si tuviera más edad que él—. Es hora de que todos regresemos a casa.

—Sí —contestó él con un parpadeo—, de acuerdo.

Y, acto seguido, la obedeció. Grace lo observó marcharse, lo que alteró su calma con un estallido de rabia tan íntimo y único como el amor. Mientras Nathan se alejaba, despreocupado y tranquilo, a Grace se le acercó su padre. ¡Pero si había sido el chico quien rompiera la ventana, y no ella! Descubrió entonces que, a pesar de

todo, tenía miedo, estaba dolorida y se sentía un poco mareada.

—Lo siento —le dijo a su tía, que evitó mirarla a los ojos.

Para su sorpresa, tuvo la impresión de que aun así no estaba siendo sincera. Estaba un poco asustada, eso sí era verdad, y empezaba a darle un poco de vergüenza; es decir, tenía miedo de su padre y le abochornaba haber herido a su tía, pero eso era todo. No se arrepentía de nada, porque no había pecado.

Ronald, guardándose las llaves de la iglesia en el bolsillo, pasó junto a su hija.

—Sube al coche, por favor —pidió, y la obediente Grace se sentó detrás de su tía, cuyos hombros temblaban por el esfuerzo de contener las lágrimas. Nadie habló de camino a la casa de Beechwood Avenue, donde el abedul plateado mostraba hojas nuevas y Anne había dispuesto ya las cosas para el desayuno.

Ronald Macaulay dejó su biblia, se quitó el abrigo y habló a Grace sin mirarla: debía ir al cuarto donde él dormía solo en la cama que había compartido con su esposa. En silencio, e incapaz de evocar el recuerdo del rostro de Nathan, la muchacha obedeció a su padre. Esta habitación daba al norte. Hacía frío, y había en ella una humedad penetrante que despedía la arcilla de Essex, y Grace comenzó a temblar. La poca calma que le quedaba se desvaneció. Había herido a su tía y a su padre, y probablemente también había ofendido a Dios. Una vez, en el púlpito, un hombre le había dicho que ningún pecado era venial, y que cada uno de ellos representaba un golpe de martillo a un clavo de las palmas de Cristo. Eso le hizo ver entonces la mano de un buen hombre convulsionándose contra un trozo de madera sobre la pared pintada. Pensó en lo rápido que Nathan la había abandonado, y su íntima rabia regresó, lo que para ella fue motivo de sorpresa, pues nadie le había dicho que fuera posible amar y estar enfadado al mismo tiempo. Sobre la cama había dos almohadas blancas, y en una de ellas la huella de la cabeza de su padre aparecía llena de sombras. Grace contempló un rato la segunda almohada y trató de imaginar el color del pelo de su madre por la mañana, pero no pudo.

Ronald entró en la habitación, se sentó en la cama y empezó a desatarse los zapatos. Hizo todo esto con calma. A la luz de la lámpara, su pelo tenía un aspecto enfermizo y amarillento. Le preguntó a Grace si sabía que lo que había hecho estaba mal, y ella, de nuevo, mintió y dijo que sí. ¿Comprendía, además, preguntó Ronald, que debía ser castigada, ya que era deber de un padre castigar a sus hijos y, al hacerlo, protegerlos de su naturaleza miserable y dirigirlos a la salvación?

—Ve allí —pidió Ronald.

«Parece asustado», pensó Grace.

—Ve allí —repitió su padre, que la quería—. Elige un cinturón.

En la habitación había un armario blanco, donde colgaban filas cuidadosamente ordenadas de camisas y pantalones, así como varios cinturones.

—Coge uno de esos —dijo—. Elige uno.

Y salió de la habitación. Cruzó el pasillo hacia el baño, cerró la puerta y Grace se preguntó qué estaba haciendo allí. El cuarto giraba hacia la luna. No había coches en la calle. Ella miró los cinturones. Amaba a su padre y quería ser buena. Se preguntó si debería elegir el cinturón más pesado, que le dolería más, ya que suponía que se lo merecía. Pero a ella no le había parecido que hubiera pecado, no se arrepentía y no mentiría… Entonces oyó el ruido de la cerradura del baño. Miró el cinturón que sostenía. El cuero estaba agrietado y la hebilla deslustrada; deberían tirarlo. Ella se echó a reír. «¿Qué diablos espera que haga? —pensó—, ¿que le extienda la mano y me incline como cuando yo era niña y él me sorprendía mintiendo?». Las luces estaban encendidas en las casas de los vecinos, y se imaginó que alguien se asomaba y veía a un hombre de cabello blanco golpear solemnemente a una mujer agachada, para luego devolver el cinturón al armario y bajar a poner a hervir la tetera. «Es ridículo —pensó mientras seguía riendo—. No lo voy a hacer. ¿Cómo piensa obligarme?». De repente, la fe de su infancia le pareció cómica. Qué absurda resultaba la idea de que el infierno hirviera bajo el asfalto y las aceras de Beechwood Avenue, y

de que si acercaba la oreja a la alfombra oiría el tintineo de horcas forjadas en yunques diabólicos, así como el silbido de las brasas sobre la carne arrepentida… ¡Qué obvio era que se trataba solo de pesadillas para asustar a los niños!

De este modo, cuando Ronald Macaulay salió del baño, no tenía entre manos a una niña dócil y temeraria a la que debiera alejar del borde del abismo, sino a una mujer a quien aquello provocaba risa. Grace miró a su padre, esperando encontrar todo el antiguo dolor y la censura, pero lo que halló fue la última sorpresa del día: estaba sonriendo. Fue breve —duró tan solo un instante—, pero ella lo vio.

—No importa —dijo Ronald—. No importa. —Le puso la mano en el hombro y la dejó descansar allí un rato, lo que hizo que Grace se preguntara si su padre estaba rezando. Entonces, él añadió—: Vete a la cama, Grace. Es hora de irse a dormir.

Se apagan las luces en Aldleigh. Se apagan las luces en los dormitorios de Beechwood Avenue, donde Grace Macaulay se acaricia y descubre que está dolorida, y Anne Macaulay llora ante su gastada funda de almohada de cretona. Se apagan las luces en el estudio de Ronald Macaulay, donde este duerme con la frente apoyada sobre la biblia abierta, y absorbe a través de su hueso frontal el libro del profeta Isaías («aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos»). Se apagan las luces en el pabellón H del Hospital General de Aldleigh, donde a Thomas Hart le dicen que es un hombre con suerte. Aunque el daño ya esté hecho, se va a librar del bisturí y los puntos, pero no de un mes aproximado de dolores (en sus sueños opiáceos, aparece Maria Văduva en el púlpito de Bethesda, llenando el abierto baptisterio de polvo de estrellas). Se apagan las luces en Potter’s Field, donde los arrendajos que allí anidan lloran la pérdida de su único huevo a manos de una urraca esa misma tarde, la budelia acumula mariposas blancas y el avellano brota tan rápido que casi se le podría oír chirriar.

Al borde de una vía de acceso, en las afueras de la ciudad, Richard Dimitru Dines ha partido hacia otros lares. Lleva un carrito de la compra en cuyo interior ha metido a Maria Văduva. Se apagan las luces de la feria; la vela del barco falso ha sido acordonada y preservada para ser examinada, y enormes ratas se pasean por las papeleras. La luna mengua. Se apagan las luces en Lowlands House; la candela se ha extinguido en la mecha, y no hay más luz que la de la luna. A través de las tablas separadas de una ventana y de sus pequeños cristales pulidos, aparece Hale-Bopp en tránsito, arrastrado por los vientos solares. Aquí, una figura solitaria está sentada con el pulgar en la ruedecilla de un mechero de plástico con el que enciende llamas fugaces, mientras repite conjuros para sí misma, conjuros de los que una rata que pasa no entiende ni una sola palabra.

—Thomas, ¿a quién buscas? —se repetía Grace impaciente, mientras la lluvia se estrellaba en ráfagas contra la ventana. Thomas, aturdido por el dolor y los analgésicos, no parecía haberla oído—. Sigues mirando hacia allá, al rincón, pero no hay nadie aquí más que yo. ¿Es que los medicamentos que te han dado te hacen ver visiones?

Había traído un ramo de rosas baratas atado con una goma elástica, y sus delicados capullos verdes comenzaban a abrirse y rosados volantes asomaban por las hendiduras.

Thomas llevaba ya en casa unos días. En ese momento, estaba sentado, apoyado sobre cojines e inclinado como un barco hundido bajo la línea de flotación. Grace vio que había intentado trabajar, ya que tenía cuadernos verdes a mano, pero la pantalla abierta de su ordenador estaba oscura y mostraba únicamente su reflejo distorsionado por la huella de un dedo. La casa, pensó Grace, había quedado herida, lo mismo que él (las flores pendían marchitas en jarrones de agua estancada, y el polvo se acumulaba en los aparadores y las lámparas). El propio Thomas estaba más delgado, como si hubiera emprendido una marcha forzada sobre terreno duro en lugar de haber pasado cuatro días en cama. Llevaba la camisa por fuera y tenía una mancha en el cuello que a Grace le resultaba curiosamente dolorosa. ¿Cómo se le había ocurrido que ahora debía cuidar de Thomas, cuando tenía en sus manos la cuestión de su propio cuerpo mortal y su alma eterna, y no tenía ni idea de qué hacer con ninguno de los dos?

—Lo siento —se excusó Thomas—, ¿qué has dicho? —Miró por la habitación con el ceño fruncido, como si algo se hubiera extraviado, pero no se le ocurriera el qué.

—No importa —dijo Grace—. Vamos, deberías comer. —Un sándwich intacto se arrugaba sobre la mesa. La lluvia persistía—. Dime cómo estás. ¿Para cuánto tienes? —Cuando en realidad quería decir: «¿Cuánto falta para que me vuelvas a hacer caso?».

—Mi cadera no está lo que se dice rota —explicó Thomas—, pero tengo una lesión en los ligamentos que hace que me duela muchísimo. Me tuvieron en una sala con ancianos, y ahora también yo soy un viejo. Me he contagiado del tiempo como si fuera un virus… ¿Has visto eso? —Miró hacia la cocina con una expresión confusa que desagradó a Grace—. ¿Lo has visto? ¿Hay alguien ahí?

—Se ha ido, Thomas —respondió ella mientras pensaba que le gustaría que Thomas volviera a tener su antigua forma de ser—. Ya te lo dije: Dimitru se ha ido.

—Sí —afirmó él, y suspiró—, y Maria también. Cuéntame otra vez qué pasó ese día.

—Yo no estaba allí —dijo Grace—, porque Nathan y yo habíamos ido a dar un paseo. —Hizo una pausa. Ambos miraron hacia las rosas florecientes—. Mi tía me dijo que, después de que salieras de la iglesia, Dimitru se despertó y te buscó. Pero te habías ido, lo que hizo que se asustara y se enfadó. La botella que llevaba en la cartera se cayó, y, al partirse, una niña de Prittlewell se cortó el pie. Entonces fue cuando Lorna se metió. Habló con él, pero ello solo empeoró las cosas. Richard volcó la mesa, y todas las tazas y platos se rompieron, y Lorna dijo que temía que le hiciera daño, que tenía las manos destrozadas porque las había usado para pelear. —Miró a Thomas—. La odio. Nunca había odiado a nadie, pero me gusta: es como tener una especie de poder, ¡y es la primera vez que siento algo así! Entonces mi padre dijo que sería mejor que Dimi se fuera, y eso es lo que hizo. Nadie lo ha visto. Lo he buscado en Potter's Field, de verdad que lo he buscado, pero allí no está.

—Y se ha llevado el diario de Maria.

—Thomas, estás blanco. ¿No te han dado lo que necesitas para el dolor? ¿Es que esas pastillas no te hacen nada?

—¿Lo han buscado? ¿Alguien lo ha visto?

—No dejó nada. ¿Acaso importa tanto? —Pero Thomas se dio la vuelta y se frotó la cara con la manga, y Grace se horrorizó al descubrir que se había echado a llorar. Sintió el peso de todos los años ya vividos y el de los que quedaban por venir, y todos ellos en conjunto le hicieron sentirse exhausta—. Thomas —dijo—, ¿por qué vas a Bethesda? ¿Por qué te quedas?

Que ella le preguntara eso lo sobresaltó. Por un momento la lluvia se detuvo. Se oyó a los mirlos en la calle, y en las ventanas había manchas de agua que brillaban como mercurio.

—Me quedo porque quiero —afirmó él.

—Eso no basta —repuso ella—. Querer algo no puede ser una razón suficiente para hacerlo.

—Puede serlo —respondió Thomas—. Lo es. Ya lo verás. —Un cojín se deslizó, lo que le hizo inclinarse aún más; hizo una mueca, todavía más pálido—. Me duele —dijo—. Dudo que alguna vez me libere de esto. Y me atrevo a decir que ya se acabó —siguió—. Dimi se ha ido y se ha llevado a Maria, así que ahí se terminó el asunto. No hay motivo para ir a Lowlands ahora…, ¡ni para que nadie me persiga! —Su desánimo por la pérdida de unos documentos inescrutables recuperados de las ruinas le pareció a Grace tan desproporcionado que su compasión se convirtió en irritación—. Vamos, Thomas —dijo, tan brusca como lo era a veces su tía—, venga. Encontrarás más cartas, resolverás las cosas…, o habrá otro misterio, aparecerá otro fantasma.

—No —respondió él—. No había nada parecido antes… y nunca volverá a haberlo.

—Vaya —dijo Grace—. Sí, ya veo. —Se le ocurrió entonces que había cosas que sabía desde hacía algún tiempo a las que nunca había prestado atención, y que ahora salían a la luz—. Thomas —continuó—, ¿crees que has perdido a Maria, o se trata de James?

—Es que no me ha llamado —dijo Thomas—, y no ha venido a verme. Solo viene cuando se lo pido, y yo solo lo hago cuando hay noticias de Maria, así que, si Maria se ha ido, ¿cómo puedo pedirle que venga? He perdido mi fe —dijo Thomas—. No sé dónde la puse,

y ahora mi casa está vacía y vivo solo.

Entonces, aquello que hasta ese momento había entendido solo a medias se le presentó con tal claridad a Grace que parpadeó ante su brillo. «Está enamorado —pensó—; lo que le pasa es que está enamorado de James Bower»; y su instinto natural de consolar al pobre Thomas Hart se enfrió de pronto bajo la sombra del púlpito de Bethesda. «Es a un hombre a quien ama —pensó—. Thomas es homosexual». Descubrió que esto la alejaba de él como si su cuerpo hubiera sido entrenado en el rechazo. Era un marica, un sodomita. La Biblia (le habían dicho) contaba a hombres como él entre los ladrones y mentirosos que nunca verían el reino de Dios. Y pensar que este resultaba ser su primer y único amigo, cuyo hogar —en el que saboreaba su comida— consideraba como propio, y a quien acudía en busca de consejo… No pudo evitar sentirse de nuevo enfadada con Thomas por haber invertido el orden natural de los dos y tener que comprenderlo y consolarlo, cuando siempre había sido él quien le consolara a ella.

—Venga —dijo—, no seas tonto. Es solo un viejo diario, y él es simplemente un hombre, sin más.

—Sí —repuso Thomas—, un hombre cualquiera. —Él se rio, sin que ella entendiera qué le resultaba gracioso—. Sí —repitió—, ¡tienes razón, niña desdichada! Pon a hervir el agua, ¿quieres? Me muero de sed.

¿Cómo era posible compatibilizar la idea de su desesperado estado pecaminoso con sus viejos cariños, la cocina estrecha y familiar, y la taza de té que más le gustaba y que estaba desconchada por donde se le había caído? Grace descubrió que su aversión y su amor existían simultáneamente y en igual grado, y que ninguno podía anular al otro. «Le encontraré sentido —pensó—. Dicen que ningún pecado es irredimible, pero yo ahora no sé qué pensar de él…». Volvió a mirarlo, sentado un poco más erguido en su silla, con aquel familiar aroma a sándalo en los pliegues de su ropa.

Thomas extendió la mano hacia las pastillas que le permitían fingir que el dolor ocurría en otra parte. Tal vez era también la medicación,

pensó (y miró desesperadamente a su alrededor), lo que le producía este sentimiento de soledad que había experimentado por primera vez en su vida adulta. ¿Adónde se había ido Maria, que miraba por encima del hombro de Thomas cuando él escribía, sin darle nunca un momento de paz? ¿Dónde estaba Richard Dimitru Dines, y qué había estado haciendo James mientras Thomas dormitaba con los ancianos en el pabellón H? Entonces llegó Grace con la bandeja, arrugando el ceño como si algo en la cocina la hubiera enfadado. Sirvió el té en silencio y, por un momento, Thomas tuvo la impresión de estar mirando todas las versiones de Grace que podrían verse al final a lo largo del tiempo (la que tenía dieciocho años, la de veintiocho y la mujer de casi cuarenta), y, una por una, todas estas mujeres iban ya por el mal camino. Bebió el té que ella le había servido y luego, con esfuerzo, dejó de lado la pérdida de Maria y de James.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿En qué has estado ocupada? ¿Qué has hecho mientras yo estaba en cama? ¿Cómo ha sido la vida como adulta oficial? ¿Te duelen las rodillas? ¿Te están saliendo canas?

—Tengo tres canas desde que cumplí trece años —respondió ella, con una expresión severa y negándose a mirarlo a los ojos para que Thomas pensara que la había ofendido, pero no supiera cómo. Entonces, de repente, su gesto se relajó—. ¿Eso es un mirlo, Thomas? Nunca me había dado cuenta de que cantaran así.

—Pues siempre han sonado así. Ya ves: has cambiado.

—Tal vez sí —dijo ella, y lo miró con una especie de angustia—. Thomas, por mucho que me esfuerce en ser buena, no sé cómo hacerlo. Quiero ser libre de tener mi propio criterio sobre lo que está bien y lo que está mal. A veces me pregunto cómo sería despertarse un domingo por la mañana y que fuera un día más, usar maquillaje y ponerse pantalones vaqueros, ir a fiestas y no pensar continuamente que he ofendido a Dios, o que he deshonrado el Evangelio de Cristo. Pero entonces tengo miedo de que, si no soy tan buena como debiera, o de que, si no amo a Dios como merece, Él me quite algo a cambio y al final termine siendo una desgraciada

por no haber encontrado nunca la salvación.

«Entonces es que te he fallado —pensó Thomas—; he fracasado». Recordó nuevamente el día que ella llegó a Bethesda y la extraña historia según la cual él había llegado de la canasta de mimbre. Ese día había decidido mantener un pie en la puerta de la iglesia para que un poco del alma de Grace escapara fuera, y entrara, a su vez, una pizca del mundo exterior. Y la verdad es que lo había intentado: a la edad de siete años, por ejemplo, ella se había quemado la mano con el vapor de la tetera y gimió cuando Anne se la puso bajo el grifo. Thomas permanecía cerca, vigilante. Ronald Macaulay, al entrar distraídamente, había inspeccionado la palma escaldada. «¿Te duele?», había preguntado, y por un momento Thomas estuvo seguro de que ese hombre adusto y desolado se iba a inclinar para poder besar mejor la mano dañada. Sin embargo, adoptando una actitud más severa y afligida, le dijo a la niña: «Debes recordar que, aunque esta quemadura se cure, hay un lugar donde el fuego nunca se apaga, y no hay nadie que lleve allí ni siquiera una gota de agua. Ese es el precio del pecado». Y Grace había recibido este terrible sermón sin sorprenderse, porque su mundo ya contenía el ajenjo y la hiel, que bullían bajo las aceras de Aldleigh. Pero entonces, acercándose como si lo que acababa de presenciar no fuera nada raro entre un padre y una hija normales y corrientes, Thomas había dicho: «Mira lo que he encontrado; ¡mira lo que había en mi bolsillo…!» y sacó un amuleto de plata en forma de bellota que le entregó y que hizo que Grace se olvidara del infierno. Así que sí, lo había intentado, y había seguido haciéndolo, pero a fin de cuentas aquí estaba ella, tan atada a Bethesda como el púlpito y los bancos. Había fracasado.

—Grace, no eres una niña. Puedes marcharte de Bethesda, si quieres.

—Ah, ¿sí? Si yo puedo, ¿por qué tú no?

—A veces lo dejo y a veces vuelvo. Pienso en mí como si se tratara de dos hombres, y con eso me apaño bastante bien, aunque sea agotador.

—Pero ¿por qué vuelves? ¿Crees en Dios? ¿Crees en todo lo que te dicen allí? —Hizo una pausa y pareció examinar un pensamiento y descartarlo—. Y, además —continuó, sin verse capaz todavía de hablar con franqueza—, ¿cómo sabré ser buena si no hay nadie que me lo diga?

—Oh, Dios mío, no le des vueltas. Nadie lo sabe a ciencia cierta —dijo Thomas, a quien el alivio del dolor le había provocado una sensación de vértigo y náuseas—. Apenas me pongo de acuerdo conmigo mismo de un día para otro. A veces creo que la bondad es algo fijo y seguro hacia lo que avanzamos lo mejor que podemos, y otras creo que la naturaleza de la bondad cambia, lo que solo hace que sea más difícil de lograr. Pero lo que siempre pienso es que existe de algún modo intrínseco junto con el pecado, que las dos cosas nunca se anulan entre sí. ¿Quieres saber lo más horrible que he oído en mi vida?

—No —respondió Grace.

—No creas que se trata de crímenes, adulterios o engaños. Siempre he tenido la impresión de que es posible hacer cualquiera de esas cosas, movidos quizá por el amor, lo que mitiga la gravedad del pecado mediante una suerte de bondad. Seguramente lo peor que podemos hacer es pecar por lo que conlleva de inmoral, y solo precisamente por eso. ¿Has oído hablar alguna vez del escribano hortelano? —Grace negó con la cabeza con sus tres cabellos grises —. Es un pajarito marrón —explicó Thomas—, y lo único que le caracteriza es el sufrimiento. Cada año, mientras migran durante el invierno, quedan atrapados en grandes redes. Entonces, los enjaulan en la oscuridad y, en su desesperación y confusión, se atiborran de grano hasta que se quedan ciegos y pesan tanto que no pueden volar, y los arrojan en cubas de armañac para que se marinen y se ahoguen lentamente. Luego los sacan chorreando y los asan durante siete minutos y medio exactamente, y se los dan a un comensal, que sujeta al pájaro por la pata y echa hacia atrás la cabeza, se mete el cuerpo entero y se lo come, y escupe el pico y los huesos. Y el comensal hace todo esto con un paño blanco sobre la cabeza,

cargado de vergüenza y con la necesidad de ocultarse incluso de la mirada de Dios. Y la cosa es —prosiguió Thomas, disfrutando del horror que causaba— que no hay ningún placer en ello, no es un sabor que no pueda obtenerse sin semejante alarde de crueldad, y solo consigue uno cortarse la boca con esquirlas de hueso. Es la maldad más grande que he oído jamás —dijo, y se imaginó por un momento en el púlpito—. Creo que debe de haber otros pecados como este, que no importa cómo los examines, ni bajo qué luz, porque no albergan nada de bondad. Recuérdalo —dijo—, tal vez eso sea lo mejor que cualquiera de nosotros pueda hacer: no estar nunca tan avergonzados como para tener que esconder el rostro, no solo los unos de los otros, sino también de Dios. Cómo, no tengo ni idea. Eso debes resolverlo por ti misma, ya sea en el banco de la iglesia o fuera de él.

—Thomas, ¿qué haría sin ti?

—¿Sin mí? Estoy lesionado, no muerto. Ahora déjame tranquilo. O me voy a dormir o vomito, y ambas cosas es mejor hacerlas en privado.

Más tarde, ese mismo día, Thomas subió trabajosamente por las estrechas escaleras y, tras haber dormido apenas una hora, se despertó con el insistente canto del mirlo. Escuchó. No se oían pasos en la cocina, ni el sonido de un anciano que, sorprendido ante algo, soltara una carcajada y dejara la botella. Pero ¿acaso no se percibía un crujido en los estantes, tal vez entre los libros de poesía? ¿Estaba Maria Văduva quizá subiendo las escaleras para deslizar cartas por debajo de la puerta? Un tren que pasaba lo sacó de su autocompasión. ¿Qué había perdido, aparte de su capacidad de caminar sin dolor y un diario podrido en un idioma que no podía leer? En algún lugar de Aldleigh, James Bower se estaba quitando la corbata y se servía una copa de vino. De hecho (Thomas sonrió ante su propia necedad), allí estaba Maria, sí, mira, por ahí iba, después de bajarse del carrito de la compra y de abandonar a Dimi en el

césped de Lowlands, deambulando por Lower Bridge Road. Se apoyó en el marco de la puerta admirando los anillos que llevaba en los dedos y dijo: *Por amor de Dios, Thomas Hart, por amor de Dios: ¿no es todo una cuestión de órbitas? Las cosas vienen y van. Algo sucederá pronto.*

El sol avanzaba en su ocaso.

IDAS Y VENIDAS

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

20 de abril de 1997

Me temo que escribo esto tumbado en la cama. Como estoy lesionado, mientras me recupero, no tengo otra cosa que hacer que escribir y ver a Hale-Bopp en tránsito por la ventana de mi dormitorio. Lo he estado cronometrando. Me parece que va más o menos a una pulgada por hora.

La noche en que me lesioné estaba justo al otro lado de la ventana del pabellón H del hospital, y parecía estar tan cerca que pensé que podría tocarlo, si tan solo pudiera romper el cristal sin que las enfermeras tuvieran que decirle a su paciente más difícil que se comportara. Por supuesto, esto era solo un truco de la luz, junto con la medicación que me dieron para el dolor. En realidad, siempre fue un cometa bastante distante, nunca a menos de 0,9 unidades astronómicas, es decir, nueve décimas partes de la distancia de la Tierra al Sol. Otros cometas se acercan mucho más a la Tierra (el cometa Hyakutake, por ejemplo, se acercó a 0,1 unidades astronómicas), pero a menudo son una presencia fugaz, que pasa más o menos desapercibida si hace mal tiempo. Supongo que es propio de nosotros: estamos tan deslumbrados por la belleza que nos convencemos de que está a nuestro alcance.

Hale-Bopp cruzará pronto al hemisferio sur y nunca lo volveremos a ver. Pasó el perihelio el 1 de abril y ahora llega al final de la tercera semana de un viaje que durará 2533 años. Supongo que ya está desacelerando y solo se ralentizará aún más cuando comience su regreso al Sol (imagínenlo entonces corriendo con alivio y alegría, como un perro que avista su hogar).

Echaré de menos a Hale-Bopp, pero me alegro de haberlo podido ver. ¿No se van las cosas, y vienen otras nuevas? Últimamente he estado leyendo los diarios de una mujer llamada Maria Văduva, que vivió en Lowlands House, en Aldleigh, y que siempre esperaba ver algo extraordinario en los cielos de Essex (un día, dentro de poco, les contaré todo sobre ella). Maria cita la *Ilíada* de Homero: «Déjame hacer primero algo grandioso antes de morir, que se cuente entre los hombres de aquí en adelante», y me recuerda que todas las

noches, alguien examina el cielo sobre Maldon o Nuevo México o Kiev, paciente, ilusionado y con frío, a la espera de algo grandioso.

Nathan, que corría a toda velocidad por un monasterio bajo pendones escarlatas, calculó mal un tramo de escaleras y se cayó por cuarta vez. «Por el amor de Dios», dijo, y tiró los mandos que lo llevaban a islas imaginarias cuando le apetecía. En ocasiones, se paraba a contemplar su vida cotidiana a través de los ojos de Grace Macaulay. ¿Qué haría ella con el televisor, la PlayStation, las tres latas de cerveza que había vaciado, aplastado y tirado al suelo, donde había pasado toda la tarde sentado con las piernas cruzadas? Su casa era tan silenciosa que el tictac de los relojes sonaba como el goteo de un grifo y, además, estaba sujeta a mil leyes que nadie explicaba nunca. Aquí, sin embargo, había risas, discusiones y música, que salían a todas horas por la puerta de los dormitorios. Su padre iba en bicicleta incluso cuando hacía mal tiempo, y podía sacar un huevo del agua hirviendo sin quemarse las manos; el padre de Grace tenía cara de enterrador. Su propia madre bailaba a menudo, aunque fuera mal; Grace no tenía madre, y seguramente su tía nunca hubiera bailado. Vivían con Dios, pensó, como si tuvieran un inquilino en el piso de arriba que golpearía el suelo con una escoba si alguna vez hicieran ruido de más.

Nathan encontró más cerveza y se la bebió. Había mantenido a Grace en secreto ante sus amigos, seguro de que la encontrarían ridícula, o (lo que era peor) de que no. Se le ocurrió que era como alguien que venía de 1887: desconcertada por su música, indiferente a las elecciones generales, en las que tenía derecho a votar, y horrorizada ante la idea de cambiar sus enaguas por unos vaqueros. Debería haber sido mojigata, pero su severa moralidad se aplicaba siguiendo una lógica azarosa que él no alcanzaba a comprender. Le pidió que le enseñara a fumar, escudándose en que, por más que lo intentaba, no se le ocurría ningún versículo de la Biblia que lo

prohibiera estrictamente, pero nunca compartía su cerveza. A veces juraba con gusto, pero decía que la blasfemia era otro cantar y que nunca tomaría el nombre del Señor en vano. Cuando Nathan pensaba en esa media hora bajo los robles de Lowlands, se avergonzaba. Claro que había habido otras chicas (cumpliría diecinueve años en noviembre), pero eso siempre había sido fácil y a veces incluso divertido, y después las cosas habían seguido más o menos igual. Con Grace todo había resultado desconcertante. A Nathan los titubeantes y lentos movimientos de su propia boca y de su mano le habían parecido los de un entregado principiante; había tenido además la extraña sensación de que era inmensa y de que tenía el control de la situación.

Estaba confundido por lo que ella suscitaba en él, lo que constituía la mitad de la cuestión. Era demasiado baja, y no le gustaba el olor de los aceites que usaba en el pelo y en su piel; sus piernas eran robustas, y sus manos parecían las de un niño, con las uñas sin pintar y muy mordidas, y, aunque no tuviera ni idea de cómo vestirse, él estaba tan acostumbrado a esas deficiencias que se las conocía de memoria. Ella era la persona más vivaz que había conocido nunca. Verla acercándose a él despertaba en su cuerpo una especie de alerta animal, pero nunca pudo estar seguro de si ese era el instinto de depredador o de presa.

Se terminó su bebida. Estaba oscureciendo. En algún lugar de su habitación, según creía, habría seguramente algo de hierba. La encontró. Las cortinas estaban corridas y la luz de la luna que entraba por la rendija era fría, como si se tratara de una nieve tardía. Se lio un porro torpemente y pensó con amoroso desprecio en los intentos de Grace de compartir sus cigarrillos, y en cómo se negaba a admitir que le daban asco… Entonces se oyó un ruido en la puerta y su hermana le llamó con un grito. «Ah —se dijo—, esa debe de ser Grace; seguro que es ella». Bajó corriendo, calculó mal las escaleras y se cayó por quinta vez.

Nick Carleton examinó a Thomas Hart. ¿Debería llamarle la atención sobre su aspecto pálido y demacrado? ¿Debería decir: «Thomas, son las siete y media pasadas, vete a casa»? En absoluto. Carleton nunca estaba seguro del alcance de su autoridad en lo que a Thomas se refería. En su lugar, miró los documentos extendidos sobre el escritorio y dijo:

—Me temo que no estoy seguro de que esto sea suficiente. —Tocó ligeramente la fotografía de Maria Văduva de pie junto al muro de Bethesda y el cuaderno verde con la traducción de Dimitru—. Me gustan estos dibujos —afirmó, y buscó estrellas en una borrosa mancha negra—, pero nadie sería capaz de saber qué son. Toda la historia está inconclusa. Le falta resolución. Ojalá no hubieras perdido el diario.

—Bueno —respondió Thomas—, lo siento. —Se frotó la cadera con un movimiento distraído que ya se había vuelto característico.

—Y ¿qué pasó con tu amigo del museo? —preguntó Carleton al tiempo que hojeaba el cuaderno—. Me gusta esto —dijo—. «¡Déjame hacer primero algo grandioso antes de morir!».

—De hecho, hemos hablado por teléfono esta mañana —dijo Thomas, con un entusiasmo que Carleton consideró infantil—. Dijo que seguramente habrá más, entre las tablas del suelo, por ejemplo, y en otras habitaciones. Fíjate, Carleton, en donde termina la traducción: está claro que Maria conoció a alguien o vio la gran cosa que esperaba. Si solo supiéramos el qué…

—Pero no lo sabemos, y el diario ha desaparecido —dijo el editor con la intención de buscar un tono que diera el asunto por terminado y que solo logró parecer maleducado. Se sonrojó y moderó su voz—. Da igual —dijo.

«Da igual». Thomas cogió los dibujos y con el movimiento que hizo se le resintió la cadera. Carleton lo vio palidecer y someterse a un dolor pasajero.

—Vete a casa —dijo, y se levantó de su asiento—. Deberías tomarte unos días libres. ¡Vaya! —exclamó, y se acercó rápidamente a la ventana y agrandó la apertura de los listones de la persiana—.

Thomas —dijo—, ¿has visto eso?

—Soy escritor, joven Nick: no tengo tiempo libre. ¿Qué estás mirando?

—¿No lo ves? —Carleton abrió las persianas—. ¿Qué le ha pasado a la luna? Creo que debo de estar volviéndome loco.

Anne Macaulay, impedida para las oraciones semanales de Bethesda por un fuerte dolor de cabeza, se fue a la cama temprano y pensó que la luz de esa noche era extraña, pero corrió las cortinas de todos modos.

Ronald Macaulay, al cerrar la puerta de la iglesia con llave cuando terminó la reunión de oración, se encontró llorando. Se secó los ojos, miró a su alrededor y localizó la luna.

—¿Veis eso? —preguntó, olvidando que estaba solo—. ¿Veis eso? —Sostuvo su biblia con fuerza.

James Bower salió del Jackdaw and Crow con la agradable sensación de estar un poco ebrio. Tropezó al avanzar, lo que le hizo pensar en que podía lesionarse y luego en Thomas Hart. La verdad (consideró) es que debería ir a verlo. Sería justo decir que había echado de menos al otro hombre. Ahora estaba llegando a London Road, en una noche un tanto extraña y oscura, teniendo en cuenta que estaban en primavera. Entonces comprendió que, en realidad, estaba caminando entre un humo que flotaba en la dirección del viento. Fragmentos de ceniza aparecieron sobre sus mangas y hombros; una brasa se extinguió en su mano. Caminó más deprisa y llegó a Bethesda, donde un hombre permanecía de pie junto a la verja de hierro. Su tieso cabello blanco parecía un nimbo en la penumbra, y tenía una mirada desplazada y poco terrenal que le recordó (¡otra vez!) a Thomas Hart.

—¿Qué ha pasado? —preguntó James—. Debe de haber un incendio. —Pero el hombre no parecía preocupado por el humo y las brasas, sino que miraba más allá del tejado de Bethesda—. ¿Qué hay ahí arriba? —preguntó James—, ¿qué está mirando? —E, instintivamente, miró también—. Oh —dijo—. Dios mío. Dios mío.

Se le erizó el vello del cuello y de los antebrazos como si tuviera una reacción a una carga estática. ¿Acaso era esto miedo? Supuso que sí. Pero, si lo tenía, ¿por qué quería mirar y seguir haciéndolo sin apartar la vista?

—Está bien —dijo Nathan—, no tienes que quedarte ahí. Puedes entrar.

Grace llevaba un vestido blanco, que se notaba que se había cosido ella con desgastadas sábanas de hilo, ceñido a la cintura con un pañuelo negro, y cuyo dobladillo desigual había adquirido un apagado tono gris. El par de zapatillas nuevas que llevaba destacaba absurdamente cuando caminaba. Nathan se hizo a un lado, acuciado y avergonzado como siempre por esta chica peculiar, que parecía más enfadada que nunca.

—Tengo que hablar contigo —dijo ella al seguirlo escaleras arriba —. Así que esta es tu habitación. —Miró con asombro y desaprobación la televisión y los pósteres de mujeres famosas cuyo nombre desconocía—. ¿Dónde me siento?

—Donde quieras —respondió Nathan.

Allí estaba de nuevo el cuerpo que lo preocupaba contra su voluntad, escondido en algún lugar entre los pliegues de esa sucia tela; y ahí estaba, una vez más, la desconcertante sensación de atracción y repulsión que ella despertaba en él. Pero ¿a qué se debía su visita? Desesperadamente, buscó una defensa contra las acusaciones de haberla hecho pecar, con la tristeza indignada de un hombre inocente que ve anudar la cuerda.

Ella eligió sentarse en el suelo, a sus pies, pequeña y con las piernas cruzadas, y, con un nauseabundo cambio de perspectiva, el

movimiento de su cabello contra su cuello lo convenció de que nunca había habido una chica tan deseable como ella.

—¿A qué huele? —preguntó Grace.

—He estado fumando marihuana —dijo Nathan, con la esperanza de provocar su juguetona censura. Ella, sin embargo, se limitó a asentir y de repente se dobló sobre sí misma y se apretó el abdomen con un gemido—. ¿Qué pasa? ¿Qué has hecho?

—Son solo calambres —afirmó con desafiante vergüenza—. Me ha venido el periodo. —Y considerar juntos las implicaciones de esto les hizo sentirse aliviados—. Así que no hay ningún problema —dijo—, pero no es de esto de lo que quería hablar contigo. Se trata de Thomas.

El dolor había pasado de momento. Ella reanudó su desconcertada evaluación de la habitación.

—¡Ah! ¿Por qué? —(El verdugo guardaba la soga).

—He descubierto algo y no sé qué hacer ni cómo sentirme.

—¿Qué has descubierto?

—Por qué no se quiere bautizar. Por qué se aleja de Bethesda y vive solo. Por qué va a Londres, y lo que hace allí. Ay, me duele la tripa.

—¿Por qué no pruebas esto? —propuso él, y encendió de nuevo el porro que se había apagado en un platillo—. Mi hermana dice que ayuda con los calambres. ¡No tanto! —exclamó, terriblemente conmovido por la obediencia con la que ella lo tomó y la concentración con la que aspiró el humo—. Solo un poco más, luego déjalo. Eso es. Entonces, ¿qué ha estado haciendo el viejo?

—¿Recuerdas cuando lo encontramos en Lowlands, aquel día que había niebla por todas partes y yo no fui al colegio? —Tosió tres veces, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Te acuerdas de que lo encontramos con aquel hombre?

—Por supuesto —dijo Nathan, y se rio con la ligereza mecánica que acompaña al humo.

—Thomas lo ama —dijo Grace con enorme solemnidad. Entonces soltó—: Creo que voy a vomitar. —Y su sonrisa herida apareció sin

previo aviso—. Tengo náuseas —continuó—, ¿no es gracioso?

—Es divertido, sí —dijo Nathan—. Todo lo es, si lo piensas bien. Así que Thomas es marica —dijo contento, y se sorprendió al ver que Grace volvía a enfadarse.

—No digas eso —respondió ella—. No uses ese tipo de palabras. ¿De verdad crees que es tan malo? Cuando me di cuenta, me alejé como si hubiera visto una araña en la pared… Dame un poco más. —De nuevo, la atención concentrada en el porro, la tos ahogada, la rápida sonrisa impotente—. Primero me enfadé conmigo misma por pensar mal de mi amigo, luego con Bethesda por hacerme pensar mal por principio, pero al final con quien estaba enojada era con él. Debería habérmelo dicho. Las personas deberían ser lo que aparentan. Si no, son unos mentirosos, ¡aunque siempre digan la verdad!

—No es algo que esté mal exactamente —dijo Nathan. Vio lo peculiar que era la luz exterior y se apartó de la ventana—. No es malo. Simplemente es raro. Por mí, que hagan lo que quieran siempre y cuando yo no tenga que verlo.

—A mí me han enseñado que los hombres como él eran malvados. Y trato de pensar que Thomas lo es, pero no puedo. Es como intentar escribir con la mano izquierda. ¿Crees que debería pedirle a Dios que él me dé asco? No puedo. No lo voy a hacer. Mírame. ¡Nathan, mírame! Qué raro. No puedo ver tu cara con claridad… ¿Tú puedes ver la mía? ¿No hueles a quemado? ¿Somos nosotros? ¿Hemos quemado tu casa?

La idea le encantó a Grace.

—Solo eres tú —dijo Nathan—. Por cierto, ¿nunca te cepillas el pelo?

—Yo también me huelo. Me puse aceite de rosas, pero creo que huelo a sangre. Mira: está pasando algo raro; algo sucede ahí fuera. —Ella se puso de pie rápidamente, toda risas y tropiezos dentro de sus faldas, y, con naturalidad, cogió a Nathan del hombro para estabilizarse—. Mira, muchacho tonto —dijo—. Fíjate en eso. Mira la luna.

En la redacción del *Essex Chronicle*, Thomas Hart se acercó a la ventana con Carleton y vio la luna creciente salir por el este.

—Ah —dijo con la inflexión de un grito de dolor. Puso la mano en el hombro de su editor—. «No se turbe vuestro corazón —recitó—, ni tenga miedo». —Pero sí le dio un vuelco el corazón por el mismo motivo por el que James Bower y Ronald Macaulay se habían quedado estupefactos en el aparcamiento de Bethesda, y por el que Grace, horrorizada y asombrada, buscara al muchacho para que se acercase con ella a la ventana: la luz que la luna creciente arrojaba era de un azul radiante y enloquecedor. Thomas, con intención de averiguar la mejor manera de describirlo, pensó en el azul de las llamas de gas y en el de la valeriana, el del sulfato de cobre, las placas rotas de Wedgwood y la lona que tenía el anciano en Potter's Field. Era inútil. No se parecía a ningún otro color. La luna era simplemente tan azul como solo ella podía serlo—. Alguna explicación habrá —dijo mientras buscaba instintivamente a Maria Văduva.

Y sí, en efecto, allí estaba ella, materializándose en el espeso aire de la tarde, encaramada en el alféizar de la ventana, tres pisos más arriba, impartiendo los consuelos de la filosofía natural: *Debes recordar, Thomas, que la luz se altera con lo que se interpone en su camino, y nosotros somos una parte de todo lo que hemos encontrado*.

Carleton dijo:

—Podría ser el fin del mundo.

—Podría —confirmó Thomas—, «pero no hemos de temer, aunque tiemble la tierra, aunque se conmuevan los montes en el seno del mar», etcétera. —A continuación, con cuidado, porque le dolía la cadera mala, abrió la ventana al máximo y se asomó—. Ahí, ¿no lo hueles? Son hogueras; están ardiendo en la ciudad.

Sonó el teléfono de Carleton. Lo cogió, escuchó y se puso el abrigo.

—No llegamos a tanto todavía —dijo—, pero se está quemando Lowlands House.

Grace corrió. El fuego, que no se veía desde la ventana de Nathan, ardía de todos modos en la televisión, y los habían llamado al piso de abajo para que lo vieran.

—¡¿Eso es Lowlands?! —exclamaban todos con excitación y tristeza —. ¿Es la vieja casa la que está en llamas?

«Vamos —había dicho Grace—, vamos a mirar»; y, sin pensárselo dos veces y riendo, habían ido corriendo media milla hasta las verjas de Lowlands. Cruzaron entonces los prados todavía magullados por la feria de Pascua. El primer placer embriagador del porro había desaparecido para dar paso a una curiosa sensación de somnolencia, como si todo se amplificara (la presión de su útero, el hedor a hierro de su propia sangre, la luna transfigurada…). El aire tenía cada vez más la calidez del verano. Nathan corría delante, siempre fuera de su alcance. Luego se detuvo, lo que hizo que la muchacha chocara con fuerza contra él, y contempló la antigua casa blanca rodeada de viejas hayas negras. El ala este ardía desde el sótano hasta el alero. «Oh, no», dijo Grace. Un calambre espantoso le recorrió el abdomen, y en ese momento el fuego se convulsionó, y las tablas de las ventanas acabaron partiéndose. Penachos de humo se elevaban a través de los cristales rotos y formaban una cortina que arrastraba al suave viento hasta los límites del parque.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó Nathan parpadeando rápidamente a contraluz—. ¿Está todo el mundo a salvo?

Hileras de personas se amontonaban desde cada entrada del parque y miraban a su alrededor con inquietud y asombro. Decenas de pájaros volaban por el aire.

—Allí no hay más que fantasmas —dijo Grace— y sobrevivirán.

Entonces vio un halo de cabello blanco convertido en coral a la luz del fuego y entendió que se trataba de su padre. Comenzó a abrirse paso entre la multitud con determinación animal, y una vez llegó

hasta él se sorprendió al descubrir que ella quería cogerle la mano.

—No pasa nada —le tranquilizó ella, sin tener idea de quién estaba consolando a quién—, todo va a ir bien. —El apretón frío de su padre se hizo más fuerte y luego le soltó.

—¿Dónde están? —preguntó un hombre al lado de su padre—. ¿Por qué no ha venido nadie?

Grace vio que se trataba del amigo de Thomas Hart, quien bajo esa luz peculiar tenía la inflexible belleza de un difunto rey de piedra.

—Hola —saludó con una sonrisa ceñuda a Grace y Nathan—, ¿vosotros dos siempre estáis aquí?

Por un consenso tácito, todos se dirigieron con la tranquila multitud hacia el cercado de alambre que impedía el acceso a la casa.

—No pueden hacer nada —dijo Nathan—; no pueden detenerlo.

Se escuchó un ruido estremecedor, como si la casa fuera una prenda que se desgarra por las costuras, que continuó un rato y concluyó en un golpe sordo que ahuyentó a los pájaros aterrorizados de los robles cercanos. El humo adquirió el aspecto de la niebla matutina que se enciende con las primeras luces del día. Las sirenas no habían llegado todavía.

—Mira cómo las llamas hacen que las sombras se muevan —dijo Grace, pero su padre tenía los ojos cerrados.

—Sí, mirad —dijo James Bower (tenía un aspecto de preocupación unido a una especie de extasiado interés, como si estuviera viendo algo que hubiera anhelado ver toda su vida)—, parece que se esté celebrando una fiesta donde todo el mundo baila.

La casa se llenó de ruidos. Los cristales de la terraza estallaron y las vigas del tejado se partieron y cayeron al suelo. De vez en cuando se oía un grito casi humano de metal contra metal.

—Es increíble —dijo Grace—, no puedo creer lo que veo. —Volvió a dolerle el vientre y sentía la sensación real de que algo se había desprendido y daba vueltas una y otra vez en su interior—. ¿Es que no va a apagarse nunca? —preguntó.

—En Su nombre y por Él rezamos —dijo Ronald abriendo los ojos

—. Amén. —Miró a su hija y al fuego sucesivamente—. Sí —dijo—, casi se podría pensar que alguien está corriendo por ahí dentro.

La enloquecida luna avanzaba en su descenso. Los ciervos huyeron hacia el bosque desde las hayas cobrizas. Llegaron los bomberos.

—Ahí están las sirenas —indicó Thomas, y se apoyó en el bastón que necesitaba y despreciaba, mientras observaba cómo los hombres, en la puerta de Lowlands, hacían señas a los camiones de bomberos que llegaban desde London Road.

Debería haber sentido dolor, pero su interés por la luna era superior a su capacidad de sufrimiento, por lo que caminó deprisa con Nick Carleton hacia el fuego. ¿Se estaba desvaneciendo el color de la llama de gas, pensó, o era que ya parecía que la luna siempre hubiera sido azul?

—¿Has oído eso? —preguntó Carleton, quien, con la portada ya en mente, había llevado un dictáfono que sostenía con el brazo extendido—. Parece un grito.

—Eso es solo el fuego —dijo Thomas—. Vamos más despacio.

Una multitud que se agolpaba alrededor les impidió aproximarse a la casa. Carleton se abrió paso a gritos, que sonaban de manera pomposa y sin sentido, y acercaba en ocasiones su dictáfono a atentos testigos con el fin de registrar su inquietud. Thomas vio entonces unos blancos cabellos que relucían sobre una cabeza inclinada con aire solemne.

—Ahí estás —dijo—, ahí está él —añadió.

Como si fuera inevitable que Ronald Macaulay estuviera rezando ante el umbral en llamas y que Grace, envuelta en un curioso sudario blanco, estuviera de pie con las manos presionadas sobre su abdomen y le dijera a Nathan:

—Creo que me arde el vello de las mejillas.

—Aléjate —ordenó Thomas, con su antiguo instinto de protección para con Grace—. Debes mantenerte lejos. —Entonces vio a James Bower, que se acercaba a través del humo—. Hola, James —saludó,

y observó con placer la mejilla sin afeitar y el cabello que, a ciencia cierta, era una pulgada más largo que antes de que Thomas se cayera.

—Pasaba por casualidad delante de la iglesia —dijo James—, y he visto el fuego. Pero ¿cómo estás, Thomas? ¿Qué estás haciendo aquí fuera? —Miró el bastón con compasión.

—Apenas siento nada —respondió Thomas, como si pudiera imponerse fuerza a sí mismo mediante un acto de voluntad y por el bien de James.

—Deberíamos acercarnos —propuso Carleton—. Tenemos que ir a mirar.

Pero en realidad fue James Bower el primero en caminar hacia el fuego.

—¿Son las vigas de metal las que silban y cantan así? —preguntó.

Los camiones de bomberos se habían acercado hasta allí, y unos hombres, voluminosos, vestidos con pesadas prendas amarillas, sacaron una manguera contra incendios que chocó sobre el césped y liberó un arco de agua.

—Ellos acabarán con esto —dijo Thomas—, se harán cargo de la situación.

Comenzó a levantarse un viento que desencadenó que se formara humo en gruesas manchas bajo las que se adivinaba a James por momentos mientras se acercaba a la casa.

—¿Oyes eso? —preguntó Grace—. ¿Oyes como si algo cantara?

—Solo es aire que escapa —respondió Thomas—, o algún animal herido —añadió impotente por no saber a ciencia cierta.

Junto a los camiones de bomberos, dos hombres se agacharon para protegerse de las antinaturales corrientes de aire y se dirigieron hacia las escaleras, de las que caían trozos de ladrillo ennegrecidos. La puerta había desaparecido, y en su lugar una lámina de fuego hacía las veces de cortina.

—¡No pueden entrar! —dijo James, gritando a través del humo—. Si entran, no saldrán.

—Mirad —señaló Grace—, no pensé que una casa pudiera gritar

así: ¡hay alguien allí; os lo dije!

Los hombres, encorvados, entraron en la casa en llamas a través de una brecha que había en la pared, y la multitud emitió un gemido bajo y armónico de anticipada pena.

—Mierda —dijo Nathan—, joder.

Ronald Macaulay asintió como si aquellas blasfemias fueran oraciones. Pasaron unos minutos inimaginables, y entonces los hombres volvieron a salir por la brecha, con una lánguida figura.

—Os lo dije —dijo Grace—, ¿no tenía yo razón?

Echaron el cuerpo en la hierba. No se movió. Thomas agradeció que no pudiera distinguir más que la tela blanca de su ropa. Por un momento pareció que todo Essex contuviera la respiración en un reverente silencio. Entonces, el bulto blanco y húmedo empezó a moverse, como una tela animada bajo un encantamiento. Se convulsionó y se estiró, para enderezarse luego abruptamente, mostrando unos miembros débiles y desordenados. Los hombres, arrodillados con sus pesados trajes, se tambalearon por la sorpresa, y la multitud que los observaba gimió. La figura blanca, liberada por un momento, dejó escapar un grito melodioso y espeluznante, y acto seguido volvió a arrojarse al fuego. Por un momento fue visible en la entrada vacía. Luego, se escuchó otro ruido desgarrador, y el dintel de piedra de la puerta se rompió en pedazos sobre el umbral.

—Increíble —dijo Carleton, y dejó a los otros vagar entre la multitud al tiempo que sostenía el dictáfono como un icono sagrado —. Nunca había visto nada igual.

—«El Señor guardará tus salidas —dijo Ronald retorciéndose las manos— y tus entradas…».

—Creo que vamos a ver morir a alguien —dijo Nathan.

—¡Oh, no, no! —exclamó Thomas al ver a James Bower acercándose al fuego con el paso lento y obstinado de un hombre en trance—. James, detente. ¿Qué puedes hacer tú?

Los bomberos, que observaban, cautelosos e impasibles, retrocedieron y se ajustaron la ropa. Una mujer se adelantó, erguida y con autoridad, dando evidentes órdenes para que hicieran esto y

lo otro; mientras tanto, los hombres escuchaban y no hacían nada. Las sombras volvieron a danzar en la casa y se hicieron más densas. Detrás de las ventanas reventadas podía distinguirse algo que corría de un lado a otro.

—Mira —indicó James—, ahí están.

La luz iluminó su cabello y las fibras de su ropa, como si estuviera rodeado de un esplendor prestado. «Es igual que Maria», pensó Thomas, siempre a la espera de algo grandioso, que había llegado por fin.

—Están aquí —indicó James, y echó a correr.

Instintivamente, Thomas comenzó a moverse, olvidándose por un momento de que se apoyaba en un bastón, y tropezó con fuerza contra el césped irregular, ahora empapado con el agua que corría desde la casa. El dolor que sintió entonces fue el dolor de una herida nueva, y su aullido de sorpresa quedó oculto por el de la multitud.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Grace—. ¿Por qué no le habéis parado? ¿Es que nadie va a hacer nada?

Los bomberos, sellados ahora tras sus viseras, alcanzaron el dintel roto en los escalones, pero James había llegado a una ventana momentáneamente libre de llamas y trepó por el alféizar agrietado.

—Idiota —dijo Nathan, con una especie de emoción tranquila, como si estuviera viendo a un compañero hacer un mal movimiento en un juego.

—Haced algo —pidió Grace, y se cruzó los brazos sobre el abdomen.

—No puedo moverme —respondió Thomas, sin saber si era el dolor lo que lo fijaba donde estaba, o una especie de calma que era como el comienzo de la muerte.

—Yo sí —dijo Nathan—, yo puedo ir —afirmó de forma indolente, como si hubiera estado sentado con las piernas cruzadas en el suelo del dormitorio a la luz de la pantalla del televisor, con varias vidas en la mano—. De acuerdo, vamos allá —dijo, y empezó a correr con la energía fácil de su juventud.

Arcos de agua iluminada se extendían por toda la casa, lo que

producía descargas de vapor que oscurecían la vista primero, y se dividían después para revelar el fuego moribundo.

Thomas cerró los ojos con resignación. «Está escrito —pensó—; es el orden de los tiempos. La lluvia cae sobre justos e injustos, y Dios tendrá misericordia de quien considere». Se oyeron sirenas de nuevo, junto con voces elevadas. Thomas abrió los ojos. Grace Macaulay, arrodillada a su lado, agarraba con los puños su falda manchada de sangre y rezaba en silencio con la pasión de un niño. «Está negociando con Dios —pensó Thomas—, y de eso nunca sale nada bueno». Entonces sintió una insistente presión en el hombro: era la mano de Ronald.

—¿Rezamos? —sugirió este último, y, con muda obediencia, Thomas juntó las manos. Se levantó un murmullo, y por un momento Thomas pensó que la multitud estaba rezando con ellos, cuando una mujer cercana exclamó triunfante: «Ahí está, ahí está». La luna azul se había puesto. Los errantes arcos de agua arrancaban hojas muertas de las hayas cobrizas. «¡Mirad!», exclamó la mujer, ahora al lado de Thomas, mientras tiraba de su manga. Thomas miró. Nathan estaba saliendo de detrás de la casa, frenado por el *shock* y la ropa empapada. Su rostro se mostraba desdibujado por el hollín y alzaba las manos con el gesto derrotado de un detenido. Los bomberos fueron a su encuentro, y rápidamente los tres orantes quedaron ocultos por los oficiales y paramédicos, que esperaban y se movían con el propósito de una sola máquina. El dolor en la cadera de Thomas era tan solo un eco. No salió ningún otro hombre. Grace observaba todo con una expresión de triunfo alterada por el miedo.

—Amén —pronunció—. Amén.

Amanecía. Caía una lluvia fina y temprana. Los pájaros habían regresado al parque, consternados entre las ruinas. Las ratas se habían duplicado en número entre los helechos al haberse visto desalojadas todas las especies que poblaban la casa. Lowlands se

aferraba a la arcilla de Essex. Con el ala oeste dañada y el ala este reducida a escombros, la casa había quedado aislada mediante barreras de plástico amarillo desplomadas sobre el césped.

Había niebla en la chimenea, e intrusos en las ruinas. Thomas Hart, insomne por el luto y la confusión, permanecía de pie, rodeado por los muros exteriores del ala este, desde los que goteaba agua sucia de los restos de los pisos superiores. En otros lugares, hombres y mujeres llevaban a cabo quehaceres varios más allá del cordón, sin ver cómo Thomas ponía su mano contra las paredes mojadas que retenían el calor de la noche, o más bien optaban por no mirarle, llevados por la lástima. «¿Fue aquí donde James tomó aire por última vez? —pensó Thomas—. ¿Se apoyó contra esta viga cuando sus pulmones fallaron, o tal vez sobre aquella? ¿Dónde había ido a parar su cuerpo y qué habían hecho con él?». Thomas se sorprendió por lo marginal que resultaba; apenas era más importante que un personaje secundario. Nadie pensaría en decirle que James Bower había muerto, y un día cualquiera iría cojeando por la ciudad y vería un coche fúnebre sin tener ni idea de lo que contenía. «Debería haberme quedado hasta el final», pensó, recordando con vergüenza con qué facilidad había sucumbido a la solemne insistencia de Ronald Macaulay de que todo había terminado y era mejor dejarlo en manos de los que estaban a cargo.

La casa empezó a hablar. Thomas prestó atención. En el yeso agrietado oyó la voz de Maria Văduva a medianoche, que exclamaba hacia el cielo; y la de John Bell, solo, en otra habitación, lamentándose por su esposa. Escuchó el sonido de la cerilla que provocó el fuego, y a James Bower pronunciar palabras perdidas en el silbido del agua contra el ladrillo. Entonces se oyó a sí mismo llorar sin reparos ni vergüenza y descubrió que la tristeza, al igual que el dolor en ocasiones, podía ser también una prueba de vida. Otros signos más alegres se presentaron con claridad a la luz del amanecer: un zorro de fina cola que se dirigía tranquilamente al lago, o los arrendajos de Potter’s Field que se desayunaban con los enjambres de enormes moscas de San Marcos que danzaban en la

hierba. La casa volvía a hablar. El yeso se había desprendido del ladrillo por el calor y reveló un defecto en la pared. Entre la chimenea vacía y la puerta, el mortero era más claro, y los ladrillos, más rojos (tenía el aspecto de un parche mal combinado cosido en un abrigo). El fuego había provocado que este parche se descosiera y habían aparecido huecos en la unión entre el ladrillo nuevo y el viejo. *Mira*, dijo la casa, deslizándose sobre el césped empapado, *mira, hay una cosa que quiero enseñarte*.

—No creí que siguiera en pie —dijo James Bower, hablando con Maria Văduva, con John Bell, con la casa que gemía—. No pensaba que estuviera todavía aquí.

Algo cayó sobre el hombro de Thomas Hart, que se sacudió irritado; la presión aumentó hasta convertirse en un apretón.

—Thomas —dijo la voz—, ¿qué estás haciendo? Y ¿qué le has hecho a la pared?

Lentamente, porque le dolía la cadera, Thomas se giró y descubrió a James Bower, que sostenía su brazo izquierdo en cabestrillo contra su pecho, como si le hubieran dado algo frágil que no deseara particularmente. Su extraordinario rostro se hacía aún más notable por las marcas de quemaduras tratadas con una sustancia clara que le corría, como lánguidas lágrimas, por el cuello. Thomas se vio sorprendido ante un arrebato de violencia. «¿Cómo se atreve? —pensó—. ¿Cómo osa someterme a un golpe tras otro, mientras luce todo el tiempo esa sonrisa fácil e inmutable?».

—Lo conseguí —dijo James (la sonrisa fácil, de hecho, parecía un poco alterada por las quemaduras)—. Encontré una salida y saqué a la mujer también. La saqué yo. «Yo lo hice —decía ella todo el rato —; fui yo». Creen que se recuperará, aunque, como ha confesado ser la autora del fuego, la policía está a la espera en el hospital… No me mires así, Thomas, estoy bien. Me han dicho de todos modos que las quemaduras empeoran a medida que pasa el impacto, y que mis rodillas estaban llenas de cristales, así que tal vez todavía esté en *shock*. —Miró a su alrededor con interés y quitó la mano del hombro de Thomas—. Quizá debería estar en casa, pero seguía

pensando en Maria Văduva y en lo que dejó atrás.

—Creí que habías muerto —dijo Thomas—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué asumir semejante riesgo por una persona desconocida?

—No lo sé, no puedo explicarlo, solo pensé: ahora puedo elegir dejar de ser un hombre normal y corriente. Pero nunca lo entenderás —dijo, y negó con la cabeza y esbozó una mueca debido a las quemaduras—. Tú estás satisfecho con tu vida. ¿Por qué debería yo estarlo con la mía?

Resultaba imposible de explicar, incluso a sí mismo, qué tipo de crueldad tan peculiar era esta.

—Entiendo —dijo Thomas, que solo entendía que le dolía la cadera mala y que la distancia entre ellos era infranqueable. Entonces se escuchó un violento sonido como de corte de tijeras, que hizo que una mujer en la terraza exclamara asustada y que envió un enjambre de moscas a la chimenea.

—¡Cuidado! —exclamó James, y la parte desajustada de la pared se despegó en una sola pieza, y se desarmó en ladrillos rojizos que quedaron esparcidos por el arruinado suelo mojado. Thomas, mudo por la sorpresa, experimentó una opresiva sensación de frío en el cuero cabelludo: el destrozo había revelado una cavidad poco profunda en la que el sol naciente proyectaba reflejos de acero y vidrio.

—¡Vaya! —exclamó Thomas—. ¡Ahí lo tienes! —La necesidad de algún tipo de violencia había desaparecido, y James Bower estaba a su lado, con su aroma a hollín y antiséptico—. Ahí está —afirmó Thomas. Levantó la mano a modo de saludo y se rio.

—Su telescopio —dijo James con tanta reverencia que Thomas creyó ver también a una mujer alta, de cejas negras, vestida con ropas opulentas, que se inclinaba hacia el ocular y exclamaba de alegría.

Juntos, los hombres miraron por la lente. Esta les devolvió la mirada. ¿No había tenido siempre dicho objeto la costumbre de buscar la luz? Pues continuaba haciéndolo.

Grace Macaulay estaba de pie, sola, en el cobertizo de su padre. Los infieles vencejos se habían ido. Era el agitado periodo que hay entre el verano y el otoño, en el que nunca se consigue predecir el tiempo ni vestirse adecuadamente para él. Durante todo el día y toda la noche el cielo había estado apagado y uniforme, y parecía absurdo pensar que alguna vez hubo un cometa y una luna azul que se ocultaba entre las estrellas.

El cobertizo estaba cálido y perfumado de creosota; el musgo crecía en suaves cuajos verdes junto a los agrietados paneles de vidrio que tintineaban con el viento. Grace se apoyó en el banco de trabajo y pasó la vista por el jardín, hasta la casa iluminada. Se sentía fuera de lugar, como si todo aquello no tuviera nada que ver con ella. Le violentaba observar a su padre inclinado sobre su biblia en el estudio, o a su tía de camino al baño envuelta en un fino albornoz. Entonces volvió a la tarea de clasificar el montón de tuercas y tornillos colocados en el banco. Seleccionó con cuidado las más pesadas y descartó las arandelas deslucidas por el óxido, que mancharían su ropa. ¿Cuántas necesitaría? No tenía ni idea. Nunca había hecho esto antes y, a decir verdad, nunca volvería a hacerlo.

Las nubes bajas trajeron un crepúsculo temprano e hicieron que la casa brillara más intensamente al final del jardín. Allí estaba su tía, que se trasladaba a su estrecha habitación, donde se había puesto su blusa más elegante y el sombrero de ir a la iglesia; allí se encontraba su padre, de pie para aliviar el dolor de espalda del erudito. Y por el sendero del jardín también era posible vislumbrar a un hombre que bajaba con el paso de alguien familiarizado con el dolor.

—¡Thomas! —exclamó, y se acercó rápidamente a la puerta—. Ha pasado un mes. ¿Dónde has estado? ¡Me has abandonado!

Ella detuvo el abrazo a modo de castigo y miró con el ceño fruncido su largo abrigo de lana clara, sus zapatos lustrosos, la cesta de mimbre que llevaba y el paño blanco que la cubría. El abrigo y la cesta la avergonzaban. «¿Es que no podía vestirse como los demás hombres? —pensó—, ¿no podía usar una bolsa de plástico?».

—¿Qué estás haciendo aquí tan temprano? —preguntó, mientras giraba su anillo distraídamente—. No será hasta dentro de una hora.

—He ido a Londres —dijo Thomas. Dejó la canasta—. He estado ocupado con mis cosas.

—Lo único en lo que piensas —dijo Grace en tono de reproche— es en ese dichoso telescopio.

El hecho de que Thomas y James Bower hubieran descubierto el telescopio de Maria Văduva de resultas del incendio de Lowlands había complacido a Grace en un primer momento al sentir que la felicidad de Thomas era casi la suya. Más tarde, sospechó que había sido suplantada primero por una persona, y luego por un objeto. Ahora habría dado cualquier cosa por ver que arrojaban ese cacharro al lago, y al hombre tras él. Comprendió que su irritación y envidia tenían que ver también de alguna manera con el hecho de que Thomas fuera homosexual, una palabra que le parecía extraña porque le sonaba a diagnóstico. A veces, por un sentido del deber, intentaba rechazar a Thomas, pero nunca lo lograba, y lo más desconcertante era que nunca pensó que debiera hacerlo.

—Eso es verdad —dijo él—, sueño con eso. A veces pienso que la lente contiene todavía todas las estrellas que vio. Y tú ¿qué estabas haciendo? —Colgó su abrigo en un clavo.

—La tía Anne me ha hecho un vestido bautismal. Dijo que, si lo hacía yo, cometería errores y se desharía en el agua. Aun así, tengo que coser pesos en el dobladillo de la falda, o se hinchará cuando esté sumergida y se me verán las piernas.

—Te ayudo —dijo Thomas, a quien ella creía que nunca había visto tan animado, a pesar de haber perdido el diario de Maria y de que le dolía la cadera—, si me cuentas cómo estás.

Un ennegrecido tegumento de algún tipo se había metido entre las

tuercas y los tornillos, y Grace lo examinó.

—Estoy bien —dijo.

—Entonces dime cómo está Nathan.

Grace sintió que se sonrojaba por infelicidad y por orgullo.

—Ha conseguido trabajo y un coche. Salió ileso del incendio (nada le hace daño nunca). A veces me llama todo el rato, y otras pasa de mí. Sigue diciendo que soy su amiga, como si hubiera olvidado lo que hicimos, ¡como si no supiera que lo recuerdo todo! Va a venir hoy —dijo—. Se lo dije hace semanas, y ayer lo llamé y me dijo que vendría.

—Así que te van a bautizar, como a Juan en el río Jordán, y a Cristo después de él. Tal vez descienda una paloma blanca, ¡o al menos habrá palomas en el tejado de Bethesda! Pero tienes más valor del que yo he tenido nunca, y ciertamente, más fe. —Thomas encontró una arandela cubierta de óxido y la puso a un lado.

—Tengo que hacerlo —dijo Grace. Hizo rodar el tegumento en sus manos y lo aplastó—. Prometí que lo haría.

—Toma dos más. —Thomas le entregó un par de pesados tornillos de acero—. ¿Lo prometiste a quién?

Grace, apoyada en el banco de trabajo, pudo oler de nuevo el humo que salía del incendio de Lowlands, así como la sangre que se filtraba de su cuerpo y el porro que había amplificado y silenciado los acontecimientos de la noche. En esa bruma, la fe que toda su vida había sido una obligación agotadora se había reducido a una única certeza lúcida: que el Dios de Abraham e Isaac, ante cuyo nombre se doblará toda rodilla, resultaba estar también presente en una pequeña ciudad de Essex un miércoles por la noche, y, por medio de la influencia insondable de Su poder, atendía las oraciones de una chica arrodillada en el barro.

—¿Te reirás de mí? —preguntó.

—Podría —dijo Thomas.

Esto hizo que Grace sonriera y lo golpeara con el hombro, como solía hacer, y dijera:

—Se lo prometí a Dios. Esa es la cuestión. Dije: «Tráelo aquí y seré

buena. Tráelo sano y salvo y entonces me bautizaré y serviré a Dios todos mis días». Y ahí apareció entonces él, caminando con las manos en alto, y sin que se le hubiera quemado ni siquiera la ropa. Me puse tan contenta que era como si me hubiera vuelto loca. Entonces tuve miedo porque entendí que estaba en deuda con Dios y un día tendría que saldarla. Además, debo bautizarme porque tengo fe (¡de verdad, la tengo!). Porque ¿no dijo Dios que, si lo honras, Él te honrará también? ¿No cumple siempre Sus promesas?

Thomas guardó silencio durante un rato.

—Menudo tira y afloja —dijo—. Pareces una brujilla lanzando hechizos con un hierro viejo. Soy un humilde reincidente, Grace, pero incluso yo sé que esto es una teología bastante pobre.

—¡Quizá sea bruja! —Pero, al ocurrírsele que esto fuera una blasfemia, enseguida añadió—: Pero no fue un hechizo; fue una oración.

—Grace —dijo Thomas, hablando suavemente—, ¿de verdad crees en todo esto?

—¡No sé! Vivo rodeada de reglas por todas partes, Thomas, y de cosas que no puedo hacer: que si debo llevar tales sombreros, que si no puedo escuchar tal música… Nunca he ido al cine. ¡Jamás he bailado y nadie podrá enseñarme nunca! Aun así, todo el tiempo —se dio una ligera palmada en el pecho— hay algo dentro de mí que no me abandona. ¿Y no significa más, no es más asombroso tener fe en contra de tu buen juicio?

—Puede que sea fe. Pero podría ser miedo, amor, todas esas cosas, o ninguna de ellas. Una vez me dijiste —Thomas miraba con interés un huerto sin nada interesante en él— que sentías que debías ser buena, porque, si no, Dios te quitaría las cosas que amabas.

—¿Y qué? —replicó Grace, y le faltó poco para ceder al deseo infantil de dar un pisotón en el suelo por su enfado—. ¿Qué más da? ¿Crees que estoy haciendo esto para que Dios me dé a Nathan?

—Eso es lo que creo. ¿No ves que te conozco desde que naciste?

Ahora tenía veinte piezas de acero que la ayudarían a hundirse en

el baptisterio. Estaban alineadas sobre la mesa de trabajo y empezaron a brillar. Estaba saliendo el sol.

—Hace mucho que no le veo —dijo ella—, y cuando eso pasa todo resulta aburrido e insulso. Pero le pedí que viniera y dijo que lo haría. Lo hará, confío en que lo hará. —Cerró los ojos ante Thomas y, cuando los abrió de nuevo, su tía se acercaba deprisa por el jardín, con un vestido blanco en las manos.

Poco antes de las cuatro de la tarde, cuando el armonio de Bethesda comenzó a sonar para Grace, un violento viento dispersó las opresivas nubes que habían envuelto a Aldleigh durante todo el día. Thomas caminaba solo por London Road con una cesta en la que llevaba esponjosos panecillos blancos y pastel de manzana, que había preparado porque Grace se lo había pedido. Después de su bautismo, cuando le cambiaran la ropa empapada por otra seca, irían juntos al frío salón de detrás de la iglesia y tomarían el té donde una vez un anciano con un lujoso abrigo se emborrachara hasta el aturdimiento. Mientras Thomas caminaba, las hayas resplandecían allí donde las golpeaba el sol bajo, y el efecto era el de atravesar solo e ileso un incendio forestal.

Thomas se acordó de cuando Anne llegó al cobertizo con el vestido bautismal y saludó con cautela.

—Oh —había dicho—, estás aquí. —Con un tono que transmitía su pesar por la ausencia de Thomas en la casa de Dios desde que se produjera el incendio.

¿Cómo podía explicar que había cambiado la garantía de las cosas que esperaba y la prueba de aquellas que no había visto por James Bower y un telescopio reflector de diez pulgadas enterrado detrás de una pared?

Tuvo la impresión de que nunca había sido tan feliz, pero fue lo suficientemente prudente como para comprender que su felicidad estaba constituida, en gran medida, por esperanza. El encuentro con James Bower en las ruinas había sido íntimo y extraño, y había

alimentado su ánimo durante días, pero no pasó mucho tiempo antes de que regresaran a su fácil pretexto de que eran niños con un misterio entre manos. Así, hablaban únicamente de adónde habría ido Maria Văduva y de si en el parque habría enterrado otro cofre con papeles. Entretanto, Thomas prestaba una minuciosa atención a cada frase y cada gesto, y trabajaba para descodificarlos.

Mientras tanto, James Bower daba un paseo con su esposa en un día despejado, pensando con gratitud que, por una vez, estaba satisfecho de su suerte. Habían estado ocupados toda la jornada con asuntos de su vida compartida, y aceptaban entonces la belleza de la tarde como una gracia anual. Los niños estarían bien (había afirmado ella, y le había cogido de la mano). Si el mayor era un niño bastante silencioso, no era (dijo, besando la mano que sostenía la suya) por culpa de ellos, sus padres, y probablemente no duraría. Tenían problemas con una o dos facturas, pero eso se resolvería solo. Si James estaba siempre cansado (ahora ella se rio de él), era porque ya no era tan joven como antes, y, después de todo, tenía cicatrices de guerra y ya no era tan guapo.

Al doblar una esquina, dieron con Bethesda en London Road, donde James oyera una vez el armonio y viera a Thomas Hart cruzar rápidamente el aparcamiento. ¿Era posible que volviese a escuchar esa misma melodía? El viento soltó hojas de las ramas de las hayas y levantó remolinos que a James le recordaron a un demonio en movimiento. Entonces su esposa exclamó:

—Mira: ¿no es ese tu fantasma? —Las hojas cayeron abruptamente —. Lo es —confirmó ella.

No le hizo falta a James levantar la vista para ver claramente el largo abrigo de fina lana clara y los zapatos impecables, así como ese curioso aplomo que surgía en parte del dolor, acompañado de aquel viejo estilo que parecía propio de otra época y que desconcertaba y encantaba a sus amigos. Aun así, miró con atención y contempló al hombre y su abrigo. Llevaba una cesta, lo que le

daba un peculiar aspecto femenino, y estaba de pie, muy quieto. James se sintió extrañamente avergonzado. No es que pensara que Thomas fuera un hombre tan raro que no pudiera presentarlo a su esposa. ¿Acaso no era en todo momento cortés, inteligente y amable? Se trataba simplemente de que habían sido juntos unos marginados, acompañados, a modo de carabina, por una muerta.

—Creo que tiene un aspecto maravilloso —dijo ella riendo mientras Thomas se acercaba, y James se sintió mal porque le entraron ganas de cruzar la calle para evitarlo. Thomas se pasó entonces la cesta de una mano a otra como si pesara mucho y se fue aproximando.

—Preséntamelo —pidió su esposa, y se alisó el cabello—, aunque tal vez desaparezca, y verás que, después de todo, en realidad era un fantasma… ¡Oh, James, pobre hombre! No mires.

Thomas Hart se había desplomado de rodillas. La cesta descansaba en la alcantarilla y había objetos blancos esparcidos por la acera, que rodaban bajo los coches. Thomas agarraba con torpeza la tela caída y dio un pequeño grito de frustración que se oyó por encima del tráfico y del armonio. A continuación, se puso de pie, con el cuidado de un hombre herido, y se acercó a ellos con el abrigo ennegrecido por el dobladillo, y la cesta de mimbre deshilachada. «Le da vergüenza —pensó James—; por eso tiene un aspecto tan extraño».

Su esposa avanzó, con aquella inagotable bondad que él adoraba, y le tendió la mano.

—Le aseguro que no he visto nada —dijo.

Thomas le mostró las palmas de las manos, que estaban mojadas por el barro de la alcantarilla.

—Estoy sucio, me temo —se excusó—. James, buenas tardes. Tienes buen aspecto. Debes de haber estado en Lowlands sin mí. Y ¿quién es…? —preguntó dirigiendo a James una mirada inquisitiva, reservada y educada.

—Es Emily —respondió James—, mi esposa. Emily, este es Thomas.

—Emily. —Thomas lo dijo como si nunca antes hubiera escuchado

aquel nombre y le costara pronunciarlo—. Tu esposa —dijo, e inclinó la cabeza en señal de comprensión. El armonio volvió a sonar.

—Mi marido habla mucho de ti —dijo la esposa de James—. De hecho, a veces he sentido celos de lo que vosotros dos os traéis entre manos con vuestros misterios y vuestros fantasmas. Así que me alegro de conocerte —concluyó—; me alegro de conocer a mi rival. Pero ¿no llegas tarde?

Se detuvieron junto a Potter's Field y escucharon cantar a la congregación: «Cuando las penas se encrespan como las olas del mar…».

—Supongo que me he equivocado de hora —dijo Thomas—; me confundo continuamente.

Se alejó con un gesto de despedida y una mirada imposible de descifrar detrás de la dura pátina de sus ojos. James tomó la mano de su esposa. Thomas tuvo la levísima impresión de que lo hacía para consolarse.

—Adiós —dijo, pero Thomas Hart se dirigía ya hacia Bethesda como si fuera una orilla.

—Creo que he escuchado antes esta canción —dijo James.

«Contenta, contenta está mi alma».

Thomas encontró la iglesia cambiada. La mesa de la comunión la habían puesto junto al armonio, y el baptisterio estaba abierto. La pequeña y profunda cavidad estaba revestida de azulejos azules, como las piscinas municipales, y llena hasta el borde con agua que había salido durante todo el día de grifos de cobre. El agua se había templado mediante un calentador de hierro sujeto al borde y al lado de los escalones, lo que hacía que hilos de vapor se disiparan en el aire fresco de la iglesia.

Encontró el banco que había sido suyo desde que naciera y se sentó bajo las diez quietas lunas, desconcertado por la humillación y la pérdida. «Emily», pensó, y despreció aquel nombre de manera infantil, así como su amable sonrisa, su cabello, su ropa, la acera

que había pisado y la facilidad con la que aceptaba la mano de su marido. Pero, después de todo, ¿qué es lo que había perdido? La esperanza, de eso se trataba: la sensación de que el mundo se abría con cada encuentro, de que cada palabra predecía la que continuaba y la siguiente, hasta que… ahora todo eso se había ido. Peor aún, el conjunto de lo que habían hecho y dicho resultaba absurdo entonces, y el propio Thomas se sintió ridículo. «Todo han sido falsas excusas», pensó, aliviado al descubrir que la indignación llegaba junto con la pérdida. James sabía lo que hacía (¿acaso no estuvo él también allí?). En aquel momento, la congregación inclinó la cabeza en oración. ¿Cómo podría él unirse a ellos? ¿Qué oración o alabanza podría improvisar entonces, cuando se le estaban formando moratones en las rodillas? El mundo no consistía en otra cosa más que en aquel banco duro y familiar. Miró a Grace, sentada entre su padre y su tía. Llevaba un sombrero nuevo que se inclinaba por el ala. Había desafío en la postura de sus hombros bajo el amplio vestido blanco. «Todo esto es por ese chico —pensó—, pero no vendrá, no si conozco bien a los hombres. Sería mejor que él se fuera, porque ¿cómo va a poder soportarlo ella, si solo es una niña?».

El pastor bajó del púlpito. Se puso botas de pescador para proteger del agua su casulla y llamó a Grace Macaulay al atril para dar cuenta de su salvación. El ambiente en la iglesia era alegre mientras ella hablaba de la impotencia de su alma eterna y de la seguridad de su salvación (a la oveja se la conducía de forma segura al redil). Pero Thomas reconocía la pérdida cuando la veía, y sabía que ella lloraba, no tanto por su alma como por su cuerpo. «Solo problemas —pensó Thomas, y volcó su rabia sobre aquel muchacho descuidado—: Tú no has traído más que problemas desde el principio».

Si alguno de los presentes sabe de alguna razón por la que esta pareja no debería unirse en santo matrimonio, hable ahora o calle para siempre. El pastor se metió en el agua y le tendió la mano a Grace, que seguía de pie, descalza, en el borde. «¡Me opongo! —pensó Thomas—. ¡Tengo mil justos impedimentos!». El pastor

comenzó a rezar. Grace suspiró, frunció el ceño y, mientras avanzaba, se pisó el dobladillo con el talón. Se oyó el sonido de una tela que se desgarraba y el tintineo de un puñado de pesas brillantes que caían. Con una humillada exclamación de angustia, Grace se inclinó a recoger lo que pudo, y Thomas oyó que la puerta de la iglesia se abría silenciosamente. Se volvió. Nathan estaba en el umbral. Su ropa de colores resultaba violenta contra las frías y claras paredes; una débil música salía de los auriculares que llevaba colgados del cuello. Buscó a Grace y no pudo encontrarla. Sacó las gafas de su bolsillo y volvió a mirar. Allí estaba ella, con su absurdo vestido, arrodillada al borde del agua. «Llegas tarde —pensó Thomas—. Mira, ya le has hecho daño, y ella seguirá soportándolo una y otra vez». Entonces la mirada del joven encontró la suya y su expresión cambió. «¡Ahí estás, Thomas Hart!», se dijo Nathan, y sonrió y se acercó. Thomas negó con la cabeza con el movimiento lento y deliberado de una amenaza. «No eres bienvenido, no te queremos, nunca te hemos querido». El chico se estremeció como si lo hubieran golpeado, y por un momento Thomas se compadeció de su mirada desconcertada, que era casi de dolor. Nathan vio a Grace tomar la mano del pastor y entrar en el agua de espaldas a la puerta. El desconcierto del muchacho se hizo más profundo y parecía como si hubiese algo de resignación en sus ojos. Asintió una vez hacia Thomas, le dio la espalda y se fue.

El pastor habló con Grace. Ella asintió: «Sí —dijo—. Sí». Sonrió. Alguien empezó a cantar. Las voces se fueron uniendo una a una hasta que la clara bóveda del techo de Bethesda devolvió la canción. El agua le llegó hasta la cintura a la chica y oscureció su vestido. A continuación, con facilidad, como si hubieran practicado los pasos de una danza sagrada, el pastor le pasó un brazo por la espalda y le cogió las muñecas, que llevaba cruzadas a la altura del pecho. «En el nombre del Padre —dijo (la puerta de la iglesia se cerró de golpe) — y del Hijo y del Espíritu Santo». Entonces, la errante luz del sol atravesó los discos de vidrio amarillo fijados en las ventanas junto al púlpito y, al refractarse hacia abajo en su justa medida, iluminó la

superficie del agua del baptisterio. De este modo, Grace Macaulay se volvió con esperanza insatisfecha hacia la puerta que se cerraba y entró en el reluciente estanque, con la apariencia, no de estar cayendo, sino de algo que asciende hacia el sol, y el cuerpo de la pecadora se perdió en una luz inmerecida.

SEGUNDA PARTE

2008

La ley de las áreas iguales en tiempos iguales

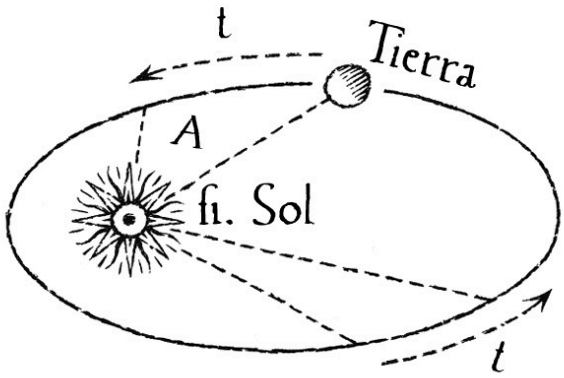


Figura 2

Llegó octubre. La Tierra y todos sus pasajeros, escorados a estribor, navegaron a través de la estela del cometa Halley, que desencadenó una lluvia de meteoritos más brillante y hermosa que su último tránsito, y cuyo recuerdo superó al suceso en sí.

Octubre llegó, al fin. Las estrellas caían sobre los húmedos arcenes negros de la A-12 y sobre los verdes y húmedos prados del cuartel de Colchester, y descendían sobre el árbol de las tumbas de Aldwinter y las urbanizaciones de Chelmsford, que se elevaban donde antes se levantaran asilos y colonias de leprosos. Para ser justos, caían también sobre Aldleigh y un hombre alto que iba por la calle principal con una cartera a la espalda. Llevaba las vestiduras de un sacerdote católico, y le sentaban tan bien que se dirían salidas de su propia médula: una casulla blanca que se levantaba con su andar apresurado de piernas largas; una estola con flecos que le colgaba por debajo; un cíngulo, que indica continencia y castidad; y un amito verde bordado con una cruz de la que asomaba un descosido hilo de oro. Quienes lo veían notaban la impresión de poder que transmitía, a pesar de que no debía de tener menos de setenta años, y percibían también el olor que lo seguía, que era de incienso y *whisky*. Siendo Essex un lugar de desavenencias, no recibía la deferencia que podría haber tenido en Norfolk, ni, más aún, en Dublín o Niza, pero a un hombre que salía del Jackdaw and Crow le vino a la cabeza algún recuerdo muy lejano del confesionario y se santiguó sin darse cuenta de que lo hacía.

«Todo cambia —pensó este hombre con tristeza cuando pasó por delante del monumento a los caídos de Aldleigh, al que recientemente habían sacado brillo y habían aplicado una capa nueva de oro—. Todo es diferente», pensó, y se preguntó adónde habría ido a parar la carnicería, con su suelo cubierto de serrín y sus

cadenas en la puerta para mantener alejadas a las moscas azules. ¿Qué había sido de la zapatería, con su toldo a rayas, y por qué estaba todo tan limpio? Recordó vagamente los baches de la calle principal, los quioscos de prensa que anunciaban cigarrillos, y un café donde una vez una mujer, que debió de darse cuenta de que él no estaba en condiciones de pagar, le había dado huevos con tocino. Una estrella cayó sobre el tejado del antiguo ayuntamiento, donde dos hombres de pelo gris que llevaban claveles verdes se besaban sin pudor en las escaleras y se escondían bajo el confeti. ¿A dónde había ido a parar el museo, y el hombre que se sentaba en sus oficinas? Llegó entonces hasta el Alder, donde todo había cambiado también: el agua se depuraba según determinados decretos municipales, y no había ni rastro de los carritos de la compra que suelen utilizar los borrachos. Observó el limpio correr del río y bebió de una botella que guardaba en el bolsillo. A continuación, se dirigió hacia London Road. No se observaba cambio alguno todavía en Potter's Field, ni se había encontrado uso para la tierra: las zarzas se mostraban salpicadas de bayas sin recoger echadas a perder por el clima y daban cobijo a un único arrendajo criticón.

Cuando llegó a Bethesda, la encontró inalterada, como la Estrella del Norte. La cadena estaba descolgada de la verja. Era la tarde del día del Señor y sonaba el armonio. Contra el austero ladrillo de la iglesia, las vestiduras del anciano cobraban el esplendor de los reyes. Cogió un himnario de la mesa del vestíbulo, entró rápidamente y vio con gratitud las diez luces con aspecto de lunas detenidas en su órbita, así como las estrechas ventanas, con sus raquíticos discos de cristal coloreado. Aun con todo, también Bethesda había cambiado. ¿Dónde estaba Anne Macaulay? ¿Dónde se encontraba su hermano, con esa mirada de haber visto un dolor que el mundo entero había pasado por alto? Y ¿qué había sido de aquella niña, Grace, con sus enaguas ribeteadas de encaje? ¿Adónde había ido a parar su amigo? Era una congregación de desconocidos.

Un hombre bajó del púlpito y se quedó de pie junto a la mesa de la comunión, que tenía sobrepuesto un mantel blanco. Su barba era

plateada y cuadrada como una pala, y el visitante lo reconoció con gratitud y alivio: era el diácono, no muy cambiado, que una vez lo recibiera con una mano sobre su manga. «Porque yo he recibido del Señor —dijo este— lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó el pan». Había bandejas de plata sobre la mesa y trozos de pan blanco barato encima. Al otro lado de las estrechas ventanas, unos coches armaban escándalo tocando la bocina, pero solo el visitante lo escuchó.

Solemnemente, el diácono bajó a los bancos, y la bandeja de plata pasó de mano en mano. «Haced esto —dijo el diácono— en conmemoración mía». El pan se masticó en silencio, y el cuerpo de Cristo se partió de nuevo en Essex.

El visitante se puso de pie. Levantó los brazos bajo aquella luz lunar.

—Por favor —dijo—, debo compartir también el pan con ustedes.

La congregación se volvió y percibió las vestiduras católicas y el aroma del *whisky*.

—Por favor —repitió el anciano.

El diácono hizo una pausa. Examinó al visitante. Imposible era adivinar qué cálculos de costumbres y teología se escondían detrás de aquella barba. Al cabo de un rato, sin embargo, avanzó por el estrecho pasillo y le ofreció el plato al anciano. El visitante tomó pan, lo comió y se santiguó, y este acto, que tenía tanto que ver con el Dios protestante de Bethesda como la matanza de tres gallinas negras, hizo que un niño que estaba atento soltara un grito ahogado.

—«Asimismo, después de cenar —prosiguió plácidamente el diácono—, tomó el cáliz, diciendo: "Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la Alianza Nueva y Eterna. —Vertió un líquido espeso de una jarra de plata en un vaso argentado y sonrió para sí—. Haced esto —dijo—, cuantas veces lo bebáis, en conmemoración mía"».

La copa pasó de mano en mano, y el borde se limpió tras cada suplicante. Entonces, el diácono acercó el canto inclinado a la boca del anciano, para que pudiera beber sin usar las manos.

—«Pues, cuantas veces comáis de este pan —prosiguió el diácono, regresando a la sombra del púlpito—, y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga».

El armonio respiró hondo y puso fin a la ceremonia. El forastero extendió sus vestimentas y observó la iglesia vacía de hombres y mujeres que pasaban por su banco con gestos cautelosos y educados. El diácono mayor, el último en salir, sacó las llaves de su bolsillo y dijo:

—Yo a usted le conozco. Estoy seguro de que sí. Confío en que el servicio haya sido de su agrado.

El visitante inclinó su notable cabeza.

—¿Debería llamarle «padre»? —preguntó el diácono, y señaló la cruz de oro que colgaba sobre la estola (estaba claro que bajo ninguna circunstancia llamaría «padre» a ningún hombre, sin importar el largo y la blancura de su túnica).

—No es necesario. —El visitante se levantó y, con dificultad, se puso la cartera a la espalda—. He venido a buscar a mi amigo —dijo —, pero no está aquí. —El diácono apagó las diez lunas. El forastero lo siguió hasta la puerta—. Por favor —pidió—, ¿podría decirme dónde está?

Salieron al aparcamiento, y una estrella fugaz tejió un breve hilo de luz sobre la ciudad. Solemnemente, el diácono cerró las puertas de la iglesia y guardó la llave con igual vehemencia.

—Hoy en día es más bien un hombre de mundo —dijo—. Lo encontrará donde siempre ha estado: en su casa, en Lower Bridge Road.

En casa, en Lower Bridge Road, Thomas Hart está sentado, erguido y satisfecho, a la mesa del comedor. Pocos cambios hay aquí. Un observador atento, sin embargo, podría pensar que el cuadro que hay sobre la repisa de la chimenea tiene el aspecto inconfundible de un Augustus John, y que el aparador luce no menos de quince piezas de cristalería dorada de Moser. En conjunto, se respira un aire

de riqueza en el lugar y en el propio Thomas, quien fue rozado por los vientos del éxito a la edad de cincuenta y ocho años, con la publicación de su novela *El caballo y el jinete* (dedicada «a J. B.: Su Libro»). Carleton, que la leyó en su camino a casa desde el trabajo y a última hora de la tarde a la luz de una lámpara, se sintió complacido y sorprendido al descubrir que la ambigüedad que había deplorado en las primeras obras de Thomas Hart había sido reemplazada por una franqueza que admiraba, pero que nunca podría conciliar con el meticuloso caballero que se sentaba ante su escritorio. De vez en cuando, en Aldleigh, en Bishopsgate o en las salas de espera de los dentistas, Thomas se encuentra con desconocidos, en parte ávidos y en parte tímidos, que, en ocasiones, le preguntan de repente: «¿No fue usted quien escribió ese libro… y ganó ese premio?». «Sí», confiesa, y nadie (les asegura) podría sorprenderse más que él, porque ¿a quién le interesa la obra de un viejo baptista polvoriento, cuyas frases ocupan una página entera? Los lectores asisten a las lecturas que da y hacen cola, que llega más allá de la puerta; a menudo le aprietan la mano en silencio, a veces lo abrazan, y él les devuelve el abrazo. En algunos círculos, se le considera demasiado sentimental para que lo tomen en serio, y fatalmente defectuoso por una tendencia a pensar demasiado amablemente en sus personajes, pero Thomas cree que cualquier escritor que se considere mejor que los productos de su propia imaginación debería buscar una profesión más apropiada (como, por ejemplo, la odontología o la construcción de muros de piedra seca).

Mantiene su columna en el *Essex Chronicle*, para el desconcierto de su personal más joven. Sigue siendo ciudadano del imperio de la luna y ha dedicado los últimos diez años a adquirir conocimientos de astronomía y física propios de un colegial; es más, si alguien le pregunta cuál es el medio más sencillo de observar las tormentas en la superficie solar, por ejemplo, o cómo un espectrómetro divide la luz blanca de una estrella y revela las huellas dactilares de Dios, puede llegar a convertirse en un hombre locuaz. No ha prescindido de Dios, aunque esto le resultara sencillo y conveniente. En

ocasiones, un domingo por la mañana, sus pies lo llevan a Bethesda, sin que él se oponga. Casi nunca va a Londres ya, y prefiere su propia compañía a la de otros hombres (ninguno de los cuales, después de todo, es James Bower). Es feliz, excepto cuando no lo es, y las viejas heridas de la cadera y del corazón todavía le causan molestias a veces.

Maria Văduva, más o menos encarnada, se ha convertido en una inquilina permanente. Él no hace nada por desalojarla. A menudo, mientras escribe, ella se acerca y se asoma por encima del hombro de él y pone el dedo en la pantalla. *Vamos, Thomas Hart*, dice, mientras pule una lente con la manga de su vestido, *vamos, viejo embustero, no fue así en absoluto*. Ella es el principio organizador. ¿Amó Thomas a un hombre que no lo amaba? Bueno, ella también. ¿Le duele el cuello de tanto mirar a la luna? El de ella se romperá algún día. ¿Podrá pensar en Lowlands sin sentir pena? Ella le entrega un pañuelo ya húmedo.

—Un día —le dice él, al tiempo que mira cómo Orión se desplaza en lo alto, por encima del puente del ferrocarril—, llegaré al fondo de esto. Recuerda mis palabras.

Ella lo duda.

Pues bien, Thomas, erguido en su mesa del comedor, le había enviado un correo electrónico a Grace Macaulay. Había pasado un año desde la última vez que se vieran, pero, como ella no había cambiado nada en los primeros veintinueve años de su vida, imaginaba que este último año no se habría desprendido de sus rizos negros, de sus trajes de brocados y encajes, ni de su terco afecto y su cambiante temperamento. «Vuelve a casa, niña desdichada —escribió—; ya no falta mucho».

> … no puede faltar mucho. La semana pasada trajeron la cama de hospital, y la pusimos donde estaba la mesa del comedor, donde todos los domingos tomábamos el té a las cinco y tu padre leía su biblia. Ahora apenas puedo

recordar la habitación sin ella (el presente llega como una marea que se superpone en el pasado).

Tu padre es un enfermero excelente. ¿Lo viste alguna vez hervir un huevo? Ahora los prepara revueltos y los hierve para tentarla y nunca se le queman las tostadas.

Ella pregunta todos los días por ti, y se me acaban las formas de mentir. «Está ocupada —digo. O—: Está en París». Pero nunca has estado en París y no tienes excusa para no estar aquí. ¡Vuelve a casa, niña desdichada! ¿Crees que ya no eres bienvenida porque has prescindido de Dios? ¿Crees que necesitarás fingir fe por el bien de ella? Ella te aceptará tal como eres, y yo también. Sospecho que tu padre no lo hará, pero él siempre dijo que eras una pecadora, así que ¿qué esperaba?

Hay un tren que sale de Liverpool Street mañana a las 5:03. Estaré esperando en la estación. Te traeré a casa.

«Niña desdichada». Pronunció esto con una punzada de indignación que imaginó debía de ser como la de un padre, es decir, amplificada por el amor (el fantasma de su hogar se solidificó contra la ventana y oscureció una estrella solitaria. *No obstante*, dijo ella, hablando a partir de sus propios recuerdos y su culpa, *¿dirías que tú tuviste un papel en esto, Thomas Hart?*).

—Déjame en paz, Maria. —Pero hasta él llegó de nuevo el olor del agua en el baptisterio de Bethesda, y vio a Nathan vuelto hacia la puerta.

El tiempo no había pasado como debería haberlo hecho; allí estaba otra vez Grace, extraída del agua brillante, con un rostro que era todo esperanza y deseo. «Con todo mi cariño», escribió. La tarde cedió agradecida a la noche. Las estrellas cayeron sobre el puente del ferrocarril. Alguien esperaba en la puerta.

Richard Dimitru Dines saludó:

—Hola. —Y, con dificultad, dejó su bolso en el suelo.

—Hola —respondió Thomas. ¿Debería decir que fue una sorpresa ver al anciano en la puerta de su casa, vestido como un sacerdote,

con una hostia de comunión en el bolsillo? Quizá, pero esto no sería verdad. Las cosas van y vienen—. Hola —repitió, y añadió (¿qué sentido tienen los modales cuando has lavado a un hombre en la bañera y le has quitado los piojos del pelo?)—: Veo que estás borracho. Será mejor que entres. Voy a poner agua a hervir.

—Es cierto —dijo Dines sosegadamente—. Estoy borracho. También tengo hambre y me gustaría sentarme, por favor.

Thomas le invitó a entrar. Sacó a Maria del sillón (se sacudió la falda negra y se filtró malhumorada contra la pared) y sentó a Dines en él.

—Te queda bien este ridículo atuendo —dijo—, aunque no creo ni por un minuto que debas usarlo.

—¿No debo? —Dines levantó los brazos y alzó las alas de su casulla. Tenía un aspecto angelical, si es que los ángeles alguna vez se cansaban de sus deberes y se consolaban con la bebida—. No —dijo—, no me he ordenado exactamente, pero un hombre puede ser ordenado tanto por el Todopoderoso como por un seminario. Me sorprende bastante que lo dudes.

—Cuéntame, entonces: ¿es que ahora eres católico? —preguntó Thomas, sin molestarse en ocultar su desagrado baptista.

—¿Por qué no? —respondió Dines. Levantó las manos de nuevo y Thomas vio que el tiempo había sido amable: los lamentables bultos en las lúnulas eran casi lo que deberían ser; los nudillos, aunque hinchados, no parecían estar a punto de ser rasgados por el hueso. El pulgar suelto, sin uso ni adorno, había sido amputado, y una nueva cicatriz marcaba su ausencia—. ¿Por qué no? —repitió—. Además, me gusta llevar puestas estas cosas para que la gente mire y diga: «Ahí va un hombre de Dios».

Thomas habló desde la cocina y dijo:

—Veo que has encontrado tu fe, sin duda, en el último lugar donde buscaste. —Molió café, y desenvolvió unas tortas de jengibre de su papel marrón—. No deberías beber tan tarde —dijo al ver a Dines acercarse extasiado hacia una botella—. El alcohol hace que duermas mal, y pareces cansado.

—Está vacía —replicó Dines, y arrojó la botella contra la pared. Thomas, al comprobar que el anciano no estaba en verdad tan contento como parecía, puso las tortas untadas con mantequilla en un platillo dorado y se lo dio.

—No he encontrado mi fe —prosiguió Dines entre bocado y bocado —. Me pregunto dónde la puse.

—¿Acaso esto no es fe? —preguntó Thomas mientras tiraba de la estola con flecos y observaba que le vendría bien una limpieza—. ¿No constituye la fe misma un intento de fe? Es terrible confundir fe con certeza.

—Tú también estabas ausente de la casa de Dios hoy, ¿no es así? Y ¿qué es lo que te pasa? ¿Te duele algo en la cadera?

—Tuve una caída —explicó Thomas—, y nada ha vuelto a estar bien desde entonces. Hoy busco mi fe en otras doctrinas. —Señaló un espectrógrafo que había cerca y un telescopio reflector de cuatro pulgadas equipado con filtros para ayudar en las observaciones del Sol—. Complemento a Dios con la física, y entiendo al uno tanto como al otro. Es decir, ¡nada en absoluto! Aun así, la encuentro magnífica, el conocimiento se acumula sobre sí mismo, y la materia nunca se acaba. Todo me resulta menos extraño y maravilloso que la Resurrección, y requiero de la misma fe para creerlo.

Comieron y bebieron en agradable silencio. Dines se quitó la estola y, con ella, su mirada sacerdotal.

—¿Dónde está esa muchacha de cabello negro que podría haber venido de mi país? Su banco estaba vacío —preguntó.

—Vive en Londres. En Hackney, que, según me cuenta, está bastante de moda últimamente, encima de una pizzería. Le escribí hoy y le dije que volviera a casa. Su tía se está muriendo a causa de un tumor en el estómago que se extendió desde el cerebro y los huesos antes de que supiera que estaba enferma.

—Y ¿qué hay de tu amigo? —inquirió Dimi, con cierta astucia—. ¿Qué hay de tu hombre, cuyo nombre era James?

—Ya no está, me temo. Se ha ido de Aldleigh, de Essex, de mí… Se fue, de hecho, sin decir nada hasta después de haberse marchado.

Pero no soy tonto, abuelo. —Thomas, sonriente, oyó en las escaleras el movimiento de faldas negras que soltaban cuentas de perlas—. ¿Es posible que no hayas venido aquí solo?

El anciano lo miró con silenciosa picardía y luego dejó su cartera sobre la mesa.

—El misterio está resuelto —pronunció. Sacó con dificultad una carpeta y un libro negro que conservaba todavía, en sus costuras y encuadernación, fragmentos de la tierra de Potter's Field.

—Aún conservas su diario —dijo Thomas, no con sorpresa, sino con satisfacción.

—Lo llevo siempre conmigo, y la traducción está completa. Resucitar a Maria, como Lázaro de su tumba, ha sido el último trabajo de mi vida. Así que te lo repito: el misterio está resuelto.

—¿Del todo? —preguntó Thomas (al tiempo que se preguntaba: James, ¿dónde estás ahora?)—. ¿Sabes lo que hizo y a dónde fue?

—No completamente, lo confieso —respondió Dines—, pero sí tengo muchas cosas claras. Por ejemplo —examinó el diario y encontró la última página escrita—, es posible ver que su última anotación la hizo el 17 de junio de 1889. Después de eso, nada. Supongo que esta fecha no significa nada para ti, siendo inglés.

—Nada en absoluto. —Thomas se inclinó para ver las palabras borradas por una mujer en apuros. Tocó la página y se sorprendió al encontrar su mano libre de tinta.

Dines, con un tono de voz pomposo, como si hablara desde el púlpito, dijo:

—Maria Văduva Bell, el 17 de junio de 1889, la misma noche en la que podríamos pensar que desapareció, creyó haber descubierto un cometa. Deja que te lea la traducción que he hecho. Era «una mancha nacarada —tal como ella la describe— que se extendía dos grados desde un núcleo […] que parecía espesarse y brillar conforme yo lo observaba. —En este pasaje parece emocionarse—. ¡Un cometa […] nuevo e inesperado —aquí vemos que tiene cierta tendencia al sentimentalismo, algo que le podemos perdonar—, que llegaba a Essex […] descubierto primero por mí —escribe—, una

mujer cuyo corazón estaba roto, pero cuya mente permanecía íntegra!».

Thomas dijo:

—Un cometa.

—Un cometa —repitió Dines.

—¿Siempre he estado ciego a todo? ¿Es que nunca vi lo que tenía delante de los ojos?

—Me sorprende que no hayas pensado en eso —dijo el anciano con altivo reproche.

—Pero ¿dónde está en los registros? ¿Es un cometa periódico? ¿Cuándo es su regreso? —(En silencio, le suplicó al mecánico celeste: «Dios, déjame verlo, ¡déjame tener eso, al menos!»).

—Esa no es realmente la clase de cosas que yo sé —se excusó Dines—, pero está claro que ella hizo sus observaciones y tomó nota de su posición…

—La ascensión recta y la declinación, sí —explicó Thomas—, es decir, la ubicación de un punto cualquiera del cielo en un momento determinado del tiempo, al igual que la latitud y la longitud…

—Pero el documento ya no está. No está aquí. Mira. —Dines mostró las páginas vacías del libro.

—Vamos a ver si entiendo esto. —Era medianoche. Thomas estaba alerta hasta en el último filamento de su cuerpo—. ¿Maria Văduva Bell, después de descubrir un cometa en los terrenos de Lowlands House, desapareció esa noche o poco después y no hizo nada con ese descubrimiento?

Dines —inmenso, triunfante, como si él mismo hubiera hecho rodar el cometa por su órbita— respondió:

—Sí. ¿Te cuento más?

—Todavía no —dijo Thomas. Se volvió hacia el ordenador—. En primer lugar, debemos establecer si ella vio un cometa o si fue solo su deseo el que lo vio. ¡Sabes que es posible amar de tal manera que se llega a inventar la realidad, sin poder confiar en lo que uno ve! Si hubo un cometa, se habría observado en este hemisferio, y existirá un registro. No hay nada el 17 de junio de 1889 —dijo,

mientras miraba con el ceño fruncido los catálogos astronómicos—, pero al día siguiente, en Francia, el astrónomo Vincent du Lac identificó un cometa en Casiopea, que primero se denominó 1889 III (Du Lac) y más adelante, supongo que porque nada relacionado con los cometas puede ser sencillo, 330P/1889 L1 (Du Lac). ¿Podría ser que, en realidad, fuera Văduva quien lo viera primero?

—Podría ser —respondió Dimitru.

—Me gustaría que no siguieras interrumpiéndome —pidió Thomas —. Y… sí…, es un cometa de periodo corto (de un periodo estimado de ciento diecisiete a ciento dieciocho años), por lo que va a regresar a nosotros. ¡Solo tenemos que esperar diez años! —Thomas Hart, sentado en su comedor con sus zapatillas de piel de venado, cerró los ojos y sintió la carga de la cola del cometa y sus corrientes de polvo astronómico. Se sentía de nuevo desligado de la Tierra, como si fuera un obediente ciudadano de los imperios celestiales que cabalgaba sobre los vientos solares—. Bien —dijo—, joder.

—Diez años, aun así —se lamentó el anciano—. Para entonces ya estaremos muertos, Thomas, y habremos obtenido nuestra recompensa. Mira, he recorrido un largo camino y tienes que escucharme. Maria escribía a menudo sobre un hombre que ella amaba, pero que no la correspondía. Quizá lo recuerdes.

—Sí, me acuerdo.

—Se refería a este hombre con la letra «M». Podemos considerar esto una pista. A su debido tiempo me encontré con otra. ¿Recuerdas que habla de que Lucifer llega a su ventana como si fuera un amante?

—Eso no es ningún misterio. Es simplemente una referencia a Venus, la estrella de la mañana y de la tarde.

—Estás muy equivocado, Thomas, al no estar familiarizado con los poetas de lenguas que no sean la tuya. Yo, en cambio, me vi transportado en un instante al aula y a los estudios de literatura rumana, y en particular de Mihai Eminescu, el más grande de nuestros poetas, que concibió a Venus como Lucifer, la Estrella de la Mañana, que llegó a la ventana de una mujer e hizo que ella lo

amara. Mihai. M. Un gran hombre, al que amaba, según tengo entendido, sin esperanza y sin ser correspondida. Estoy seguro de que también recordarás su envidia por la bella Veronica. Seguramente se trate de Veronica Micle, la amante del poeta. Así que —extendió las manos en un gesto que le hizo parecer exultante —, ya ves, el asunto está resuelto.

—Di su nombre otra vez —solicitó Thomas—, deletréalo. —Se volvió de nuevo hacia su ordenador y allí, en un momento, estaba el poeta, arrastrado a través del tiempo y sentado con ellos a la mesa —. Sí —dijo Thomas—, sí, ya veo. —Y miró con envidia y admiración la boca carnosa y los ojos suaves y caídos del poeta, que parecían más tiernos todavía en contraste con la firmeza de su mandíbula—. Pobre Maria, no es justo —afirmó, sorprendido por el dolor—. No es justo que la belleza consiga el amor tan fácilmente y, a menudo, sin quererlo.

—Debo decirte —prosiguió Dines— que su rostro era más bello que su obra. Aun así, ¿ves la fecha de su muerte? El 15 de junio de 1889, dos días antes de la llegada del cometa. Murió en el sanatorio donde los médicos lo atormentaron con mercurio para su sífilis, mientras esperaba agonizante un vaso de leche. Maria recibió la noticia; había hecho algo grandioso que esperaba que le trajera amor, pero la fuente de su afecto se había ido ya.

—Pero, si Maria vio el cometa en esa fecha, el cometa es suyo. Después de todo, realizó una hazaña que debería ser contada entre los hombres, y le pertenece a ella, no a Du Lac. Tenemos una deuda con la verdad —dijo Thomas—. Tal vez enterró sus observaciones en Potter's Field (quizá en las paredes de Lowlands House). Algo tiene que aparecer. ¿O es que solo voy a dar a mis lectores anhelo y pérdida?

—Si yo fuera ella, me habría ido a casa con mis papeles. ¿Qué es Essex comparado con Bucarest? Incluso ahora, con todo lo que ha ocasionado la ignorancia y el poder, es nuestro pequeño París. Así que esto es lo que vamos a hacer, Thomas. Llevaré a Maria de regreso a mi país y hablaré allí con los bibliotecarios y los eruditos

de Eminescu, que serán amables con un anciano sacerdote. Y te dejaré mi traducción y buscarás a Maria en Essex. Ya me duelen las manos. Ya deberías haberme acostado.

Thomas llevó al anciano a su antigua habitación. Se arrodilló a sus pies y le quitó las botas con la tranquila y serena atención con la que una vez lo había lavado en la bañera, y le puso un pijama que le quedaba pequeño. El cuerpo alto y ancho olía como si estuviera fallando, como todos los cuerpos lo hacen al final.

—Gracias —dijo Dimitru—. Por favor, deja las luces encendidas.

Luego Thomas, desvelado, se quedó despierto hasta tarde en compañía de Maria, y no cayó ninguna estrella.

17 de junio de 1889
Lowlands House

Noche asombrosa: ¡mi corazón late en la punta de mis dedos y perturba la pluma! Aunque aún debo hacer mis cuentas, ¡creo que aquello grandioso que anhelaba por fin me ha llegado!

Estos últimos días he estado enferma; un fuerte dolor de cabeza me aquejaba. De hecho, vomité tres veces, lo que causó regocijo a John Bell, que imaginaba que esperábamos un hijo, aunque, gracias a Dios, no es así. De este modo, enferma como estaba, dormí anoche como lo haría un niño, ajena al transcurrir de las horas, y me desperté antes del alba con un cielo despejado y sin dolores, sin inquietudes en mi mente ni molestias en mi cuerpo. ¿Qué podría hacer entonces, lúcida y vigorosa como un joven, sino acudir a mi telescopio? John me suplicó entre lágrimas que me quedara en casa, mas el tiempo era apacible, como en ocasiones sucede en Essex, y el cielo tenía el aspecto de un oscuro estanque en el que a veces juega la luz del sol, por lo que me dediqué a observar a Júpiter, con el corazón conmovido ante las lunas que giraban en torno a él, y su ciega fidelidad se me antojó perfectamente comprensible.

Como la luna resplandecía en el suroeste sobre el horizonte, me dirigí hacia la parte más sombría del cielo y pasé una hora vagando de un lado a otro, liberada por un tiempo del dolor que me asediaba en la tierra. Entonces, de repente, mi corazón y mi mente se aquietaron, como un perro suelto se detiene ante una cerca alta. ¡Fue un alto para mi alma! Mis ojos no se detuvieron, pues habían avistado una mancha difusa en Casiopea, débil como el aliento de un pájaro en invierno, ¡y que, además, tenía un aspecto azulado! Descubrí que estaba llorando y que ya no podía ver con claridad; apenas distinguía la luna de Júpiter debido al calor y la densidad de mis lágrimas. Me sequé los ojos con la manga y volví a mirar, temerosa de haber golpeado el ocular, lo que habría ocasionado perder mi hallazgo como si lo hubiera arrojado al mar desde un barco. Pero allí estaba de nuevo: una mancha nacarada que se extendía ampliamente dos grados desde un núcleo, también

borroso pero que parecía espesarse y brillar conforme yo lo observaba. ¡Un cometa, más allá de toda duda o confusión —nuevo e inesperado, que llegaba a Essex desde la gélida inmensidad— descubierto primero por mí, una mujer cuyo corazón estaba roto, pero cuya mente permanecía íntegra! Me sentí dividida, como lo hace una célula en su lucha obstinada por la vida, de manera que, por un lado, sentí que bailaba en Casiopea, de pie sobre sus puntas con el cometa en la palma de mi mano; y, por otro, estaba con M. en alguna calle de Bucarest, llevándole lo que había encontrado como un perro que se dirige hacia su amo…

Mañana repetiré mis observaciones (me aseguraré de lo que he visto). Entretanto, he redactado un documento que llevaré a la Real Sociedad Astronómica de Londres, para que puedan examinar y corroborar el asunto. La injusticia cometida contra Maria Mitchell se corrigió con prontitud…, pero ¡¿quién confiaría en la fortuna de una mujer?!

Querido James:

Cuando saqué todas estas vergonzosas cartas de donde las escondo, vi que había pasado un año desde la última vez que escribí tu nombre. Te he tenido presente de todos modos. ¿Me recuerdas? ¿Alguna vez piensas en mí?

Y ¿recuerdas en alguna ocasión a nuestra vieja amiga Maria? Bueno, tengo algo que decirte: su diario ha vuelto a mí. Lo tengo aquí conmigo. Leo la última página una y otra vez y casi no me creo lo que veo. Todo ese tiempo, aquí en mi mesa y en Lowlands House, con la niebla que se filtraba dentro, nos preguntamos quién era ella y qué vio. Tantas vueltas que le dimos, y ahora lo hemos descubierto. Era un cometa, James, que además va a volver. ¿No deberíamos haberlo sabido? ¿No deberíamos haberlo adivinado?

Así que ahora tengo una nueva tarea entre manos: me voy a encargar de que Maria consiga que su nombre aparezca en los libros de las estrellas. No permitiré que la olviden. Hay un cometa al que llaman el cometa de la señorita Mitchell en honor a la mujer que lo encontró, pero habría recibido el nombre equivocado de un italiano si ella no hubiera defendido su caso. Bueno, como nuestra Maria no puede defender el suyo, yo lo haré por ella.

(Me he detenido justo en este momento para buscar el cometa de la señorita Mitchell y he descubierto que tiene una órbita hiperbólica. ¿Sabes qué significa eso? Que ha escapado de la atracción del Sol y nunca regresará. Quisiera saber cómo estás tú, James Bower, ¿descendiendo por esa órbita tuya? ¿Te volveré a ver algún día?).

((Aun con todo, nunca enviaré esta carta. No soy ningún tonto)).

THOMAS HART

SOBRE LAS LÍNEAS DE FRAUNHOFER

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,
12 de noviembre de 2008

Imaginen que se despiertan de un sueño intranquilo y descubren una luz, que emana de las plantas de sus pies y de las palmas de sus manos. Si se despertaran de mal humor, supongo que la luz podría ser roja, y, si hubieran dormido bien, tal vez de un apacible verde. Parece que oiga ahora a todos mis lectores diciendo: «¡Qué ideas tan extrañas tienes, Thomas Hart!». Pero tengan paciencia, esto no es tan absurdo como parece. De hecho, durante toda su vida ustedes han estado radiando ondas electromagnéticas, pero, como nunca irradian la parte del espectro que se puede ver, no puede decirse nada de ustedes a simple vista.

Las estrellas son otro cantar. Si miran atentamente, verán su ascendencia. La luz de las estrellas y la luz del Sol, divididas por una rejilla de difracción, muestran sus propios patrones de colores distintivos. Siempre he querido ver esto por mí mismo, y recientemente compré un espectrógrafo antiguo. Tiene el aspecto de dos microscopios en miniatura montados sobre un soporte marcado con números, y lleva semanas poniendo a prueba tanto mis escasas habilidades como mi paciencia. Pero ayer, poco después del mediodía, vi finalmente el espectro completo del Sol proyectado sobre una hoja de papel clavada con alfileres en la pared del comedor: un vívido arcoíris aplanado hasta formar una barra, con los colores interrumpidos a intervalos por estrechas bandas negras, donde no había luz ni color alguno.

Estas ausencias de luz son conocidas como «las líneas de Fraunhofer», y muestran dónde la luz ha sido absorbida por la materia por la que pasaba, y su ubicación nos permite determinar la naturaleza y composición de la materia presente en el momento de su nacimiento, en la nebulosa de formación: son las huellas de Dios.

Lo extraño es que cuando vi estas líneas por primera vez casi tuve miedo. Incluso un niño conoce la forma y el color del arcoíris, y odié verlo roto sobre la pared como una ventana resquebrajada. Era como si hubiera estado hablando con un amigo a quien

conociera de toda la vida, y que, con una sola palabra o acción, él demostrara que en realidad yo no sabía nada de él.

«Imagino que estás irradiando luz —dije—. Bueno, tal vez lo estés, pero sospecho que también lo ocultas».

Grace Macaulay —por cuyas venas corrían los ríos de Essex y la tinta de la Biblia; en cuya filosofía los demonios del infierno y los santos de Bethesda luchaban contra su razón y su naturaleza— estaba sentada con su teléfono en el suelo desnudo de una habitación de Hackney y pensaba en Thomas Hart. «Vuelve a casa —había escrito —, niña desdichada». «Desdichada soy —pensó—, y creo que me gustaría volver a casa».

Tenía veintinueve años y hacía diez que había abandonado el banco de la iglesia. Es decir, no se había ausentado de su banco más de lo que Thomas lo había hecho del suyo. Era cierto que ya no estaba atada allí por la culpa, el amor y la obligación, pero, en ocasiones, se encontraba de nuevo a la sombra del púlpito de Bethesda más o menos por costumbre, con la cabeza cubierta por un sombrero prestado y sometiéndose al consuelo de los himnos. La lúcida certeza de su fe en el incendio de Lowlands, sin embargo, le parecía entonces el último acto de una niña. ¿Había creído realmente que Dios —dejando a un lado Albania y Afganistán, y continentes de niños que mueren bajo mosquiteras rotas— iba a ocuparse de un muchacho imprudente y miope de Aldleigh? Ella lo había interpretado así, y había estado dispuesta a someterse al bautismo en agradecimiento, pero Dios, después de todo, no había sido fiel y justo (el vapor se elevaría para siempre del baptisterio, y la puerta estrecha hacia el ancho mundo nunca se abriría para Nathan).

Pensó en el chico al que había amado con indignación y tristeza, sentimientos que formaban parte indisoluble de la verdad desnuda de su vida, como lo eran la fecha de su nacimiento y su número de pie. Que él no hubiera acudido había traicionado su fe en Dios, en el amor y en las recompensas de alcanzar la bondad. Que después

Nathan nunca hubiera pensado en buscarla había despertado una furia implacable que para nada se podía comparar con sus arrebatos infantiles de genio que tan a menudo terminaban en un abrazo. De todos modos, durante los últimos diez años lo había buscado en el piso superior de los autobuses, en los andenes de las estaciones y en las lúgubres oficinas donde trabajaba, sin haberlo encontrado nunca. Más o menos cada año, con una dolorosa apertura en la cámara de su corazón donde lo guardaba, creaba perfiles en las redes sociales y construía una idea de sí misma que le parecía adorable, pero jamás lo encontró, y él nunca la encontró a ella.

La habitación estaba fría, y no contenía nada de lo que a Grace Macaulay le gustaba: nada de absurdas enaguas de encaje y seda, nada de colgantes, pulseras, peinetas y botas con cordones sustituidos por cintas. Se había apartado de sí misma. Ningún aroma a incienso o aceite de lavanda emanaba de su cabello ni de sus brazos, sino solo el olor penetrante de masa grasosa que subía perpetuamente desde la pizzería de abajo, lo que hacía disminuir su apetito. Un paquete de Silk Cut y un encendedor estaban colocados junto a un platillo en el alféizar de la ventana, donde a menudo se asomaba para estremecerse ante el humo y observar cómo el tren se dirigía hacia Croydon y Dalston. La escasa ropa que poseía colgaba austeramente de una barra, y un televisor asomaba a los pies de la cama; lo veía de forma indiscriminada y con confusión, en un intento por convertir a la hija de Bethesda en una mujer normal y corriente. Y, de hecho, era normal en lo que se refería a ciertas cuestiones esenciales: no creía en el infierno desde el día en que se rio del cinturón que su padre llevaba en la mano, esperaba devotamente ver algún día a Thomas Hart con un hombre al que amara en las escaleras de la oficina de registro del antiguo ayuntamiento, y no le preocupaba la idea de que sus antepasados hubieran sido encorvados y fueran desnudos, cubiertos tan solo por su propio pelo. Cada día enviaba a esta mujer corriente al mundo, y pasaba más o menos inadvertida mientras se echaba amigos, amantes y colegas; y lo que al principio había sido una sensación

angustiosa ante su propia extrañeza había quedado reducido a la incomodidad que se siente al llevar ropa áspera sobre la piel quemada por el sol.

«Vuelve a casa», insistía Thomas. Entonces (por encima de la multitud que se dirigía a la estación, de los clientes hambrientos que se acumulaban en las aceras), escuchó el viejo armonio y el sonido de su tía cantando, y vio aquellas luces de Bethesda que eran como lunas contra la pared de su piso alquilado. A sus pocos amigos no les hubiera extrañado imaginar que la habían sometido a miles de abusos físicos y espirituales, y que, tras ser expulsada por las puertas de la iglesia, habían cerrado estas con llave delante de ella. Era difícil explicar que su padre y su tía recibieron su ausencia con un dolor atenuado por su confianza en la voluntad de Dios. Que regresara o no a Bethesda era algo en lo que la propia Grace tenía poco que ver cuando todo se reducía a la predestinación. La distancia le permitía ver con claridad el dolor de su padre y su sincera determinación de servir a su Dios, así como el cariño tímido y diligente de su tía. Esto le hacía amarlos más y anhelaba poder complacerlos.

Miró de nuevo su teléfono, que bullía con mensajes intrascendentes: ¿estaría libre mañana? ¿Había visto las noticias? ¿A qué hora el viernes? Y allí, en medio del ruido de Londres, estaba Thomas Hart, que escribía, como si se sentara con hojas de papel color marfil a su mesa de Lower Bridge Road: «Vuelve a casa». Sonrió, se alisó los vaqueros como si fueran metros de algodón escarlata sobre una enagua de satén podrido y contestó:

> Querido Thomas, está bien. Volveré a casa mañana. ¿Irás de verdad a buscarme? ¿Sabe ella que voy a ir? ¿Y sabe que me mantuve alejada porque no puedo creer que esto esté sucediendo y no quiero verlo?
>
> Leí tu columna en internet. ¡Creo que eres la única persona en el mundo que me conoce de verdad, y yo soy la única persona que te conoce a ti! Todavía quiero contártelo todo. Por ejemplo: anoche creo que vi la eternidad. Muchas veces intentaba verla cuando era pequeña, porque sabía que morir es entrar en ella, pero nunca pude. Me imaginaba una trampilla abriéndose bajo mi

tumba y algo que me esperaba debajo, pero jamás fui capaz de imaginar el tiempo sin fin.

Anoche, sin embargo, cuando estaba casi dormida, sentí una cosa extrañísima. Algo estaba levantando mi cama, inclinándola hacia arriba desde los pies, de manera que yo acabé deslizándome por el colchón hacia la pared. Seguí escurriéndome y la pared se abrió para dejarme entrar, pero la cama se inclinaba y yo seguía cayendo… Comprendí entonces que en realidad caía hacia arriba, y que por eso nunca me detendría, sino que simplemente seguiría cayendo para siempre.

¿Qué crees que significa?

Hasta pronto,

G.

Allí estaré, por supuesto. Te llevaré con ella. Le daremos una sorpresa.

A mí me parece que es como si estuvieras teniendo visiones. Eres Julian de Aldleigh. Deberías sentarte todo el día en una celda de piedra blanca y llorar de alegría por las heridas de Cristo. Esto es lo que yo interpreto: ya soy un hombre bastante mayor y moriré antes que tú. En ese caso, mi eternidad comenzará antes que la tuya, pero, si la eternidad tiene un comienzo, ¿cómo puede ser infinita?

Creo que esto es la eternidad, Grace Macaulay. No creo que comience; creo que ha comenzado. Así que la eternidad es esto, estamos participando en ella ahora mismo. Envío este correo electrónico a la eternidad y en la eternidad te esperaré, en la vía 2.

THOMAS HART

Anne Macaulay, enferma y cansada, se despertó temprano después de un sueño intranquilo y vacío, y vio el amanecer iluminar la fina manta azul que tenía en las rodillas, la batea de cartón en forma de riñón en el que había vomitado y las hojas peludas de las violetas africanas alineadas en sus platillos sobre el alféizar de la ventana. La luz también incidió sobre una orquídea que se erguía en un recipiente blanco acanalado, pero no pudo encontrar vida en el tallo de plástico ni en los pétalos. El polvo se acumulaba sobre ella. Nunca moriría, pensó Anne, lo cual era una lástima. Inhaló brevemente el aroma a polvos de talco depositado en el aire la noche anterior, cuando Lorna Greene, tras entrar llorando, había besado a Anne con los labios mojados por las lágrimas, y lamentaba a su vez no haberse enterado antes. ¡Ojalá se lo hubieran dicho! Anne había recibido sus abrazos en silencio, al no tener otra opción, y trató de mostrarse agradecida por ellos. «¿Cuánto tiempo ha pasado, querida Anne? —había preguntado Lorna, y había apartado las violetas para colocar su orquídea de plástico en el lugar más visible desde la calle—. ¿Cuántos años?». Hablaba como si las circunstancias la hubieran obligado a ausentarse, cuando en realidad se había cansado enseguida de Bethesda, y en los años intermedios había sido metodista, unitaria, espiritualista de forma pasajera, y, en ese momento (así dedujo la fatigada Anne del flamante crucifijo de oro que colgaba de su nueva cadena dorada), católica. Pero Anne estaba demasiado cansada como para albergar rencor, pues al fin y al cabo le quedaba ya muy poco trecho para llevarlo consigo, y al final acabó sucumbiendo a la presencia perfumada de Lorna y a sus rápidas palmaditas, que a veces parecían un toque de reproche. «Pero, bueno, ¿por qué no me avisaste antes?, ¿por qué no llamaste? ¡Qué boba, Anne querida! ¡Niña tonta!».

La luz abandonó con reverencia la orquídea inmortal y llegó a la mesa donde todos los domingos a las cinco de la tarde Anne había servido sus tazas de té y untado con mantequilla el pan que había hecho. De este modo, su recuerdo pobló la habitación, y allí aparecieron Ronald, inclinado sobre su biblia, y el viejo vagabundo, con su abrigo de terciopelo rojo, y Lorna, con su susurrante satén barato; allí se dejó ver Nathan con el brazo en cabestrillo, y allí más vívidamente estaba Thomas Hart, inmutable y siempre el mismo. «Buenos días», dijo, saludando con la mano a quien fuera, a nadie en particular, y sonriendo por el placer de sonreír. Entonces la sonrisa se desvaneció. ¿Dónde estaba Grace, la niña a la que quería porque se le había requerido que lo hiciera? Intentó dar cuenta del paso del tiempo, pero no pudo: la muchacha podría haber entrado en la cocina hacía un momento o podría haber estado ausente durante toda su vida. Desolada, Anne descubrió que el único recuerdo que le quedaba era el de una niña pequeña, bulliciosa, regordeta y temperamental, cuyo cuerpo olía a avena y aceite; y el ruido que hacía esa niña entonces era como el que hacía ella ahora en su dolor.

Ronald Macaulay atravesó el pasillo con la libreta en la que anotaba los medicamentos que dispensaba y los intervalos en que lo hacía. «Tiene dolores», pensó, y se reprendió a sí mismo. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Anne —dijo—, ¿te duele otra vez?

—¿Dónde está? —preguntó Anne.

—¿Has dormido algo?

Vio el fino vómito verde de la batea y el sudor que manchaba la almohada de hospital. La piel se desprendía de sus uñas, la palma de su mano estaba seca. «Qué enfermedad es esta —pensó—, que le muele los huesos para hacer su pan». Su pelo áspero y gris, ralo como la pelusa de un diente de león, se le pegaba al cuello. Vertió agua de una jarra de plástico en un vaso del mismo material. Qué

injusto era que todo se volviera feo hacia el final de la vida (el aparato que había usado para caminar cuando la enfermedad aún no había empeorado, la cama de hospital, con sus barandillas y gomas; incluso la manta, lastimosamente fina, del raído azul institucional de cada pabellón que había visitado).

—¿Dónde está? —preguntó Anne—. ¿Por qué no viene? ¿Es que no sabe cómo estoy?

En sus últimos años, Ronald había descubierto que las exigencias de Bethesda no siempre estaban a la altura de la vida tal como él la vivía. Debería decir: puede que ella nunca venga, y no pasa nada, si es lo que Dios quiere. Pero, según esta lógica brutal, Dios había deseado todo lo malo que había ocurrido, y que alguna vez ocurriría, y por eso antepuso la virtud de la bondad a la de la verdad, aunque eso significara pecar.

—Va a venir —dijo—. No está segura de cuándo (hay un problema terrible con los trenes, lo escuché en la radio), pero llegará pronto. Debes decidir qué ponerte. Ella se da cuenta de estas cosas.

La manta se movió, y él vio que la piel de sus pies se desprendía en pequeños jirones. «Se está escapando de sí misma —pensó—; se está yendo». Encontró entre el montón de botellas y paquetes la loción de lavanda que Grace le había enviado con una apresurada nota afectuosa. La frotó contra los pies de Anne, y los frágiles tendones bajo aquella piel suave le recordaron a Rachel, que también había muerto, y los ovillos de lana que había sostenido en su regazo, perforados con agujas de tejer.

—Gracias. ¿Siempre has sido así de amable?

—Creo que no —respondió Ronald—, pero no me acuerdo.

La verdad era que la vida parecía haber consistido siempre en días divididos en porciones sucesivas de sueño, dolor, y llegadas y salidas de las enfermeras.

—Debería haber amparado a ese vagabundo, Ronald —dijo Anne —. ¿Te acuerdas de él y de su abrigo de terciopelo rojo? No deberíamos haberlo echado. ¿Importaba que estuviera borracho, cuando estaba hecho a imagen de Dios? He llevado ese peso todo

este tiempo. Ojalá pudiera volver a verlo y pedirle que me perdone. Me gustaría quitarme ese peso, soltarlo.

—Incluso aunque hubieras querido hacerle daño —dijo Ronald, vertiendo morfina en un vaso de plástico—, ya no quedaría rastro alguno de ello. Aunque hubiera sido como la grana, quedará blanco como la nieve.

Ella bebió el líquido dulce y espeso, y lamió el borde como un niño que apura los restos de su helado.

—Léeme —pidió—. Lee el trozo que más me gusta.

Así que él fue a buscar el ejemplar de *El progreso del peregrino*, en cuya portada estaba escrito ANNE MARGARET MACAULAY: SU LIBRO con lápiz verde y amarillo, y recordó un día que estaba sentado con ella en la escuela dominical, recordó sus pies con zapatos de hebillas, que no le llegaban al suelo, y que se asombraron por un espectáculo de linterna mágica en el que el peregrino de Bunyan luchaba contra el gigante Desesperación.

—Supongo que pronto conoceré a John Bunyan —dijo Anne—. ¿Crees que era tan feo como lo pintan?

—Dudo de que nadie sea feo en el cielo, o, si lo es, seremos incapaces de ver que lo es. Ahora recuerda que llamaron al señor Valiente para cruzar el río y les dijo a sus amigos: «Voy a casa de mi Padre…».

—«Voy a casa de mi Padre —repitió Anne, que en estos días no conseguía recordar qué día de la semana era—, y, aunque con gran dificultad llegué hasta aquí, ahora no me arrepiento de todos los problemas que he tenido que pasar para llegar a donde estoy». —Se inclinó sobre la barandilla alta de su cama y trató de vomitar, pero no pudo.

—Te dejo —dijo Ronald. La besó en la mejilla y le quitó el libro.

Anne se sintió agradecida de que la somnolencia invadiera su conciencia y aliviara el peso de la culpa y la pena. Lo que quedaba tenía la persistencia de una raíz y reafirmaba su convicción de no estar sola, de no haberlo estado nunca, en realidad, porque era una hija de Dios, y él la amaba justo a ella, con todas sus virtudes y sus

defectos. Se tapó el pecho con la manta. Estaba cansada. La oscuridad entró desde la periferia hasta que la manta ocupó todo su campo de visión («Y ¡qué maravilloso es! —pensó—, ¡qué extraordinario, que simplemente haya estado aquí, en mi regazo, todo este tiempo! Mira qué profundo es el azul de los pliegues, mira cómo el sol incide sobre él y hace que las fibras ardan…»). Se la llevó a la mejilla, y nunca, en toda su vida, había sentido una sensación como esa. La aspiró y percibió un olor a lavanda y detergente en polvo, así como el olor de su propio cuerpo descomponiéndose en esa fea cama; luego, más allá, como en un campo visto a través de una puerta, notó el olor de la lanolina que untaba la lana de la oveja y el sudor del granjero que la esquiló y, por último, en una nota de fondo de hierro húmedo, la sangre de la oveja que amamantó al cordero en las horas en las que este apenas podía tenerse de pie. «Esto es un milagro —pensó—; es un milagro. Si esto fuera lo último que viera, iría contenta a mi lejana casa y lo llevaría conmigo a la gloria. "¡Contenta, contenta está mi alma!"».

El tiempo cambió. La lluvia arremetió contra el Blackwater en compañía de numerosas gaviotas chillonas. Llegó a Bethesda y tiñó de azul el tejado de pizarra. Se acercó a Lowlands e hizo que el lago se filtrara a través del césped. Tocó Lower Bridge Road, donde golpeó las ventanas, con la intención de que la dejaran entrar.

Richard Dimitru Dines se había despojado del sacerdocio y había descendido a las filas de los pecadores vestido con una bata prestada. Habló con olor a pasta de dientes y a *whisky*:

—Vaya, vaya. Así que tu amiguita vuelve a casa.

Thomas estaba en la cocina, preparando unos huevos.

—Así es. Ha pasado un año desde la última vez que la vi, pero en verdad creo que nadie cambia nunca, que todos nos contenemos a nosotros mismos desde el día en que nacemos. Estuve despierto toda la noche con Maria. —Cortó mantequilla del plato—. Has hecho un buen trabajo, abuelo. Debería publicarse. Tal vez pueda

encargarme de eso. —Con cuidado de conservar la blandura de los huevos, añadió rápidamente la mantequilla—. Siento más que nunca que sus papeles no se pueden perder, su destino no puede haber sido amar sin ser correspondida para que luego se olvidaran de ella. No me mires así, abuelo. Esta no es mi historia.

Distribuyó los huevos sobre tostadas con mantequilla.

—Esta lluvia remitirá pronto —dijo Dines, como si hubiera arreglado el asunto con meteorólogos tanto mortales como divinos —, y me llevarás a Lowlands House. Solo la vi una vez desde lejos y me pareció que estaba encantada, como sucede en lugares como ese. Una vez, en los días de mi vagabundeo, vi a un hombre que caminaba por allí y que miraba la luna. Me pareció un hombre triste y familiarizado con el dolor…

—No tengo tendencia ninguna a la tristeza. Nunca la he tenido. Todo fue un simple efecto de la luz.

—… ¡y no podría haber imaginado que algún día yo rondaría su casa, apareciendo como una moneda falsa!

—Verás que todo lo que yo no he cambiado, Lowlands House, por el contrario, sí lo ha hecho. Han expulsado a los fantasmas con una escoba, han fregado los escalones, y me han dicho que habrá una nueva vitrina para el telescopio de Maria. A decir verdad, Dimi, creo que sería una locura pensar que encontraremos una losa suelta y su cometa debajo, derretido en el barro.

—Los primeros que estamos locos somos nosotros —respondió Dines.

Mientras tanto, había dos hombres llamados Peter en la orilla del lago de Lowlands. Había barreras tras ellos; también excavadoras y brazos articulados para dragar lodo, así como sacos de hormigón e instrumentos para mezclarlo. Las obras podrían empezar al día siguiente, dijeron los hombres, aunque en cierto modo era una lástima.

—Nadé aquí hace mucho —dijo Peter el viejo, a quien la tristeza le

llegaba como un cambio de tiempo—. Pesqué en él un lucio del tamaño de una vaca, pero no pude atraparlo. —Removió el agua con la bota. El lago, crecido por la lluvia, avanzaba afanosamente sobre el césped.

—¿Viste alguna vez al fantasma? —Peter el joven estaba dispuesto a creer cualquier cosa que le dijeran.

—No, pero vi los grafitis y el fuego. Estuve aquí aquella noche (todo el mundo estuvo aquí). Aquello parecía la feria de Pascua. Por supuesto, no sabía que hubiera nadie dentro de la casa. No habría mirado, si lo hubiera sabido.

Se dieron la vuelta al mismo tiempo para examinar la casa, que ahora tenía el aspecto desigual de un hombre que camina cojeando. La fachada del ala este, hueca por el fuego, estaba apuntalada con hormigón y placas de vidrio. Su tejado estaba plano. Era accesible y espaciosa, y estaba expuesta al viento (no era lugar para fantasmas). El ala oeste y la parte central, que sorprendentemente estaban intactas, habían sido restauradas, y la hiedra había desaparecido del yeso. Las ventanas desnudas miraban a los robles, que les devolvían la mirada.

—Qué curioso —observó Peter el viejo—, podría haber jurado que la luna era azul. —Y entonces añadió—: Por el amor de Dios —dijo —, ¿quién es ese hombre?

Un sacerdote se acercaba por el césped con paso apresurado. Un acompañante, que tenía el andar cuidadoso de un hombre familiarizado con el dolor, iba tras él.

—¿En qué has estado ocupado? —preguntó Peter—, ¿tienes algo que confesar? —Y lo extraño fue que el hombre más joven comenzó a sentir que necesitaba la absolución, pero no era capaz de pensar en lo que había hecho.

El sacerdote llegó a ellos. La lluvia había amainado. El sol iluminó Lowlands, blanca como un hueso.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el sacerdote. Levantó su estola mientras hablaba, y a los trabajadores les pareció que, en efecto, todo constituía una cuestión moral (las silenciosas excavadoras, los

sacos de hormigón, las barreras inclinadas hacia las cañas…).

—Estamos dragando —confesó Peter el joven, retorciéndose las manos— y haciendo unas reformas. No es un sitio nada seguro —explicó—. Hace años que no lo es. El año pasado alguien se emborrachó y se quedó toda la noche tirado en el barro. ¡Podría haber contraído la enfermedad de Weil!

El hombre que no era sacerdote se frotó distraídamente la cadera y mostró un educado interés.

—Ah, ¿sí? —dijo—, ¿de verdad?

—No enfermó, que yo sepa. Pero habría podido enfermar.

El hombre consideró esto con interés y detenimiento.

—Era probable, ciertamente —dijo.

Una nube pasó deprisa.

—Decidme —instó el sacerdote—, ¿habéis encontrado algo en el fondo del lago, algo como, por ejemplo, una caja sellada de fabricación rumana, de aspecto refinado? ¿Tal vez la visteis en los cimientos, cuando terminaron las obras?

—No —respondieron los hombres a la vez—, no vimos nada.

Entonces, Pedro el joven, en respuesta a la atmósfera de santidad que parecía instalarse en el lago, repuso:

—Siguen diciendo que hay algo ahí abajo, eso sí. Nadie ha visto ni oído nada. La semana pasada, alguien renunció alegando que recordaba la luna azul y no quería estar aquí cuando llegaran las dragadoras.

Los visitantes guardaron silencio durante un rato, y luego hablaron de forma incomprensible entre ellos. El sacerdote tenía sed. Bebió. Ofreció la botella a su compañero. Este último la rechazó y les dio las gracias a los hombres por su tiempo con una fina mano apoyada en el elegante *tweed* de su traje. Los dos Peter, sutilmente hechizados, inclinaron la cabeza y los observaron alejarse.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Peter el viejo a Peter el joven. Las grajillas se habían reunido en las orillas del lago, en busca también de una respuesta. Empezó a llover.

Las cinco en punto. Thomas se protegía de la lluvia pertinaz en el andén 2. Desde esta posición debería haber sido posible ver Upper Bridge Road, con su aspecto de columna de dragón, pero el mal tiempo oscurecía la vista. Era hora punta. El tren que llegaba perseguía sus propias luces por la vía. Thomas permanecía atento al ir y venir de las colas, de las bolsas y los cuerpos que cruzaban las puertas, y miraba a las chicas acicaladas para ir a la ciudad, que se elogiaban unas a otras mientras los hombres las observaban con ojos caprichosos. Thomas también estaba atento, pero porque estaba esperando. Un chico salió el último del tren, se lanzó por el andén y dejó caer un vaso de papel. Aminoró el paso de repente, como si recordara algo desagradable, y miró hacia atrás con nostalgia. «Qué encantador es», pensó Thomas, con el viejo reflejo del deseo. Observó con placer la hermosa cabeza que se revelaba bajo un cortísimo cabello negro y el hueco donde el cuello encajaba con el cráneo. Entonces el chico se dio cuenta de que llovía y se subió la capucha del abrigo. Su rostro pálido rehusó la admiración. Thomas vio cómo se acercaba y tuvo la vaga sensación de que, de alguna manera, lo habían engañado. Entonces, un repentino cambio de percepción inclinó el suelo bajo sus pies, y, repelido débilmente por sí mismo y por la hermosa cabeza que se escondía bajo la capucha, exclamó:

—¡Eres tú!

—Tú me lo dijiste —argumentó Grace Macaulay, y se echó hacia atrás de nuevo la capucha, ya cobijada en la estación—. ¡Me dijiste que debía venir!

«Sí, te dije que vinieras, pero ¿adónde te has marchado?», pensó Thomas. Estaba tan cambiada que no se la reconocía. ¿Qué había sido de sus cintas y faldas, de los suaves brazos bronceados, las pulseras y anillos de fantasía, las abejas plateadas de las que goteaba miel plateada? Su delgadez saltaba a la vista, y se le notaban los tendones en el dorso de las manos. Llevaba pantalones vaqueros y unas botas que le quedaban grandes y le impedían

caminar bien; sus ojos conservaban algo del brillo del aceite sobre agua que tenía de recién nacida. Se notaba que la cabeza se la había afeitado ella misma, pues detrás de la oreja quedaba un mechón negro. ¿Es que no tenía ningún amigo que la ayudara?

—Sí, así es —dijo Thomas, y descubrió que al menos su olor seguía siéndole familiar (ni agradable ni desagradable, un poco salvaje y proveniente de su cuero cabelludo).

—¿Estabas muy enfadado conmigo? —Ahí estaba por fin su afectuosa hija cascarrabias, y Thomas, con risa de alivio, dijo que sí, pero que tanto daba, pues ella era lo que más quería. Entonces se arrojó contra él, y en su breve abrazo Thomas sintió que los omóplatos de la chica se ensanchaban bajo la ropa, y de repente comprendió, como si Maria le hubiera dado tres golpecitos en el hombro, que ella no era feliz, y que todo era por culpa de él.

—Vamos —dijo Thomas, y sostuvo su paraguas por encima de los dos—. Tenemos compañía. Richard Dimitru Dines ha regresado a Essex y nos espera en el coche.

Descubrió que ella todavía tenía esa sonrisa que aparecía de repente.

—¡Dimi! —exclamó—. ¿Recuerdas que lo encontré yo, Thomas? ¡Yo lo vi primero!

Pasaron por debajo del puente, donde el coche estaba a la vista.

—Ha pasado un año —dijo Grace—, pero podrían haber sido diez. ¿Cuándo pintaron el Jackdaw and Crow? ¿El tráfico siempre ha sido así? Todo cambia, pero ¿no crees que cualquier transformación es una pérdida? Estás igual, a pesar de tu ropa —dijo, y se acercó al anciano que estaba en el asiento trasero para hacerle entrega de su ávido afecto—. Mira esto. —Agitó la estola con su cruz dorada—. Qué preciosidad, y ¿qué fue de tu abrigo de terciopelo rojo?

—Yo quiero saber dónde está tu chal —dijo Dines— y qué has hecho con tus rizos. ¡Cambios y decadencia por todas partes, por lo que veo!

—¿Nos vamos? —instó Grace—. Quiero verla, pero al mismo tiempo tengo miedo de verla. ¿Cómo es posible que las dos cosas

sean verdad?

—No puedes esperar que los sentimientos lleguen uno a uno —respondió Thomas—, aunque sería práctico, ciertamente. Es posible que quieras verla y lo contrario, y ninguna de las dos cosas anula a la otra.

—No lo soporto.

—Bueno —dijo Thomas—, tendrás que aprender a hacerlo.

La lluvia bullía en las aceras y manchaba las ventanas, con las luces de los coches parados que se cerraban el paso unos a otros en las carreteras. «Todos estamos pensando en Anne —reflexionó Thomas—. Hay mucho que decir, pero no hay tiempo para hacerlo». Los conductores impacientes tocaban el claxon y no se movían.

—Llegaremos tan pronto como podamos —dijo Thomas.

Querido James:

Es medianoche. No hay luna, y Anne Macaulay ha muerto.

Ha sido difícil escribir eso. Déjame que lo intente de nuevo para soportarlo mejor: Anne Macaulay ha muerto.

Había planeado verla esta tarde. Tenía pensado llevar a Grace, que ha estado fuera durante tanto tiempo, y al viejo Dimitru, que ha vuelto a Aldleigh. Me había imaginado la sorpresa y lo contenta que se pondría. «¡Qué amable de tu parte, Thomas —diría mi amiga—, ¡qué atento eres!». Me pregunto si alguna vez realizamos actos de bondad sin pensar en la cálida luz que nos envolverá.

Así que condujimos hasta allí bajo una lluvia atroz, que al llegar a Beechwood Avenue pareció agotarse. Había ese tipo de sol brillante que solo llega después de una tormenta, y la carretera y las aceras ya estaban secas. Eran las seis. Los pájaros se volvían locos entre los abedules, y los niños salían de las casas. Cuando Grace vio a su padre en la puerta, corrió a su encuentro y, en el momento en que apoyó la cabeza en su hombro, lo vi acariciarla como a un perro.

Luego entramos todos juntos en la habitación donde Anne ha vivido estos últimos tres meses. Vi el sol suspendido en la ventana y cómo la luz hacía que todo fuera maravilloso; todo: la cama horrible, el colchón de goma, los

paquetes de pastillas, los pañuelos, las compresas para la incontinencia, las toallitas antisépticas, las cucharitas manchadas de té. Anne llevaba un camisón de algodón blanco con botones de plástico que parecían cualquier cosa menos perlas y acariciaba una fina manta azul como si nunca hubiera tocado nada tan suave.

Grace tiene un aspecto ahora como el de un niño medio muerto de hambre, pero Anne la conoció sin ningún problema. «Ven aquí —dijo—, ven aquí». Uno pensaría que la niña desdichada llevaba solo unas horas fuera. Así que Grace se subió a la cama, se acurrucó allí y no dijo nada. Nunca pareció tanto un animalito de granja, y durante todo el tiempo Anne le daba palmaditas, acariciaba la manta y nos miraba como si todo lo que alguna vez hubiera esperado se hubiera materializado. Su antigua sonrisa tímida se mantenía intacta en el dolor, y surgió como algo que brilla bajo el agua. «Gracias —pronunció—. Gracias». Eso fue lo último que me dijo, algo de lo que me alegro.

Dimi avanzó entonces y mi memoria lo vistió con el viejo abrigo de terciopelo rojo, puso la tarta de cumpleaños en la mesa y el gran cometa en la ventana. Extendió las manos, que podría pensarse habían sanado de la noche a la mañana, pues no se le veían las cicatrices. «Anne —dijo—, señorita Macaulay». Tenía miedo de que ella no lo reconociera, pero lo reconoció. Ella solo dijo que lo sentía, y él respondió que todo estaba bien y que todo eso era agua pasada.

Entonces, Anne miró a Ronald; esbozó de nuevo su errante sonrisa y dijo: «Me pesaba tanto, y al fin lo he podido soltar». Luego pasó una hora en la que no dijo nada y sus manos todavía descansaban sobre la manta; a veces respiraba deprisa y otras veces no respiraba nada en absoluto. De vez en cuando, Ronald mojaba un algodón en agua y lo usaba para humedecerle los labios, y yo ponía mi mano sobre la de ella y me preguntaba qué estaría pasando por su mente, si estaba pensando en su hermano y su sobrina, que eran hueso de sus huesos y carne de su carne, cada uno a su manera tan solitaria, o si cavilaba sobre su vida anterior en las colinas y sobre la que le esperaba al otro lado del Jordán.

En aquel momento, el ángulo de la luz del sol cambió y, de repente, todas las sombras se hicieron alargadas y se inclinaron sobre la pared. Anne se despertó como si hubiera dormido bien y nos dirigió a cada uno su antigua mirada clara y tímida. Luego movió la manta hacia la luz, nos mostró el azul y dijo: «¿No es todo un milagro? ¿Creéis que alguna vez hubo otra vida como

esta?». Entonces supongo que algo esencial falló en alguna parte, y Grace…

Thomas, a quien le dolía la cadera mala, levantó la vista de la carta que no iba a enviar y vio a Maria Văduva en el sillón vacío. Las faldas estaban manchadas de barro de Lowlands hasta una altura de tres pulgadas, y sus ojos le miraban severamente desde las sombras. *Thomas Hart*, dijo, *¿crees que yo no estaba allí? ¿No me viste en la ventana? ¡Viejo granuja, padre de las mentiras, no fue así en absoluto!*

—Me gustaría que me dejaras solo —dijo Thomas, que se había convencido a sí mismo de manera absoluta, como siempre había sido capaz de hacer—. Ojalá me dejaras tener un momento de paz. No —admitió—, no fue así. ¡Pero el mundo entero está compuesto de posibilidades, y de todas las cosas esta era la más probable y la más correcta!

Entonces Maria, la de las cejas negras, honesta en la muerte, habló con la indignación de la conciencia de Thomas: *Nunca pudiste soportar ver las cosas con claridad, Thomas Hart. Mira de nuevo.*

Mira bien, Thomas Hart: el coche está ahora a tan solo diez millas de distancia de la estación, el parabrisas se ha manchado con la lluvia cambiante, y Grace, cuyo mal humor se acrecienta, levanta el teléfono impaciente.

—¿Por qué no se mueven, Thomas? Por el amor de Dios, llevamos aquí media hora y me he quedado sin batería. ¿Por qué tú nunca llevas el tuyo?

Por encima de sus cabezas, otro tren se alejaba por el arco del ferrocarril, y más adelante, en la carretera, un conductor enloquecido había bajado y gruñía en vano acerca de lo que estaba ocurriendo a media milla de distancia, en dirección a la ciudad. Ahora la lluvia caía en gruesas gotas que repiqueteaban sobre el techo del coche como si fueran disparos, y Dines, en el asiento trasero, se había terminado su bebida.

—¿Por qué me tenéis aquí abajo? —preguntó—, ¿por qué me estáis haciendo esto?

Entonces Thomas se giró y vio cómo surgía en el anciano el viejo terror.

—Espera un poco más, Dimi —pidió. Luego, en un coche cercano, un pasajero desesperanzado salió y, al abrir la puerta, golpeó el coche, a la altura de donde estaba sentado Dines, lo que le hizo a este estremecerse y gritar. Buscó a tientas el cinturón de seguridad, habló rápidamente consigo mismo en rumano y, agarrando la cartera de forma insegura, cayó al suelo, a la calzada.

—Creo que no voy con vosotros —dijo—; no vais a obligar a un anciano a pasar tanto tiempo sentado. Deja que me vaya, Thomas, deja que me vaya. Te encontraré a su debido tiempo. —Dio una palmada al coche como si fuera el flanco de un caballo—. El tráfico comienza a avanzar, Anne está esperando, y debéis iros.

Pero, por mucho que avanzara el tráfico y que Anne esperara, quedaba muy poco tiempo.

—Podemos volver a encontrarlo —dijo Grace—. Siempre acabamos dando con él de una u otra forma.

Mira de nuevo, Thomas: Grace Macaulay está ante el umbral de la casa de su padre. Las luces están apagadas, hace mal tiempo. Grace, insegura de sí misma y del mundo entero, aún no ha llamado a la puerta. Una nota disonante flota en el aspecto del lugar, en el jardín asilvestrado, en el abedul plateado, como si algo se hubiera ido. Ronald sale de la casa. Se abrazan rápido y en silencio. Grace es conducida al comedor, donde hay una cama fea y vacía. Huele a una mezcla de lavanda, vómito, antiséptico y té. John Bunyan está abierto sobre la mesa («Voy a casa de mi Padre, y […] no me arrepiento de todos los problemas que he pasado para llegar a donde estoy»). Hay una fina manta azul en el suelo. Ronald dijo:

—Fue hace solo tres horas y vinieron a por ella muy rápido. ¿Es que no se ha muerto nadie más hoy? ¿No tenían nada más que hacer? —Entonces, cogió una bolsa de plástico—. Vamos a limpiar. Deshagámonos de todo esto. Ella ya no lo necesita.

Thomas, en la puerta, llama una vez. Grace recoge la manta y piensa: «No parece muy abrigada, la verdad. Espero que fuera lo suficientemente suave. Ella siempre tuvo problemas de piel».

Más tarde, ese mismo día, con la campana de las últimas rondas, dos mujeres abandonaban el Jackdaw and Crow y se iban deteniendo a intervalos para hablar y besarse en las calles empapadas, iluminadas por las farolas. Llegaron a la sombra del arco del ferrocarril y se quedaron allí un rato apoyadas contra los ladrillos mojados, cuando: «Oh —dijo una a la otra, súbitamente sobria—, aquí hay algo raro».

En un largo momento de confusión, trataron de entender lo que veían: un coche aparcado, un bolardo, una taquilla y un contenedor. Todo parecía en su lugar. No había nada digno de mención. Entonces, entre una furgoneta y el parquímetro, vislumbraron un gran mantel blanco, como si estuviera listo para colocar encima platos, cuchillos y vasos. Al mirar más de cerca, sin embargo, tuvieron que aferrarse las manos para infundirse coraje: vieron un pie deslavazado calzado con una bota, una tela blanca que colgaba de una rodilla torcida, una estola con flecos que se enredaba con una cruz dorada, y, por último, apareció un rostro, apoyado en el bordillo. El haz de una farola iluminaba una magnífica cabeza descubierta. No hacía falta decir que estaba muerto; era evidente que lo estaba porque los ojos permanecían abiertos, ciegos y maravillados, fijos en el cielo sin luna.

Qué curioso que nada de esto fuera aterrador, que resultara fácil tomarle la mano y apreciar que le habían infligido daño hacía mucho tiempo. Pero ahora ya no importaba, le dijeron, todo estaba bien, todo había terminado ya. ¿Acaso no era él un sacerdote, un siervo de Dios? Probablemente le estarían esperando allí arriba, y pusieran banderines en las puertas nacaradas. Llegaron sirenas y luces, pero no se llevó a cabo esfuerzo alguno por recuperar lo que ya se había ido. En la alcantarilla, nadie ve un libro negro con el lomo roto

destrozado por la lluvia, un libro cuyas páginas se van una a una por el desagüe y llegan, a su debido tiempo, al Alder y al Blackwater, de modo que a la mañana siguiente, a la hora del ascenso de Lucifer, Maria Văduva Bell se renovaba una y otra vez en la materia de la que está hecha el mar.

LA NUBE DEL NO-SABER

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

20 de noviembre de 2008

Espero que perdonen mi reciente ausencia, la cual se ha debido a la muerte de una persona cercana. He estado buscando consuelo, que no he hallado en la religión, sino en la física. Al profundizar en la mecánica cuántica, he descubierto que comparte una extrañeza similar a la de la teología, que no me lleva a pensar en laboratorios, sino en una obra mística sobre la naturaleza de Dios titulada *La nube del no-saber*.

Déjenme que les explique. Cuando me enseñaron cosas del átomo, dibujé en mi cuaderno un núcleo y un electrón que orbita a su alrededor, igual que la Luna orbita en torno a la Tierra. Resulta que mis profesores estaban equivocados: no deberíamos pensar en electrones que orbitan alrededor de un núcleo, puesto que no es posible saber exactamente dónde se encuentra un electrón, sino solo dónde es más probable que esté.

Esto se ha demostrado en un experimento que me produce dolor de cabeza. Primero, quiero que imaginen que tiran dos piedras a un lago, lo que produce el cruce de dos conjuntos de ondas. Allí donde un pico se encuentra con otro, el pico crece; y, donde un valle se encuentra con otro valle, este se hace más profundo. Cuando un pico se encuentra con un valle, las ondas se anulan entre sí, y el agua queda plana. Esto se llama interferencia de ondas, algo que también le sucede a la luz —cuando esta pasa a través de dos rendijas, ese mismo patrón de interferencia aparece en bandas de luz y sombra contra la pared del fondo—.

Ahora imaginen que, en lugar de iluminar una barrera perforada por dos rendijas, están disparando electrones. Podrían imaginar que los electrones pasan a través de ellas, formando dos parches como dos charcos de agua bajo un techo con goteras. En cambio, sucede algo extraordinario: comienza a formarse un patrón que se parece a las bandas de interferencia de ondas, es decir, los electrones se comportan como una onda.

Lo que es más sorprendente es esto: si disparas los electrones uno a uno, el patrón de interferencia de ondas sigue sucediendo. Es como si, mientras el electrón hubiera elegido pasar por la

rendija de la izquierda, también hubiera pasado por la de la derecha, e interfiriese consigo mismo. Parece haber tenido en cuenta todos los resultados posibles de su propio movimiento. Por eso se dice que nadie puede estar seguro de dónde está un electrón hasta que se mide —existe en una especie de nube de probabilidad—.

Los físicos se pelean como hermanas sobre las implicaciones del experimento de la doble rendija. La explicación más sencilla, supongo, es que estamos equivocados en nuestra manera de entenderla, y que la mecánica cuántica, tal como se propone hoy, puede modificarse perfectamente mañana. También hay una explicación más sorprendente, aunque me atrevo a decir que es la más improbable: que, si bien solo podemos observar un resultado de todas las distintas posibilidades, no podemos asegurar que todos los demás resultados posibles sean reales o irreales. O, lo que es lo mismo: que hay un número infinito de universos, constantemente generados, que tienen en cuenta el cumplimiento de cada probabilidad, en cualquier momento. Y, como no hay manera de refutar esta teoría aparentemente absurda, tiene la sustancia persistente de un sueño.

Pensé que el estudio de la física sería para mí el estudio de las certezas, pero mi esperanza no se ha cumplido: debido a mi asombro y a los límites de mi comprensión, el estudio de la materia es para mí una cuestión de fe, aunque me consuela pensar que, al menos en lo que respecta a la cuántica, la certeza no es necesaria para que el mundo funcione. Así que estoy desconcertado, pero agradecido por mi asombro. En el siglo XIV, el autor de *La nube del no-saber* escribió lo siguiente: «Todo lo que no sabes te resulta oscuro, porque no lo ves con los ojos del espíritu».

Estimado señor Hart:

Le escribo para invitarle a la inauguración formal de la Nueva Ala Este de Lowlands en diciembre, tal y como se informa en el archivo adjunto. Estamos muy agradecidos por su ayuda con los artículos de Văduva y espero que le complazca ver su telescopio en exhibición permanente.

Saludos,

ANNA FONSEKA
Servicios del Museo de Essex

Gracias por su invitación. Me gustaría mucho asistir. De hecho, hace poco que he encontrado interesantes datos nuevos sobre Maria Văduva. ¿Sería posible llevar a un invitado?

Saludos,

T. HART

Suena fabuloso. Encantada de que pueda venir. Por supuesto, puede traer a un invitado.

Saludos,

A.

Querido James:

Me pregunto si este correo electrónico sigue siendo tuyo.
Te escribo para pedirte que regreses a Lowlands House. Han pasado más de diez años desde el incendio y por fin van a exponer el telescopio de Maria

Văduva. Adjunto una invitación a la inauguración. ¿Querrías venir conmigo y ser mi invitado? Tengo tanto que contarte…
Mis saludos a tu esposa y familia.
Saludos cordiales,

T. HART

Por favor, tengan en cuenta que me he jubilado y esta cuenta no será revisada. Pueden contactar conmigo en mi dirección personal de correo electrónico.

J. BOWER

Ah, ¡siempre tuve la esperanza de volver a verte! Pero, como la esperanza depende de la duda, yo también debo de haber dudado de ello. No verás esto. Supongo que puedo decir lo que considere. Pero nunca lo he hecho y no sabría por dónde empezar.

T. H.

Por favor, tengan en cuenta que me he jubilado y esta cuenta no será revisada. Pueden contactar conmigo en mi dirección personal de correo electrónico.

J. BOWER

Todos los días pienso en cosas que quiero contarte y en cosas que te quiero preguntar. ¿Se convirtió tu vida en lo que querías que fuera? ¿Alguien te dijo alguna vez por qué la luna se puso azul? ¿Llegaste a ir a una librería y diste con una novela titulada *El caballo y el jinete* y viste allí tus iniciales? ¿Comprendiste que es tu libro?

T. H.

Por favor, tengan en cuenta que me he jubilado y esta cuenta no será revisada. Pueden contactar conmigo en mi dirección personal de correo electrónico.

J. BOWER

SOBRE LA NATURALEZA DE LAS ESTRELLAS BINARIAS

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*

27 de noviembre de 2008

Me ha llevado toda la vida aprender a no confiar en lo que ven mis propios ojos, y fueron las estrellas las que me enseñaron. Me piden que mire, que vuelva a mirar y que esté seguro de lo que he visto. ¡A menudo pienso en los problemas que me habría ahorrado si hubiera aprendido esto cuando era joven!

La otra noche salí con mis prismáticos y, al echar un vistazo a la Osa Mayor, me di cuenta de que lo que había tomado por una sola estrella ubicada en el «mango» eran en realidad dos. No puedo decir por qué esto me encantó, sino solo que fui a casa y pasé la noche aprendiendo todo lo que pude sobre la naturaleza de las estrellas binarias.

En 1617 —el mismo año en que nuestro viejo amigo Kepler expuso sus leyes del movimiento de los cuerpos en órbita—, Galileo Galilei comenzó a examinar las dos estrellas que vi. La estrella más grande es Mizar, término que proviene del árabe y significa «delantal» o «envoltorio», y la segunda es Alcor. Juntas, se las conoce como «el caballo y su jinete». Pero Galileo, al mirarlas más de cerca de lo que yo nunca he hecho, descubrió que Mizar consta a su vez de dos estrellas: están separadas por quince segundos de arco de diferencia, y encerradas en órbita alrededor de un centro de masa común.

Las estrellas, como los cometas, son viajeras. A veces se forma una pareja cuando una estrella atrae a otra hacia ella a medida que avanzan a través de la galaxia, pero es más frecuente encontrar pares binarios que nacieron como gemelas, resultantes del colapso de inmensas nubes de gas y materia en el acto de la creación.

Por lo que he oído, la mayoría de las estrellas son binarias, y en estos pares se afectan profundamente la una a la otra. Una estrella puede interceptar a otra en el espacio, pero a su debido tiempo se ve afectada por esta nueva proximidad. Es posible que una estrella extraiga materia de otra en lo que se denomina transferencia de masa, y que con ello vaya haciéndose más grande y más brillante, con un coste terrible para su compañera. De esta manera, los cuerpos de las estrellas se forman por

las fuerzas de atracción entre ellas, y, cuanto más estrecha es la relación, mayor es el riesgo.

Si no puede haber equidad, me pregunto qué es mejor, ¿recibir la mayor proporción de amor, o darlo? Ojalá lo supiera. W. H. Auden, en cuyo poema titulado «El que más ama» reflexiona sobre la indiferencia de las estrellas hacia el amor de los hombres, escribió lo siguiente:

Si el afecto equivalente no puede darse,

deja que sea yo el que más ame.

Cinco días después de que Anne Macaulay muriera, la Luna pasó entre la Tierra y el Sol, y, como por una absurda coincidencia de geometría celeste, el disco de la Luna encajó perfectamente sobre el del Sol y selló su luz. En el momento del eclipse total, los animales y los hombres de Novosibirsk, Kazajistán y el norte de Canadá se encontraron bajo la sombra de la Luna, de modo que vieron la luz de las estrellas antes de mediodía y, a su debido tiempo, un halo alrededor del Sol ausente con el aspecto de limaduras de hierro impulsadas por un imán negro y redondo.

—Me dicen que la luna se está alejando lentamente —dijo Thomas —. Me pregunto si llegará un momento en que parecerá demasiado pequeña para tapar el sol. En ese caso, qué golpe de suerte sería que la era de la humanidad resulte ser la era de los eclipses.

Caminaba con Grace por Lowlands Park. Eran los primeros días de duelo, en los que la muerte de Anne Macaulay resultaba tan inverosímil que era posible olvidarla por momentos, y en otros, impregnaba absolutamente todo el día. Al despertarse esa mañana, Grace encontró su antigua habitación tan inalterada que pensó que ella también debía de estarlo, pero fue angustioso descubrir la ausencia de su melena rizada, y ver la forma en que se le marcaban los tendones del dorso de la mano. Durante un rato observó cómo la luz atravesaba la pared y resaltaba sus posesiones: el chal rumano que había usado hasta que los flecos se ensuciaron, los libros con los que la premiaban cada año en la escuela dominical («A Grace Macaulay, por la asistencia») y la biblia, con sus páginas dobladas y subrayadas, tan inalteradas como Bethesda, y casi tan persuasivas como ella. Pero no se dejó engañar. Los cambios eran radicales. La ausencia de su tía no existía solo en los sitios donde debería haber estado —en la cama vacía, en el sillón tapizado, en los lugares del

suelo de la cocina donde había desgastado el linóleo—, sino que se encontraba también hasta en el último rincón de la casa. Había desaparecido de las tuberías del baño, del felpudo, de los cuchillos con mango de hueso que había dispuesto para el té del domingo. Ya no estaba entre los cojines, las estanterías y el interruptor de la luz del baño, ni entre las violetas africanas que morían en el alféizar de la ventana porque nadie las regaba. Solo su padre, que estuvo de luto todos esos años, permaneció inalterado por la pérdida.

—Te hará bien salir —había dicho Thomas al llegar a Beechwood Avenue con unas flores—. Ven conmigo a Lowlands. Dentro de una hora habrá un eclipse parcial y estará despejado.

Grace, ante esto, sintió crecer su afecto por Thomas en proporción a la cantidad de amor que su tía ya no necesitaba.

Dijo que quería ir a Lowlands a la antigua usanza, como si volviera a ser una niña desobediente. Así que pasaron por Potter's Field, donde, con una especie de instinto tonto, buscó a Nathan. Luego, atravesó el aparcamiento de Bethesda y la hilera de abedules plateados que mantenían la iglesia alejada del mundo. «Aquí al menos no ha cambiado nada», había dicho al alcanzar los márgenes del parque y engañándose a sí misma. El ala modificada de Lowlands House destacaba con sus duros bordes contra las hayas cobrizas.

Ahora se encontraban a cierta distancia del lago, donde el dragado se había detenido y los hombres se pasaban gafas para el eclipse y láminas de película oscura de mano en mano. Pasado el lago, los escolares yacían bocarriba, sosteniendo filtros de plata sobre sus cabezas. Eran los últimos días del otoño y la luz brillaba desafiante sobre el césped. Durante todo el día la luna insolente había perseguido al sol y por fin le había dado alcance.

—Aquí no será un eclipse total —explicó Thomas, y le entregó a Grace unas endebles gafas de cartón con cristales de película negra —. Llegará al 62 por ciento, y en noventa y seis minutos habrá terminado… Mira. —Los escolares gritaron y vitorearon—. Ya ha comenzado.

Vista a través del filtro solar, la estrella cercana a la Tierra quedaba reducida a un disco de coral recortado en el borde. Este recorte no parecía moverse nunca, pero, cada vez que Grace miraba, la parte que faltaba era mayor.

—Si volvieras a este lugar dentro de unos cincuenta y cuatro años —dijo Thomas—, verías este mismo eclipse, a esta misma hora. Esto se debe a algo llamado ciclo de Saros, que hace que un eclipse se repita cada seis mil quinientos días aproximadamente.

Pero la desoladora visión de un sol dañado era invisible a simple vista y aún no afectaba a la luz del día. Los hombres que estaban junto al lago perdieron el interés y volvieron a sus tareas. El ruido de las excavadoras comenzó de nuevo, y los niños se peleaban y rodaron por una pendiente poco empinada.

Grace, sin embargo, agradecida de que la hubieran sacado de Aldleigh, continuó observando.

—Creo que entiendo cómo te enamoraste de la luna —dijo—. ¿Se ha terminado ya?

Observó el sol medio desaparecido, y por un momento se preguntó si se habría producido un daño permanente y no podría recuperar nunca su propia luz.

—Esto es casi el final del principio —dijo Thomas—. Espera.

Le dolía la cadera mala, y se la frotó. Ahora la luz de finales de otoño iba menguando de manera perceptible. Unas grajillas alzaron el vuelo desde una robleda, examinaron el aire y se posaron de nuevo. Era como si toda la tarde hubiera sido escindida del tiempo, y de repente fueran las seis.

—La luz del sol tarda ocho minutos en llegar hasta nosotros —explicó Thomas—. Si alguna vez se apagara, la oscuridad se extendería como una mancha. Y, como ninguna forma de comunicación supera la velocidad de la luz, durante esos ocho minutos no tendríamos la más mínima idea de que toda la vida estuviera llegando a su fin.

Cerca, un ciervo desconcertado que surgió sin rumbo de entre los robledos más densos de los márgenes del parque miró con

desconfianza a Thomas y salió corriendo. Los niños estaban agrupados alrededor de un adulto solitario, que hacía desesperadas súplicas desatendidas.

Grace, conmovida hasta el límite al recordar a Anne, sintió un nuevo impacto por la pérdida.

—Me da la sensación —dijo— de que nada de lo que haga importará. Pero, al mismo tiempo, estar vivo, estar contigo en este parque, en este momento, ¡es tan extraño e improbable!

Miró a Thomas y su cabello rubio, cuidadosamente cepillado, que se había encanecido aún más en su ausencia. Observó su abrigo bien cortado y los acertados zapatos que reconoció, no cabía duda, de cuando ella era pequeña.

—Lo has sido casi todo para mí —añadió con un cariño salvaje—, porque sin ti nadie me habría dicho nunca qué había al otro lado de la puerta de la iglesia. Y, aunque solía estar enfadada porque tú eras lo único que tenía, ¿no hubiera sido más probable que nunca te hubiera tenido en absoluto? Dame las gafas —pidió—; déjame mirar a mí también.

La sombra del sol iba disminuyendo al tiempo que la tarde temprana iba avanzando.

—¿Has sido feliz, Grace?

—¡Por supuesto que no lo soy! ¡Ni siquiera estoy segura de existir! Negocié con Dios y perdí. ¿Qué queda de mí ahora? No sé cómo vestirme ni cómo hablar. Bebo, fumo y a veces salgo a bailar, pero recuerdo todos los himnos que cantaba, y lloro cuando lo hago. Y todavía rezo, Thomas. Aún busco el rostro de Dios y pienso cada día en cómo ser buena. Aunque ¿qué significa eso cuando no hay nadie que me diga cómo hacerlo y, además, nadie está ahí para verlo?

—¿Tan malo fue perder a Nathan? —preguntó Thomas mientras examinaba el sol, que volvía a su ser—. Erais solo unos niños. ¿Tan importante fue?

—¿No ves lo que eso me enseñó? ¡Me enseñó lo sola que estoy!

Caminando sin rumbo, se habían acercado al lago. Los niños se habían ido, y la luz brillaba de nuevo. El aire se notaba salado por el

olor del agua removida por las dragas y del cieno negro que se extraía.

—Debes de pensar que estoy loca —dijo— por seguir amando a un chico que vi por última vez hace diez años. Pero a mí me da igual.

—No —respondió Thomas—. La distancia te separa de él, y, si la contáramos en millas en lugar de en años, a nadie le parecería raro, pero ¿realmente tu vida habría sido tan diferente si él hubiera ido aquel día?

En la otra orilla del lago, un hombre mayor con una chaqueta amarilla levantó la mano a modo de saludo.

—¡¿Tú, otra vez?! —gritó—. ¿Dónde está ese viejo sacerdote tuyo?

Se estaba levantando un viento que traía nubes consigo.

—¿Cómo es que ese hombre te conoce?… Oh, lo habría cambiado todo. —Grace no pudo reprimir una sonrisa al pensar en Nathan en la puerta de la iglesia—. Habría mantenido vivo a Dios y habría conservado vivo el amor. ¡Me habría contentado con quedarme en mi banco solo con que Nathan se hubiera sentado conmigo! No me crees —dijo al ver que Thomas, que por primera vez en su vida no la miraba a los ojos, se ponía triste—. ¡Ni siquiera tú puedes entenderlo! ¿Estás bien, Thomas? ¿Te duele la cadera mala?

—Detente un momento, Grace, deja de caminar. —Thomas estaba pálido, y a Grace se le ocurrió que tal vez también estuviera grave y llevara su enfermedad en secreto, y que, por tanto, ella estuviese a punto de sufrir otra pérdida. Como consecuencia de esto, afloró su antiguo temperamento.

—Por el amor de Dios, ¿qué te pasa, Thomas? ¿Qué ocurre?

Entonces Thomas habló, pero resultaba difícil oírlo por encima del ruido que hacían las dragas y el hombre del abrigo amarillo, que estaba convocando a otros operarios situados más allá del lago.

—No te oigo —dijo—. Dilo otra vez.

—Él sí que vino —afirmó Thomas—. Creo que debería decírtelo. Podría ayudar.

—Siempre intentas arreglar las cosas —respondió ella, y negó con la cabeza—. Piensas que todo me sería más fácil así. Pero ya no soy

una niña, Thomas. No siempre puedes mejorar la situación.

—Llegó cinco minutos tarde —continuó Thomas, como si estuviera recitando líneas aprendidas de memoria hace mucho tiempo—. Llevaba esa chaqueta vaquera que se le había quedado pequeña. Tenía los auriculares puestos, y yo pude escuchar la música. Entró y te vio arrodillada porque tenías el vestido roto, te miró y quiso entrar. Pero tú ya habías sido tan infeliz, Grace. ¡Eras solo una niña, y ya estabas aprendiendo lo que es amar y no sentirte correspondida! Así que le eché.

Grace se rio. ¿De verdad se esperaba de ella que creyera que el sol había disminuido y vuelto a aparecer, que su tía estaba muerta, y que Thomas había alterado el curso de su vida por capricho? Era absurdo; desafiaba todas las leyes naturales.

—No —dijo ella—, no podrías. ¿Cómo ibas a ser capaz de hacer eso? —Oyó gritar al anciano de la chaqueta amarilla y vio el brazo de la draga inclinado sobre el lago como si añorara el agua—. ¿Por qué ibas a hacer algo así, si siempre fuiste mi amigo? —Ella negó con la cabeza, refutando la evidencia de la palidez de Thomas—. ¿Por qué? ¿Por qué ibas a ser tan cruel? —Ella comenzó a alejarse de él con dificultad cruzando el césped empapado de la ancha orilla del lago.

—No lo sé —dijo él—. Pensé que no importaría. Eras solo una niña, y los niños se curan rápidamente, ¿no? Sal de ahí —le pidió—. El agua está sucia y es profunda.

Pero su confusa incredulidad se fue disipando y, en su lugar, estalló compasivamente su antiguo temperamento.

—No me digas lo que tengo que hacer —le soltó—. ¿No has destruido mi vida ya? Mírame, mira lo que hiciste: ¡mataste a Dios!

Thomas habló de nuevo, pero se oía gritar a otros hombres, y el viento le dolía en los oídos. Grace recordó su habitación de Londres, con sus paredes desnudas ennegrecidas de moho en invierno, y la estrecha cama iluminada por la luz del televisor. «Esa es mi casa —pensó—. Tendré que volver a esa nada y buscarme la vida». Se dio cuenta de que temblaba violentamente y pensó que se debía al frío,

pero su cuerpo parecía algo a lo que estaba atada, y le resultó difícil manipular sus pies contra el barro. Las nubes cada vez más finas permitieron que la superficie del agua adquiriera un brillo como de peltre, y, allí donde la draga atravesaba el lago, la luz se rompía y se corregía. Thomas se acercó a la chica, y ella tuvo miedo de que, al mirarlo, lo encontrara tan cambiado como Lowlands.

—Déjame en paz —pidió, y se dio la vuelta demasiado rápido. Sus pies resbalaron en el cieno negro, y el agua brilló a la altura de sus rodillas—. Vaya —dijo—, creo que necesito que alguien me ayude.

Pero no podía imaginar quién podría ser. Los operarios gritaban mientras el cieno la succionaba. Hubo un momento en el que sintió que podía resistir al agua si quería, pero estaba demasiado cansada. Entonces se produjo una caída lenta y absurda que pareció durar una eternidad y que dejó sus manos llenas de una sustancia sedosa y podrida, de duros tallos de hierba y de algo vivo que se le escapaba. Entonces una mano encontró la suya por debajo del agua que la rodeaba, y ella sintió claramente el movimiento oscilante de su saludo y el áspero apretón de su palma. «Después de todo —pensó, preguntándose por qué se le había hecho difícil respirar—, en el fondo, no estoy del todo sola».

Peter el viejo, a quien el sol no le interesaba nada, había estado observando al hombre, al que había reconocido, que hablaba con la chica de cabello negro al otro lado del lago. ¿Dónde estaba el viejo sacerdote?, pensó, y ¿por qué la muchacha insistía en caminar tambaleándose hacia atrás en el agua? Deberían haber puesto más barreras. Las consecuencias podrían ser enormes…, pero los otros compañeros lo estaban llamando, y ahí estaba Peter el joven y parecía preocupado.

—Ahí abajo hay algo que se ha quedado atrapado —dijo, y señaló la draga volcada, que se esforzaba contra el barro, con bastante ruido.

—Hay todo tipo de cosas ahí abajo, no lo dudo —respondió el

hombre mayor, imperturbable. Entonces, el alcance del brazo de dragado se alargó y la excavadora fue impulsada hacia el agua. Una confusa ráfaga de cuerpos esquivó el brazo mientras se oían imprecisas advertencias e instrucciones. Luego exclamó—: ¡Cuidado! —Y no miraba hacia la excavadora, sino a varios metros de distancia, en la otra orilla, donde la chica de cabello negro se estaba hundiendo como si tuviera la intención de hacerlo.

El brazo de dragado se balanceaba hacia delante y hacia atrás, y levantaba con él un hedor a vegetación podrida. En aquel momento la chica desapareció, y el hombre del abrigo de *tweed* se acercó al lugar donde ella había estado.

—¡Alto! —dijo Peter el viejo—. ¡Esto es una emergencia! ¡Esto es una emergencia!

Dejó la excavadora derribada y corrió hacia el hombre, resbalando mientras bordeaba el lago y reuniendo a otros a su paso. Alguien apagó el motor de la excavadora y, en el silencio que siguió, oyó que el hombre del abrigo bueno de *tweed* decía:

—¿De verdad es todo culpa mía?

—¡Dé un paso atrás, por el amor de Dios! ¡Esto es una emergencia! —Peter lo sacó del borde del agua—. Déjeles entrar —pidió—; es mejor que lo hagan ellos.

Otros hombres que había más allá gritaban y se hundían entre los juncos.

—La tengo —afirmó Peter el joven al tiempo que salía del agua y tosía—. La he cogido aquí abajo. He cogido algo.

—¿Es culpa mía? —preguntó el hombre que observaba, retorciéndose las manos.

—A veces las cosas simplemente pasan —dijo Peter—. En ocasiones todo se reduce al barro y al mal tiempo.

—Ya está —dijeron los hombres, en el tono tranquilizador con el que una madre consuela a un niño—, ya está, todo va a ir bien.

Y juntos tiraron del barro y de los juncos, en lo que parecía un esfuerzo contra un peso inmenso. El hombre que miraba se frotó la cadera.

—Pero si ella es solo una cosita —decía—. Siempre fue tan pequeña.

Entonces se escuchó un grito triunfal y los hombres retrocedieron tambaleándose en el barro. «La tenemos —decían—, la tenemos sana y salva», pero lo que Peter vio en realidad fue a dos mujeres que yacían mudas entre los juncos rotos. Una contemplaba el cielo con ojos ciegos y levantaba una falda hecha de roca con una mano pétrea; la otra la sujetaba con un agarre asfixiante y apoyaba su cabeza negra y húmeda sobre un hombro blanco y rígido. Tenía el labio inferior partido y la palma abierta en carne viva. Las grajillas se acercaron a mirar y preguntaron qué estaba pasando y por qué. El sol salió en todo su esplendor.

—Ahí estás, ¿ves? —afirmó Peter, pero no pudo decir si los movimientos que observó correspondían a la chica de pelo negro que se movía, o simplemente a criaturas desconcertadas arrastradas por el cieno que salían de entre los pliegues de su ropa.

—¡Maria! —exclamó el hombre que estaba a su lado—. ¡Ahí estás! Ahí está —dijo, mientras se volvía hacia Peter y sonreía con un resplandor curioso y aliviado—. Las cosas pasan, pero ¿acaso no regresan siempre? ¿No es lo que había dicho?

Más tarde, una vez llevaron a la chica a casa y envolvieron a la mujer de piedra en una mortaja de lona, cuando los hombres se cambiaron de ropa, que estaba empapada, por otra seca y hablaban de ello en el Jackdaw and Crow, todos comentaron lo extraño que fue ver cómo esa sonrisa radiante se disipaba y el hombre comenzaba a llorar con la firme tristeza de un niño. Y era igualmente imposible (dijeron, olvidándose de él poco después) saber si lloraba de alivio o de pena.

Hacía doce días que Anne Macaulay había muerto. Quitaron la mesa de la comunión y en su lugar colocaron su pequeño ataúd. En recuerdo de Anne, había un pequeño ramo de flores sobre la tapa atornillada y una fotografía apoyada en uno de sus lados. El viejo armonio exhalaba el aroma de las mareas del mar del Norte mientras la congregación se apretujaba en los bancos. Aun así, apenas hubo lágrimas, y la tristeza era escasa. Había subido a la gloria y obtenido su recompensa (¿acaso no había paz en este valle donde el león yacía con el cordero?). La congregación, esperando el momento oportuno para reunirse con ella allí, levantaba el corazón junto con su himno: «¡Por siempre con el Señor! Amén. ¡Que así sea!».

Pero Thomas Hart, que todavía temía al aguijón de la muerte, penaba en su banco bajo las quietas lunas. Una débil luz brillaba sobre la placa de latón atornillada al ataúd. ANNE MARGARET MACAULAY, decía. Y pensar que dentro de ese pino barnizado estaban sus mejillas sonrojadas, sus zapatos de salir a caminar, su prudencia, su preferencia por el té de Yorkshire, su timidez, sus esquejes de violeta africana, su costumbre de comprobar si la plancha ya estaba caliente con saliva, lo bien que se le daban los cálculos mentales, su cariño obediente y su diligente fe. Ninguna otra mujer tuvo jamás sus cualidades, y nadie volvería a tenerlas; todo lo que la hacía especial regresaba a la materia general de la tierra. Thomas se sintió desgastado por la pérdida. James Bower, Anne, Grace (los enumeró). Grace estaba tres bancos detrás de él. Los rasguños en el tallo de su cuello eran visibles bajo el ala de un sombrero prestado, y estaba tan fuera de su alcance como si nunca la hubieran sacado con Maria del lago de Lowlands. A Thomas se le cruzó el pensamiento de que habría sido preferible perderla por culpa del

agua antes que por la cólera (entonces podría haber llorado a la chica que lo había querido sin estar expuesto a la pérdida de ese amor). «Que Dios me perdone», pensó. Tendría que bastar a modo de oración.

En el vestíbulo, donde esperaban los enterradores con sus altos sombreros negros, se escuchó un poco de ruido. El diácono mayor subió al púlpito.

—«Voy a declararos un secreto —dijo—: no todos dormiremos, pero todos seremos transformados».

Y esa transformación, pensó Thomas, ¿no era todo culpa suya? A veces las cosas simplemente pasan, había dicho el hombre junto al lago; a veces todo es barro y mal tiempo. Pero no era solo eso, pensaba Thomas, pues yo tenía una mano en el barro. En los años transcurridos desde que Grace fuera bautizada, se había convencido a sí mismo de que había cambiado el curso de la vida de la joven con sabiduría y amor, y, si había echado a Nathan de la iglesia aquel día, había sido para evitarle a su pequeña amiga la humillación del deseo no correspondido. ¡El noble Thomas Hart, con el juicio de Salomón, con la compasión de Cristo, etc.! Ese autoengaño ya no era posible ahora: su propia envidia y su pena eran lo que lo había provocado. Entonces se vio de nuevo de rodillas en la alcantarilla, aquel día en que James Bower siguió sosteniendo la mano de su esposa. Una vez Grace recobró el sentido, en el barro y los juncos, con Maria Văduva Bell entregada a su frenético abrazo, no pareció verle. Había tomado las manos y los abrigos de desconocidos y había aceptado su reprensión y cuidado; mientras tanto, Thomas había permanecido cerca diciendo cuánto lo sentía y qué niña tan desdichada había sido siempre, pero los ojos de Grace lo habían recorrido sin interés ni reconocimiento.

—Te empujó, ¿verdad? —le había preguntado a Grace un joven, y hubo un momento en que Thomas sintió que todos se alineaban contra él, y que se convertía en alguien instintivamente sospechoso, pero su evidente conmoción había declarado su inocencia.

—No —había dicho el hombre mayor—, no seas tonto. Solo ha sido

el barro, solo ha sido el mal tiempo. Yo la acompañaré, ¿de acuerdo? ¿Por qué no la llevo a casa?

Así que se fue con Grace, que no miró atrás cuando Thomas la llamó. Y, mientras tanto, Maria Văduva Bell había levantado una mano vacía hacia su ojo derecho, sin sostener objeto alguno ni ver nada.

—Debe de haber estado buscando algo —dijo Peter el joven—, y ahora buscará para siempre.

—No importa —añadió Thomas—, ella lo habría querido así.

Ahora el diácono mayor, hablando con la voz de los apóstoles, devolvió a Thomas Hart a Bethesda:

—«Pues tocará la trompeta —recitaba—, y los muertos resucitarán incorruptos».

«Hete aquí el muerto incorrupto —pensó Thomas—; ahí está, me siguió desde Lower Bridge Road». Maria, con sus metros de seda funeraria, aljófares y barro de las Lowlands que goteaba de su dobladillo, tomaba asiento junto a él en el banco mientras ponía un cariñoso brazo sobre el suyo: *No pasa nada por ser infeliz*, dijo. *¿No está el valor de tu amor determinado por el tamaño de tu dolor? Ahora dime, Thomas: ¿quién es esa que está allí y llora con tanto escándalo?*

Thomas escuchó un llanto que venía de la parte de delante, y luego una exhalación alta y vacilante que penetró en el evangelio que descendía del púlpito, proveniente de un brillante sombrero de raso que temblaba con la manifestación del dolor. De vez en cuando, la mujer se llevaba un inútil pañuelo a los ojos y lo retiraba manchado de rímel y sin lágrimas: era Lorna Greene, pensó Thomas, y descubrió que su desagrado y desconfianza hacia ella no habían disminuido desde la última vez que la había visto. Había regresado a Bethesda para mostrar su piedad y dolor, y no esperaría hasta el himno final para hacerlo. Entonces soltó un sollozo entrecortado que hizo que la congregación examinara más de cerca sus biblias abiertas, avergonzada.

—«Aunque haya muerto —prosiguió el diácono, amonestando tal

dolor infiel—, vivirá».

Los enterradores avanzaron por el pasillo con su solemnidad ensayada prestos a recuperar su posesión, y Thomas miró hacia aquellas luces de apariencia lunar, rechazando lo que evidenciaba la placa de bronce: que Anne Macaulay nunca más cruzaría rápidamente el estacionamiento para saludarlo. Escuchó de nuevo ese ridículo sollozo ahogado y vio a Lorna Greene ingeniárselas para seguir a Ronald Macaulay, que iba detrás del ataúd. Grace también apareció, sorprendentemente leve, y pasó tan cerca que el olor de los pliegues de su ropa y de su piel llegó hasta él. Tenía la mirada inexpresiva e incomprensible de una mujer que ni siquiera había visto a un desconocido; es más, de alguien que no había visto nada en absoluto. Thomas, cuya conciencia rechazaba la muerte de Anne incluso cuando fue llevada sobre hombros de desconocidos, comprendió la pérdida de Grace de forma absoluta: ella lo había abandonado de forma tan definitiva como una vez lo reclamara bajo ese mismo techo abovedado.

Fue el último de los dolientes, y se encontró con Ronald en la puerta de la iglesia. Este le dijo que hacía una mañana preciosa, como si por un momento hubiera olvidado que aquel no era un domingo cualquiera y Anne estuviera ya a medio camino de casa con el fin de preparar patatas para la cena.

—Ha ido bien —dijo Thomas—, ¿verdad? —Y se preguntó qué le habrían enseñado los años de su profesión, si no era capaz de encontrar una palabra de consuelo.

Entonces tomó a Ronald por el codo y le dijo lo amables y profesionales que habían sido los encargados de la funeraria. Los dos hombres caminaron juntos hasta la seguridad del salón que había detrás de Bethesda, donde el tiempo nunca pasaba, ni tampoco lo intentaba: los manteles blancos sobre las mesas plegables, las teteras de acero, «Los diez mandamientos», escritos con sangrante tinta detrás de sus vidrios moteados; todos resistían el tictac del reloj de la galería.

Ronald se detuvo un momento en el umbral y pareció inclinarse y

luego se limitó a dar media vuelta y marcharse, pero la congregación se le acercó, así que se dejó llevar medio sonriendo, entrelazando y soltando las manos que le ofrecían, y llegó a su debido tiempo a una silla detrás de la cual estaba Lorna Greene, con el sombrero atravesado por un alfiler con cabeza de perla.

—Siéntese, querido señor Macaulay —dijo—, siéntese. —Y, con gran aparato, hizo ver que se preocupaba por él con un susurro penetrante que afirmaba a los presentes que, de todos los que lloraban a Anne, ella era la que más y más generosamente lo hacía —. Tendrá hambre, supongo —dijo con azucarada solicitud—. Déjeme traerle algo de comer.

Entonces Lorna vio a Thomas y se detuvo. Apretó una mano contra su pecho satinado y dijo «Madre mía», cosa que acompañó de un rápido parpadeo, mientras copos de rímel se derramaban sobre su mejilla reluciente. «Madre mía», repitió con una risa avergonzada, como si Thomas hubiera transgredido todas las reglas sociales y teológicas simplemente por presentarse con una taza de té en la mano.

—¡Cree usted que es apropiado, incluso ahora, en estas circunstancias! Realmente habría pensado… —Entonces cambió el tono por uno más solemne, y volvió a ocuparse de Ronald—. Estoy segura de que nadie podría lamentar su pérdida más que yo, aunque el cielo haya ganado otra santa. —Al decir esto, escondió su crucifijo en la palma de la mano, ya fuera para consolarse o para impedir el disgusto calvinista de Ronald por la cruz.

El vigilante Thomas se inclinaba a pensar que todo era falso. Aun así, su mejilla brillaba, pensó, estaba húmeda —al final, resultaba que había llorado por Anne con tanta sinceridad como cualquiera—. De repente, y con una compasión no deseada por una mujer a la que había despreciado tan alegremente y durante tanto tiempo, comprendió qué soledad había obligado a Lorna a ir a la puerta de Bethesda, y a todas las puertas de iglesia posteriores; reconoció, de hecho, la capacidad que tenía de transformarse para complacer a su compañía. ¿No resultaba él un hombre diferente a ojos de hombres

distintos? Este se contaba entre los menores de los pecados que ella pudiera cometer.

—Señor Hart —dijo, mientras se le secaban las lágrimas en el cuello y en las mejillas—, no se acordará de mí. —«Pero yo sí le recuerdo», transmitió con su mirada de mirlo.

—Claro que sí —respondió él—, por supuesto. —Y la calidez con la que salió esta seguridad los sobresaltó a ambos, de modo que, por un instante, detrás del cabello, los labios y los pechos vidriosos y duros de Lorna, fue posible ver a una chica asustada e insegura cuyo objetivo en la vida había sido tan solo hacerse querer.

Entonces la muchacha desapareció, y en su lugar surgió una construcción perfumada que puso una mano en el hombro de Ronald e, inclinándose hacia su oreja, le dijo:

—Había entendido que, por mi querida Anne, el señor Hart había abandonado la iglesia y encontrado un lugar más adecuado a su naturaleza; sin embargo… —miró con ligereza las mesas plegables, los sándwiches de apariencia moderadamente apetitosa, los hombres y mujeres que entonces se deshacían en atenciones con ella como lo harían ante un cambio de tiempo—, pese a todo, tu querida hermana difícilmente apartaría a un pecador de la puerta. Espero no ser grosera. Digo lo que siento.

—¿Pecador? —preguntó Ronald, incapaz de distinguir a ningún malhechor en particular entre la masa general. Entonces, vio a su hija—. Ah, sí, Grace, ahí está.

Grace cruzó la sala. Su pequeño cuerpo alterado parecía una cosa alta y demacrada desgastada por la vida. Llevaba ropa normal y oscura, un descuidado mechón de cabello rizado asomaba detrás de la oreja y su labio hinchado recordaba su antigua petulancia infantil. Pero no había nada en ella de infantil ni de petulante. Tocó ligeramente el hombro de su padre y, sonriendo a Lorna, le tendió la mano.

—Sí, sí, me ha sorprendido ver al señor Hart aquí. —Estaba terriblemente serena, su temperamento irascible y su dolorosa alegría habían desaparecido—. En realidad, nunca formó parte de

este lugar, ¿verdad?

Se mantuvo de pie junto a Lorna y le dio unas palmaditas en la manga de satén.

—Buenas tardes —dijo, y sonrió al diácono, a las hermanas mayores de Anne, que habían venido de Colchester, con sus sombreros de punto, y a los niños inquietos que comían el pastel que habían preparado para la ocasión—, gracias por venir, a mi tía le habría encantado veros aquí.

«¿Adónde te has ido? —pensó Thomas—, ¿dónde estás?», incapaz de encontrar a su niña desdichada en estas quebradizas cortesías sociales. Entonces, la mirada que lo había evitado tan dolorosamente lo atrapó con una apreciación brillante y desdeñosa.

—Nunca fuiste uno de los nuestros —dijo, con el truco de Lorna de hablar con una tranquilidad sibilante que llegó hasta el fondo de la sala.

—Tu tía —dijo Lorna con tristeza— se habría sentido terriblemente conmocionada.

Poco a poco Thomas se dio cuenta de que todos los hombres y mujeres le prestaban atención, y la escuchaban abiertamente o fingían hablar entre ellos.

—¿Conmocionada? —se sorprendió Ronald mientras negaba con la cabeza y fruncía el ceño ante el problema que suponía Thomas.

—¿No lo viste nunca? —preguntó Lorna—. ¿No te lo preguntaste?

—Grace —dijo Thomas—, ¿de verdad me merezco esto?

—Me gustaría que alguien me lo explicara —solicitó Ronald, y se hundió en el asiento, con su pelo blanco tan ralo como el de un bebé —. Realmente no sé de lo que habláis.

Lorna le cogió del hombro e, inclinándose hacia su oído, le contó todo al detalle, con una desagradable precisión que Thomas no necesitó escuchar porque se la tenía aprendida ya de otros lugares.

—Grace —dijo Thomas—, ahora no, aquí no. —Y le pareció que, por algún común entendimiento, los hombres, las mujeres y los niños se alejaban de él, y le dejaban solo sobre la fina alfombra marrón, bajo «Los diez mandamientos» sangrantes de tinta…—.

¡Grace! —exclamó, y casi no podía verla, por la distancia que había entre ellos.

—¿Todo este tiempo? —dijo Ronald.

—¡Todo este tiempo! —Y la que respondió podría haber sido tanto Lorna como Grace, de tan juntas que estaban las dos mujeres y de tan similares que resultaban sus voces.

Entonces Ronald negó con la cabeza en señal de censura, confusión o ambas cosas, y muy lúcidamente, como si hiciera una declaración, Grace Macaulay dijo:

—Ya ves; en realidad nunca formó parte de este lugar. —Y se dio la vuelta encogiéndose de hombros, como si no hubiera hecho más que observar el mal tiempo en la ventana.

«Nunca lo hice; es verdad —pensó Thomas—, nunca pertenecí a ningún lugar», y tuvo la certeza de que la comprensión que veía llegar en un rostro tras otro daba paso a expresiones que, de un amable dolor, mudaban a inquietud y rechazo.

—Pero ¿acaso importa? —preguntó Ronald—, ¿deberíamos tirar la primera piedra? —Y, con asombro, Thomas vio que, de todos los dolientes presentes, era Ronald quien mejor comprendía y a quien menos le preocupaba—. Señor Hart —dijo—, ¿por qué no se sienta?

«Sí que importa», pensó Thomas, en cuya lengua notaba entonces el sabor de un centavo de cobre, y cuya cadera lesionada le dolía. Vio cómo su último vínculo con Bethesda se cortaba, y cómo, una por una, cada Grace que alguna vez había amado se acercaba para cortarlo.

—Está bien —cedió, y sintió de nuevo el apretón celoso de un puño recién formado alrededor de su dedo—. Tienes razón. Es verdad, nunca encajé.

—Mira cómo llueve —observó Ronald—, espero que conduzcan con cuidado. —Y, detrás de él, el coche fúnebre pasó lentamente por delante de la ventana.

—Qué bonita es —dijo Grace en un tono falso, jugueteando con una pulsera dorada de la muñeca de Lorna—. ¿Dónde la conseguiste? —Y a Thomas le pareció que le habían borrado de ese

momento y de todos los momentos que lo precedieron, de forma que ningún banco o himnario conservaría nunca la huella de su mano.

—Bueno —dijo él—, me voy. —Y se fue, acompañado del saludo tranquilo de los desconocidos. De este modo, el último recuerdo de Bethesda que conservó durante años no fue, como pudiera pensarse, el de un himno, o el del apóstol Pablo que le reprendía desde tiempos inmemoriales, sino el de la risa falsa y afectuosa de una niña a la que él quería.

—No podría aceptarla…, pero ¡es muy amable de tu parte! ¡Es muy amable!

Madrugada. El amanecer llegó lentamente tras la lluvia, mientras Aldleigh permanecía en un inquieto descanso. Reinaba el silencio en Lower Bridge Road, donde Thomas Hart buscaba en vano tras las cortinas corridas y bajo los sillones vacíos a una mujer de cabello negro y ceño fruncido que estuviera cerca para el castigo y el consuelo, pero no halló perlas caídas ni bocetos incomprensibles. Thomas, aquel que nunca se había sentido solo, e incluso llegara una vez a considerarse satisfecho —aquel que equilibraba tan cuidadosamente a Cristo y a Eros en la balanza de su intelecto—, se había convertido en un hombre afligido, y familiarizado con el dolor. Estaba solo, siempre lo había estado —hasta los gusanos huían de él bajo la tierra—. Ningún anciano se sentaba a su mesa, ni abrigos de terciopelo rojo colgaban ahora en el vestíbulo. La niña afectuosa y enfurruñada se había ido, llevándose consigo las sombrías congregaciones, la mirada cariñosa y de reconocimiento de un desconocido y los fantasmas domésticos. Thomas había nacido en el pecado y se había formado en la infamia; incluso la luna había perdido su luz. Se le ocurrió que no existían razones prácticas, éticas o religiosas por las que debiera verse obligado a soportar una vida que pronto podría volverse intolerable. «Un hombre sensato sería capaz de lograr ese último objetivo con bastante facilidad», pensó. Luego, apoyó la cabeza en la mesa y se dejó vencer por un cansancio físico y mental tan profundo que imaginó haber sufrido un daño fatal y se resignó a esperar a que le llegara el final.

Entonces, algo se movió bajo su mejilla: era un modesto cuaderno verde, con las puntadas deshilachadas en el lomo. Thomas levantó la cabeza y lo miró. Observó las docenas de cuadernos que se amontonaban sobre la mesa; no era consciente de que hubiera tantos. Contempló el portátil plateado con la huella de su propia

mano impresa sobre la tapa. Suspiró, y al enderezarse observó una hermosa mano blanca cargada de anillos, adornada con un puño de seda negra. Escuchó una voz familiar, medio admonitoria y divertida: *Levántate, Thomas Hart*, dijo Maria Văduva, mientras tomaba forma junto a la mesa. *Levántate. ¿No tienes trabajo que hacer?* Qué cierto era, pensó Thomas con desesperación y la mirada fija en el cuaderno. Había probado títulos en la portada, para tachar luego aquellas concluyentes mayúsculas llevado por la duda del artista («SOBRE EL MOVIMIENTO DE LOS CUERPOS EN ÓRBITA. LA ERA DE LAS LUCES. ¿¿¿¿LOS BAPTISTAS????»).

Thomas abrió el cuaderno. «Lunes —había escrito—, finales de invierno, tiempo de perros». Habían pasado diez años o más, y nunca llegó a terminar la tarea que se había propuesto, disuadido y distraído por el amor y las circunstancias. ¿Qué haría entonces? ¿Se iría y dejaría sus frases inacabadas y sin pulir, acompañadas de sus confusos y autocompasivos pensamientos? Pobre Thomas Hart, dirían, negando con la cabeza, y pensar que su última obra iba a ser la peor, ¡y ¿qué clase de título era ese?! La idea era más espantosa que la de imaginar su cuerpo sucio y desaliñado.

—Dios mío —dijo, sin irreverencia alguna—. Dios mío, ¿voy a tener que seguir un poco más por un maldito libro?

Amaneció. La luz se deslizó bajo el puente del ferrocarril y por el borde del alféizar de la ventana. Llegó a la alfombra, a los cuadernos y a las tostadas sin comer, e iluminó la pared del fondo con fuego pentecostal. Thomas sintió que la materia de su cuerpo reaccionaba, impotente ante la ordinaria maravilla del mundo que gira una y otra vez hacia la estrella más cercana… *Vamos, venga*, dijo Maria, al tiempo que daba golpecitos en la mesa y se disipaba con las sombras. *Sigue adelante, Thomas Hart.*

Una cosa, James, solo una más: el cometa de Maria Văduva regresará en el invierno de 2017. Mira hacia arriba, ¿de acuerdo? No lo olvides.

T. H.

Por favor, tenga en cuenta que me he jubilado y esta cuenta no será revisada. Pueden contactar conmigo en mi dirección personal de correo electrónico.

J. BOWER

¿Alguna vez te he hablado de las leyes de Kepler? La primera describe cómo los cuerpos celestes orbitan alrededor del Sol (esa es la ley de las elipses). La segunda ley la he memorizado como solía memorizar versículos de la Biblia cuando era joven: el semieje mayor barre áreas iguales en tiempos iguales. Esto significa que los cuerpos en órbita se mueven cada vez más rápido a medida que se acercan al calor del Sol, apresurándose como un hombre hacia los brazos de su amante. Luego pasan su perihelio, el abrazo termina y se vuelven apáticos y lentos en la oscuridad.

Últimamente he tenido la sensación de que te has convertido en una especie de Sol; de que desde que te fuiste me he movido por un mundo sin calor. Pero mi órbita está cerrada, y todo lo que pasa regresará en su momento, así que me imagino en movimiento de nuevo hacia un calor y una luz que no puedo distinguir.

T. H.

He venido a la oficina a coger la correspondencia y me he encontrado con tus mensajes. Estaría bien ir a Lowlands de nuevo. ¿Nos vemos allí el 10 de diciembre, si aún te va bien?

J. B.

En diciembre, Thomas se encaminó a Lowlands acompañado de todas las probabilidades: la del James Bower burlón, la del que se compadecía, la del que castigaba, la del James que ofrecía su mano y la del que la retenía, la de James, el hombre que Thomas había conocido, y la del hombre al que nunca había llegado a conocer en absoluto. Más adelante, en el camino iluminado, Maria Văduva se abrochó el encaje del cuello de su vestido. *¿No te lo advertí, Thomas?, ¿no te lo dije? ¡Es prudente no pensar nunca demasiado bien de ningún hombre, o tu barco naufragará contra las rocas!*

—Me lo dijiste —dijo Thomas—, y te hice caso omiso, pero no estoy seguro de que me importe.

En invierno, Aldleigh imitaba la austeridad gris de Bethesda. Las aceras tenían un aspecto descolorido, con tramos de gravilla que se disponía ante las heladas, y los parques quedaban reducidos a parterres vacíos. El color llegaba tan solo en la forma de la basura que arrojaban contra las vallas de los jardines y los indecisos semáforos de London Road. «Tengo sesenta y un años —pensó Thomas—, me duele la cadera mala, y mis manos son como las de mi padre, si mal no las recuerdo; pero les he sacado brillo a mis zapatos y he pasado la mañana en el sillón del barbero, como si volviera a tener treinta años y todo Londres estuviera ante mí… No obstante, ¿qué es lo que espero?». *Una noche clara*, respondió Maria; *una buena noche para cazar*, y se alejó hacia el lago. Thomas estaba solo. A lo lejos, la casa brillaba entre las hayas cobrizas, y la luz de la luna iluminaba los paneles de cristal del ala reformada.

Se escuchó algo de música, y a Thomas le desagradó tanto su débil queja desafinada que su ánimo cambió, y cada último metro cuadrado de Lowlands Park comenzó a fastidiarle, junto con James Bower en todas sus iteraciones y, por último, y sobre todo, él mismo.

Entonces escuchó: «¿Thomas Hart?». Una mujer de calculada belleza, vestida con seda plisada y cuentas de ámbar, bajó las escaleras con las manos extendidas, al tiempo que hacía una mueca al escuchar la música y ladeaba la cabeza como para indicar que a ella también le desagradaba todo este escándalo impío.

—¿Thomas Hart? Anna Fonseka. Gracias por venir. ¿Está lo suficientemente abrigado? Hace un viento perezoso, como diría mi madre, que te atraviesa completamente para ahorrarse tiempo.

—Tiene un aspecto magnífico —dijo el engañoso Thomas, contemplando los nuevos escalones de piedra de York y los obstinados paneles de vidrio salpicados de marcas blancas para disuadir a los pájaros de herirse en su vuelo. Al otro lado de las ventanas había adornos navideños, hileras de vino barato sobre mesas desmontables y gente corriente con ropa corriente que se movía sin rumbo de un lado a otro. Thomas recordó con nostalgia los asientos de las ventanas divididas, las obscenidades y símbolos pintados en las paredes desconchadas, y a James Bower, deseable más allá de lo soportable bajo la lámpara de araña sin luz. Se sacó una libreta del bolsillo.

—Recuérdeme —pidió— el coste de la reforma, el nombre de los organismos que lo financian y la fecha de su nueva apertura al público.

Anna Fonseka respondió a todo ello, y luego, tocándole el hombro con unos ensayados gestos de deferencia, le acompañó a cruzar el umbral.

—Este es Thomas Hart —dijo, mientras sonreía hábilmente a unos y a otros, con la mano izquierda atada a sus cuentas de ámbar—, que estaba presente cuando sacaron la estatua del lago. ¡Fue quien encontró el telescopio! Le dejo aquí —dijo, después de haber identificado al otro lado de la habitación a una persona de mayor importancia; y, volviéndose de manera perceptible más alta y más hábil si cabía, lo dejó en compañía de Maria Văduva, limpia de juncos y cieno, de pie, sobre un pedestal de madera.

—Hola —dijo Thomas—, tienes buen aspecto.

Los pies de su vieja amiga estaban descalzos, y sus pechos pequeños y altos eran los de una niña; su cabeza era un poco más grande de lo que correspondería y tenía una belleza remota y tranquila en la que no era posible discernir su indignado dolor. La mano derecha levantada hacia el ojo derecho parecía absurda sin nada en ella, y sus faldas de piedra desprendían el olor salado del lago. A su lado, y justo fuera de su alcance, su telescopio estaba sellado en una inmensa vitrina de vidrio templado que tenía un tono verdoso. Reflejaba a los hombres y mujeres que iban y venían, ajenos a todo, de manera que resultaba difícil ver el propio telescopio más allá de estos brillantes fantasmas. Tras acercarse y dejar la huella de su mano en el cristal en un deliberado acto de transgresión, Thomas vio las renovaciones realizadas en el tubo óptico y el ocular, y los grabados en los accesorios de latón de los que se había limpiado el moho de Essex. La lente del objetivo, sin embargo, se había dejado en su lugar por respeto al paso del tiempo, y la atravesaba una fisura que rompería la luna como si fuera un plato.

Thomas le dio la espalda y examinó la habitación en la que una vez estuviera bajo un candelabro vacío mientras la niebla se extendía por el parque. Se sintió envuelto en un tiempo persistente que apenas parecía haber pasado, como si todo lo que sucedió en Lowlands estuviera sucediendo todavía y lo hiciera siempre: si despego ese nuevo papel de pared, descubriré un símbolo con la pintura aún húmeda, y, si miro hacia abajo, veré una rata corriendo con la cola cortada. Aquí está Grace y huele a aceite de rosas y a cigarrillos prestados, y allí está Nathan, bajando a saltos las escaleras; los operarios están entrando para medir el agujero del techo, y yo puedo oler el cuerpo de James Bower con su abrigo de invierno. «Soy Canuto —pensó divertido—, y soy capaz de frenar el paso del tiempo». Entonces vio que la gente corriente con sus trajes de noche comenzaba a disminuir, y las luces navideñas se atenuaban con la distancia, recortadas contra las paredes que retrocedían. Ya no podía distinguir la conversación sin rumbo ni la música: estaba

solo en Lowlands y le dolía la cadera mala. Pero, de repente, dejó de estarlo. Un hombre cruzó el suelo vacío hacia él. La distancia entre ellos era tan grande que esto pareció llevarle una o dos horas, y en ese tiempo Thomas no sintió ansiedad ni sorpresa.

—James —dijo, y sonrió con una rígida alegría que sabía sería breve, y percibió la manera en la que el hombre había cambiado. El cabello dorado tenía un aspecto deslustrado y clareaba, y se lo habían cortado de manera experta para ocultar su escasez. El cuerpo era más estrecho en los hombros y las caderas, ¿o acaso siempre había sido así? Su abrigo era gris y le sentaba bien. Llevaba unos zapatos baratos. Se acercó y, al hacerlo, fue posible ver que la piel de las orejas le colgaba como si una puntada esencial se hubiera soltado, y que las viejas quemaduras se habían transformado en brillantes parches sobre su frente. Aun así, la cuidada escultura de su cráneo seguía siendo evidente y, si sus ojos cobrizos se habían empañado, era con el verde del cardenillo. Thomas quedó nuevamente impresionado por su belleza.

—Hola —repitió, y se preguntó si debería extenderle la mano.

—¡Hola, Thomas! —Ambos hombres se abrazaron con soltura. Entonces, James se cruzó de brazos y contempló la estatua y la vitrina con interés profesional—. Han hecho un buen trabajo —dijo —, que no puede haber sido barato.

Y durante un rato los hombres hablaron de las dificultades a la hora de conseguir financiación suficiente para proyectos históricos regionales y de la insuficiencia de las nuevas disposiciones sobre aparcamiento. Entretanto, Maria Văduva permanecía junto a la ventana y negaba solemnemente con la cabeza, al tiempo que Thomas se fijaba en que James había cambiado de loción para después del afeitado, en que sus calcetines no iban a juego, y en que se había arañado el dorso de la mano. Luego, con una mirada más seria e íntima hacia Thomas, como si por fin abordara el asunto en cuestión, James dijo:

—Así que, por lo que dijiste, ¡crees que se trata de un cometa!

—Efectivamente. —Thomas miró el telescopio como si pudiera

encontrar, vagando tras la lente rota, partículas de polvo de estrellas —. Un cometa de periodo corto, que regresará en el año 2017, más o menos. Cuando Maria lo vio, dicen que era indiscutiblemente azul, con una cola que se extendía diez grados en su magnitud más alta, aunque quizá esta vez difícilmente lo distingamos en el cielo. Con verlo, me daría por satisfecho. Pero un cometa, James (¿quién lo habría pensado?). En cierto modo, me pregunto si no se nos debería haber ocurrido.

—Y ¿qué vas a hacer al respecto? —preguntó James—, ¿a quién se lo vas a contar?

Hablaba con tal solemne atención que Thomas respondió con la misma seriedad, como si los hubieran presentado momentos antes tomando vino barato en vasos de plástico.

—Me han dicho que debo contactar con alguna institución oficial, pero no tengo nada que mostrar, excepto el diario de una mujer que desapareció y enloqueció por amor, junto con un telescopio roto.

—Menuda lástima —dijo James, al tiempo que su seriedad se hacía aún más profunda—. Debe de ser muy decepcionante para ti.

«Qué gracioso es todo esto —pensó Thomas—: hubo un tiempo en el que hubiera preferido volver a ver tu cara que todos los cometas en órbita juntos, y ahora que estás aquí lo único por lo que te pregunto es por cómo estaba el tráfico en la A-12».

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó James Bower—. ¿He entendido mal?

Thomas sintió que la risa daba paso a una terrible ternura.

—Escucha —dijo, y le alcanzó la manga al otro hombre—, vámonos. No puedo hablar contigo aquí.

La sala, donde las mujeres bailaban con movimientos que no se correspondían con la música, resultaba agobiante. Las luces navideñas se apagaban y volvían a encenderse de manera mortecina. Nadie miraba a Maria.

—Vamos —dijo Thomas, consciente de sonar imperioso y tal vez enfadado.

—¡Ah! —exclamó Anna Fonseka, que llegó como si hubiera salido

de la vitrina—, le he estado buscando.

Pero Thomas se dirigía ya hacia la salida, con James tras él. Fue más rápido de lo que marcaban las normas de cortesía, y el otro hombre lo descubrió mordiéndose la lengua para acallar una queja, y frotándose la cadera dolorida.

—¿Estás bien? Lo siento —se excusó James—. Supongo que esto te resulta doloroso. —Se sonrojó con un amago de vergüenza.

—No es eso —respondió Thomas—; es un dolor que me acompaña desde hace tiempo. Y, de hecho —añadió—, debería disculparme por haberte escrito de la manera en que lo hice. Fue infantil y descortés. Cada año que pasa descubro que no me hago mayor, ni me vuelvo más sabio, solo que cargo con el mismo viejo Thomas Hart en un cuerpo que muestra signos de desgaste.

—No sabías que yo vería tus mensajes —dijo James.

—¡Era improbable, pero posible!

—Lo siento, de verdad. No tenía ni idea. No entendía cómo era todo esto para ti. Lo ignoraba por completo.

—Pues yo creo —contestó Thomas, amable— que sí lo sabías.

La luna llena comenzó a alzarse. Era grandísima y tan luminosa como las farolas.

—Lo siento, pero nunca quise hacerte daño… Thomas, ¿por qué la luna parece tan enorme y está tan baja?

—Es una luna en perigeo, que se mueve a través de la parte más cercana de su órbita y parece más grande porque está muy cerca del horizonte, pero eso solo es un truco (se trata simplemente de la misma luna de siempre). Y creo que no tienes por qué disculparte —prosiguió Thomas—. No lo digas, no lo sientas. Es verdad que me causaste dolor. Creo que más incluso del que nunca haya sentido antes o después, y tal vez eso signifique que soy un hombre que ha llevado una vida feliz. Pero ahora creo que ese dolor fue un impuesto a mi riqueza. Estoy agradecido por ello, y es algo de lo que me alegro. ¿Cómo podría haber escrito lo que escribí sin ese dolor? Aun así, aunque sea extraño y me parezca casi humillante, después de tanto tiempo, deseo tocarte, porque nunca lo hice.

—Así es —dijo James. Miró con miedo a la luna doliente—. Jamás lo hiciste. ¿Aún lo deseas? Puedes hacerlo. —Parecía estar asomándose sobre sí mismo—. Aquí estoy.

Respiraba como si le faltara el aire. Sus labios eran de color carmesí. Los botones de su abrigo se habían desabrochado y miraba a Thomas con una voluntad eufórica vacía de deseo. «Conozco esa mirada —pensó Thomas—; la he visto antes, cuando Lowlands estaba en llamas. Siempre quiso que algún tipo de desastre lo sacara de su propia vida (yo podría haber sido una colegiala, o una deuda de juego)».

—Crees que te compadezco —dijo James—, pero no es así, nunca lo hice.

—Podría haber aceptado la compasión (podría haberlo preferido). Pero no soy un mendigo. Soy un hombre.

«Lo he rechazado», se repitió Thomas, asombrado de sí mismo. Una terrible luna comenzó a alzarse dominando la tierra de Essex, y Thomas se levantó con ella. «Te quise —pensó—. Te he querido, te habría querido de ser posible y te sigo queriendo».

—Viene alguien —dijo James. Estaba muy lejos, y resultaba casi inaudible. Se abotonó el abrigo—. Me pregunto si nos volveremos a ver.

—¿Thomas Hart? —Anna Fonseka, cuyo collar de cuentas de ámbar había desaparecido, ya fuera por extravío o por voluntad propia, le extendió las manos—. Esperaba que dijera una o dos palabras.

—No es buen momento —dijo James—. Déjenos solos. —Y fue posiblemente la autoridad de su belleza, que el tiempo había vuelto austera, lo que la hizo parpadear sorprendida y retroceder obedientemente por el césped—. Supongo que no nos volveremos a ver —dijo James—. No queda ya motivo para ello.

—Supongo que no —respondió Thomas.

Por ahora era posible pensar en esto sin dolor. En la casa, había terminado de sonar la música. Hombres y mujeres se dirigieron hacia sus coches, tropezando a veces unos con otros. Se estaba

levantando viento.

—Adiós —dijo Thomas Hart.

—Adiós —respondió James—. Ha sido un placer verte.

No hubo apretón de manos ni abrazo, sino solo un curioso saludo infantil cuando James se alejó. Las luces de freno de los coches que se iban iluminaron la tela de su abrigo. Puede que él volviera a hablar, pero en algún lugar una mujer se complacía en llorar ruidosamente.

—Sí —dijo Thomas—, adiós.

A lo lejos, sintió un dolor como el que tenía en la cadera. Se iría y volvería. Dio la espalda a la casa y creyó distinguir los abedules plateados y el tejado inclinado de Bethesda. La aterradora luna estaba a su izquierda, la Estrella Polar brillaba fija en la noche. Nick Carleton estaba en su oficina, y Grace Macaulay se dirigía en tren hacia Londres. James Bower, en el asiento del conductor, llamaba a su mujer y, en Beechwood Avenue, Ronald Macaulay se estaba quedando dormido. «¡Qué asombroso —pensó Thomas—, y qué terrible ver cómo la vida sigue adelante pese a todo, y cómo esa oscuridad visible contiene lo celestial en lo ordinario!». Las luces se apagaron en Lowlands House.

Querido James:

Como ves, he vuelto a mis viejas costumbres de escribir cartas en papel, cartas que no enviaré porque no necesito hacerlo. De todos modos, quiero contarte lo que he aprendido, lo que llegó a mi plena conciencia tan lentamente y con tanta maravilla y dificultad como las leyes de la física. He aprendido que fue amor lo que llegó con esa primera mirada tuya y mía (¡fue amor lo que hizo que el mundo se alterara porque tú estabas en él!).

Y lo que también es cierto, en virtud de la predestinación o del azar o de la crueldad del tiempo, es que ya te había amado toda mi vida, como condición de mi alma inmortal; y así, a tu manera, transformaste a Dios.

Pero no quiero que pienses que mi corazón estaba roto porque era a un hombre a quien amaba. Mi corazón estaba roto porque estoy vivo.

THOMAS HART

TERCERA PARTE

2017

La ley de las armonías

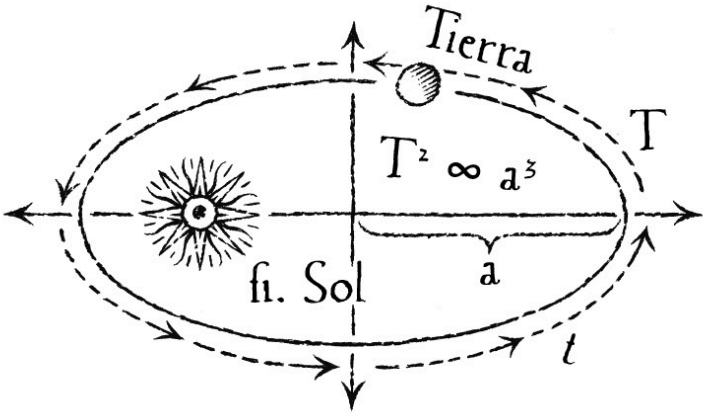


Figura 3

Una mujer salió del psiquiátrico una mañana de verano. Bajó con cautela las escaleras que conducían a un camino de grava, observando sus propios pies con interés y cuidado, como si vigilara a niños dispuestos a correr hacia la carretera. El camino atravesaba un césped cortado y moribundo, entre setos de boj atendidos por enfermeros y pacientes; al fondo esperaba un taxi con la puerta abierta. La distancia hasta el taxi le pareció a esta mujer un castigo inmerecido. Le dolía la espalda, y también las caderas. El sol temprano atraía maliciosos insectos que le picaban en la parte posterior de las rodillas. De vez en cuando se detenía para escudriñar el cielo, como si esperara algo allá arriba junto al astro pertinaz. Luego, encogiéndose de hombros, ya fuera por abatimiento o alivio, siguió adelante lentamente.

Llegó al taxi, al que le resultó difícil entrar. La manipulación de su cuerpo requería cuidado y fuerza, pero finalmente lo logró. Al conductor no le preocupó su aspecto, ni su costumbre de sacar la lengua. «Bonita mañana», dijo, y ella asintió en silencio. Al abandonar el hospital, este la abandonó también a ella. Había tenido un primo allí una vez, dijo el taxista, durante cinco años. Ese tipo de cosas eran hereditarias, pero a él nunca le habían ocurrido, por suerte.

—Salió convertido en otro hombre —explicó—, pero ¿quién no cambia en cinco años?

No era maleducado, pero, cuando la mujer lo descubrió mirándola por el espejo retrovisor, se avergonzó de su aspecto y de su lengua ingobernable.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —El conductor bajó la ventanilla—. ¿Hace mucho que entró?

—No lo sé —respondió—, pero creo que sí.

Examinó el cielo. No tenía miedo de nada, lo cual resultaba sorprendente: en mayor o menor grado, había vivido con temor durante veinte años. Aldleigh se aproximaba y no parecía muy cambiada. Ahí estaban las que debían de ser las verjas de Lowlands House. ¿Cómo podía mantenerse a raya el viejo miedo con semejante provocación? Los escolares esperaban allí con chalecos amarillos; el césped más allá de la puerta estaba mojado y distribuido en franjas. Entonces, muy débilmente —como si emanara del reposapiés, del volante o del asiento del conductor—, percibió un olor a humo y agua, y sintió que se le detenía el pulso del corazón. Pero eso pasó relativamente rápido, y el tiempo ordinario reanudó su ritmo tras sus costillas.

—¿Cree que podría llevarme a la ciudad? —dijo, envalentonada por el coraje.

—Podemos ir a donde quieras, cariño; no tengo remilgos. ¿A dónde te apetece ir?

La mujer miró su bolso, que contenía todo lo que le quedaba en la vida: un cepillo de dientes, unas sandalias, dos camisas dobladas que no le quedaban bien, una bolsa de papel con medicamentos que necesitaba y despreciaba, un libro barato con el lomo roto (*The Virago Book of Women's Life Writing* [El libro Virago sobre la escritura de la vida de las mujeres]) y, a modo de marcapáginas, un sobre nuevo que contenía otro más viejo.

—¿Le parecería bien llevarme a la redacción del *Essex Chronicle*? —preguntó.

Thomas Hart —el incrédulo, diligente e inmutable Thomas, el viejo e inteligente Thomas, el célebre Thomas Hart— había alcanzado por fin la edad de setenta años, y estaba sentado ante su escritorio. Ya no vagaba por el Strand, ni por Bishopsgate, pero no había frontera celestial que no intentara cruzar, y poseía un telescopio que haría llorar y romper una lente a Maria Văduva. No se debe pensar que el receloso Thomas careciera en aquellos días de sacramentos. ¿Acaso no era ciudadano del imperio de la luna y practicante de sus religiones? No en vano, por la noche, el cielo le ofrecía una liturgia, y él se sometía con devoción a la inescrutable belleza de sus sílabas y proposiciones: desplazamiento hacia el rojo, desplazamiento hacia el azul, y el movimiento propio de las estrellas; Ofiuco, Andrómeda y Perseo; luz zodiacal, viento solar y el movimiento de los cuerpos en órbita. De vez en cuando intentaba estudiar un libro de texto de física, lo que le llevaba casi al borde de las lágrimas. ¡Qué hombre más estúpido resultó ser, y siempre había sido, por carecer tan desastrosamente de facilidad para con los números y los cálculos, y no haber comprendido nunca la naturaleza del espectro electromagnético! De vez en cuando se le ocurría que su amor por las estrellas constituía tanto una cuestión de fe como el amor que le quedaba por Dios. Podía decirse que sus dos religiones no se oponían, sino que estaban en equilibrio.

Había encogido aproximadamente media pulgada de altura y había ensanchado más o menos una pulgada, pero, en términos generales, los años habían sido benévolos con él, y permanecía tan inalterado como los bancos de Bethesda. Su despacho tenía más que nunca el aspecto de un salón de caballeros eduardiano, y a nadie se le habría ocurrido nunca sacarlo de allí. Además, Nick Carleton había ganado temperamento junto con una condecoración del Imperio británico

por sus servicios a la prensa regional, lo que había asegurado el futuro del *Essex Chronicle* en edición electrónica frente a una caída año tras año en las ventas impresas, y ¿quién se iba a arriesgar a sufrir la violencia de su indignación al sugerir que Thomas Hart debería jubilarse? Así que Thomas siguió siendo conocido por sus curiosas columnas sobre las estrellas, sus singulares pasteles rumanos que sabían a delicias turcas, y su extraña costumbre de frotarse la cadera dolorida. Que fuera un hombre de setenta años lo sorprendía todas las mañanas frente al espejo, y había quitado el reloj de su mesilla de noche, pues odiaba el tictac que reducía el tiempo que quedaba a un pequeño saldo.

No pasaba gran cosa en Aldleigh en aquel entonces. En su opinión, Essex haría bien en recordar su legado de mártires quemados en la hoguera por la gloria de Dios sobre haces de madera verde, serpientes marinas que plagaban el estuario, gánsteres fusilados en Land Rover por caminos rurales helados, y campesinos que se rebelaban en las calles. Ante lo poco que había que contar, decidió ocuparse de los baratos cuadernos verdes que se amontonaban como siempre sobre su escritorio y del manuscrito retomado y abandonado a lo largo de veinte años, que se mostraba entonces esparcido desconsoladamente entre ellos. «Alabanza y culpa», indicaba el título, algo que de repente le pareció absurdamente pomposo. ¿Quién te crees que eres, Thomas Hart? ¿Lev Nikoláievich Tolstói, que murió en una estación de tren a causa de una neumonía y nunca pudo sentarse cómodamente en su montón de laureles? Tachó el título y luego escuchó con alivio un único golpe autoritario, seguido de la aparición de Nick Carleton en la puerta.

—Thomas —dijo el editor—, tienes una visita otra vez.

Parecía disgustado, con la franca antipatía que solo se puede mostrar a un amigo.

—No puedo evitarlo —dijo Thomas—. Soy un hombre muy famoso en estos tiempos.

—Me ha dicho que ya os conocéis de antes. Entre —dijo Carleton dirigiéndose a alguien que estaba fuera de la vista—, entre, siéntese.

Se apartó para dejar pasar a una mujer y miró al otro hombre como diciendo: «¿Qué problema estás causando ahora, Thomas Hart?». Cerró la puerta, dejando claro que se desentendía del asunto.

La visitante entró con el aplomo de quien entiende que no puede pasar sin previo aviso y no juzga a quien la observa. Era alta y gorda, de una manera tal que su piel había adquirido el aspecto hinchado y brillante del satén. Su rostro era ancho en los pómulos y suave en la barbilla y el cuello, donde la piel era también muy blanca, sin ningún poro ni imperfección. Tenía la mirada cautelosa, vigilante y de ojos azules de una grajilla, y se pasaba la lengua por el labio inferior como si tuviera algo dulce en él. Thomas se sorprendió al notar que su ropa era barata y estaba raída, ya que tenía un aspecto tan majestuoso y un andar tan señorial y lento que el armiño y las puntillas le habrían sentado mejor. Se sintió atraído hacia ella, como si poseyera un campo gravitacional al que todos los cuerpos menores estuvieran sujetos, y se adelantó con las manos extendidas para llevarla a un asiento.

—Gracias —dijo ella, y por un momento recuperó el aliento. Luego lo miró y añadió—: Sí. Soy yo.

¿Debería conocerla? Volvió a mirar su cabello, que estaba mal cortado y tenía un bonito color tirando a rojizo. Miró de nuevo su rostro sedoso y preocupado. No le sonaba de nada.

—Verá, conozco a mucha gente —explicó él—, y no tengo buena memoria para las caras.

Regresó a su propio asiento y agradeció la extensión del escritorio entre ellos, no porque ella le causara inquietud, sino por ser consciente de que algo muy parecido a una nota sostenida sonaba por encima del registro ordinario. Una jarra de agua estaba al alcance de la mano; la sirvió.

—Nunca he sido muy buena con el tiempo —dijo la mujer. Se alisó las mallas grises y baratas como si fueran de seda—. Supongo que, al menos, ¿diez años?

—¿Diez años? —se sorprendió Thomas. Hizo memoria, pero siguió

sin recordarla.

—Me senté aquí —explicó ella—. Me senté donde estoy ahora y quemé un trozo de papel. Fíjese: dejé una marca.

Thomas miró y vio una mancha oscura en el escritorio.

—¡Caramba! —exclamó Thomas—. No…, no diez años. Veinte.

Allí, superpuesta a su sorprendente visitante, estaba la chica silenciosa que lo había buscado y había reducido a cenizas la carta de Maria; allí estaba también el incendio de Lowlands, y la figura desplomada y fantasmagórica en la terraza, que emergía de entre sus ropas empapadas. Se removió en su silla y puso entre ellos una pulgada adicional de espacio.

—Lo siento —se excusó la mujer, y elevó rápidamente su voz hasta alcanzar un tono de tristeza infantil, como si él hubiera empezado a reprenderla. Se tapó la cara con las manos, estremeciéndose bajo el peso de su aflicción—. No debería haberlo hecho. No sé por qué lo hice, tal vez porque toda mi vida había estado esperando que sucediera algo que me cambiara, pero nunca llegó. Creo que ese hombre resultó herido, que se quemó. Tal vez incluso muriera. Pregunté una y otra vez, pero nadie me dijo nada.

—Murió —especificó Thomas—, pero no fue a causa de sus quemaduras, y vivió mucho tiempo más. —Tuvo la sensación de que le arrancaban una tensa cuerda de detrás de las costillas de un tirón. Le resultó desolador, pero supo que pasaría.

—Ah —respondió ella, como si la noticia fuera dolorosa—. Lo siento. Era un hombre tan guapo. Eso lo recuerdo. Y parecía tan joven… ¿Qué pasó? ¿Qué le sucedió?

«No lo sé —pensó Thomas—. No lo sé», se repitió una y otra vez.

—Creo que posiblemente fuera un paro cardiaco —indicó, dominado por un peculiar agotamiento causado no por los acontecimientos, sino por él mismo—, o alguna debilidad heredada, ante la que acabó cediendo. Dicen que fue una muerte rápida y tranquila mientras dormía. Me enteré dos años después. Nadie me lo dijo. Nadie sabía que debía hacerlo.

El dolor que él había aprendido a contener se desbordó ante esta

desconocida, que soltó un agudo sollozo, como si la pérdida hubiera sido suya.

—Lo siento —dijo ella—. Lo siento mucho.

A Thomas le desagradaba, pero al mismo tiempo sintió pena por ella.

—Tome mi pañuelo —ofreció—. No: guárdelo y tómese un vaso de agua.

Ella bebió. Su extraordinaria piel mostraba ahora unas manchitas, como si el dolor fuera una enfermedad transmisible. Dejó el agua.

—Supongo que pensará que estoy loca —dijo.

—Sí —repuso Thomas—, empiezo a pensar eso. Aunque la naturaleza de la locura —prosiguió— depende en realidad de los hábitos y condiciones del mundo en el que nos encontremos. En tiempos, solían dejar a los enfermos mentales en barcos a la deriva a los que denominaban las naves de los locos, y, como no había ley ni constitución a bordo que regulara la razón, ¿cómo podía decidirse si alguno de los pasajeros estaba en sus cabales?

La mujer reflexionó sobre esto —pareció brevemente emocionada por ello—, y luego añadió:

—Me dijeron que no estaba loca, sino solo enferma. Fastidiada, decían a veces, como si fuera una niña pachucha. Le daban nombres a mi enfermad, nombres que cambiaban cada pocos años. Lo que realmente querían decir es que estaba desequilibrada, pero yo nunca lo vi así. ¿No lo publicó usted en el periódico, y acaso yo no lo leí? ¡El cometa se acercaba, junto con un compañero oscuro, y un cometa siempre era un mal augurio!

—Pero yo no quise decir nada con eso. Escribo todo tipo de cosas. No era importante; no significaba nada en absoluto.

—¿De verdad cree que lo que uno hace y dice no tiene importancia? Siempre la tiene. Todo está relacionado. Cuando supe que el cometa se acercaba junto con su compañero oscuro, pensé que venía a por mí. Observé y esperé todas las noches, y entonces ahí apareció, pero resultó ser tan solo una luz. No trajo nada consigo. No cambió nada. Todo seguiría siempre igual. Entonces

pensé: «Seré yo quien produzca el cambio; lo transformaré todo». Y provoqué el fuego. Usted no entiende lo que es desear algo con todas tus fuerzas y no tenerlo nunca; eso a lo que llaman fe —finalizó—. Nadie lo ha entendido jamás.

—Comprendo —dijo—. Sí.

Desdeñosamente, los ojos de la mujer le miraron como si estuviera observando las facetas de una gema.

—Continúe, por favor —le pidió ella—. ¡Dígame lo que cree, si es que cree en algo!

Su espléndido cuerpo rechazó los confines de la silla, y la nota que sonó en la habitación, que parecía emanar de ella, resonó en los altos rincones y contra la ventana. ¿Podría Thomas erigir Bethesda sobre su escritorio y desmontarla nuevamente para mostrarle las mareas de su fe? Ojalá sí.

—Lo que yo creo —comenzó a decir él con gran cuidado— es que avanzamos hacia el bien. Que somos como barcos que navegan y se dirigen hacia una luz piloto. —Ella le miraba escéptica—. Es decir —continuó él—, no estoy seguro de que sea algo que podamos evitar, como si el barco fuera realmente el que tiende hacia la luz, lo quiera o no el capitán. Ahora —dijo, volviéndose enérgico, seguro de que no la convencería con esa moral informe—, ¿no cree que debería decirme por qué ha venido?

La chispa se desvaneció, y, con ello, la mujer adoptó el aspecto de una niña justamente castigada. Abrió despacio su bolso, de cuyo interior se desprendió un agrio aroma. Thomas, con un gesto de reconocimiento, vio un libro de bolsillo que le resultó tan familiar como el suyo propio.

—Tengo ese libro —dijo Thomas. Se sintió extrañamente aturdido —. Diarios y cartas de mujeres que nunca debieron haber sido olvidadas. Un anciano al que conocí tradujo un diario, que publicó un editor a quien yo se lo entregué. —En ese momento escuchó un crujido de faldas de seda a sus espaldas, y él se negó a volver la cabeza («¿No puedes dejarme solo cinco minutos, Maria Văduva Bell?»)—. ¿Lo ha leído? El traductor murió. Murió sin que yo lo

supiera, solo, bajo el arco del ferrocarril y en medio de la lluvia.

—No puede saber si estaba solo —indicó la mujer—, a menos que usted estuviera allí, en cuyo caso, por supuesto, él no habría estado solo. —Ella lo miró con un ligero y benévolo desprecio—. Pero sí —prosiguió—, tiene razón, este libro contiene el diario de Maria Văduva, quien vivió en Lowlands House, como yo lo he hecho. —Sacó un sobre de entre las páginas y metió la mano en él. Sus dedos suaves y gruesos eran diestros y rápidos. La habitación permanecía decididamente silenciosa—. ¿Sabía que estuve en Lowlands durante semanas antes de que apareciera el cometa? Nadie me vio. Nadie lo sabía ni le importaba, y nadie me hizo daño nunca. Había una rata que me encantaba, que no tenía cola. Vi a los vencejos regresar en mayo, y las cabezas blancas de sus polluelos allí arriba, en fila. Y siempre encontraba cosas: cristales rotos, horquillas y trozos de papel. La gente que vivió allí se ocultaban cosas unos a otros. Pusieron esto entre un espejo y una pared y lo guardé conmigo, aunque no sé quién lo escribió ni por qué. —Ahora sostenía un sobre azul claro y lo examinaba con una especie de cautelosa atención, como si fuera el dibujo de un rostro que ya no amaba. Lo puso sobre la mesa—. ¿Por qué no saca la carta? —preguntó—. ¿Por qué no mira?

Thomas sacó la carta. Miró. Vio una hoja de papel doblada, dañada por el fuego y el agua, con la tinta floreciendo en algunos lugares. «Una carta enviada desde Londres —se dijo a sí mismo y a los diversos fantasmas que ahora se amontonaban y leían por encima de su hombro—, y enviada tres días después de que Maria Văduva terminara su diario».

—Léamela —pidió ella—. Me gustaría oír lo que dice.

El obediente Thomas levantó el papel hacia la luz. «Mi querida amiga», leyó:

> Mi querida amiga, no puedes pedirme esto. ¡No es una prueba justa de mi afecto! ¿Crees que yo (¡de entre todas las mujeres!) te enviaré a la oscuridad por el bien de un hombre (¡de entre todas las cosas!)? ¿No me has dicho

acaso que una mujer debería vivir con una luz más brillante que esa vela mortecina y solitaria? ¡Qué enfadada estoy! ¡Me iré de Foolish Street a pie y caminaré hasta Essex y te estiraré de las orejas yo misma! Escríbeme enseguida y asegúrame que has recobrado la razón. Mientras tanto, hago llover perlas por doquier y soy, como siempre, tu amiga afectísima…

C.

—Nunca tuve una amiga así —dijo ella—, ¿y usted?

—Una vez, sí —respondió Thomas. Pero ¿qué debería hacer con esto? Le vinieron a la mente Maria y James, que se le antojaron como siempre lo habían hecho: vitales, inconclusos, acercándose a él por los prados de Lowlands (de hecho, le vino a la mente Grace Macaulay, a quien había dado la espalda). De repente, se vio sorprendido por el cansancio—. Esto no me sirve de nada. No aporta más información. No hay dirección. El matasellos está totalmente borroso. ¡Ni siquiera hay un nombre!

Su visitante se encogió de hombros, de forma lenta y lánguida.

—Haga con la carta lo que quiera —concluyó ella—. En lo que a mí concierne, puede quemarla. —Con una elegancia deliberada y pesada, se levantó de la silla—. Si yo fuera usted, me preguntaría qué fue lo que Maria le pidió hacer a esta mujer, y si lo hizo. Pero —de nuevo, el exuberante encogimiento de hombros— quizá sea demasiado mayor para ocuparse de esto. —Se guardó el libro y se dirigió hacia la puerta.

Thomas fue tras ella.

—Ha sido muy amable por venir —dijo, sacando a relucir sus antiguos modales, y reprimiendo el deseo de mirar atrás y ver si ella había dejado marcas de quemaduras en su asiento—. ¡Me alegra ver que está bien y le agradezco que haya traído a Maria de regreso a mi escritorio! —Pero en realidad no estaba agradecido ni contento. Un dolor punzante le atravesó la cadera, lo que le hizo tropezar y descansar en la curva del hombro de su visitante. El consuelo de esta sensación le resultó deprimente. Se enderezó y recibió una

última y rápida mirada azul.

—Bueno —dijo ella—, ya he terminado, se acabó. Adiós, Thomas.

Thomas respondió:

—Adiós.

Ahora la mujer caminaba con cuidado por la ciudad de Aldleigh. El asfalto se ablandaba en las carreteras afectadas por el calor y una neblina acerada se asentaba en los baches y en los umbrales de las tiendas lejanas. Qué cambiada estaba Aldleigh. Nunca antes había visto ese banco ni aquel café; no recordaba la biblioteca, por ejemplo, ni el monumento a los caídos, pero posiblemente ese fuera solo el efecto del calor. De vez en cuando metía la mano en el bolso para buscar el sobre y se sentía perpleja por su ausencia. Pero todo eso no importaba: el último eslabón se había cortado y el miedo había desaparecido.

Llegó al Jackdaw and Crow. Una mujer salió de allí. Esta mujer era baja como un niño y regordeta, con una espalda estrecha que se arqueaba en una pronunciada curva por encima de las anchas caderas; lucía los brazos desnudos al sol, y su piel estaba radiante y bronceada. Llevaba un vestido rojo que parecía desintegrarse a su alrededor mientras caminaba, o formarse con retales a cada paso. Tenía un corpiño encorsetado bordado de estrellas y una falda amplia, ajustada en la cintura, que dejaba a la vista unas enaguas blancas. Sus sandalias eran baratas, y había suciedad entre los dedos de sus pies. Conseguía parecer un poco más alta al llevar el negro pelo recogido en lo alto de la cabeza y sujeto con un lápiz, y tenía un mechón blanco. No era posible distinguir su rostro, ya que estaba inclinado sobre su teléfono y muy concentrado en lo que veía, pero sería un rostro maravilloso, sin duda. «Cómo la desprecio», pensó ella, y pellizcó la fina y blanca piel de su antebrazo. ¿Qué sabían las mujeres como ella acerca de querer un cambio y no encontrarlo nunca, de conseguir la fe y perderla, de cargar con un cuerpo que dolía con todo tipo de climas?

Ahora estaba llegando a la estación, de donde partiría el tren que iba a Londres. Los pasajeros que salían la empujaban por todos lados. Los escalones bajos que había a sus pies apestaban a huesos de pollo mordisqueados por zorros, orina y bebidas dulces derramadas; los subió con dificultad y sin miedo. Allá, en lo alto de la vía, el sol se reflejaba sobre los brillantes raíles y le provocaba un dolor de cabeza que parecía el tañido de una campana. Lowlands la atraía, como el norte atrae la aguja de la brújula. Cruzó el andén y lo vio brillar tras las hayas cobrizas y bajo las vías del ferrocarril que se hundían y crujían. No se veía ningún cometa que siguiera a su oscuro compañero por encima del tejado inclinado; no salía humo de la ventana. Una especie de calma fatigada se apoderó de ella. La casa blanca entre las hayas cobrizas estaba increíblemente cerca, a no más de una pulgada por debajo del borde pintado del extremo de la vía. Mira, habían quitado las tablas de las ventanas, y la puerta entre los pilares blancos estaba abierta, y podía alcanzarla con solo intentarlo. Oyó voces lejanas que provenían de las habitaciones de la planta baja, voces que la llamaban por su nombre, invitándola a entrar. Entonces, se oyeron trompetas que daban la bienvenida, y había pancartas blancas que colgaban de las ventanas superiores. «Me buscan, después de todo —pensó—. ¡Me buscan!». Resultaba extraordinario; era lo que ella siempre había esperado. Y corrió hacia delante.

Digamos que los arrendajos de Potter’s Field, ya en su séptima generación, fueron arrancados de las ramas del avellano por un ruido sordo. Digamos que las ratas de Lowlands Park hicieron una breve pausa en su búsqueda de basura, se encogieron de hombros y continuaron con sus asuntos vitales, al igual que los hombres con chaquetas amarillas que arreglaban los baches de Station Road. Digamos que Grace Macaulay, al salir del bazar hacia una luz blanca y perpendicular, escuchó el gemido mecánico y exangüe que siguió a aquel ruido sordo, y pensó que tal vez un tren había chocado contra

los amortiguadores o había atropellado a un ciervo que entraba desde Lowlands Park. Pero no tenía tiempo que perder en desastres imaginarios, y avanzó rápidamente por el camino hacia el Jackdaw and Crow, donde una mujer que regaba macetas colgantes estuvo de acuerdo con ella en que, ciertamente, hacía mucho más calor de lo que le hubiera gustado, y que sí, claro que había oído ese golpe, pero estaban en Aldleigh, y ¿acaso alguna vez pasaba algo aquí? «No —respondió Grace—, no, nunca». Caminó bajo las macetas que goteaban y se deleitó con el agua; luego, subió una escalera de hierro fijada a la pared exterior del *pub* para casos de incendio. A medida que ascendía, el mundo se alejaba y quedaba reducido a algo intrascendente a sus pies. Ella no tenía ningún interés en el golpe seco, en los baches de la calle, en los clientes que se amontonaban en el umbral del bazar. Se tapó los oídos para protegerse de las sirenas que llegaban por Station Road y llegó a casa.

Grace había vuelto a la ciudad donde había nacido y donde pensó que probablemente moriría, para luego ser incinerada o enterrada. La lenta marea que la arrastrara a Londres cambió y la trajo de regreso a Essex. Todo le había parecido inevitable e irresistible; no había elegido ni rechazado su propia vida, sino que se limitaba a habitarla, como habitaba su propio cuerpo. Le había gustado Londres lo suficiente por su capacidad de reducirla a una parte anónima y activa de una inmensa máquina, y porque fue allí donde había sido instruida en los pecados comunes que de otro modo habría practicado y perfeccionado en su adolescencia. Pero la relativa pobreza la había expulsado, y nunca se le ocurrió ir más allá de Essex y de la arcilla donde había cultivado su alma. Ahora vivía en el ático del Jackdaw and Crow, el *pub* al que le habían educado a mirar con miedo y sospecha, como a un antro de maldades empapadas en alcohol. Este ático había sido abandonado el año en que murió Victoria, y se había convertido en una cavidad húmeda, muy probablemente (así decían los bebedores de las últimas rondas, mirando hacia arriba con agradable terror) habitada por fantasmas.

Pero, como la actual casera era una mujer que sabía hacer buenos negocios, lo había convertido en un pequeño apartamento por la parte del alero, y lo alquilaba a inquilinos a quienes no les importara que en invierno el vaho de su respiración fuera visible incluso cuando los radiadores crujían toda la noche como si estuvieran digiriendo animales, y que en verano sus varias ventanas inclinadas produjeran el efecto de estar en un invernadero. Así que Grace Macaulay, que durante toda su vida apenas había tenido dos peniques para gastar, vivía aquí sola por un precio de alquiler que muchas veces no podía pagar y a cambio también de un turno a la semana en el bar, donde servía sus pedidos con la alegría frenética de una mujer que se deleita en el pecado.

Cruzó el umbral con la gratitud de un animal que regresa a su madriguera y abrió las ventanas teñidas por la suciedad del tráfico y los trenes. Una muy bienvenida fatiga se apoderó de ella y exigió la rendición de su espíritu ante su cuerpo. Se desvistió y se tumbó en el suelo bajo el calor, con las extremidades dispuestas de tal forma que la piel evitara rozarse contra sí misma. Era vagamente consciente de la presencia de moscas en la ventana y de rastros de ratones en la alfombra, así como del aroma de su perfume de jazmín barato que venía en una lata, de la mantequilla que se agriaba en un plato y de su propia persona. Entonces, se quedó dormida.

¿Debemos imaginarnos a Grace Macaulay feliz? En cuanto a las pruebas de cargo, se debe advertir al tribunal que solo tiene treinta y ocho años, y que está hecha de un material duro en lo que respecta a huesos, musculatura, sistema inmunológico, etc. Rara vez se la ve estornudar o quejarse de dolor de cabeza, y tiene ese tipo de belleza que no ha disminuido con el tiempo, debida no a la juventud, sino a la simetría ósea, junto con el dominio de sí misma, el color y la vitalidad. Todos los niños quieren ser normales, y el que ella nunca lo fuera le había resultado difícil, pero todos los adultos quieren ser extraordinarios, y ahora ella amplifica su rareza,

complaciéndose en su ignorancia de los asuntos mundanos y su tendencia a hablar en ocasiones con una cadencia bíblica, diciendo a los hombres que sabe que nació en 1887 (este es el año en que excavaron los cimientos de Bethesda) mientras deja que su vestido le resbale por los hombros. En cuanto a eso, nunca ha amado a una mujer o a un hombre como amó a Nathan, ni espera hacerlo, pero domina varios lenguajes amorosos, aunque siempre con el acento de un extranjero. Su padre todavía vive. En su vejez se ha vuelto infantil, afectuoso y fácil de burlar; es difícil creer que alguna vez le temiera y oliera a fuego y azufre en las costuras de su ropa. Se levanta temprano en verano y tarde en invierno, y desayuna con café malo del bazar, y panecillos blancos y suaves que ella misma prepara (y Anne Macaulay, a su lado, le advierte que deje reposar la masa lo suficiente y que no la hornee demasiado). No obedece a ningún amo. Ocupa sus días con la ropa: la remienda y embellece con fines teatrales y eclesiásticos, la plancha y almidona. A veces construye incluso prendas nuevas a partir de otras viejas y las lleva por Aldleigh sabiendo que la observan, la admiran y se burlan de ella con envidia. En ocasiones le preguntan cómo llegó a hacer tal cosa y si le enseñaron en Londres, pero la verdad es que ella siempre lo ha hecho, y aprendió a hacerlo sola; sus manos simplemente sabían hacerlo (les era tan innato como el pecado original). Que se convirtiera en su profesión había sido en realidad una cuestión de una prenda tras otra, de favores extendidos y buscados, de teatros exasperados en plena temporada de representaciones, desesperados por otro par de manos. Y su trabajo estos días es excelente: cose las costuras con seda, y su orfebrería y bordados superarían los de la capa de un obispo. Sus rizos han vuelto, con su reconfortante olor animal. Come y canta mientras cose, y su cuerpo redondeado rechaza los pantalones vaqueros e insiste en llevar enaguas y seda. Contempla al resto de las mujeres con afectuosa sospecha e interés antropológico (la disposición de ellas a corromperse ante los hombres y a la mecánica de la reproducción le parece peculiar, pero en general no les desea daño alguno). Llora a Nathan cuando

recuerda que debe hacerlo y se pregunta qué habría sido de ella si no lo hubiera perdido, pero sabe a quién culpar por esta pérdida. La culpa no la tiene ella. No fue que ella fuera incapaz de conseguir el amor de Nathan, sino que todo fue culpa de Thomas Hart. Alimenta su ira con íntima atención. Cuando lo ve a veces en Aldleigh High Street o en el andén de la estación, una punzada de rabia la atraviesa como una corriente, y vive de esa chispa vital. Hablando de rabia, Lorna Greene se ha mudado al elegante oeste, posiblemente a Cheltenham o Bath, y, en consecuencia, es como si estuviera muerta. Pierde la fe del mismo modo en que a veces extravía unas tijeras de confección, por ejemplo, o el pintalabios que más le gusta, tijeras y pintalabios que aparecen luego detrás del cojín del sofá, o en el bolsillo de su abrigo. Asiste a Bethesda de vez en cuando, e incluso hay mañanas en las que se acerca al reclinatorio y ora con la sinceridad de su infancia («Tú eres mi esperanza, oh, Señor Dios. Tú eres mi confianza desde mi juventud»). No está segura del estado de su alma inmortal, pero navega lo mejor que puede hacia la luz piloto, cuya naturaleza apenas necesita conocer —le basta con saber que brilla—.

¿Podría convencerse al tribunal de declararla culpable de felicidad con pruebas tan convincentes? Tal vez. No obstante, el abogado de la defensa da un paso al frente y se acomoda la peluca de crin. Grace Macaulay es pobre, y solo un rico bobo pensaría que el dinero no puede comprar la felicidad. A su debido tiempo, imagina que heredará la casa de su padre, pero es algo a lo que no da muchas vueltas, y se las arregla con el dinero suelto que tiene a mano. Ha habido inviernos en los que se bañaba con agua de la tetera vertida en el recipiente de plástico en el que también lava los platos; ha habido días en los que a veces incluso el café amargo de la tienda de todo a una libra está fuera de su alcance. Donde quiera que vaya, está sola. En el bar del Jackdaw and Crow, ella es la hija de Bethesda y deplora todas sus blasfemias; en el banco de su iglesia, es una mujer de mundo a quien le aflige su estado pecaminoso. A menudo intenta jugar con su anillo más amado, olvidando que una

tarde se le cayó y por despecho se negó a recogerlo. Con frecuencia piensa «debo contárselo a Thomas», pero olvida que no puede y no lo hará. Que su cuerpo esté envejeciendo es motivo de horror: ¿qué ha sido, por ejemplo, de la piel de sus senos y de su cuello? Y, ¿siempre sangró con esa intensidad? Duerme mal, a trompicones. Es propensa a tener ampollas y a que se le infecten los dedos cuando se pincha una y otra vez mientras trabaja. Nunca puede encontrar una aguja cuando la necesita, aunque su casa esté llena de ellas. Jamás ha estado en Venecia. Amaba a Nathan, pero él no la amaba a ella; así que, de noche, en su cama, busca a aquel al que su alma quiere, lo busca y no lo encuentra, y todo el resto. ¿Intenta ser buena? Desde luego, pero qué agotador e incierto es eso, cuando no hay nadie que le muestre cómo. «¡Oh, Señor, Dios de mi salvación, día y noche he clamado ante ti, tan llena está mi alma de calamidades!». El caso queda cerrado.

El lector sensato podría pensar, en efecto, que ni la acusación ni la defensa han presentado pruebas suficientes ante el tribunal. Veamos, entonces. Grace Macaulay, acusada de felicidad: caso desestimado.

—¿Oyes eso? —preguntó Nick Carleton, que regresó junto a Thomas esa misma tarde, con la mirada ávida del editor que huele un titular —. ¿Escuchas eso? Un hombre bajo un tren, dudo que quede mucho. Van a estar ahí horas con cubos y palas. He enviado a alguien a que eche un vistazo…, pero, Thomas, no pareces estar bien. ¿Qué te dijo esa mujer? Vete a casa, vamos. El día ha clareado.

Había salido el sol. La luz pasaba entre las láminas de plástico de la persiana veneciana, se refractaba a través de un vaso de agua y llegaba a la marca de la quemadura del escritorio. Thomas pasó su mano, vuelta hacia arriba, entre la muesca y el sol.

—Mira esto —dijo, como si mostrara a Carleton agua brillante contenida en la palma de su mano—. Fíjate, todos esos fotones

nacieron en el corazón del Sol hace ciento setenta mil años, y viajaron ocho minutos y medio para desempeñar una tarea que no era ninguna otra que calentarme en mi escritorio. ¿Te dije que hay tormenta allá arriba estos días y que hace mal tiempo en el Sol? De hecho —añadió, y derramó la luz al ponerse de pie—, tal vez vaya a echar un vistazo.

—Hazlo y escribe sobre ello. Quinientas palabras —dijo Carleton—. Seiscientas, si el cielo está despejado.

En las noches claras, o en aquellas en las que la esperanza hablaba más alto que el pronóstico del tiempo, Thomas instalaba ahora su telescopio en el desnudo jardín de detrás de su casa en Lower Bridge Road. Maria Văduva, desconcertada por estas tecnologías, se negaba a conocer la naturaleza y utilidad de los satélites y el GPS, pero admiraba la lente del objetivo de diez pulgadas y lo dirigía hacia Delphinus y Andrómeda. Su brillante cañón estaba coronado por una cámara que escaneaba las estrellas para determinar su posición bajo la esfera celeste. Entonces, Thomas —con la sempiterna sensación infantil de que posiblemente estaba haciendo algo mal— cogía el mando, que tenía el aspecto de un teléfono antiguo con un cable en espiral, y le pedía al telescopio que encontrara estrellas binarias, galaxias y ciudades brillantes en la Luna. A continuación, se produciría una pausa, seguida de un gemido de búsqueda, como si el aparato anhelara, al igual que Thomas, abandonar la Tierra. Giraba lentamente, se elevaba y fijaba su mirada en el objeto deseado. Había noches en las que todo era desesperanza, por acabar las estrellas rápidamente ocultas bajo las nubes; había otras en las que la visibilidad era buena, y Thomas resistía el frío que le golpeaba en la cadera dolorida, y se sentaba durante horas en compañía de Maria. *Mira, Thomas, ¿ves cómo el cielo parece un estanque negro sobre el que juega la luz del sol?*

Justo aquel día había salido el sol, y el telescopio estaba tapado con una película plateada que protegía la vista. Era mediodía,

estaban en pleno verano y el tubo óptico estaba casi perpendicular a la tierra, por lo que Thomas tuvo que agacharse a la altura del ocular para poder ver la estrella cercana. Allí estaban, pensó, maravillado al ver las tormentas solares: tres manchas que se desplazaban hacia el extremo oriental del astro, con el aspecto de gotas de tinta negra que se dispersan en un charco de pintura naranja.

—Cada once años —le explicó a un incrédulo gorrión que había en el muro del jardín— los polos magnéticos del Sol se intercambian, lo que da lugar a un nuevo ciclo de actividad y tormentas solares…

El gorrión se marchó, encogiendo sus alas con desdén, y el sol se deslizó fuera del campo de visión. Thomas se sintió solo. ¡Cómo le hubiera gustado que Grace Macaulay bajara rápidamente por el jardín, dispuesta a sorprenderse!

Abandonó su observación y se sentó un rato a la sombra, imaginando el jardín poblado por la chica a la que había querido en todas sus versiones: la niña enfurruñada propensa a ataques repentinos de alegría, la bulliciosa muchacha de pelo negro que le confiaba sus problemas, la criatura vengativa con un sombrero prestado que se negó a mirarlo a los ojos. Allí, también, estaba la inconfundible desconocida a la que veía de vez en cuando salir del Jackdaw and Crow, o que bajaba con sus antiguos andares decididos por el andén de la estación —una mujer pequeña, morena, de unos cuarenta años, vestida con ropas raídas y opulentas, y con un mechón blanco en el pelo—. Qué obstinada era su rabia y qué miserable desperdicio había sido todo. «Renuncié a la libertad de mi alma para quedarme en mi banco y mantener el pie en la puerta —pensó—, ¡y ella me traicionó! El amor de un padre por su propia hija está muy bien, pero es egoísta en su esencia. Yo la quise, aunque nunca fuera mi deber. ¡Bien podría tirarla a las vías del tren o arrojarla al río!». Maria, empero, se inclinaba hacia el telescopio. *Entonces, ¿por qué lloras, Thomas Hart?*

—A veces —dijo Thomas, secándose los ojos— tengo la extraña sensación de que las cosas no suceden una tras otra, sino todas a la

vez. Lo sentí hace años, en Lowlands House, y lo vuelvo a sentir ahora de nuevo. No puedo explicarlo. Tan solo me veo capaz de decirte que esta tarde soy un hombre joven en invierno al que alguien entregó un bebé en un funeral, pero también tengo cincuenta años, y el hombre que amo está aquí, y el sol se está poniendo… y a su vez soy mayor de lo que soy ahora, ¡y Grace está llamando a mi puerta! Todo sigue sucediendo dentro de mí… ¿De qué otra manera puedo darle sentido al tiempo? ¿Cómo si no puedo explicar que me siento solo, pero también lo contrario, que desprecio a mi amiga y la extraño, que James Bower me causa el peor dolor que jamás haya conocido, y ningún dolor en absoluto?

Ven aquí, por favor, Thomas, échame una mano. Hemos perdido al sol.

TIEMPO DESORDENADO

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

21 de junio de 2017

Me pregunto si alguna vez han tenido la sensación que tengo yo de que las cosas no suceden una tras otra, sino todas a la vez. Supongo que será simplemente la locura de la vejez, pero últimamente he cogido la costumbre de decirme a mí mismo: todo lo que alguna vez sucederá ha sucedido, y está sucediendo.

Hace muchos años (o mañana, o ayer) vi un palimpsesto en la Biblioteca Británica. Era una liturgia del siglo XV que había sido sobrescrita en pergaminos que incluían un Evangelio del siglo IX y un estudio de Platón del siglo XII, y mirarlo era como escuchar un coro de voces que cantaban juntas en un solo lugar, pero no en un solo momento.

Así es como me parece el mundo entero. He vivido en Aldleigh toda mi vida, e imagino que moriré aquí, así que cuando paso por la plaza del mercado y el monumento a los caídos, o cuando camino por Lowlands Park hacia el río, experimento la ciudad, no con este yo presente, sino con todos los seres que he contenido y que siempre contendré. A veces me encuentro conmigo mismo en las escaleras, y en otras ocasiones veo a amigos que murieron o me abandonaron de otras maneras, y lo que experimento hacia ellos ahora consiste en lo que ya experimenté en el pasado. Ya ven, he aprendido que es posible despreciar y querer a un amigo por igual, en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Desde estos días considero la física tal como solía considerar las Escrituras, y encuentro allí una teoría peculiar que me atrae: la idea del universo en bloque. Esta idea se basa en la teoría de la relatividad de Einstein: concibe la totalidad del espacio y el tiempo, que existen juntos en una especie de cuboideo tridimensional.

En este modelo no hay una secuencia de eventos que se desplieguen en una línea de tiempo, sino que todo ocurre simultáneamente, y nuestra experiencia depende de cómo se corte el bloque.

Dudo que lo haya entendido o explicado bien, pero, en cualquier caso, es lo que da luz a mi vida. Si todo lo que alguna vez sucederá ha sucedido y está sucediendo, por fin entiendo cómo es posible enamorarse a simple vista y

conocer a un desconocido como a un amante; tal vez ese amor y todos los acontecimientos que siguieron ya se produjeron, y se desarrollaron en otros lugares y en otros momentos. Y también entiendo cómo es posible despreciar a quienes nos hicieron daño y al mismo tiempo sentirnos en paz, lo que tal vez sea el eco inverso del perdón que aún no hemos visto. Ahora bien, mi padre era predicador, y ya lo oigo castigarme desde la tumba (o incluso antes): ¿qué resulta de la responsabilidad moral, Thomas, si el ejercicio de nuestra voluntad no influye en los acontecimientos? ¿Qué harían los hombres y las mujeres si pudieran encogerse de hombros y decir: «¡Pero si eso ya ha ocurrido!»?

Dejaré que los físicos y los teólogos discutan sobre eso y, en cambio, dirigiré mi mirada a T. S. Eliot. «Si todo el tiempo está eternamente presente —escribió—, todo el tiempo es irredimible». Sea como sea como lo concibamos, el tiempo es irrecuperable, y, en cuanto hacemos una cosa, hecha queda. Hubo un momento en que esto me habría entristecido. Ahora refina cada minuto que tengo en mi poder y lo convierte en algo tan precioso que no puedo soportar malgastarlo.

Una tarde de verano, Ronald Macaulay subió con dificultad la escalera de hierro del Jackdaw and Crow, y Grace abrió la puerta del ático para dejarle entrar.

—El señor Hart me ha acercado —dijo Ronald, y besó a su hija con su acostumbrado beso seco—, pero dijo que no podía quedarse.

Mientras, en Station Road, Thomas Hart se dirigía a su casa en coche sin levantar la vista hacia las ventanas. Ronald apenas entendía que viera poco a Thomas estos días, pero, por confusión o por la ignorancia que produce la autoprotección, había fracasado a la hora comprender que Thomas había abandonado Bethesda y, con ella, a Grace. Nunca quedó claro lo que Ronald había asimilado mientras permanecía sentado y cansado en el funeral de su hermana. Era posible que hubiera aceptado la naturaleza de Thomas de manera bastante ecuánime como consecuencia del pecado original y no la encontrara más chocante que una tendencia a sobrepasar el límite de velocidad, por ejemplo, o a ser grosero cuando se está bajo presión. Pero era igualmente posible que la idea de que un homosexual hubiera ocupado los bancos de Bethesda durante todos esos años le resultara tan impactante que simplemente la hubiera rechazado, o que, en la bruma del dolor, se le hubiera pasado por alto. Cualquiera que fuera la causa, se encontraba ya a las puertas del cielo —era un hombre feliz propenso a quedarse dormido durante el día, y se sorprendía al despertar y descubrir que aún no estaba en la gloria—.

—Adelante —dijo Grace. El sol poniente iluminaba la pequeña cocina en la que se secaba las manos con un delantal de lino. Miró a su padre, que ahora despertaba en ella una preocupación maternal que invertía el orden natural—. Se te ve delgado —dijo—. Lo que sea que comas, no es suficiente.

Lo llevó con cuidado a una habitación en la que había dos sofás enfrentados, anchos y bajos como camas, con un baúl de viaje en medio. Aquí el sol también había hecho su entrada, pero aun así una docena de lámparas brillaban en un número similar de lugares (si alguien le dijera que sus hábitos derrochadores de luz eran herencia de Thomas Hart, las apagaría una a una). Las había recuperado de contenedores o robado en teatros de provincias, ya que Grace nunca había perdido su hábito de urraca y pensaba que todo lo que consideraba hermoso le pertenecía por derecho. Rombos de luz se proyectaban sobre alfombras superpuestas, que colgaban también de las paredes (a pesar de los edictos de la casera) junto con grabados enmarcados, feos óleos en marcos dorados, y diversos tapices y prendas que el tiempo había dejado obsoletos, pero que seguían siendo bellos. Contra la pared del fondo había cajas de plástico apiladas, intercaladas con cestas abiertas de las que salían corpiños, sobrefaldas y antiguos polisones de crin que aguardaban la aguja de Grace; un tablero de corcho en irremediable desorden se mostraba cubierto de recibos, postales, bocetos, cartas con facturas impagadas y frágiles muestras de tela. Un violín roto que no sabía tocar colgaba de un clavo que había junto a la puerta, y por todas partes había tarros de mermelada llenos de perejil de vaca silvestre recogidos de los bordes de los caminos, junto con claveles comprados ya medio marchitos en el mercado a la hora de cerrar. Había pocos libros, ya que a Grace nunca le había gustado leer, pero la biblia de su infancia estaba cerca de su máquina de coser, como si hubiera consultado a Ruth o Ester sobre cuál era la mejor manera de terminar una costura. Sus visitas, al mirar alrededor, pensaban a menudo en lo parecido que era todo aquello a ella misma: suspendida en medio de la época moderna, poblada de todos aquellos aparatos anacrónicos —un ordenador portátil, el teléfono móvil, la televisión—, y un pasado inubicable compuesto por juegos de sábanas y descoloridos tapices, primorosamente guardados. Resultaba tan romántico, decían, tan hermoso, mientras admiraban el chal con flecos que hacía las veces de puerta del dormitorio y

suspiraban por las conchas nacaradas que había colocado en el alféizar de la ventana de la cocina. Ella respondía agradecida, pero en verdad era difícil arreglárselas con lo poco que tenía, y resultaba humillante pensar que no le faltaba mucho para cumplir los cuarenta y podría perder su casa por capricho de la casera. Ciertas mañanas, y bajo determinado clima, el lugar tenía el aspecto desconsolado de un niño cansado que intenta ser feliz, pero en esos momentos Grace visualizaba su propio cuero cabelludo desnudo iluminado por fluorescentes en una habitación de Hackney, ennegrecida hasta los zócalos por la humedad, y se convencía a sí misma de que debía darse por satisfecha.

Ronald se sentó con dificultad en un sofá que estaba cubierto por una colcha de la que se estaban descosiendo trozos remendados. Los ruidos de la calle se filtraban hacia el interior, volviéndose confusos bajo los aleros. Allí afuera alguien cantaba canciones de Leonard Cohen. Grace puso un paño blanco sobre el baúl. Lo había planchado con tanto cuidado que las arrugas produjeron una cuadrícula de sombras.

—La fortuna ha llamado a mi puerta, papá —dijo—. ¡El mes pasado no podía pagar el impuesto municipal, y ahora estoy forrada! Tomaremos cangrejo, gambas y salmón ahumado, así que intenta no quedarte dormido.

—Muy bien —respondió Ronald por decir algo—. Sí, muy bien. El Señor provee.

—Tengo un trabajo nuevo, uno bueno —explicó Grace mientras sacaba un plato de porcelana desconchada, sobre el que los mariscos forcejeaban con rodajas de limón—. Me mantendrá ocupada y ganaré un sueldo durante semanas. —Puso la bandeja sobre el baúl junto a una cesta con los panecillos blancos que ella misma había preparado y señaló hacia un rincón—. Mira esas cajas. Han estado derribando casas para construir apartamentos en el oeste de Londres, y supongo que en una de ellas debieron de vivir en tiempos un sastre y una planchadora. Toma: aquí tienes una servilleta. Coge este plato. Fíjate en lo que encontraron: pieles,

vestidos y hasta un abrigo de hombre con una caja de cerillas en el bolsillo. Todo quedó atrás, olvidado, envuelto en papel con viejas bolas de alcanfor rodando por todas partes, entre restos de alas de polilla y polvo. Algunas piezas conservan incluso los resguardos aún cosidos. ¿Te pongo un poco de pan con mantequilla? Me han dado lo mejor que han encontrado para que los restaure, y luego se irán a estudios de cine y compañías de teatro para que se los pongan mujeres delgadas y excéntricas. No es un trabajo difícil —dijo, haciendo valer su orgullo profesional—, pero me esmeraré, y con eso pagaré el alquiler hasta Navidad.

—Estoy seguro de que sí —dijo su padre, con una dulce vaguedad que exasperó a Grace.

Thomas, en cambio, le habría preguntado qué prendas en particular necesitaban un trabajo en concreto, y habría pedido que se las enseñara, y le habría dado la razón, a su manera reservada. Bueno, si no sabía en qué se mantenía ella ocupada estos días era por su culpa, y peor para él…

—¿Bendecimos la mesa? —preguntó Ronald, y cerró los ojos—. «Por estas y todas tus misericordias, Señor, te damos gracias».

Y Grace miró hacia Aldleigh, y comió pan con mantequilla.

Cuando lo único que quedó fue un cuenco de huesos de cereza con trozos adheridos de carne roja, Ronald cruzó las manos sobre el estómago y dijo:

—Sí, muy rico. —Y se quedó dormido.

El cantante todavía estaba tocando en la calle para pagarse sus clases de música, y entonces, al mismo tiempo que el tren que partía, le tocó el turno a Bob Dylan («*Let us pause in life's pleasures* —continuaba la canción—, *and count its many tears*»); los pasajeros, sin embargo, le hacían caso omiso mientras los vencejos de la tarde gritaban en dirección a Lowlands Park. De vez en cuando, Ronald se ahogaba al respirar, para regresar luego a su sueño infantil, y un sonido asustadizo —tal vez el de una rata inmunizada frente al veneno que a veces ponía Grace— se oía tras el zócalo. La canción seguía de manera interminable —«*A pale*

drooping maiden toils her life away, with a worn heart whose better days are over»—, al tiempo que Grace pensaba en qué amable era que cantaran para ella. Tiempos difíciles, ¡no vengáis de nuevo a mí! Gotas de sudor se formaron entre sus omóplatos, se deslizaron hasta su cintura y se asentaron allí; más tarde, cuando se pusiera el sol, aquella humedad de su ropa le daría frío.

No había nadie con quien hablar, ni nada que deseara hacer. «Mi vida es esto —pensó, sorprendida por la desesperación—. ¡Esta es la vida que tengo!». Le vino a la mente entonces una imagen de su antigua habitación de la casa de su padre, con la sombra del abedul plateado balanceándose sobre la alfombra, y el espejo moteado en el que había examinado su propio cuerpo cada noche con inquietante temor; vio de nuevo la estrecha cama que una vez se inclinara hacia arriba en la parte de los pies haciéndola caer para siempre hacia arriba, sin llegar nunca al final. «Para mí siempre ha sido así —pensó—; siempre he caído hacia la nada», y se presionó en el lugar dolorido de un dedo pinchado donde se había asentado la infección. «Muy pronto no seré una mujer que no tiene hijos, sino una mujer que no ha tenido hijos. Dentro de poco nadie se fijará en mí, y no habrá más sorpresas». Últimamente, sin embargo, su autocompasión era tan repentina y breve como lo había sido siempre su temperamento. Escuchó de nuevo la rata ocupada en sus asuntos, y a lo lejos un tren que llegaba de Colchester o de Londres… Cruzó hacia las cajas de cartón del rincón y vio un puño de tela negro con volantes que asomaba entre tiras de cinta de embalaje con un gesto implorante.

—Sí —dijo—, sí, lo sé. Yo también.

Abrió la caja, que exhaló el olor que le encantaba porque marcaba su propio territorio: alcanfor y cedro para repeler las polillas, ciertos hongos que prosperaban en las telas húmedas, y lo que quedaba del sudor y la fragancia de mujeres y hombres muertos. En el sofá, su padre se removió y resopló; las lámparas brillaban contra el crepúsculo. Con cuidado, levantó el vestido. La seda negra chirrió contra sí misma y habló. Ella se dispuso a escuchar. Las estrechas

mangas terminaban en largos puños abrochados con botones de nácar sujetos con hilo de plata, y estaban cosidas con rígidos pliegues en los hombros. Grace se maravilló ante el trabajo, hábil y arduo como el de un cantero («horas de día y de noche —pensó—, con los ojos y la espalda constantemente doloridos»), y examinó con reverencia el cuello alto adornado con encaje belga, ahora podrido, y la inmensa falda con un dobladillo primorosamente adornado. Lo llevó a su mesa de trabajo y encendió una lámpara que daba una luz tan clara como la del mediodía. De nuevo, ese sonido áspero de la seda, que era tan revelador y particular como una voz… Grace se inclinó para examinar la costura y vio un pesado hilo de plata enrollado en espirales, que se soltaba aquí y allá, y retrocedía contra sí mismo. Cosidas entre las espirales había tantas perlas, y con tal peso, que aquel vestido solo lo podría haber llevado una mujer fuerte cuyo amor por la extravagancia y el estilo excediera el deseo de comodidad. Pasó una mano amorosa por el dobladillo, y el vestido se quejó: hilos de seda finos como cabellos se desintegraron, y docenas de perlas cayeron al suelo.

—Lo siento —se disculpó Grace—, no quería hacerte daño.

Dejó el vestido y lo examinó desde lejos con ojo experto. A juzgar por el conjunto de aquellas mangas, pensó, era probable que hubieran sido cosidas entre 1880 y 1890. Sería necesario quitar el encaje por completo y buscar otra pieza. Esta parte de aquí (pasó un dedo cariñosamente por un agujero) se podría remendar y restaurar; las perlas y el bordado con hilo de plata podrían volver a su patrón, y, aunque eso llevaría mucho tiempo, todo ello eran horas facturables. En cualquier caso, ¿cuál era el patrón, después de todo? (Una manga se movió, y la seda habló). Desde esa posición era posible distinguir una secuencia de feas flores de rígidos pétalos sobre tallos absurdamente curvados y sin hojas, y, frente a una obra de arte tan extraordinaria, esta falta de habilidad y belleza resultaba ofensiva.

—Mañana —dijo su padre en sueños—, si Dios quiere.

«Y sí —pensó Grace—, mañana volveré a revisarlo». Se alejó, y

esto hizo que su sombra pasara sobre el dobladillo de pedrería y alterara el aspecto de las flores.

—¡Oh! —exclamó, con una curiosa sensación de tirantez en el cuero cabelludo. No eran flores, ni nada que se les pareciera. La rígida seda del vestido se suavizó y se extendió, hasta que se apoderó de la habitación como un dosel, y las espirales de plata cosidas comenzaron a girar con la apariencia del agua que cae por el fregadero. Las perlas no eran, de hecho, puntos de luz individuales que formaran flores sin vida, sino que se organizaban en objetos brillantes que se deslizaban por el dobladillo, y arrastraban curvas de polvo brillante—. ¡Cometas! —exclamó Grace, riendo, casi convencida de que sus pies descalzos se elevaban por encima de la alfombra, y de que su propio cuerpo estaba en movimiento—. Son cometas —repitió, y los vio con claridad, atraídos en sus órbitas por el Sol e intercalados con galaxias.

Su inercia se disipó y se puso en alerta, como si reaccionase a una aguda nota de invocación. Perdió la noción del tiempo y se vio de nuevo a sí misma hundida hasta los tobillos en la niebla de Lowlands, con la sensación de que podía extender la mano, tocar la manga de un abrigo bueno de *tweed* y decir:

—Thomas, qué cosa más extraña. ¿Recuerdas a Maria Văduva?, ¿te acuerdas de que la encontré en el lago?

—«¿Por qué estás abatida, oh, alma mía? —se oyó a Ronald, que recitaba salmos en sueños—, ¿y por qué estás inquieta conmigo?».

Grace, inquieta pero no abatida, se ocupaba devotamente del vestido y de un trozo de papel sujeto con una burda puntada a la costura del corpiño. Lo abrió. Los garabatos a lápiz, preservados de la luz, eran fácilmente legibles; las palabras hablaban abiertamente de un tiempo pasado («C. S. / Foulis Street / para recoger»).

—Ya entiendo —dijo Grace—. Sí, ya entiendo.

El recibo se separó, y en su lugar vio una hoja de papel, quebradiza por la doblez, que decía: «Para el único habitante querido de Foolish Street…».

—Maria —dijo Grace—. Ahí estás. —Thomas había esperado

durante años, pensó ella, y se le ocurrió que podía llamarlo entonces, mientras se ponía el sol, para comenzar de nuevo aquella búsqueda infantil de una mujer desaparecida y su cometa…—. Foulis Street, ¡Thomas! —exclamó en voz alta, mientras habitaba de manera fugaz otro mundo posible en el que se sentaba con él, cómoda a su mesa—. ¿No lo ves? La amiga de Maria, C., vivía en Foulis Street, y la llamaba Foolish[2] para tomarle el pelo. —Sintió una llamarada instintiva de placer y orgullo, que reprimió rápidamente. No: él no se lo merecía. Que vaya y venga cojeando al *Essex Chronicle*, o a dondequiera que vaya estos días, y que no sepa que Maria Văduva estaba en marcha…

—Debería regresar pronto a casa —dijo Ronald, y se puso de pie y se alisó el poco cabello que le quedaba—. Anne me estará esperando.

—Sí —dijo Grace—, te estará esperando. Pero no creo que falte ya mucho tiempo.

[2] Juego de palabras. *Foolish* significa «tonto» en inglés, y se pronuncia de manera parecida al nombre de la calle («Foulis»).

UN POCO DE MÚSICA NOCTURNA

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

23 de junio de 2017

Todo el mundo sabe que en el espacio nadie puede oírte gritar, ¿no? Me temo, sin embargo, que la dificultad del conocimiento (¡incluso del más cotidiano!) radica en que tiende a abrir puertas, no a cerrarlas. Y, si ustedes abrieran la puerta correcta y escucharan, oirían a la Tierra cantar.

Intentaré explicarlo. El sonido requiere de sustancia. No se puede oír nada en absoluto a menos que el aire y sus moléculas oscilen, lo que crea ondas sonoras como arrugas en una tela. Cuando estas ondas llegan a los tímpanos, esa membrana también comienza a vibrar, lo que hace posible oír a alguien que nos llama, o la música que suena en otra habitación.

Dado que el espacio es más o menos un vacío, no hay ninguna tela que sacudir. Pero nunca debes pensar que nadie está gritando solo porque no puedas oírlo. De hecho, los planetas son un buen ejemplo de esto: están constantemente irradiando ondas electromagnéticas, y algunas de ellas son ondas de radio que quedan fuera del alcance del oído humano. Es posible procesar estas emisiones y mostrar cómo sonarían si la materia del espacio pudiera vibrar con la música y hacerla audible para nosotros.

Si tienen curiosidad —¡y realmente creo que deberían tenerla!—, pueden encontrar estas melodías en internet y escuchar un poco de música nocturna. Yo he empezado a escucharla mientras examino los planetas con mi telescopio, y el efecto es inquietante y hermoso. Cuando escucho a Júpiter, pienso en el cuenco tibetano de un budista; cuando escucho a Neptuno, pienso en olas que rompen en una playa de guijarros mientras el viento sopla a través de una estructura abandonada a unos metros de distancia. Ío, la pequeña y devota luna de Júpiter, suena como una orquesta en el fondo de un pozo, afinando sus instrumentos antes de que se levante el telón…, y la Tierra, por supuesto, también canta —con chirridos y silbidos que parecen gorjeos de pájaros desconocidos, sobresaltados por el paso de un tren—.

Mientras tanto, el cuerpo humano, constantemente ocupado en la respiración y la digestión, vibra a frecuencias muy bajas. Su corazón, por

ejemplo, resuena a menos de un hercio, muy por debajo del nivel mínimo de audición humana. Me pregunto si en algún lugar habrá un animal capaz de escuchar todos los asuntos silenciosos que se llevan a cabo en las cámaras de mi corazón. «Tú eres la música —decía T. S. Eliot— mientras la música dure».

El clima cambió. No llovía todavía, pero el viento del oeste trajo nubes desde Gwent y Gloucestershire, y las noches comenzaban imperceptiblemente antes. Una mujer que un tren había atropellado hacía poco fue incinerada a dos millas al norte de la estación (se dijo que quería que esparcieran sus cenizas por Lowlands Park, pero las autoridades no lo autorizaron). Un gato blanco se perdió en Lower Bridge Road. Como no era buena época para observar las estrellas, el insomne Thomas se puso a buscarlo de madrugada, al tiempo que se sacudía el dolor de la cadera mientras caminaba y recitaba en su mente la carta de Foolish Street («no puedes pedirme esto»).

Un viernes a última hora de la tarde, Grace Macaulay se acercó a pie hasta Lowlands House. Un banco de nubes oscuras se extendía sobre Essex, y, en la atmósfera apagada, las enredaderas y las budelias de Potter's Field brillaban contra el muro. Se quedó allí un rato. Su abandono se había convertido ya en algo noble, sin llegar a ser decadente; el musgo se había apoderado de los montones de ladrillos y durante toda la noche era posible oír ruido entre las ortigas y helechos. «Aquí es donde encontré a Nathan y a Dimitru —pensó—, pero los dos se han ido». Mientras tanto, Bethesda permanecía allí, implacable, sin cambios, con su techo gris penetrando entre las nubes grises. Esperó a encontrar las mareas operísticas de tristeza y pérdida que alguna vez podría haber convocado, pero solo fue capaz de hallar un plácido cariño por el suave panel de vidrio transparente que reemplazó la ventana, rota por un chico descuidado. Inevitablemente, se acordó de Thomas Hart, y, al hacerlo, su antiguo temperamento afloró de nuevo una vez más, en un destello vivificante. Durante toda la semana había estado quitando y volviendo a coser perlas del dobladillo del vestido negro, y la yema de su pulgar se mostraba endurecida por los

pinchazos. Se frotó entonces la zona insensible con una sonrisa vengativa que podría haber considerado desagradable si hubiera podido verla.

Atravesó luego la barrera de abedules plateados que había detrás de Bethesda y se dirigió hacia Lowlands Park. El verano había espesado los setos en el borde, y estos se resistieron a su entrada y le rasgaron la falda. Llegó al claro y vio la hierba que se elevaba débilmente hasta la casa, que se erguía a su vez blanca y fría contra el cielo. El viento comenzó a soplar, y los robles temblaron. Ella siguió caminando. El césped no estaba cortado, lo que producía la sensación de estar caminando por el agua. El lago estaba a su izquierda, tan cambiado que no se reconocía: lo habían excavado en profundidad, y ahora tenía forma de cuadrado, bordeado por claras losas de piedra de York y cuatro bancos de hierro negro con serpientes marinas en forma de brazos curvos. Un alto seto de tejo lo delimitaba por tres de sus lados y cerraba el cielo con exactitud matemática. Maria Văduva, limpia y con las manos vacías, se alzaba de pie en el extremo oriental, en la brecha que había entre los tejos, con la mirada eternamente puesta en la casa.

Grace alcanzó a recordar una historia que una vez escuchara sobre una chica que se hirió en su afeitado cuero cabelludo con una estatua cuando la rescataban del agua sucia; «pero eso no tiene nada que ver conmigo», pensó ella, y despreció a aquella muchacha de cabeza rapada y mal genio. Se acercó a la casa y distinguió a gente despreocupada que observaba el cambio de tiempo en la terraza, y luces encendidas en la nueva ala de cristal donde el telescopio de Maria permanecía inutilizado. Entonces el aire a su alrededor se volvió extraño, y una oscuridad uniforme comenzó a cernirse sobre su cabeza como si fuera un crepúsculo temprano. Siguió caminando, consciente de una sensación parecida a la de un pinchazo nervioso, que no sabía si procedía de ella, o si le era impuesta por el mal tiempo. Comenzó a llover. La lluvia le golpeó la nuca con una ráfaga de golpes, y el aire empapado hizo que la casa y las hayas cobrizas se desdibujaran y se disiparan con rapidez. Todo

pasó a estar compuesto de agua, incluso ella; todo era una ola creciente que en cualquier momento rompería, y su propia materia sería para siempre indistinguible de la del césped, los robles, los ladrillos y el yeso de Lowlands. El viento plisó la lluvia, y sus inexplicables nervios dieron paso a un histérico regocijo en el viento y el agua. Ella vivió todo esto con deleite, mientras observaba cómo los hombres y mujeres salían corriendo de la terraza, a la vez que reían y se sacudían la ropa. Su vestido también estaba empapado, como si acabara de salir del baptisterio. Se enredó con la tela, tropezó y se detuvo para enderezarse.

Fue por eso por lo que no pudo ver a un anciano hasta que este estuvo cerca. Iba encorvado y, vacilante, se apoyaba en un bastón; nunca habría podido escapar corriendo de ese mal tiempo. Siguió el camino a través del césped desde los márgenes del parque, y Grace (cuyo cuerpo casi nunca la había traicionado) descubrió que la lástima y la irritación la conmovían por igual. No quería que ningún intruso interrumpiese su soledad, y esperaba que aquel hombre se las apañara bien él solo. Esa cautelosa forma de andar le recordó a Thomas Hart, pero en realidad este hombre no era tan alto como él, ni tan viejo, ni sus ropas tan elegantes. Entonces la hierba alta y el terreno irregular le dificultaron aún más el paseo, y a ella se le ocurrió que debía ser buena con él, así que se dirigió hacia el hombre con la mano extendida.

Los arrendajos de Potter's Field, agraviados por la lluvia, echaron a volar, con sus horribles gritos. Sobresaltado por el ruido, el hombre miró hacia arriba, pero los pájaros ya habían desaparecido. Vio a Grace, y se detuvo bruscamente. Este gesto pareció causarle dolor, y gruñó como si se estuviera ahogando en su propia incomodidad. Miraba a la mujer con una furtiva inclinación de la cabeza hacia abajo, lo que hacía que su actitud resultara curiosamente íntima, y no del todo la de un desconocido. A continuación, hundió el bastón con fuerza en el césped mojado y le dio la espalda.

Qué impactante le resultó a Grace ofrecer su mano por amabilidad y que se la rechazaran. Una sensación sombría —que no era

proporcional a la marcha de un desconocido, ni siquiera a la refrescante lluvia que ahora la hacía temblar— se apoderó de ella. Grace sintió ganas de llorar, lo que también le resultó irritante y sorprendente. ¿De verdad era tan propensa a la soledad y la tristeza, después de todos estos años, con un mechón gris ya en el pelo? Dos niños, flacos y extrañamente parecidos, corrían sin rumbo y rápidos como insectos, entrando y saliendo de la lluvia con deleite; se acercaron al hombre y se rieron de él e imitaron su doloroso caminar. «Ojalá se caigan y se hagan daño —pensó ella—, y ojalá nadie acuda cuando lloren».

Por un momento dejó de llover. Momentáneamente, el aire se aclaró, y en esa pausa Grace oyó a los niños chillar, y a las grajillas, pelearse en los robles; a lo lejos, se oía un tren que salía de la estación y el grito de sorpresa de un hombre, más familiar de lo que debería haber sido. Su cuerpo acusó una sensación tras otra. Un pulso se apoderó de sus oídos. Ahora el hombre estaba tumbado sobre la hierba, con el bastón fuera de su alcance. Su chaqueta, negra por el agua, estaba extendida, y él yacía bocarriba. Se levantó dos veces, para caerse de nuevo. Se puso a llover de nuevo. Grace se acercó al hombre. Tropezó en el barro y se enderezó —Grace era un animal rápido y fuerte—. Alcanzó al hombre, que se alejó de ella. Su cabello era rubio y bastante largo, por lo que le ocultaba el rostro. Grace cayó en cuclillas en el barro. Ella le cogió por la muñeca, y él la agarró, a su vez.

—¡No sea tonto! —gritó.

A Grace le entraron ganas de golpearlo y, a la vez, de hundirse con él. Hacía los ruidos ahogados de un hombre al que le han enseñado a no llorar. Las grajillas los sobrevolaron. «¿Qué es todo esto? —decían—. ¿Qué está pasando, y por qué?». Lowlands House miraba desde el otro lado de las hayas cobrizas, tranquila e imperturbable.

—No puede quedarse aquí sin más —dijo Grace—. Si lo hace, me acostaré aquí también. ¿Por qué no me mira? —«Le vendría bien un corte de pelo», pensó.

Él giró un poco la cabeza. Llevaba gafas, a las que la lluvia se

adhería en forma de manchas brillantes que le cegaban. Se las quitó. Grace tuvo una sensación de división, como si su conciencia hubiera avanzado y hubiese llegado a un entendimiento, mientras su cuerpo se quedaba atrás, en el barro.

—¡Levántese de una puta vez! —exclamó.

«Le voy a pegar —pensó—; de verdad que lo haré».

Él dijo:

—No puedo. —Se incorporó sobre los codos—. Tú misma puedes ver que no soy capaz. —Cayó hacia atrás, y señaló su pierna izquierda—. Me cuesta caminar —dijo—, y tengo la espalda mal.

La miró. Comenzó a llover. El hombre continuó observando, sin pestañear ni impedir que el agua resbalara sobre su cara. Dejó escapar el aliento y se rindió al barro.

Grace examinó su rostro. Era delgado. Posiblemente fuera justo decir que estaba demacrado, que tenía las mejillas más hundidas de lo normal, que estaba demasiado pálido, y con una apariencia como de cera, sin poros. Aun así, ella lo encontró hermoso. Levantó las manos. Sus ojos eran muy azules y tenían pestañas más espesas que las suyas.

—No —dijo Grace.

—Traté de alejarme —respondió el—. Lo intenté.

—Nathan. —No era una pregunta—. Te he estado buscando —dijo —; te he estado buscando toda mi vida. —Quería tocarlo, pero no sabía cómo. Mantuvo las manos en su regazo, pese a que estas deseaban acercarse a él, algo a lo que finalmente se vieron abocadas, y le dieron dos palmadas en el hombro—. ¡Toda mi vida! —exclamó.

—Levántame —pidió él, parpadeando rápidamente. «Está enfadado conmigo», pensó ella con agradecimiento al ofrecérsele una especie de intimidad, que era todo lo que tenía por el momento—. Coge mi bastón —pidió. Grace buscó el feo tubo de metal sobre la hierba. Al estar mojado y resbaladizo, se le cayó, a lo que él respondió maldiciendo. Ella se lo dio, mientras le nacía de nuevo el deseo de pegarle—. Tendrás que ayudarme —dijo él—. Por el lado izquierdo.

A Grace se le ocurrió entonces que todo esto —la caída, la humillación, la necesidad— debía de ser normal para él. Hasta los labios se le pusieron pálidos. Nathan se sentó, apoyándose en su bastón; luego levantó el brazo izquierdo, y ella, metiéndose debajo de él, cargó con su peso. Con un grito fuerte y agudo, él se puso de pie.

Su mano temblaba sobre el bastón.

—Un minuto —pidió él.

Sesenta obedientes segundos se contaron en un silencio en el que ella se preguntó tontamente si tendría manchas de maquillaje en la cara, si llevaría el pelo húmedo y desarreglado, y si a él le gustaría su aspecto.

—Venga, vamos —dijo él.

Movió su cuerpo con la dificultad con la que habría conducido un vehículo en el que no confiaba y nunca le hubieran enseñado a conducir. La lluvia estaba amainando, pero no así las nubes. Ella le observaba, atenta a todos los detalles: desde los vaqueros empapados y el pie cojo a la camisa remetida en el pantalón sin cinturón, el olor a jabón y barro, o el hecho maravilloso e inverosímil de su peso.

—¡Toda mi vida! —exclamó ella.

—Sí —afirmó él—. Sí, lo sé.

—Nathan —dijo ella.

—Sí —repitió él—. Grace.

Habían llegado a la terraza. Las ventanas que una vez estuvieran cegadas por tablas miraban ahora plácidamente hacia el césped. Los niños, que habían terminado de jugar, permanecían vigilantes junto a la puerta.

—Pesas mucho —dijo Grace.

Llegaron a una mesa y Nathan se sentó en una silla. Le temblaban las manos sobre el bastón; soltó un grito y palideció. Pidió algo de beber y Grace fue a buscarlo. Tenía la vertiginosa sensación de ser una mujer en lo alto de un saliente. Todo resultaba increíble e inevitable. Llevó té y agua en una bandeja y encontró a Nathan

ocupado sacando pastillas de sus cajas; las tomó con la mirada de un hombre bajo el agua, ansioso por recuperar el aliento. Tenía los ojos cerrados. Ella examinó el rostro de Nathan para sus adentros, y reconoció al chico al que había amado.

Salió el sol, que chocó duramente contra el cristal. Nathan abrió los ojos y observó con atención el té en su taza. La palidez cérea estaba remitiendo.

—Qué coincidencia, la verdad.

—Aquí estoy —dijo ella—, dando una vuelta de nuevo a mi órbita. Te busqué por todas partes y nunca te encontré. ¿Dónde has estado, Nathan?, ¿adónde fuiste?

—A Kent —dijo con la sonrisa tranquila y serena que ella recordaba.

—Vaya, ¡qué lejos! Esos niños nos están mirando. Fíjate.

—A esa edad todo es interesante. —Su respiración rápida y superficial había desaparecido—. Mi hija —dijo, y se suavizó aún más — es igual.

Grace miró su té. Sobre él se había depositado polvo y el pelo de un desconocido. «Lo tuve para mí sola durante media hora —pensó —, solo media hora».

—Nathan —dijo—, cuéntame qué te pasó. —Y reconoció estar enamorada de la chaqueta que se secaba en el respaldo de su silla, de la caja de pastillas vacía sobre la mesa, del vello de su muñeca, y de las gafas que llevaba y que limpió con una servilleta.

—Cuando tenía veinticinco años —comenzó—, choqué con el coche. No fue tan horrible. No me rompí nada; me quedé simplemente con la eterna amenaza de una lesión, como si viviera con un perro que a veces muerde. Más tarde, hace dos años, me caí mientras caminaba y me rompí dos discos aquí, justo aquí. —Se dio unas palmaditas con tristeza y le dedicó a Grace una sonrisa—. Tenía treinta y seis años y ese fue el último día en que fui joven.

Grace, cuyo propio cuerpo le había evitado el sufrimiento, y a quien nunca le dolía la cabeza, estaba desconcertada.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿Te caíste?

—Eso es todo. Me tumbé en un colchón en el suelo y conté los minutos hasta que pudieran volver a drogarme. Me habría suicidado —dijo—, pero dejaron los medicamentos fuera de mi alcance. Luego me operaron y algo salió mal. Es algo bastante común y no tan grave, pero el nervio se dañó, y ahora el pie no me responde. No tienes por qué llorar.

—Necesito hacerlo. —De forma horrible, se le ocurrió que tal vez lloraba porque en realidad no quería a este Nathan real, con su cuerpo decadente. ¿Era esto lo que había esperado? ¿Había entregado su alma por un hombre demacrado con esposa e hija y un pie que iba a rastras?

—Hoy ha sido un mal día —explicó—; me has visto en mi peor momento. —Resultaba tan evidente que decía esto para tranquilizarla, y era tan parecido a su antigua y sencilla amabilidad, que sí: definitivamente, era todo lo que ella había esperado.

Hubo un momento en que él se fijó en ella. «Sus ojos están puestos en mí —pensó Grace—. Puedo sentirlos moverse por mis brazos y mi cuello, y me pregunto cómo lo habré decepcionado yo a él».

—Dime por qué estás aquí —preguntó ella—. ¿Por qué vienes de tan lejos, desde Kent?

—Por la muerte de un familiar —respondió él. No se cansaba de observarla, y su mirada era nueva, intensa, evaluadora, casi divertida—. Mi abuelo. Funerales, trámites y sucesiones.

—Lo siento. ¡Nunca deberíamos haber crecido!

—No estoy seguro de que lo hayamos hecho, ni tampoco de que podamos. —Entonces, preguntó—: ¿Y tú? ¿Todavía estás…? —Con un gesto se refirió a las biblias y el baptisterio, las oraciones antes de comer y los sombreros ladeados para ir a la iglesia.

Instintivamente, Grace miró a través del césped hacia los abedules plateados y a Bethesda, tras sus verjas de hierro abiertas.

—A veces me parece que sí, porque no puedo evitarlo. Pero ya no creo en lo que creía cuando era niña. —Conforme hablaba, sin embargo, dudaba de sus propias palabras.

—Y ¿en qué creías?

La autoridad con la que Nathan preguntó esto le resultó irresistible.

—Consideraba que era una elegida, que pertenecía a Dios. Que cualquier cosa que hiciera se me perdonaría.

—Y ¿qué crees ahora?

Ella rio, agradecida, al ver su mirada de reconocimiento.

—Pues que, si me despierto convencida de que Dios no existe —dijo—, pensaré lo contrario a la hora del almuerzo. Pero, si me voy a la cama y rezo por la salvación de mi alma, para cuando desayune sabré que no tengo ningún alma que salvar.

Los niños habían llegado del jardín y jugueteaban entre las mesas, mirando a Grace. Una mujer quejumbrosa golpeó el cristal. La ignoraron.

—Acudí, ¿lo sabes? —dijo Nathan, con repentino énfasis—. Fui a la iglesia. Estabas de pie, en la parte de delante, con extrañas ropas blancas; entonces pasó algo y caíste de rodillas.

—Lo sé.

—Thomas me vio y dijo que me fuera.

—Sí, sé que lo hizo.

—Y me alegré de que lo hiciera. Siempre tuve miedo de ti, de tu padre, de las cosas que decías y la manera en que lo hacías. No había nadie como tú entonces, ni ha vuelto a haber nada igual que tú después. No entendía lo que estabas haciendo. No sabía por qué querías hacerlo. Pensé que querías ser normal, que querías ser como yo.

A Grace se le ocurrió entonces que podría decir: «Hice un trato con Dios, le entregué mi alma y pensé que tú serías mi recompensa». Pero le dio vergüenza de su teología infantil y de haber perdido en su acuerdo; «y ¡qué denigrante! —pensó—, ¡qué absolutamente degradada me sentiría si este hombre, con toda una vida en otra parte, supiera que he puesto un precio tan alto a su amor!». Así que se quedó callada, con una apariencia algo hosca, y el silencio pareció desencadenar la retirada de él. Así, de repente, la intimidad de la atención de Nathan había desaparecido, como si esa intimidad

fuera un objeto que él hubiera quitado de la mesa y guardado en su bolsillo. Se puso las gafas y, con cortés interés, le preguntó a qué se dedicaba últimamente y qué había sido de su familia. Su tía había muerto, explicó ella, pero no su padre, y súbitamente Grace sintió una fuerte necesidad de contarle lo de la cama de hospital en el comedor y la fina manta azul en el suelo.

—Y ¿qué hay de tu amigo, Thomas?

—Ah, él —dijo Grace, con una elaborada vaguedad que dudó que Nathan creyera—. Creo que sigue por aquí. Pero ya no le veo. Era tan extraño y antinatural que quisiera pasar tiempo con unos niños, ¿no crees? —Por un momento se produjo esa aguda mirada evaluadora, como si él le preguntara: «¿Qué pasó, Grace Macaulay? ¿Qué hiciste?». Y Grace se sonrojó ante su calumnia.

Entonces, él volvió a refugiarse en una aparente jovialidad.

—¿Sabes? —dijo, y miró el telescopio de la vitrina y las mesas limpias sobre el suelo reluciente—, no había estado aquí desde el incendio. Veinte años… Pensé que sería difícil, pero la verdad es que casi no lo recuerdo o, si lo recuerdo, es como si todo fuera algo que alguien me contó sobre otro chico. Dime, ¿alguna vez supiste qué le pasó a esa mujer? Maria, así se llamaba… ¿Recuerdas cómo llegamos aquí antes del incendio, cuando las ventanas estaban tapiadas y no había luces? Encontrábamos insectos muertos por todas partes, y viejos trozos de papel que se caían de la mesa y se extraviaban. —Miró por la habitación limpia y luminosa como si esperara encontrar polvo depositándose en los muebles y una rata cruzando por el suelo.

—Qué extraño que preguntes…: ella regresa una y otra vez, como una especie de fantasma. A veces casi desearía que nos dejara en paz. Dicen que descubrió un cometa que, por lo que parece, volverá este invierno, ¿puedes creerlo? —Y aún hay más, quería decir: «Creo que tengo algo suyo en casa, y creo que mis manos huelen a su ropa». Pero tenía miedo de que él se cansara de ella.

—Sí —respondió él—, me lo creo. Podría creer cualquier cosa de ti. —Pero su sonrisa, que era encantadora, sencilla y espontánea, hacía

surgir de nuevo la sospecha de que le hablaba como habría hablado de su hija a sus amigos, con un cariño instintivo que no tenía nada de especial.

Aun así, por falta de alimento, se deleitaba con migajas.

—Ahora vivo encima del Jackdaw and Crow —explicó, y sonrió y se recogió el pelo desde el cuello—, y a veces hago turnos en el bar. ¡Así que me paso la vida en el foso de perversidad en el que mi padre nunca entraría!

Pero Nathan miraba ya el reloj.

—Lo siento mucho —dijo—, no puedo perder el tren, debo irme. ¿Me perdonas?

«No, no te perdonaré —pensó ella—, no lo haré». Su mal genio llegó, rápido e ingobernable: ¿Cómo se atrevía a despacharla?

—Nathan —dijo—, aquí no hay oficinas ni abogados; no hay ningún motivo en absoluto para que vengas a Lowlands. Así que ¿qué estabas haciendo aquí? ¿Estabas pasando el tiempo sin más?

Nathan se puso en pie sin dolor aparente.

—Cada vez que visito Aldleigh —dijo él—, vengo aquí y te busco. —Se abrochó el abrigo mientras se alejaba. El barro se había secado sobre sus ropas. Una absurda brecha entre lo que deberían haber sido y lo que eran pareció abrirse ante ellos. Nathan sostenía el bastón en la mano—. Iré andando hasta la estación —dijo—, pero despacio. ¿Tú vas en esa dirección?

¡Diez minutos de charla intrascendente! Preferiría no tener nada en absoluto.

—Yo me quedo —respondió Grace—; no me he terminado mi té.

Juntos miraron la taza y la pálida piel que se estaba formando en ella.

—Dame tu número —dijo él—, y yo te daré el mío.

Grace obedeció. La balanza de poder estaba a favor de Nathan.

—Nunca hubiéramos tenido ningún problema —dijo Grace, y sacó su teléfono—, si hubiéramos tenido uno de estos en nuestra época. —Hubo un cortés intercambio de risas. Nadie que hubiera estado mirando, pensó Grace, tendría idea de dónde había estado su boca.

—Bueno —dijo él. Dejó el bastón y levantó los brazos.

—Bueno —repitió ella.

Él la abrazó con un gesto que resultó maleducado y descortés. «Dios mío —pensó Grace—, me va a romper una costilla». Volvió a sentarse.

—Vete —dijo—, vete a casa.

Su té se había quedado espeso y frío; se lo bebió. Él permaneció de pie sin un propósito aparente, mirando el telescopio ciego como si este pudiera ofrecerle una visión de la sabiduría. Entonces, con lo que pareció un encogimiento de hombros resignado y desmañado, se fue.

Más tarde, esa misma noche, medio ebria en el sofá, con los pies descalzos sobre el baúl, Grace se ocupaba de una galaxia que se estaba descosiendo en el vestido de seda negro, y descubrió que sus dedos temblaban y no estaban a la altura de la tarea. «Esto es como el miedo —pensó—. Es como si temiera por mi vida»; y, en efecto, ella sentía miedo por su vida, que había creado con cualesquiera restos que conservara a mano, y que en ocasiones amaba. Era una vida pequeña, extraña, limitada y pobre, pero se renovaba cada día con la belleza que detectaba en mantelerías rotas, en los tallos moribundos de los claveles del patio, en las cintas de seda que se vendían a una libra en cestas de tiendas benéficas. Al fin y al cabo, ella era libre de pensar y decir lo que quisiera, y de hacer lo que se le antojara. En ocasiones, en el día del Señor, asistía al servicio matutino de Bethesda y lloraba con el último verso del último himno, y sentía brevemente la presencia del Hijo de Dios, para servir por la noche generosas copas en el Jackdaw and Crow, donde nadie le imploraba que considerara la condición de su alma. El hecho de que Nathan hubiera estado sentado con ella durante apenas una hora la hacía sentirse irremediablemente insatisfecha con su vida, al tiempo que intentaba construir celosamente la de él con los restos que tenía a su alcance: ¿Quién le abría la puerta cuando regresaba a casa? ¿Quién le cogería su abrigo y le preguntaría por su espalda? ¿Qué rostro veía en la cara de su hija? Imaginó con amargura a una mujer

feliz, inteligente, competente y amable, y, de resultas, se pinchó el dedo con una cierta complacencia.

Thomas lo entendería, pensó con horrible lealtad; Thomas sería capaz de entenderlo; y se terminó su copa de vino malo. Por un momento se le ocurrió que podía llamarlo, pues, de haber alguna vez un hombre que no hubiese cambiado su número en años, sin duda, ese sería Thomas Hart.

Perforó un cometa con su aguja y durante un tiempo revisó su teléfono sin rumbo fijo. Llegó a tiempo al *Essex Chronicle*: un accidente mortal en la A-12, una mujer asesinada a tiros en Billericay, nunca buenas noticias. Y Thomas Hart, sin duda, habría escrito algo recientemente (sus pequeños sermones, pensó, sus parábolas paganas); vio el título «Tiempo desordenado» y puso los ojos en blanco. ¡Qué propio de él pensar que era el poseedor de la autoridad! «Me pregunto si alguna vez han tenido la sensación que tengo yo —leyó— de que las cosas no suceden una tras otra, sino todas a la vez». «Sí, Thomas —pensó—, la he tenido; así es». Así que siguió leyendo y experimentó un instintivo ablandamiento frente a la determinación de su animosidad. Fue como si la voz de Thomas estuviera en la habitación, su voz neutra, precisa y amable. «Ya ven —decía, explicándose—, he aprendido que es posible despreciar y querer a un amigo por igual, en el mismo lugar y al mismo tiempo».

Grace soltó el teléfono y dejó el vestido. Sentía un dolor extraordinario detrás del pecho izquierdo y le temblaban las manos como si padeciera un trastorno nervioso. Se dobló y se abrazó a sí misma, porque no había nadie más para hacerlo.

—Es una pena —empezó a decir de forma infantil una y otra vez—. Qué pena tan terrible.

El cometa 1889 III Du Lac, cuyo nombre no es fiel a la verdad, está a cinco meses del perihelio, y cruza la órbita de Júpiter. Obediente a las severas y perfectas leyes de Kepler, el semieje mayor de su órbita barre áreas iguales en tiempos iguales, es decir, tiende a la

aceleración. Parece disparado. Su duro y frío caparazón se estremece ya ante el Sol y se sublima hasta convertirse en gas; ha adquirido un poco de atmósfera, y del débil campo gravitatorio del cometa se desprenden partículas de polvo. Es visible en el hemisferio sur para ciertos observadores diligentes cuyos telescopios de doce pulgadas detectan algo borroso en la constelación del Lobo, pero ningún ojo humano tiene esperanza alguna hasta que la Tierra haya descendido un poco más en su órbita.

Mientras tanto, en Aldleigh, el verano contiene ya el otoño, que a su vez anuncia el invierno. Amarillean ya las hayas de London Road, y los márgenes de la A-12 están más ennegrecidos que nunca. Ronald Macaulay retrocede a través de los años y aún no ha llegado a la infancia, pero a menudo confunde a su hija con su esposa, aunque en realidad Grace no se parezca a Rachel más de lo que se parecería un niño cambiado por otro.

El gato seguía perdido en Lower Bridge Road. Thomas recorre las calles de un lado a otro por la noche, a la búsqueda de un retazo blanco y veloz que salga de debajo de un coche. Mientras camina, compone frases para su libro sobre el movimiento de los cuerpos en órbita, las memoriza y se dirige a casa para escribirlas a máquina. Al mismo tiempo, piensa que todo lo que alguna vez sucederá ya ha sucedido y está sucediendo. Aun así, no puede llevar el libro a término: hay muchas preguntas y ninguna respuesta. ¿Qué puede decirles a sus lectores, sino que sigue cuestionándoselo todo?

Grace Macaulay llega tarde a sus turnos en el Jackdaw and Crow y es grosera con la casera, quien a su vez lo es con ella. No puede concentrarse. Se pincha y sangra sobre el dobladillo de la falda de Foulis Street. En ocasiones come muy poco, y en otras, demasiado. Siente que está en lo alto de una cornisa, de donde nadie puede bajarla. «Dame tu número —había dicho él—, y yo te daré el mío». Tras la atormentadora decencia de dos días de silencio, él había iluminado al fin el teléfono sobre su almohada: «¿Cómo estás?». Ahora se comunican la mayoría de los días, pero no mencionan nunca la posibilidad de verse. Su teléfono se queda sin batería a

mediodía. Ella mira la pantalla en busca de una señal. Se ilumina: ¡que sea él, que sea él! A menudo lo es (pero ella escribe más). «¿Cómo van las cosas?». «¿Llueve donde estás?». «He visto esto y me he acordado de ti», [esta hoja marchita, o aquella gaviota rozada por el sol cuando no había nada más iluminado, o unos trozos de cristal roto, o esa canción, esta y esta otra]. «¿Has leído este artículo?». «¿Sabías que el diario de Maria Văduva se publicó en forma de libro?». En los mensajes, él no es cortés ni amable, pero tiene la misma forma de hablar tranquila y alegre de siempre. Es dadivoso con los besos impresos. Rara vez menciona su hogar. Ella lo imagina solitario, mudo, sentado en una silla de respaldo duro en una habitación vacía, a la espera de que ella entre brillando por la ventana. En un momento dado, sí que menciona su casa —alude a su hija, da a entender que hay una esposa, pero nunca nombra a ninguna de las dos—, y esto le produce a Grace una dolorosa sensación de división: hay toda una vida allí que ella no puede ver y que nunca ocupará, junto con una serie de afectos y lenguajes por completo incomprensibles para ella, que es absolutamente periférica y está al otro lado de una puerta atrancada cuyos tornillos se están aflojando.

Cuando está en los pasillos de la tienda de todo a una libra, de repente Grace se echa a llorar: si él muriera, nadie se lo diría —¿por qué deberían hacerlo?—, y ella no se enteraría hasta pasados unos días. Y ¿por qué nunca nombra a la madre de su hija, quien presumiblemente lo cuidó cuando las cosas iban mal, sacó las pastillas de las cajas cuando más las necesitaba, lavó y sostuvo su cuerpo dócil por el sueño, y vio los puntos disolverse en su columna? A veces, a medianoche, cuando su clavícula está pegajosa por el sudor, envía un mensaje cualquiera y espera una respuesta, y mientras tanto se acaricia y piensa: «¿Me tocaría él así? ¿Lo hará alguna vez?». El tiempo (dijo Thomas Hart) no es lo que creemos que es, y todo lo que alguna vez sucederá ha sucedido y está sucediendo. «Toda mi vida», piensa ella. Y aquí estamos. Thomas se hace más grande en su conciencia, al tiempo que ella se dice: «Él

sintió lo que yo siento, y sabe lo que yo sé». De vez en cuando se le ocurre que ahora el perdón podría ser posible. Después de todo (su teléfono se ilumina de nuevo con el nombre de Nathan), puede que su vida no fuera destruida en el baptisterio, sino tan solo alterada…

El segundo atardecer de agosto, Thomas abandonó su manuscrito con un grito de hastío (hacia su imaginación, su vocabulario, su sabiduría, sus frases, su capacidad de caracterización y, de hecho, hacia toda la absurda empresa de la literatura) y se dirigió a la cocina. Había malas noticias en la radio y nada que mereciera su atención en el frigorífico ni en los armarios; no podía leer ni escribir, y la lente de su telescopio había adquirido una película de polvo. Empezó a dolerle la cadera con el insistente despecho que esta solía reservar para el invierno, algo que no era sino efecto del aburrimiento —no había nada más en que ocupar su mente—. Así que fue un alivio oír que alguien llamaba a la puerta, con el tono descortés y exigente de un hombre en apuros, o de alguien que los genera. «Algo relacionado con el gato perdido —pensó, mientras recorría rápidamente el pasillo—, o Nick Carleton, que me necesita para alguna cosa». Abrió la puerta y el aire húmedo de la tarde entró en la casa como un soplo.

—No —dijo Thomas al diligente gorrión que estaba en el muro del jardín—, no, esto no puede estar bien.

Tuvo la sensación de que el tiempo se había paralizado, de que había como una especie de eco. Esa no podía ser Grace Macaulay, de pie, en el sendero del jardín. La imagen, sin embargo, no se disipó en la memoria como debería haberlo hecho, sino que insistía simplemente en su presencia. Grace, cambiada y a la vez idéntica, vestida con holgadas ropas blancas que dejaban sus brazos desnudos, cargaba con una mujer vestida de negro. Esta otra mujer era tan delgada y frágil que su cuerpo se había desintegrado más o menos dentro de las mangas y el corpiño, y hubo un desagradable momento en el que su brazo derecho se desarticuló y quedó colgando del hombro en un ángulo imposible.

—Hola —saludó Grace.

Esto produjo un brusco cambio de perspectiva. Thomas vio con alivio que el vestido negro estaba vacío.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió él, mientras la sorpresa y la inquietud agudizaban sus palabras hasta llegar a puntos innecesarios.

Qué difícil era no decir: «Parece que eso pesa, niña desdichada. Entra y siéntate». Pero luego recordó la visión de los duros ojos de Grace esquivando los suyos y su mano cariñosa en la muñeca de Lorna.

—No necesito entrar. Solo quería enseñarte una cosa. Tienes que verlo. Mira. —Extendió la falda—. Fíjate en esto. ¿Qué ves? —Algo se desprendió del dobladillo y cayó ruidosamente sobre el camino.

Thomas, encogiéndose de hombros, dijo que no veía nada más que un vestido viejo que necesitaba algunos arreglos; pero esto no era cierto, y, detrás de él, en el vestíbulo, se oyó un movimiento y una voz que protestaba: *Mira de nuevo, Thomas Hart*.

—Mira de nuevo —dijo Grace, con una severa autoridad adquirida en sus años de distanciamiento. Él miró. La vuelta de la falda se resolvía en una órbita por la que se movía una brillante serie de cometas, y lo hacía con tanta insistencia y con tal brillo que cayó la noche, y Thomas vio los cometas Halley, Hale-Bopp, Hyakutake y McNaught en desfile celestial. Fue imposible reprimir un grito de sorpresa y placer, o ignorar el rápido destello de reacción en los ojos de su visitante—. Ya está —dijo ella—. Está claro que lo has visto.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Qué has estado haciendo?

—Eso no importa —dijo con lo que era una deliberada actitud de rechazo—, pero lo tengo. No, es mejor que no la toques (la seda es muy antigua), pero quería que vieras esto. —Con cautela, como si se acercara a un perro viejo y de poco fiar, se adelantó y le entregó un trozo cuadrado de papel rugoso y doblado—. Ese es el resguardo de la planchadora. Ábrelo.

Thomas obedeció.

—«C. S. —leyó—. Foulis Street / para recoger».

—No es Foolish Street —dijo Grace, con deliberada paciencia, como si viera ante sí a un anciano al que le costara comprender aquello—. Eso era solo una broma entre ellas. Era Foulis Street, que es una calle de Kensington, y esta era su amiga C., a quien supongo que Maria le regaló este vestido. —Dobló la falda y, con ella, los cometas —. Esto era todo lo que vine a decirte. Quédate con el resguardo.

Dicho esto, se marchó, con su habitual paso apresurado y con su cabello, que le nacía negro y brillante, atado con una cinta deshilachada; también se irían, pensó él, su mal humor, su rapacería y su alegría ingobernable.

«Deja que se vaya, Thomas —se dijo, y se inclinó para recoger aljófares del camino—. ¿Es que no has aprendido nada en todos estos años? Deja que estas fuerzas la muevan como deben y la traigan de regreso en buen estado».

Mi querido James (eso es lo que eres ahora, no menos de lo que alguna vez fuiste, querido y mío):

Han pasado nueve años desde la última vez que te vi y diez desde la última vez que te escribí. Y han pasado tres años, dos meses y quince días desde que te encontraron (según me dicen) en el suelo del dormitorio, sin que yo lo supiera. No vi ninguna sombra desconocida sobre la luna, no sentí rompimiento alguno en el aire; solo hice lo que cualquier otro día, mientras el corazón que no tenía lugar para mí entregaba su último aliento. Pero esta noche creo que no estás más lejos de mí en la muerte de lo que estuviste en vida; estás más cerca, incluso, ya que ahora no hay nadie que pueda decir: «Él no es tuyo. Él no es ningún ser querido tuyo».

James, ¿echas de menos Aldleigh? Ya estamos en otoño. La niebla sube por las orillas del Alder y llega casi a la calle principal. Ahora no hay vencejos. Las moras de los márgenes de los caminos sueltan azúcar sobre los huesos de los ciervos. Orión ha regresado, como siempre, y los niños han vuelto a las escuelas. Hubo tormentas solares que se extinguieron por sí solas. Ahora, cuando me duele la cadera mala, percibo un eco del dolor en la cadera buena y en las articulaciones de las rodillas; en ocasiones siento que el corazón me falla, y cada mes tengo menos pelo. No necesito dormir mucho estos días. A veces, salgo y creo escuchar el crujir del mundo entero.

James, ¿puedes ayudarme? No estoy bien. Ahora entiendo lo que quieren decir con eso del bloqueo del escritor. Tengo en mis manos el libro que creo será el último, pero cuando lo leo me tiemblan las manos y descubro que todo el lenguaje, el coraje, la belleza y la verdad me han abandonado. Este libro es demasiado para mí, exige demasiado de mí. Ni siquiera puedo escribir mis columnas. No tengo nada que decir. Y no es solo un bloqueo al escribir, sino también para vivir. Siento que una especie de falta de vida se apodera de mi cuerpo, como si tuviera una enfermedad nerviosa. No me gusta cocinar, y cuando lo hago no me apetece comer. Los libros me aburren o me confunden, y ni siquiera puedo ver las ciudades en la luna. Cuento pérdida tras pérdida y lloro lo que todavía tengo, porque lo perderé pronto. Incluso Maria Văduva

escapa de mí: se desvanece, no me habla; veo un brillo junto a la ventana o una sombra en el recibidor, pero nunca sucede nada. Me hiciste sufrir mucho, pero eso jamás me detuvo, sino que me empujaba a escribir. Esto es una especie de nada. Lo único que he hecho últimamente que valga la pena ha sido encontrar una gata en Lower Bridge Road y llevársela a su dueño, pero se volvió a perder a la semana siguiente, así que de poco sirvió lo que hice.

Y cuánto extraño a mi vieja amiga, mi niña desdichada. Pensé que estaba muy bien avenido sin esa responsabilidad que nunca pedí, pero ella se plantó en mi puerta el otro día, y el tiempo se plegó y me derribó como una ola —allí estaba ella, con Maria Văduva en sus brazos—, y el amor desplazó mi cuerpo tres pasos por el camino. ¿Es que nunca me voy a librar de esas mujeres problemáticas? ¿Jamás voy a deshacerme de mi esperanza de libertad? ¿Crees que debería perdonar y pedir perdón?

Ahora tengo conmigo un resguardo de papel. Lo he doblado y desdoblado demasiadas veces, y está agrietado por los bordes como un plato. Pero aun así las palabras son tan claras que creo que, si escucho lo suficientemente bien, oiría a quien lo escribió dejar el lápiz: «C. S. / Foulis Street / para recoger». Ojalá estuvieras conmigo ahora, ojalá pudiera explicártelo y ver tu rostro iluminarse de placer y que fuese la cara del muchacho que nunca conocí y que sin duda habría amado si lo hubiera hecho…

¿Qué debo hacer ahora, James? He visto Foulis Street en el plano de Londres y conozco el aspecto de las casas. Podría ir allí ahora y mirar cada buzón para ver si de ahí sale la luz de un cometa. Pero, después de todo este tiempo, no tengo ni nombre, ni número de casa, y ¿qué sería yo sino un viejo tonto que regresa cojeando a Liverpool Street, solo y con las manos vacías, por las calles pavimentadas con todos los hombres y niños que una vez fui, y con todos aquellos a los que amé?

Es absurda esta persecución mía (siempre lo ha sido). Faltan tres meses para el perihelio y el cometa Du Lac se dirige hacia el Sol. Quizá sea mejor deponer las armas y abandonar el campo de batalla donde solo perdí; tal vez sea mejor vivir con esperanza que con desilusión, y saludar al cometa mientras pienso con melancolía en lo que pudo haber sido, para así no tener que soportar el dolor de la derrota.

Así que aquí estoy sentado, sin poder hacer otra cosa, yo, Thomas Hart, hombre ocioso a quien la vida ya no le reserva más sorpresas.

Thomas Hart, que se disponía a firmar con su nombre, se sintió perturbado por un movimiento en su codo, por el olor a perfume y a piel en un vestido de seda negro demasiado pesado para ser usado con comodidad, y el repiqueteo de perlas al caer. *Pero, Thomas*, dijo Maria Văduva, convocada por la falta de ánimo de su amigo, enfadada y etérea a su lado, *mira bien: ¡olvidas los principios del movimiento propio! ¿No entiendes que no puedes evitar moverte? Además*, recuperado de entre los pliegues de su falda, saca un volumen de Tennyson, con el lomo agrietado y las páginas vergonzosamente dobladas, *¡aquello que somos no se puede cambiar! Dado que estás debilitado por el tiempo y el destino, lo dejaré pasar. ¿No te duele la cadera? ¿No te despiertas al alba y duermes hasta entrada la mañana? Solo es un martes de septiembre, y apenas son las diez y media de la mañana. ¿No somos fuertes en nuestra voluntad, Thomas Hart? ¿No se abren y cierran las válvulas de nuestro corazón correctamente? ¿No mantenemos las lentes de nuestros telescopios preservadas en todo momento de las huellas dactilares y del polvo? Vamos, Thomas. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino esforzarnos, seguir buscando, encontrar y no rendirnos?*

SOBRE EL MOVIMIENTO PROPIO DE LAS ESTRELLAS

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,
13 de septiembre de 2017

Quiero que imaginen que están junto al río Alder, mirando un roble que hay en la otra orilla. Detrás de este roble hay otros árboles: tres sauces a su izquierda y tres sauces a su derecha. Imaginen ahora que caminan un rato por la orilla del río y vuelven a mirar el roble. Se ha movido, o parece haberlo hecho; ahora solo hay dos sauces a la izquierda, pero cuatro sauces a la derecha. A este efecto lo llaman paralaje, y mejores astrónomos de lo que yo seré nunca utilizan este principio para juzgar el movimiento propio de las estrellas.

El movimiento propio no se parece en nada al movimiento que creemos ver cuando las estrellas giran hacia el oeste sobre Essex. Esto es solo la ilusión de la perspectiva, mientras la Tierra gira dentro de la esfera celeste. Nos gusta pensar que, aunque las estrellas parezcan moverse, están fijas en su lugar, para tener algo a lo que agarrarnos. Pero me temo que no es así en absoluto. Nada en todo el universo está fijo; todo es cambiante: las estrellas tienen su propio movimiento particular, e incluso la Estrella Polar va a la deriva.

En general, las estrellas están tan distantes que su viaje a través del espacio nos parece angustiosamente lento, detectado solo en el transcurso de decenas de miles de años. Pero algunas estrellas están bastante cerca y podemos vivir el tiempo necesario como para verlas moverse un poco. Así, la estrella de Barnard, por ejemplo, se ha desplazado cierta distancia en los setenta años de mi vida.

Ahora vuelvan conmigo al Alder. Es una noche fría y clara, y estamos juntos en la orilla. Sobre nuestras cabezas está toda la cúpula negra del cielo, y todas las estrellas brillan. Imaginemos también que el tiempo pasa corriendo, que para nosotros cada hora son diez mil años. Entonces, mientras nos quedamos allí observando, los robles y los sauces se vuelven inmensos rápidamente, mueren, se vuelven a sembrar y crecen de nuevo, y en lo alto, las estrellas bailan en su movimiento propio: Orión arroja su lanza, y Delphinus emerge saltando de

un mar infinito.

El movimiento propio de las estrellas me aporta cierto consuelo. Me recuerda que todos estamos en movimiento y nunca permanecemos inalterados. A menudo parece que nos quedamos quietos y solos, absolutamente aislados en el mundo que gira. Pero no; así y todo, nos movemos.

Grace Macaulay
Vagón D
6.30 de Liverpool Street
27 de septiembre de 2017

Thomas, no creas que te perdono. No es cierto, no puedo y nunca lo haré. Te escribo por carta porque, si te llamo o te envío un correo electrónico, responderás, y así no tendré que soportar que me preguntes cómo estoy o que me digas cómo ser buena. Pero tengo algo que contarte y de esta manera no tendremos que volver a hablar nunca más. Eso será todo.

Vuelvo a casa desde Londres, donde he devuelto la ropa que me dieron para remendar. No quería devolver el vestido cometa, así que robé perlas del dobladillo y las usaré hasta que se caigan (como ves, soy una pecadora). Pero Maria me siguió. ¿La viste alguna vez salir de casa? Llevaba el vestido y escuché las perlas rodar bajo los vagones del metro por donde corrían los ratones. Y por eso pensé en Foolish Street, en el resguardo del vestido, en C. y en el cometa, y pensé en ti. Estoy enfadada contigo, pero nunca lo estuve con Maria, y creí sentir su mano en la mía. Así que fuimos a Foulis Street.

Es una calle ancha donde hay treinta y dos casas detrás de barandas de hierro con laureles en las puertas. Anduve arriba y abajo, y Maria caminaba conmigo, pero no me decía nada. Las casas son grandes y blancas como tartas de boda, y, dado que nadie puede ser tan rico sin ser malvado, supe que no serían amables con una desconocida que vestía ropa que se había confeccionado ella misma. Todo fue una pérdida de tiempo, me dolían los pies y quería irme a casa, pero Maria no me lo permitió. Me recordó a un hombre que conocí una vez, que me dijo que todos los censos que se habían hecho se guardaban en los archivos de Kew, y que, si C. hubiera vivido en Foulis Street, encontraría su nombre en los registros. Esa debe de haber sido Maria, ¿no? Sabes que nunca he sido lo bastante inteligente como para pensar en algo así. Así que Maria me arrastró hasta el metro, y de repente me vi en el Archivo Nacional, pensando en lo mucho que se parece a una prisión, como si tuvieran miedo de que todos los nombres de los muertos estallaran y tomaran Londres.

En fin, esto es lo que descubrí. El 5 de abril de 1891 se hizo un censo, y un hombre anotó los nombres de todas las personas que vivían en Foulis Street aquel día. Me dejaron ver las copias y me las llevé a una mesa junto a la ventana para leerlas con atención porque la letra era peor que la mía (peor incluso que la de Maria). Y, a pesar de que estoy enfadada contigo y no quiero hablarte, fue como si tú también estuvieras allí. Era como tener a Maria leyendo por encima de mi hombro izquierdo, y a ti, por encima del derecho, y conservo las frases memorizadas, como solía hacer con las Escrituras. Mira, puedo escribírtelas ahora: «Las casas mencionadas a continuación están situadas dentro de los límites…».

Tres mujeres cuyos nombres podrían ser C. S. vivieron en Foulis Street en 1891. Por supuesto, esto es dos años después de que desapareciese Maria, y puede que no signifique nada en absoluto. Pero lo escribí todo y voy a dejar esto en tu puerta cuando me baje del tren. Puedes hacer lo que quieras con ello. No es mi cometa; no es mi misterio. Nunca lo fue.

GRACE

Al firmar su nombre con un bolígrafo de plástico que soltaba gotas de tinta, Grace visualizó a Thomas en la casa que tanto había amado ella. Esta imagen le resultó tan vívida que recubrió las afueras de Londres mientras pasaban velozmente: pudo ver la alfombra persa y la preciosa cristalería de Moser; olió las lilas apretujadas en jarrones translúcidos, y aquellos curiosos pastelillos rumanos generosamente espolvoreados con azúcar. Aun así, nada de ello disminuyó su enfado, sino que solo lo amplificó. «Él también me quitó esto —pensó, y regresó así agradecida a la venganza—. Me quitó mi otra casa».

El tren no iba del todo lleno. Llegó a Shenfield y lo dejó atrás mientras el sol se ponía sobre Essex. Grace dobló la carta y las copias del censo. «Sí —pensó—, no permitiré que Thomas me diga que sea buena. Además, ¿cómo puedo serlo en lo que respecta a Nathan?». Evocó al hombre al que amaba, componiéndolo del chico apasionado bajo los robles de Lowlands, del hombre en el barro, del

educado desconocido que bebía té; él siempre los había contenido a todos, pensó; todos habían estado en la mano que rompiera la ventana de Bethesda. Al llegar a Chelmsford releyó una y otra vez los mensajes que se había escrito con él, mensajes que no tenían ni el cariño fácil de la infancia ni la reserva acumulada de la última vez que se vieron, sino una nueva forma de hablar que se hizo posible gracias a que era incorpórea. «Creo que te necesito para seguir vivo», le había dicho él un martes por la tarde mientras ella planchaba los puños del camisón de una mujer muerta. Otras veces ella decía «sinceramente tuya», y «sí», respondería él, «tuyo».

El tren avanzaba hacia la noche. Al tiempo que la luna menguante ascendía, precedida de impetuosas estrellas, Grace escribió con rapidez: «¿Noche clara allí? Busca la Osa Mayor más tarde. Estrella binaria en su cola. Dos estrellas que se unen porque no pueden evitarlo».

No le llegó nada de vuelta. Ninguna luz, ninguna evidencia del filamento que unía el duro asiento de aquel traqueteante vagón con dondequiera que Nathan estuviera sentado junto a su buena y amable mujer que preparaba la cena cerca, mientras su hija se inclinaba sobre sus deberes. Todo era tan frágil que parecía casi inexistente. Lo que quiera que hubiera entre ellos no formaba parte de la vida, y era tan vacuo como un pensamiento aburrido. De repente se cansó del tren, de Nathan y de sí misma. Se apoyó en la ventana y se quedó dormida.

La despertó un cambio de aire. Llegó como la primavera. No podía explicarlo. Solo descubrió que estaba erguida en su asiento, descansada y con el ceño fruncido, intentando encontrar la causa. Frente a ella, una chica escurrida y apagada, vestida de gris, ocupada con un libro breve y aburrido, levantó la vista de las páginas con la muda vigilancia de un conejo. El tren arrancaba tras abandonar una estación. Los fluorescentes del techo se reflejaban en las ventanas y arrojaban una desagradable luz sobre las caras descubiertas de los pasajeros. La chica delgada dejó su libro. La puerta de un compartimento se abrió y se cerró de golpe. Un

hombre se aproximó por el pasillo. Los que estaban frente a él levantaron la vista y la mantuvieron. Grace se volvió, lo observó y estuvo a punto de reírse: aquel hombre era joven e inmenso. El espeso cabello rojizo que le cubría la coronilla rozaba casi los fluorescentes; sus hombros habrían ensombrecido a dos hombres. Llevaba una camisa blanca incapaz de contener la extensión de su pecho y la mayor parte de sus brazos, y las mangas enrolladas hasta el codo dejaban ver una piel tostada. Era como si el mundo se inclinase para dar cabida a sus ansias de ser admirado. Su rostro, impasible, era el de un dios menor. La chica delgada se sonrojó y volvió a su libro. Para Grace fue una delicia sentir la reacción de su cuerpo; después de todo, ella era tan solo un animal, y difícilmente se la podía culpar por ello.

El joven se sentó al lado de la chica ruborizada y enfrente de Grace. Sus muslos curvos se derramaron sobre el asiento. El cabello le brillaba tanto que parecía echar fuego. La chica se desplazó para apartarse de él con nerviosa cautela. Grace se rio y trató de disimularlo. El joven, observando el vagón, la atrapó en su campo de visión y deslizó una oscura y brillante mirada sobre su cuerpo. A ella no le importó que lo hiciera; era un placer ver y ser vista. Inquieta, Grace miró su teléfono, en el que no aparecía luz ni señal alguna. Su humor, que ahora dependía de los caprichos del afecto de Nathan, empezó a agriarse.

—Billetes, por favor. —El inspector avanzaba por el pasillo, conduciendo con destreza el carrito y mirando a un lado y a otro—. Pasajeros subidos en Ingatestone, por favor.

Los pasajeros buscaron los billetes y los enseñaron. El revisor —cuya barriga tensaba el cinturón, y que llevaba un recortado bigote gris— llegó al asiento del joven y se quedó de pie detrás de él.

—El billete, por favor —pidió. Examinó la espalda del joven, y el muslo curvo y duro extendido a lo largo del pasillo—. ¿Algún nuevo pasajero? —preguntó, limpiándose el bigote. La espalda indiferente permaneció inmóvil; el joven sostenía la mirada fija en su teléfono. Ahora la atmósfera estaba cargada, como cuando está a punto de

caer un rayo. Una mujer con un abrigo morado se inclinó hacia delante en su asiento, ávida de encontrar otra mirada.

—Señor —dijo el inspector, agudizando la voz y enganchándose los pulgares en el cinturón—. Su billete.

Pero, aun así, nada. El hermoso pasajero se examinó las uñas. La muchacha delgada, asombrada por tan maravillosa desobediencia, dejó su libro. El inspector, que parecía haber disminuido de tamaño, miró su reloj como si el mecanismo del tiempo pudiera apiadarse de él y hacer que el tiempo corriera más deprisa. Avanzó un poco más por el pasillo, se volvió hacia el pasajero y parpadeó rápidamente, como habría hecho ante el haz de una linterna.

—No me ignore, joven —dijo, con el tono de un profesor exasperado cuyo cariño por sus alumnos ha sido puesto a prueba y no consigue su objetivo—. Se le pondrá una multa.

Colocó su mano sobre el hombro del infractor, quien miró hacia arriba y, con un gesto sonriente y encogiéndose de hombros, se apartó un mechón de cabello y dejó al descubierto un audífono. En ese cuerpo soberbio, la función de aquel aparato no parecía la de corregir, sino la de aumentar; a pesar de ello, el inspector se sonrojó y, ablandado, trató de excusarse desesperadamente.

—Lo siento, señor —dijo—, no me había dado cuenta. —Repitió, con una dicción demasiado alta y precavida—: Lo siento.

—No pasa nada —respondió el dios menor—, no tiene importancia. —Se mostraba despreocupado y realizaba gestos mientras hablaba. Metió la mano en el bolsillo y la sacó vacía. Luego, puso los ojos en blanco ante el inspector, que había adoptado una mirada paternal y vigilante como si dijera: «Está bien, hijo, tienes todo el tiempo del mundo». El joven sacó su cartera y metió un dedo en cada compartimento. Nada. Los pasajeros continuaban mirando con una simpatía que había amplificado y suavizado su adoración inicial; nadie le deseaba mal. Entonces, el joven buscó debajo de su asiento, obligando a los pasajeros a observar la articulación de los músculos que su camisa no podía ocultar. Con un movimiento furioso se levantó y extendió las manos en un gesto de desesperada

disculpa.

—¡Lo siento! —dijo—. No sé qué es lo que ha podido pasar.

Todos los ojos estaban puestos en el inspector, todos los cuerpos se encontraban a la espera de la chispa, como si dijeran: «¡Déjale en paz, déjale volver a casa, dale lo que quiera!». El inspector se mostró jovial. Juntó las manos. ¿Dónde era donde se bajaba el señor? En Colchester. Ah, pero si no pasaba nada. Las barreras estarían levantadas a esta hora del día debido a la gran cantidad de pasajeros. Así se agilizan las cosas, ¿sabe? El dios menor asintió desde su gran altura. Lo sabía, por supuesto que sí.

—Continúe y ya está. —Con vacilante reverencia, el revisor puso su mano en el hombro inclinado y la dejó allí un momento—. No sucederá nada.

—Bien, de acuerdo. Gracias. —Con tímida majestad, realizó el gesto del pulgar hacia arriba.

Todo estaba bien: se había hecho justicia en el vagón B, y se había derramado piedad sobre las vías. El inspector, sintiendo la aprobación de sus pasajeros, se alejó contento hasta el vagón restaurante. La mujer del abrigo morado se lamía los labios; la chica gris sonrió ante su aburrido libro. El joven pareció menguar extrañamente, como si liberara a los demás pasajeros de su servidumbre. El interés en él desapareció. Grace miró su teléfono. No había ni rastro de Nathan todavía; aún no había luz. Entonces vio al joven inclinarse hacia la chica que estaba a su lado. Esta se sonrojó y levantó su libro a modo de barrera. Pero él tenía ganas de hablar y colocó el dedo en el lomo del libro para hacerlo descender. La chica se quedó sin aliento ante la enormidad de esta transgresión y de aquel rostro radiante. El joven susurró:

—Lo mejor de todo es que nunca he llegado a tener un billete, ¿sabes? —Sonreía abiertamente; sus dientes eran blancos y pequeños—. ¡Nunca he llevado un billete!

Entonces, tras entregarle el peso de su culpa, el joven echó los hombros hacia atrás y miró la pequeña ciudad que se acercaba por la vía: el parque, el lago, el campo de críquet iluminado con focos, la

estación de autobuses, las zapaterías. Essex bajaba las persianas para pasar la noche. El tren redujo la velocidad y se detuvo. El joven se puso de pie. Ahora ya no resultaba tan inmenso ni tan hermoso; posiblemente había sido todo un truco de la luz. Miró a la chica con expresión de regocijo. Sonrió a Grace, quien le devolvió la sonrisa con complicidad. Aunque su deseo estuviera ocupado en otra parte, estaba dispuesta a admitir que su cuerpo había deseado el del chico. Lo observó salir del tren y cruzar rápidamente el andén mientras los mortales pasajeros se separaban ante su velocidad y poderío; lo vio chocar con las barreras de entrada, que resultaron no estar abiertas. Se detuvo. El tren avanzó sobre las vías. Las luces de la estación iluminaron con intensidad sus hombros y la coronilla de su cabeza. Sin esfuerzo aparente y sin mirar atrás, saltó la barrera y bajó las estrechas escaleras.

Grace Macaulay, que durante toda su vida había intentado ser buena (que lo procuraba incluso cuando no le era posible saber de qué estaba hecha la bondad, ni dónde encontrarla), sintió una clase peculiar de estimulante angustia. No debería ni siquiera haber reparado en una transgresión tan pequeña que resultaba ser un pecado infinitesimal, pero, sí, se dijo con complacencia, ¡era posible saber lo que es bueno y elegir simplemente no hacerlo! Una vez más, tuvo la impresión de hallarse de pie en un alto saliente desde donde podía ver el mundo, y sintió de nuevo una vertiginosa sensación de capacidad, acompañada por el miedo a que sus pies resbalaran. Buscó a Nathan y miró su teléfono, pero no encontró la luz de su respuesta.

Al día siguiente —primera hora de la mañana; tiempo agradable y despejado—, Nick Carleton abandonó su triste despacho y se dirigió, como solía hacer, a hablar con Thomas Hart. Las oficinas de la redacción eran por entonces la mitad de lo que fueron, y, de manera inexplicable, los escritorios aparecían limpios de papeles en mayor o menor medida. Lo peor de todo era el penetrante silencio donde antes se escuchara el vigorizante clamor de los teléfonos que se dejaban sonar o que alguien descolgaba con descaro, el repiqueteo de los teclados hasta bien entrada la noche y, ocasionalmente (pensó con cariño), el sonido de algún objeto arrojado contra la pared. Su personal en aquellos días era joven, diligente, mal vestido y amable; vivían con sus padres, escribían los artículos desde sus teléfonos, no bebían, y no se sabían las reglas ortográficas, ni necesitaban sabérselas. Así que Carleton se dirigió hacia Thomas con una sensación de agradecimiento, como si ellos fueran los últimos ejemplares de una especie solitaria de la que solo quedara una pareja.

En el extremo más alejado del pasillo, donde las altas ventanas daban a Aldleigh y en ocasiones se mostraban salpicadas de huellas de pájaros, la puerta permanecía entreabierta y la luz que se vislumbraba era difusa, como la de una lámpara de gas. La música también se filtraba junto con la luz, y era del tipo melancólico que Thomas prefería en esos días. Inquieto por el sonido, Carleton cayó en la cuenta de que, de hecho, no todo parecía ir bien con Thomas últimamente: se quedaba hasta muy tarde en su despacho y no escribía lo suficiente en función de lo acordado en su contrato; ya no era posible despertar su elegante irritación al insistir, por ejemplo, en que dejara de utilizar el término «demientra», o se limitara a una cita bíblica al año. Incluso la elegancia de su ropa había flaqueado

en las últimas semanas (en una ocasión, encontró indicios de una mancha de café en el puño, cosa que Carleton había ignorado, como lo habría hecho con la desnudez), y resultaba evidente que había pasado algún tiempo desde su última visita a la peluquería. De hecho, a veces había tenido la sensación de que la extraña máquina que constituía Thomas Hart estaba perdiendo potencia.

Entonces Carleton oyó que la música se detenía y comenzaba de nuevo en una especie de danza salvaje que lo agitaba sin su consentimiento. «¿Y ahora qué? —se dijo—, ¿y ahora qué?». Al entrar, descubrió al Thomas de antaño: erguido, meticuloso, reservado, con un pañuelo de seda de color verde claro doblado en el bolsillo de la pechera de un *blazer* de lino color carbón, con el pelo demasiado largo aún sin cortar, pero, eso sí, brillante y primorosamente peinado.

—Hola —saludó el editor, y se acercó cautelosamente al escritorio. Este abrupto restablecimiento resultaba tan inquietante como el lento declive.

—Joven Nick —dijo Thomas, volviendo a viejas expresiones de cariño y ajustándose un gemelo de plata—, estaba pensando en ir a verte. Tengo noticias. Siéntate.

Carleton se sentó.

—Apaga eso, ¿quieres? Me duele la cabeza.

Con gravedad y buen humor, Thomas apagó la música. Se hizo el silencio en el despacho y en el pasillo, que parecía ser un eco del silencio del río, de la estación de tren y de la plaza del mercado.

—Podrías creer —dijo Thomas— que no está pasando nada. Pero está sucediendo todo, Carleton (siempre lo ha estado). Mira esto. —Extendidas sobre el escritorio, junto a los baratos cuadernos verdes que se habían acumulado en un montículo contra la ventana, había tres páginas arrancadas de un cuaderno rayado y desordenadamente escrito con una pluma que perdía tinta. Thomas los hizo a un lado con lo que pareció un cierto desprecio y en su lugar le pasó a Carleton una hoja de papel en la que se había fotocopiado un documento antiguo.

—«Las casas mencionadas a continuación» —leyó Carleton, y dio la vuelta al papel como si esperara encontrar algo más interesante en el reverso—. ¿Qué es esto?

—Es un registro de cada alma humana que vivía en Foulis Street, en Londres, en cierta noche de abril de 1891. Este es el eco de un paso que me ha seguido durante veinte años, Carleton. ¡Es el sonido de la esperanza!

—Thomas. Estoy cansado… Di algo que tenga sentido. ¿Se trata de esa desdichada mujer?

—Si te refieres a Maria Văduva Bell, difunta de Lowlands House (astrónoma, rumana, espíritu inquieto y amiga), entonces sí: se trata de esa desdichada mujer y de esa desdichada niña. Grace Macaulay (qué más da quién sea) me dio esto. Mira: ¿ves estos nombres subrayados?

Carleton, aunque cansado, extrajo de Thomas Hart un poco de la energía que hizo saltar chispas del dedo que rastreaba la página.

—Está bien —dijo, con su instinto natural por descubrir una historia —, déjame echar un vistazo. —Miró. El documento mostraba una página de lo que poco a poco comprendió era el último censo del siglo XIX, realizado en Foulis Street, en Londres, en 1891. Tres nombres aparecían subrayados, y se había escrito una nota en una parte en blanco del papel:

¿¿TRES POSIBILIDADES EN FOULIS STREET??
(Mujeres / nombres con C. S. / casadas).
En el núm. 3: Christina Susannah Lord, 78 años. ¿Demasiado mayor?
En el núm. 17: Cora Seaborne, 24. Michael Seaborne (¿padre?), 51.
En el núm. 29: Clementine Louisa Stanton Yates, 23 (un marido, Eric Stanton Yates, 41).

—Ya veo —dijo Carleton, que empezaba a comprender. De hecho, ¿existía tal vez la posibilidad de que hubiera indicios de un movimiento de ropajes en el rincón del despacho, allí donde Thomas había instalado recientemente una máquina de café?—. Estás

buscando a su amiga.

—¡Estoy buscando su cometa! —respondió Thomas—. ¡Está encerrado en una de estas casas, a la espera de que lo dejen salir! Sabemos que Maria le dio sus papeles a su amiga, y que esta, a su vez, vivía en Foulis Street, y que era joven y estaba casada. Así que debe de ser una de estas mujeres.

—Pero el censo se hizo dos años después de la desaparición de Maria…

—Olvida eso. La suerte debe ponerse de mi lado de una vez, por el amor de Dios. Tiene que ser una de ellas. Creo que la señorita Lord, no; era demasiado mayor. Sospecho que Cora Seaborne era una inteligente solterona que vivía con su padre. Clementine, por otra parte, vivió hasta los ciento dos años, y su hijo fue elegido miembro de la Real Sociedad Astronómica poco después de la guerra, lo cual parece prometedor.

—Cora Seaborne —dijo Carleton, y desde el rincón, desplazando a la falda de seda y la máquina de café, llegó el olor de cuando la marea está baja y tal vez de conchas de ostras—. Ese es un buen nombre.

—He esperado veinte años para que esta historia llegue a su desenlace —dijo Thomas—. Ahora por fin lo estamos consiguiendo, y, justo cuando el tiempo se acaba, el cometa Du Lac se acerca y ya es visible con telescopios mejores que el mío.

—Tengo toda la fe del mundo. Pero, mientras tanto, me debes tres columnas. —Carleton hizo acopio de autoridad con esfuerzo—. Puede que seas un gran hombre de letras, tal vez seas la joya de nuestra Corona, pero, si aceptas tu salario…

Thomas guardó sus documentos.

—Sí —dijo—, sí, es solo que no puedo pensar en otra cosa que no sea Maria.

—Ya se te ocurrirá algo. Quinientas palabras, o seiscientas, si estás inspirado. Menos cuántica, Thomas, y más Essex. Nuestros lectores son gente corriente.

—No existe la gente corriente —dijo Thomas.

—Sal de Aldleigh —propuso el editor—. Vete en dirección a Maldon. Coge una barcaza por el estuario del Támesis y tómate una ostra. Escribe algo sobre Aldwinter. Mira lo que están desenterrando estos días en Colchester.

Thomas inspeccionó a su superior.

—Si quieres —dijo, con una elegancia inmensa y deliberada—, podría hacer los nudos de Aldwinter.

—¿Los nudos de Aldwinter? Dicen que es un asunto extraño. —Carleton consideró el asunto extraño y le gustó—. De acuerdo. Conviértelo en un artículo. Y ten cuidado de no meterte en problemas: son una gente sin ley, esos del Blackwater.

Hacia finales de septiembre, el sol cruzó el ecuador celeste y, por un momento fugaz, las fuerzas opuestas del día y de la noche se equilibraron en Essex. Una luna en cuarto creciente salió temprano en esta tregua de amantes, y hubo marea baja en Aldwinter, donde un veloz zorro marrón salió corriendo de entre los helechos sobre sus patas traseras. Se detuvo y giró su ávido rostro de un lado a otro, luego tragó saliva, gritó y salió huyendo. Le siguieron otros zorros, también liebres, ciervos y un miserable tejón con el pelaje desgarrado, un búho ciego que no podía volar y una cabra de ojos rasgados. Todos cantaban. Después, se hizo el silencio. Por un momento, no se escuchó nada, ninguna bestia coja o apresurada; entonces, un conejo, con su rabito blanco que colgaba de un hilo, llegó corriendo, mientras gritaba al cantar. Thomas Hart observaba desde su posición cerca del árbol de las tumbas, donde se habían colocado bancos de iglesia y sillas de plástico en filas ordenadas, que cada media hora se hundían un poco más en la hierba. Aldwinter volvía a estar habitada de nuevo fugazmente. Habían llegado mujeres y hombres de Maldon, Colchester y Billericay, así como de lugares tan lejanos como Suffolk, Norfolk y Kent; y, como era el Día de los Nudos de Aldwinter, todos los asistentes llevaban atado en la muñeca o al cuello un trozo de hilo, o cinta, o lo que

tuvieran a mano.

Gavillas de trigo guardadas de la cosecha se habían apilado entre las lápidas que rodeaban el árbol sagrado, y, desperdigadas aquí y allá, habían colocado retorcidas muñecas de maíz que se caían y eran rápidamente puestas de nuevo en su lugar, atadas con una cinta roja. El roble partido no se había desprendido todavía de sus hojas, que brillaban y resonaban cuando hacía viento; de la copa se alzaban y sobresalían dos ramas muertas, blancas como cuernos de ciervo. El verano parecía reacio a abandonar el prado, que todavía tenía su cuota de tréboles y salicarias en la hierba, y en los setos los escaramujos florecían un poco más tarde de lo que tocaba. Thomas abrió su cuaderno: «Doscientos asistentes —escribió—, y hace buen día. El otoño apenas se atreve a llegar. El aire está lleno de sal».

El canto se acercaba, oscilando entre lo desafinado y lo armonioso, puntuado a menudo por el chillido mudo de un zorro o una liebre asustadizos. Un pez enorme de alguna especie, delgado como una serpiente, apareció detrás de un par de ciervos y los hizo tropezar de forma deliberada; luego continuó, desprendiendo escamas de aluminio a su paso. «Demientra se dice —escribió Thomas, teniendo en mente a Carleton— que se trata de un antiguo rito de Essex que marca el equinoccio de otoño, tengo mis dudas, ya que nunca supe de él cuando era joven». El pez se acercó zigzagueando. Thomas escribió «¿NUDOS?», y lo subrayó tres veces. Observó atentamente el trozo de cordel de jardín atado firmemente alrededor de la muñeca del hombre que estaba sentado a su izquierda. «Los nudos —escribió— eran de gran interés para los sajones, cuyos huesos estén tal vez apilados en tres capas por debajo de Aldwinter…».

—Me han dicho que todo esto es inventado —dijo el hombre que estaba a su lado, y observó a un ciervo que bailaba frenéticamente y dejaba jirones de su propio pelaje en las zarzas—. He oído que solo se ha hecho los últimos veinte años.

—Estoy seguro de que lo es —dijo Thomas—. Este y todos los demás rituales han sido inventados, elaborados, malinterpretados, recordados y amplificados. ¿Acaso importa? Todo comienza en algún

sitio.

—Sabía que dirías eso —respondió el hombre, con tímida dulzura injustificada—. Sabía que dirías algo así.

Thomas, recibiendo aquella afabilidad con confusión y placer, se volvió para mirar a este desconocido. Tenía apoyado un bastón en la rodilla derecha, y al instante Thomas sintió que su propia cadera le dolía en solidaridad.

Los cantantes hicieron una breve pausa. Luego, desde el estuario del Blackwater, una bandada dividida de gansos se dirigió a otro lugar para pasar el invierno, y Thomas volvió a mirar al hombre. Experimentó una curiosa sensación de chasquido detrás de las costillas, como si hubieran girado la llave de una cerradura. Conocía ese cabello rubio, ligeramente largo, y esa asombrosa mirada azul.

—¡Vaya! —exclamó Thomas—. Nathan —dijo—, ¡pero si eres tú! —exclamó como si hubiera estado buscando toda la mañana al niño que había saltado tranquilamente entre las lápidas sin poder quedarse quieto.

Allí estaba; y, con una especie de tristeza, Thomas vio que el pie izquierdo del hombre se arqueaba un poco hacia dentro. Percibió su delgadez y cómo la mejilla de afeitado apurado se había hundido bajo los anchos pómulos de su rostro. Reconocía el dolor cuando lo veía.

—Aquí estoy —dijo Nathan, y le extendió la mano—. Señor Hart. Thomas. Te habría reconocido en cualquier lugar. Creo que Grace y tú debéis de ser las únicas personas en el mundo que no cambian nunca.

Aún no era mediodía. En lo alto de la atmósfera terrestre, la luz se refractaba a través de cristales de hielo que obedecían ciertas leyes, y describía un círculo geométrico perfecto alrededor del sol, sólido e intacto, como la muralla de una ciudad.

—¿Ves eso? —preguntó Thomas, desestimando a Grace y al eco de su nombre en los vestíbulos de su corazón—. Lo llaman «perros del sol», o «parhelio», si prefieres el término exacto.

«Me pregunto si Grace puede verlo —pensó Thomas—, y si habrá

un parhelio sobre Aldleigh». Estaba claro que no podía olvidarse de ella, después de todo, y los últimos días había necesitado un esfuerzo de voluntad para no subir la escalera de hierro del Jackdaw and Crow y llamar a su niña desdichada con el fin de decirle: «Mira, el cometa se acerca. Quedan doce semanas hasta que lo vea con mis propios ojos». Pero la visión de la mano de Grace en la muñeca de Lorna volvió a visitarlo y trajo consigo la culminación de la vergüenza de toda una vida. Junto a esta, también apareció la otra deshonra, la de su crueldad cuando ella se arrodilló en el baptisterio. Ahora era consciente de una mirada brillante y evaluadora del hombre que tenía a su lado. Forzado, como en un confesionario, Thomas dijo:

—No la he visto últimamente. No frecuento mucho ya los bancos de la iglesia. Dime, ¿está bien?

El otro hombre permaneció callado. El parhelio se iluminó con más intensidad. Luego respondió:

—Solo la he visto una vez en veinte años, y estaba igual, lo que me hizo pensar que yo también era el mismo. Va a venir aquí —añadió, con una mirada curiosa y reservada, como si admitiera un pecado sin culpa—. Me dijo que nunca había estado y que nos encontraríamos en el roble. —Sacó su teléfono del bolsillo y pasó el pulgar por la pantalla como si acariciara un ser vivo—. Está de camino. ¿Tienes que irte? —Instintivamente y con un sonido de rechazo, Thomas se levantó de su silla—. ¿De verdad te tienes que ir? ¿No era amiga tuya?

Esta era la franca sencillez que Thomas había conocido, y era encantador ver al niño que se conservaba en el hombre. Pero ¿cómo podría explicar, dado el atractivo de esa mirada azul dirigida ahora hacia él, que ambos se habían deshonrado mutuamente y a sí mismos?

—Verás —arguyó Thomas, y se dio unas palmaditas en el bolsillo donde estaba su cuaderno doblado en dos—, debo ir a echar un vistazo a lo que está pasando allí, o no tendré nada que escribir.

—Pues mira: ahí está —dijo Nathan, con más asombro del que le

habían despertado el árbol de las tumbas, la gente disfrazada de animales y el brillante bucle alrededor del sol—. Ahí está —repitió, y, en efecto, allí estaba ella tal cual era, atravesando deslumbrante la multitud. La luz del equinoccio se reflejaba de forma maravillosa sobre su vestido blanco y su bronceado cuello curvo. Su vestido era sencillo como un camisón, aunque había añadido unos elaborados plisados con pedrería en las mangas, y el cuerpo estaba cortado de tal forma que los huesos de la clavícula y los omóplatos, así como la profunda curvatura de la parte baja de la espalda, quedaban al descubierto. Su piel conservaba el recuerdo del verano, con una costra levantada allí donde se había rascado una picadura de tábano. Su atuendo, sin embargo, no estaba ya impoluto: había café en la falda, y barro en la manga. La picadura del tábano le sangraba. Tenía más que nunca el aspecto de una mujer que no pertenecía a tiempo ni espacio alguno. Inmensas perlas irregulares bajaban por los lóbulos de sus orejas, y unas cuantas estaban ensartadas en un trozo de seda alrededor de su muñeca. Tenía la boca manchada de rojo, como si se hubiera pintado los labios y se hubiera arrepentido después de su pecado frotando la vergüenza con el dorso de la mano.

Nathan se levantó. El bastón cayó al césped. Grace, cegada ante Thomas por el deseo, la venganza o las dos cosas, extendió los brazos. Nathan entró en ellos, inclinándose para hacerlo, y Thomas se sorprendió al pensar que los movimientos de sus cuerpos tenían poco que ver con la razón.

—¿Te acuerdas de mi cumpleaños y del roble que emergía de entre la niebla? —dijo Grace al tiempo que se separaba de él.

—Lo recuerdo —respondió Nathan con amabilidad y cortesía. Había retrocedido con cuidado, poniendo distancia entre ellos—. Fue un día bonito —dijo, y se sentó con un ruido impotente que pareció indicar no tanto la debilidad del cuerpo como todo lo terrible que contenía dentro.

—Luego volvimos a casa —continuó Grace—, y allí estaba Dimi, en el camino a Aldleigh, con su abrigo de terciopelo. Murió —dijo, y

tocó ligeramente el hombro de Nathan mientras se sentaba, sin darse cuenta de que Thomas estaba allí al lado—. Murió, y no nos enteramos hasta muchos meses después.

Los animales se habían reunido entonces alrededor del árbol sagrado y miraban a la multitud con idénticos ojos vacíos. A una señal, su canto frenético y monocorde se resolvió en una melodía dulce y repetitiva: «Viento del oeste —cantaron—, ¿cuándo soplarás? Lluvia ligera puede caer».

Thomas vio a Nathan removerse en su asiento y poner una pulgada más de distancia entre él y Grace; vio también la mirada de desconcertado dolor que atravesó a esta última, y que ocultó rápidamente. Ahí estaba de nuevo el eco —resonando en los tabiques que había levantado contra ella— de su antiguo instinto de protegerla y consolarla.

—Pero él no está muerto —dijo Thomas—, no realmente. Cada vez que alguien lee los diarios de Maria Văduva, también oye a Dimi.

Si esperaba que ella se ablandara de algún modo, no lo consiguió.

—¿Qué estás haciendo aquí, de todas formas? —preguntó Grace, y dirigió su dolor hacia Thomas.

En lo alto, el parhelio se iluminó con una intensa luz. En los lados opuestos del círculo, donde podrían estar marcados el tres y el nueve en la esfera de un reloj, aparecieron dos vívidas luces que mostraban débilmente los colores del espectro.

—Thomas dice que son unos perros del sol —explicó Nathan, y el enfado de Grace vaciló ante la suave advertencia en su voz.

—Siéntate, Thomas —dijo ella—. ¿Adónde vas? ¿No puedes sentarte simplemente?

—Maria Văduva —dijo Nathan—. De vez en cuando recordaba ese nombre, cuando llegaba tarde al trabajo, o mientras esperaba una receta del médico, y me preguntaba qué habría sido de vosotros.

—Sí —dijo Grace, deslumbrante y ansiosa mientras se apoyaba brevemente contra él—, sí, yo también.

Nathan, erguido en su silla, cultivaba una quietud que le resultaba incómoda porque iba en contra de su naturaleza. «¿Y qué pasará si

él no es capaz de mantener las cosas bajo control? Dolor, supongo», pensó Thomas. El prado estaba lleno de mujeres y hombres vestidos con trajes folclóricos que llevaban bastones de madera; otros se habían puesto ropa de fiesta. Allí cerca habían instalado un puesto de ostras de Pyefleet y las había desbullado impecablemente. El roble estaba rodeado por todas partes de trozos de cuerda atados a sus ramas, de tal manera que cualquiera podría pensar que la hierba estaba llena de pequeñas culebras. Los animales se acurrucaban junto al árbol. Sonó un tambor. Los ojos vacíos de los ciervos y los zorros se concentraban en algo que estaba fuera de la vista. De alguna parte llegó una nota aguda y lastimera que desplazó a las grajillas del roble. Entonces, se oyó de nuevo el tambor, y los animales levantaron las extremidades y se descubrieron la cara. Máscaras de papel cayeron sobre el césped y revelaron cabezas de niños ansiosos que buscaban a sus familias.

—Qué curioso —dijo Grace, dirigiéndose a Nathan, a Thomas o simplemente al aire, con la mano derecha en el pecho izquierdo—, siento el tambor más de lo que lo oigo.

«Sí —pensó Thomas, y recibió la antigua mirada de atónito júbilo de Grace con una alegría propia como reacción—. Sí, es como si todo Essex tuviera pulso. ¡Es vida, vida, vida eterna!».

El ritmo se aceleró. Los niños aplaudían siguiendo un compás inteligente y errático, y cantaban palabras tan antiguas que carecían de sentido. Era mediodía. En los márgenes del río, algunos hombres colocaban mesas con barriles de cerveza, y aquellos que llevaban trajes folclóricos se ataban cintas a las rodillas. Uno por uno, los miembros de la multitud se unieron a la canción como si les resultara familiar, y a su debido tiempo Thomas también pensó que le sonaba; siempre se lo había parecido, como si la hubiera oído en el seno materno. Empezó a cantar, y Grace también lo hizo, pues no en vano Bethesda les había inculcado el hábito del canto. Nathan, sin embargo, estaba sentado erguido, sonriendo cortésmente, interesado y tranquilo, con su bastón hundido en la hierba.

Una criatura agitó su desgarrado rabito blanco mientras se movía

entre las desgastadas lápidas para atar una cinta al árbol, y lloró al verla desenrollarse y caer. Entonces acudieron más niños, que anudaron sus bufandas y trozos de cordel. De este modo, el roble parecía haber sido invadido por alguna vegetación parásita que le fuera a despojar de sus hojas al anochecer. La multitud se balanceaba y aplaudía, y el aroma a cerveza derramada sobre las mesas plegables se mezclaba con el del cambio de marea del Blackwater. El roble lucía la corona de plata del parhelio bajo el brillo de tres soles.

Entonces solo se oía música sin palabras, flautas y tambores, y hombres y mujeres que se levantaban con trozos de hilo y cintas, cuidadosos con las lápidas y los haces de trigo. Un joven que llevaba una cuerda se acercó a donde estaban sentados. Era inmenso, y tenía el pelo rizado y rojizo. Se había quitado la camisa, y el vello de su cuerpo, también rúbeo, crecía espeso hacia el ombligo, ofreciendo el aspecto de un animal erguido. Thomas estuvo tentado de reír de alegría y burla por lo inmensamente atractivo que era, pero, antes de que pudiera hacerlo, Grace exclamó: «¡Tú!», con una inflexión de satisfacción y reproche que afectó a Nathan, quien se estremeció en su silla como si lo hubieran golpeado.

—Eres tú —dijo Grace, mientras reía y parecía olvidar por un momento al hombre que estaba a su lado—; eres tú —repitió, y le llamó la atención con un gesto imperioso. Él descansó un instante, cambió de lugar la cuerda que llevaba al hombro, y la miró tan detenidamente y por tanto tiempo que Thomas se sonrojó como si lo hubieran sorprendido espiando.

—Lo conozco —dijo Grace, y sonrió entonces a Nathan y observó con manifiesto placer cómo el joven avanzaba, arrojaba su cuerda sobre una rama alta y se reía cuando una chica que había cerca se la enrolló tres veces alrededor de la cintura.

El intercambio había hecho que los ojos de Grace se encendieran, como si le bullera la sangre. Mientras tanto, Nathan permanecía inmóvil, temeroso de romper su propio cuerpo. «Podría suceder cualquier cosa —pensó Thomas—. Aquí no hay doctrina ni gobierno,

y ¿qué le queda por hacer a un anciano, sino causar problemas?».

—Bebamos —sugirió él—, vamos a tomar algo.

—No puedo —respondió Nathan—, no debería, no, con los analgésicos que tomo, y tengo que conducir después para volver a casa.

—Adelante —dijo Grace, y puso la mano sobre su muslo y la retiró rápidamente—, por mí sí. —Y ella y Thomas intercambiaron una rápida mirada cómplice que conmovió a este último de manera insoportable.

En una mesa cercana compró cerveza negra en vasos de plástico cuyo contenido derramaron con facilidad al repartirlos, y hubo un momento en que los tres bebieron para saciar sus diversos grados de sed.

—Pero ¿qué significa todo esto? —preguntó Nathan—. ¿Por qué lo hacen? —Del roble ondeaban lana y cintas como si fueran musgo, y músicos vestidos con ropas absurdas sacaban instrumentos de estuches negros, que quedaban abiertos sobre la hierba. Los tambores seguían sonando.

—¿Qué quieres que signifique? —preguntó Grace—. ¿Qué te gustaría? —Sus ojos encendidos lo acogieron, y entonces fue posible ver al muchacho al que Thomas había conocido, que miraba a su extraña compañera entre divertido y desconcertado, y con cierta inquietud ante la situación.

—No estoy seguro —respondió este, sonriendo y negando con la cabeza—. ¿Cómo voy a saberlo?

El viento cambió. Una nube baja y clara surgió del estuario y apagó el parhelio. El cielo de Aldwinter adquirió el aspecto nacarado de una concha de ostra volteada.

—Quiero hacerlo —dijo Grace, una vez se terminó su bebida—. Quiero atar algo, quiero atarme y dejarme atrás. —Se había levantado del asiento y caminaba sin rumbo hacia el árbol—. No podemos irnos hasta que no lo hayamos hecho (o nos traerá mala suerte).

Nathan la siguió lentamente. Dejó su bastón en la hierba y caminó

con su pie débil a rastras. La multitud al pie del roble disminuía, y los niños se asomaban entre las lápidas, intentando alcanzar las ramas más bajas.

—No tengo nada —dijo Grace, lamentándose—. No tengo nada con lo que atarme. Podría rasgarme el vestido, por ejemplo. ¡Oh, ahí estás de nuevo! —exclamó, riéndose y resplandeciendo ante el inmenso chico pelirrojo cuya cuerda colgaba ahora como un mástil de una rama.

Nathan se detuvo cerca para mirar. Observó al chico con una expresión desconcertada de envidia, asombro y desprecio. El muchacho pelirrojo tomó el extremo de la cuerda en su puño y lo agitó hacia Grace sin decir palabra.

—Vamos —ordenó—, ven aquí, tú. —Y Grace avanzó con la falda en las manos.

—Sé que no puedo confiar en ti —afirmó ella—; sé que no eres de fiar.

Él le ofreció la cuerda y ella la cogió. La multitud que estaba cerca bailaba, y sus movimientos eran deliberados y lentos porque se habían atado por las muñecas, la cintura o, a veces, de forma tonta, por las rodillas. El chico juntó sus muñecas y se las ofreció a Grace, quien, con la concentración diligente y obediente de una niña, las ató con la cuerda. Los bailarines se acercaron y por un rato taparon la vista: hombres ancianos y jóvenes, ebrios en mayor o menor medida, se mezclaban con muchachas abrazadas que daban vueltas en majestuosos círculos, y con viejos amantes que danzaban un *quick-step* en un practicado pasillo. Aturdido por la cerveza y la música, Thomas vio el conjunto de hilos que los unían en variedades de servidumbre humana, que no eran sino nudos hechos de costumbre, sangre, resentimiento, deseo ofrecido y retirado, amor correspondido y rechazado. Todo se ataba y desenlazaba ante sus ojos mientras observaba. Apesadumbrado, se le ocurrió que en Aldwinter solo él y Nathan estaban solos. Con lástima amplificada por el recuerdo del deseo, se acercó al joven y se metió la mano en el bolsillo, con la esperanza de encontrar un trozo de hilo para unir

sus cuerpos maltrechos. Entonces, los bailarines se separaron, y Thomas vio a Grace de pie, pequeña y oscura junto al chico, cuyos hombros cubrían la mitad del tronco del roble. Ella se apoyó con indolencia en una lápida de mármol y tiró de la cuerda atada a las manos del joven distraídamente, al igual que si tensara la correa de un perro.

—Ven aquí, vamos —dijo, como si tuviera en mente algún pecado y castigo en particular.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nathan. Agarró su mano derecha con la izquierda—. ¿Qué están haciendo?

—Solo están jugando —respondió Thomas.

Seguían sonando los tambores. Los grajos empezaron a acumularse sobre el césped. Bajo el roble, Grace se mostraba inmensa, reluciente, y su vestido blanco se veía con claridad bajo la luz menguante. El chico parecía haberse reducido y haberse hecho humilde; de vez en cuando Grace lanzaba una mirada sombría a Nathan, que evaluaba su distancia, sus modales y la composición del aire entre ellos. Este último se mostraba rígido, y la larga línea de su cuello se había endurecido y latía con los tambores. «No le gusta esto —pensó Thomas—, no puede soportar ver cómo, después de todo este tiempo, el poder ha cambiado de manos». Riendo, Grace dio un tirón repentino a la cuerda, y el chico tropezó hacia adelante con un gruñido. Su cuerpo cubrió el de ella contra la lápida, que se balanceó entre las raíces del roble.

—Miradlos —dijeron dos mujeres que pasaban lentamente con una cinta blanca alrededor del cuello—. ¿Habéis visto a esos dos? ¡Ahora todo está permitido!

Grace estaba oculta por el inmenso cuerpo del chico, pero daba la impresión de que ambos realizaban intencionados e invisibles movimientos furtivos.

—Basta —dijo Nathan, que parecía suplicarse a sí mismo en voz baja—. ¡Basta! —repitió, contemplando ahora la multitud, los tambores, los niños que vagaban sin rumbo, y el sol poniente—. ¡Aléjate de ella! —exclamó, y se encaminó allí lo más rápido que

pudo, lo cual no era mucho. Llegó hasta el chico y le tiró del hombro con violencia—. ¿Qué estás haciendo? —le soltó—. ¡Quítate de encima!

«Qué lástima —pensó Thomas aturdido—, qué absurdo. No puedes imponer tus modales aquí, cuando todo tiende al mar amotinado».

El muchacho se volvió, con una mirada de sorpresa y libre de rencor. Sonrió, se encogió de hombros y se alejó; ávidas mujeres le requerían en otros lugares. Grace se apoyó sonriendo contra la lápida. Tenía los pechos y el cuello envueltos con una cuerda, y daba así la impresión de que un verdugo había hecho un mal trabajo y se había ido dejando la tarea inacabada.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamó Nathan. Fue cruel como un padre—. ¡Mira lo que te has hecho! —Pero Grace no parecía dispuesta a soltarse del cordel como exigía el decoro, y Nathan, reprendiéndola con palabras que Thomas no pudo oír, agarró la cuerda con torpeza. Entonces, Grace se sacudió para liberarse, como haría un perro, y se apoyó contra la lápida como si estuviera exhausta.

Los grajos que había en el césped alzaron el vuelo en una densa masa negra y se posaron en el roble.

—Levántate —dijo Nathan, y ella obedeció. La manga de su vestido estaba rota. Grace inclinó la cabeza con muda humildad. Al hacerlo, examinó la lápida y vio cómo se movía en las raíces del roble.

—¿Qué he roto esta vez? —se preguntó en voz alta mientras sacudía la piedra—. Mira lo que he hecho. No era mi intención.

—No pasa nada —dijo Nathan—. No es tan grave. De todos modos, ya está muerta.

Sin pensarlo, él la tomó de la mano. Grace la aceptó. Thomas vio contra el crepúsculo inminente a dos criaturas descuidadas, suspendidas para siempre entre la niñez y la madurez, y tan inocentes y pecadoras como el día en que nacieron. «Te quería —pensó—. Te he querido».

Grace comenzó a acariciar la lápida suavemente como si fuera un ser vivo. Era una losa de mármol cubierta de un musgo espeso, que

se inclinaba desde el roble hacia el estuario, como si buscara el agua. Pasó los dedos por las letras. Aún no había anochecido, y había pequeñas hogueras en el prado. Le dijo algo a Nathan, quien se agachó con ella para leer. Ella buscó refugio en él con un impulso de afecto y placer. A Thomas le pareció que incluso el acto de mirarlos era ya en sí una transgresión y, con un trozo de cuerda vieja en la mano, pensó que nadie jamás en la tierra se había sentido nunca tan solo como él. Pero Grace le hizo señas, y aquello fue extraordinario, y Nathan levantó el brazo:

—¡Thomas! —dijeron—. ¡Thomas Hart! ¡Ven aquí!».

Thomas avanzó a través de Aldwinter tal como era, había sido y sería…

—Allí —dijo Grace—. Ahí, ¿ves?

Ella se hizo a un lado. Thomas estaba junto a la lápida. Era difícil leer a la luz de las hogueras. El rostro de un zorro sonrió entre la hierba. Entonces a Thomas le pareció que las letras se formaban solas respondiendo a su voluntad, que las invocaba conforme las observaba:

CORA SEABORNE FGS

1867 - 1921

AMIGA Y MADRE

—Mira más de cerca —ordenó Grace. La marea subía en el Blackwater, y una bruma marina se levantaba sobre el prado de Aldwinter—. ¡Fíjate! —dijo.

Thomas se inclinó para observar el trabajo del cantero, y con el dedo índice encontró en el mármol un fósil de amonites, enrollado como el cuerno de un carnero. A su lado, oscuro e inconfundible en el crepúsculo astronómico, distinguió un cometa de cola doble y curvada que anhelaba la luz, pero estaba apresado en la piedra.

—Llévame a Bethesda —pidió Grace Macaulay cuando anocheció.

Nathan, aturdido por la cerveza y los analgésicos, y convencido de que era mejor dejar el coche allí hasta la mañana siguiente para respetar la ley, iba sentado erguido y educado junto a ella en el asiento trasero. Thomas los miró plácidamente por el espejo retrovisor y pensó en Cora Seaborne—. Llévame a la iglesia —pidió Grace, y le sonrió.

—Te llevaré a casa —dijo Thomas.

—¿No es eso lo que dije? —Y con otra mirada pareció decirle: «Solo tú entiendes lo que quiero decir, Thomas Hart».

El Blackwater se desvaneció en la distancia, llevándose consigo las hogueras danzantes del prado de Aldwinter, los hombres ataviados con trajes folclóricos y el latido del tambor. El paisaje común de Essex se desplegó rápidamente a la vista: hora punta en las afueras de Colchester, aviones baratos que despegaban de Stansted, robles caídos y coches oxidados que se apilaban sobre montones de ladrillos delante de puertas de entrada recién pintadas.

—¿No quieres volver a ver Bethesda? —preguntó Grace—. ¿Nunca te has preguntado quién se sienta en tu banco?

—Cora Seaborne, amiga y madre —dijo Thomas—. FGS. Así que era miembro de la Sociedad Geológica[3]. Murió a los cincuenta y cuatro años, lo que ahora no me da ninguna pista en absoluto. Y un cometa en la lápida —añadió con tanto placer como si el cometa Du Lac acabara de cruzar la eclíptica y apareciera a la vista por encima de la autovía de la A-12—, algo que, en mi opinión, aclara la cuestión. Lo que debemos hacer es lo siguiente: establecer qué ocurrió cuando las tumbas de Aldwinter fueron exhumadas, y si esta tal Seaborne tuvo descendientes que conservaran sus documentos y correspondencia. No creo que fuera muy importante —dijo, y en ese momento, y sin razón aparente, sintió un pinchazo en la cadera—. Dudo que haya aparecido en los libros de historia, aunque debiera haberlo hecho.

—Por favor, llévanos a la iglesia, Thomas —pidió Grace—, por favor. —Por aquel entonces su corazón albergaba ya poco espacio para los muertos—. Lo que ha pasado antes ha sido completamente

vergonzoso, y me gustaría ir a sentarme en un banco de la iglesia.

—No estoy seguro de que sea la devoción lo que te impulsa —dijo Thomas. Entonces el coche dio con un bache y Nathan gritó.

—Lo siento —le dijo Grace a Nathan, como si ella misma hubiera sido la causante tanto de aquel daño en el asfalto como del de su columna vertebral—, lo siento, cariño. —Pero esta muestra de afecto pasó desapercibida.

—Estará cerrada —dijo Thomas. Lo único que deseaba era estar en casa, a la sombra del puente del ferrocarril, con sus modestos cuadernos verdes a mano, redactando una carta para algún funcionario del ayuntamiento: «Me pregunto si podría enseñarme algunos documentos…»—. Estará cerrado —repitió—, y tengo un libro que terminar.

Estaban llegando a Aldleigh entonces, y por encima del motor escuchó el sonido del viejo armonio y la cadencia de las oraciones.

—Mirad —dijo Grace—, allí está, allí está Bethesda, como si navegara hacia nosotros por el camino.

—Ahí está —señaló Thomas, y se encontró asintiendo con la cabeza, como si lo hiciera ante un conocido.

Hete aquí la austera iglesia, acurrucada en el estacionamiento al lado de Potter's Field, tal y como siempre había sido todo. Los semáforos de London Road estaban en rojo, así que esperaron donde un día lo hiciera James Bower, y vieron lo que él había visto.

—¿A qué hora sale el último tren? —preguntó Nathan, con la cortesía de un hombre que tiene obligaciones en casa y que, para el caso, nunca había desenredado una cuerda de los pechos de una mujer que se hubiera desplomado sobre una lápida, y cuya garganta nunca había vibrado al son de los tambores—. Tengo que trabajar mañana. Debería volver. Mi teléfono está descargado (me he quedado sin batería).

—En el fondo, esto ha sido algo positivo para ti —dijo Grace—. Que salieras de tu vida y entraras en la mía solo ha sido para bien… Vamos, Thomas —dijo—. Mira, aquí estamos.

Thomas vio las puertas de Bethesda abiertas y el floreciente laurel

en su pequeño lecho negro. Por un momento, una mezcla confusa de resentimiento y afecto lo dejó sin palabras.

—Entra —pidió Grace—, por favor, entra.

Indefenso ante fuerzas que apenas podía distinguir, Thomas bordeó las puertas de hierro al tiempo que oyó a Grace decir:

—Hay alguien ahí. Están limpiando los bancos.

Por el cristal esmerilado de la ventana se vio pasar una sombra oscura y atareada. No se escuchaba música alguna.

—Solía jugar allí todo el tiempo —dijo Nathan, y miró el terreno baldío junto a la iglesia—. Os veía entrar a todos. ¿Nunca vienes ya, Thomas? —preguntó, con su viejo y franco interés—. ¿Ya no venís ninguno de los dos?

—No es eso —dijo Grace—. No lo entiendes. Es como preguntarnos si hemos dejado de ser quienes somos.

—No soy un hombre de esa fe en particular —respondió Thomas—. Hace casi diez años que no lo soy. En un momento dado, me quedó claro que un hombre como yo no era bienvenido ahí y nunca podría serlo. —Miró por un instante a Grace, que se mostró fugazmente avergonzada. Apagó el motor y salió del coche—. Aun con todo, creo que sigo siendo un hombre de fe. —Se le vino una imagen a la mente, la imagen de unos barquitos y una borrosa luz piloto en el muelle—. A menudo, cuando me cuestiono mis creencias y cómo mantenerlas, siempre llego a esta conclusión: que buscar a Dios es encontrarlo. Él existe en las estrellas, no porque las creara al cuarto día, sino porque tenemos la inclinación de mirar al cielo y hacernos preguntas.

—Sí —afirmó Nathan—, ya entiendo, o creo entenderte. —Estaba reclinado contra la pared y miraba hacia Potter's Field. Se le dibujó una lenta sonrisa—. Recuerdo mi abrigo rojo —dijo—, y cómo rompí la ventana. A veces pienso que no tengo ningún recuerdo de ese año en el que no estéis presentes. —Grace se apoyó junto a él en el muro, y él cambio sutilmente de posición.

Mientras tanto, Thomas permanecía en el umbral, de pie sobre la misma estera de cerdas. Qué raro era que Anne Macaulay nunca

fuera a pasar de nuevo por el vestíbulo con su himnario en las manos, y que Dimi no volviera a beber de su botella en el último banco junto a la puerta. ¿Quién tocaba el armonio ahora? ¿Quién repartía los platos de plata de la comunión? Volvió a mirar hacia Potter's Field y vio a Grace apoyar la cabeza en el hombro de Nathan, no con su fuerte impulso amoroso de antaño, sino con una especie de permisivo recato. Entonces ella advirtió que Thomas entraba y lo siguió. Nathan, a su vez, fue tras ella. El laurel verde estaba en flor. Las puertas del vestíbulo se abrieron, y salió una mujer que saludó a Grace. Cuánto tiempo había pasado, sí, la habían echado de menos. ¿Se encontraba bien su padre? «Sí —respondió Grace—, muy bien, gracias a Dios». ¿Podían quedarse un rato, por los viejos tiempos? Ya cerrarían con llave al salir.

Así que Grace, triunfante, agitó las llaves de hierro de la iglesia, y los dos hombres, obedientes, la siguieron. El bucle del tiempo los acogió en su seno: las estáticas lunas seguían flotando allí, bajo el techo blanquísimo e inclinado; las paredes verdes resultaban, como siempre, frías al tacto, y el tulipán del púlpito continuaba floreciendo contra la pared. Maria Văduva estaba de pie junto a la mesa de la comunión, como si predicara: «Haced esto en conmemoración mía». Había cristales rotos esparcidos en el pasillo. La mujer de la limpieza había levantado polvo, que se elevaba, llevado por corrientes de aire, y Thomas lo vio salir a través de las ventanas abiertas y fluir sobre Essex hacia la atmósfera superior, para ser arrastrado a su debido tiempo por los vientos solares hacia la cola del cometa Du Lac.

Grace, en silencio, acarició su viejo banco, que estaba manchado con la grasa de las palmas de sus manos y las de generaciones de creyentes anteriores a ella. Tocó el armonio cerrado y permaneció un momento junto al lugar donde había sido bautizada. Las luces traseras de los coches se difuminaron a través de las estrechas ventanas. Los coches dejaron atrás Aldleigh.

—Estabas allí de pie —dijo Nathan—, donde estás ahora, y aquel día tu vestido era blanco también. —Tenía una curiosa mirada irreal.

Su competente tono paternal había desaparecido, dando paso a su antigua frivolidad burlona, que emergió, como si hubiera sido liberada del fondo de un lago—. De hecho, tenías un aspecto algo ridículo —dijo—, pero siempre fuiste así.

—Intentaba concentrarme en mi salvación en todo momento, con cada himno y con cada verso, pero en realidad estaba esperando que entraras —dijo ella.

—Entré —respondió él. Los chicos se volvieron juntos hacia Thomas y lo miraron.

A este le dolió ver el menudo cuerpo pálido de Grace presionado contra Nathan, cuyo bastón estaba sobre la mesa de la comunión, y observar también su mirada desconcertada y agradecida. Se volvió entonces hacia el armonio y apretó sin habilidad los pedales y las teclas, y el viejo estribillo de un antiguo himno ascendió por los tubos con el aire del mar.

—Fue aquí donde me enseñaron que debía ser buena —dijo Grace —. Pero ¿acaso el amor no es bondad? ¿No fui buena por esperar todo este tiempo? Y ¿no fui yo quien te vio primero? —dijo riéndose; todo era un juego sin significado alguno.

A Nathan le costaba permanecer tanto tiempo de pie sin su bastón. Dio un paso atrás, pero tropezó; entonces asió el vestido de Grace por la cadera, y lo sostuvo.

—Tengo que irme —afirmó—. ¿Alguien sabe cuándo sale el último tren?

—Debería haber traído cuerda —dijo Grace—. Debería haber traído cuerda para atarte a mí. ¿Lo ves? —continuó, y sacudió su falda por donde él la sostenía—. No quieres que me aleje de ti.

Thomas habría rezado por ambos si hubiera podido. «No sirve de nada —pensó—, no puedo extender la mano y detener un cuerpo en órbita, no cuando me duele la cadera».

—Allí va —dijo. Se levantó—. Ese era el último tren. ¿No habéis oído cómo se alejaba?

Grace no había oído nada. Dos manos se habían posado sobre sus caderas mientras el bastón descansaba en el suelo junto al

baptisterio. La escena se repetía: de nuevo, un abrazo rápido y desvalido seguido de un sonido que podría haber sido de dolor, mientras su cuerpo menudo y fuerte se arrebujaba con fuerza contra el hombre al que deseaba. Thomas Hart no estaba a la vista ni se le buscaba. Había abandonado su banco de nuevo.

Grace Macaulay, rindiéndose ante la evidencia, se aferró con fuerza al hombre al que amaba y no mostraba intención de soltarse. Pronto, esto también fue causa de dolor para él, y, al escuchar un pequeño grito, ella sintió pena, lo que le hizo desearlo aún más.

—No podemos quedarnos aquí —dijo ella—. ¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —preguntó él.

No hubo respuesta. Las luces se habían apagado en Bethesda, y las hogueras se extinguían en el prado de Aldwinter.

Caminaron lentamente y sin hablar, pasaron por Potter's Field y continuaron por la calle principal, con el Alder a su derecha. En todo momento, Grace tenía la sensación de impotencia de un objeto que se somete dócilmente a las leyes del movimiento. No dijo nada, porque todo lo que le venía a la mente le parecía sin sentido: ¿qué le diría?, ¿que había descubierto que se puede ser consciente de lo que es correcto y elegir simplemente no hacerlo? Por momentos, él hablaba con la educación de un colega que conversa sobre el tiempo, comentando el calor que hacía, lo cambiado que estaba Aldleigh estos días, o interesándose por lo ocupada que estaba en el Jackdaw and Crow. Entonces, ella se encontraba con una intensa mirada que parecía examinarla, desconcertada y medio divertida, y se quedaba sin aliento.

A Nathan le resultó difícil subir las escaleras de hierro. Ella no le ofreció ayuda; él la habría rechazado de haberlo hecho. Grace abrió la puerta y la cerró una vez hubieron entrado. Se produjo entonces un momento de conversación intrascendente en el que se sintieron avergonzados de ellos mismos y entre sí, conscientes de lo

incómodo y humillante que era estar atados a cuerpos que insistían en todo aquello: que si hacía frío allí arriba en invierno, que si a veces los trenes le impedían conciliar el sueño…

—Así que aquí es donde duermes —dijo él, como si todo fuera maravilloso—; es en este lugar donde te sientas cuando hablamos de noche.

Una mezcla de lámparas robadas iluminaba cestos de tela que se desparramaban sobre la alfombra, el paño blanco asomaba a la vista sobre el baúl de viaje, y la cama deshecha mantenía el olor del cuerpo de Grace impregnado en sus pliegues. Nathan parecía enfadado e infeliz. Se quitó la chaqueta y puso la mano en la hebilla de su cinturón. Grace, con espanto, se vio desarmada ante ese gesto. Él se sentó con cuidado en la cama, y ella se desvistió y se arrodilló a sus pies. Hizo todo esto con una sonrisa, al tiempo que pensaba: «Mira qué despreciable soy. ¿Ves cómo la compasión y el deseo me ponen de rodillas?». Nathan, sumiso, se dejó quitar por ella los zapatos y los calcetines; Grace, por su parte, no pudo evitar pensar que había otra mujer que sabía cuál era la mejor manera de ayudarlo, y se sintió invadida por la tristeza. «¿Por qué no te vas? —pensó—, ¿por qué no te alejas y me dejas en paz?». Aun así, ella sostuvo su pie débil en el regazo, y tocó sus callos, amándolos y haciendo suya la cojera que los producía.

—Levántate —ordenó él. Ella obedeció. Grace colocó su mano derecha sobre la parte blanda de su vientre, y él tiró de ella con fuerza—. Déjame mirar. —Una vez se dio por satisfecho, se tumbó—. Sube aquí —dijo—, ven hacia mí, tengo que mirar, debo verlo todo. —Y entonces ella se arrodilló con docilidad sobre él, lo que pareció humillarla y elevarla por igual. Presionaba las palmas de las manos contra la pared y a veces sobre su propia frente. En ocasiones, los ruidos que hacía le parecían los de una loca, y en esos momentos se levantaba sobre la boca de Nathan en una especie de éxtasis desesperado. Pero él siempre parecía anticipar la retirada y la hacía caer de nuevo, agarrando sus caderas con extraordinaria fuerza compensatoria. Más tarde, cuando fue capaz de hablar, preguntó:

—¿Esto te duele? ¿Te estoy haciendo daño? —Porque los movimientos de Nathan, después de todo, no eran suaves, y le causaban el curioso dolor punzante que a veces le sobrevenía cuando había pasado mucho tiempo sin hacerlo.

—Sí, duele —respondió ella—. Quiero que lo vuelvas a hacer.

Y así continuó el dolor, más allá de lo soportable. Grace se sentía morir una y otra vez. Su boca, mientras tanto, permanecía adherida a una marca del hombro de Nathan, decidida a conquistar cada parte del cuerpo que había deseado desde hacía tanto. Con cada una de aquellas pequeñas muertes, se consumía un poco más por dentro. A ese paso, pensó, desaparecería por completo. Quién iba a decir que, después de todo ese tiempo —tras los años de pérdidas, envidia y coincidencias, y todas esas terribles negociaciones entre la santidad y el deseo—, las cosas se reducirían a esto: destrucción mutua asegurada y la lúgubre luz de una farola reflejada en la pared del dormitorio.

[3] FGS: Fellow of the Geological Society («miembro de la Sociedad Geológica»).

Asunto: Árbol de las tumbas de Aldwinter
9 de octubre de 2017

Estimado doctor Syed:

Le escribo en calidad de periodista del *Essex Chronicle*. Esperamos publicar un artículo sobre las lápidas que se trasladaron del cementerio de la iglesia de Aldwinter al roble del prado del pueblo. Tengo entendido que los cuerpos fueron enterrados nuevamente en el cementerio municipal de Colchester en 1952 después de la inundación del mar del Norte, y estoy buscando cualquier documento relacionado con el traslado que pueda estar en poder de los servicios del museo de Essex. Estoy particularmente interesado en la lápida de Cora Seaborne (1867-1921).

Estaría muy agradecido si pudiera darme alguna información sobre este asunto.

Saludos,

THOMAS HART

Re: Árbol de las tumbas de Aldwinter
14 de noviembre de 2017

Estimado Thomas:

Disculpe el retraso. Espero que le complazca saber que tenemos nuevos datos acerca de la tumba de Seaborne que pueden ser de su interés. Varios objetos fueron retirados de Aldwinter durante la exhumación de 1952 y, siempre que resultó posible, se devolvieron a los familiares de los fallecidos. En la tumba de Seaborne, se encontró una pieza en perfecto estado, la cual fue donada al museo en 1965 por un pariente.

El objeto en cuestión era una pequeña caja de plomo bastante elaborada, de fabricación típica de Europa oriental, posiblemente diseñada para proteger su contenido de la humedad. Una nota hecha en el momento de la adquisición en 1965 enumera lo siguiente:

A/1952.65.CS 1: Un libro de oración común que contiene:

1 (a). Una carta fechada el 26 de abril de 1915 (del reverendo Ransome, capellán terrateniente de Essex destinado en Iprés).

1 (b). Un trozo de tela azul, posiblemente un pañuelo.

A/1952.65.CS 2: Un gran fósil de trilobites de calidad excepcional.

A/1952.65.CS 3: Cuatro documentos en un estuche de cuero.

La caja se encuentra en exhibición permanente en Chelmsford, y el trilobites fue adquirido por el Museo de Historia Natural de Londres. Lamentablemente la tela junto con el libro de oraciones y su carta se han perdido. Sin embargo, de los registros administrativos se desprende que en marzo de 1997 mi predecesor, James Bower, solicitó varios documentos relacionados con Aldwinter, incluidos los papeles restantes de Seaborne. Que yo sepa, desde entonces han estado guardados en el museo de Aldleigh. He avisado a mis colegas de que usted se pondrá en contacto con ellos, y estoy seguro de que estarán encantados de ayudarle. Espero con gran interés el artículo. ¡Buena suerte!

S. S.

Querido James:

¿Me dejarás escribirte otra carta, una vez más? No puedo permitir que la postrera imagen que tengas de mí sea la de un anciano autocompasivo estancado en su pequeña vida.

Estoy sentado en la mesa donde comiéramos una vez tú y yo, y hablamos y resucitamos a Maria de entre los muertos. La luna se asoma bajo el puente del

ferrocarril, y desde la casa de al lado suena música de la mala. Es medianoche. Grace Macaulay duerme en un sillón que tengo cerca, agotada por su propia tristeza. A veces habla en sueños, pero no entiendo lo que dice.

Volvió a casa esta tarde. Reconocí su forma de llamar. ¿Quién si no se arrojaría así contra mi puerta? La abrí y su rabia llegó como el viento. «Lo hiciste otra vez, ¿no? —decía—. Lo echaste de nuevo». James, ¿alguna vez te consideraste culpable porque alguien te acusara de serlo? Por un momento pensé: «Sí, sí, tal vez lo hice…, y, si así es, ¡lo siento mucho!». Entonces su enfado se disipó, y mi niña desdichada llegó a tiempo: menuda, oscura, todo amor y furia, escurriéndose en lágrimas. «Pasa», le dije, y ella entró, y por unos instantes me sentí un hombre sencillo: mi amiga había vuelto a casa.

Atravesó el recibidor y entró en esta habitación como si fuera dueña de las lámparas, el aparador, la alfombra, los platos y tenedores de la cocina, el telescopio lunar en el alféizar de la ventana, y se sentó donde ahora duerme. «¿Lo hiciste? —preguntó—. ¿Lo echaste?».

«No —dije—. Esta vez no».

Permanecimos en silencio durante un largo rato, o así me lo pareció. Supongo que cada uno reflexionaba sobre la traición del otro. Yo veía su mano en la muñeca de Lorna, y la vi reducir la batalla de mi naturaleza contra mi alma hasta convertirla en algo pequeño, furtivo y mezquino; pero, con mayor claridad y dolor, vi a Nathan en la puerta de Bethesda, y esa mirada de desconcertado alivio cuando lo eché. Yo había sido responsable de su dolor en el pasado, y lo era también del que sentía en el presente. Fue como volver a ese primer día en Bethesda, con esa extraña niña en la canasta de mimbre y un nuevo deber en mi corazón. «¿Qué pasó, Grace? —pregunté—. ¿Qué hiciste?».

Me pidió algo de beber y se lo di. Entonces me contó que, fugazmente y después de todos esos años, Nathan había sido su amante una noche, en su habitación, encima del Jackdaw and Crow, después de los nudos de Aldwinter. Había cambiado por completo desde la última vez, dijo, y al mismo tiempo era absolutamente el mismo. Encontrarlo en Lowlands había resultado ser una sorpresa espantosa y, al mismo tiempo, algo inevitable. Pero tenía esposa y una hija; su vida estaba sellada, y no había manera de entrar. «Y, al principio —dijo—, me convencí de que podía tenerlo y seguir siendo buena. Me dije: "Amar un cuerpo y el alma que contiene y no tocarlo nunca, ni una sola vez, ¡sería un crimen contra el amor y una mentira!". Pero luego comprendí que había otra manera, que podía saber cómo ser buena y elegir no hacerlo. ¡Solo

tú entenderás lo aterrador que fue eso, como si recibiera un poder que nunca hubiera pedido y que no sabía cómo usar!».

Lo está pasando mal. Él se ha alejado de ella, dice, en ese tipo de deriva que una mujer siente más que ve. «Es como si él estuviera sosteniendo mi mano —dijo—, y me la soltara dedo por dedo hasta que me quedara agarrando solo el aire».

Conocía esa mirada suya. Sabía lo desconcertante que es amar y tener la certeza de que tu amor no es correspondido ni recíproco. «Es la ley de las armonías», pensé. Es todo como decía Kepler, y esto es lo que tenemos en común, que nuestros cuerpos se mueven por fuerzas a las que no nos podemos resistir. Entonces ella dijo: «Se ha ido otra vez, y ahora estaré tan triste como tú».

Me enfadé con ella entonces. ¿Qué necesidad tuve nunca de su compasión? ¿Qué necesidad he tenido nunca de la compasión de nadie? Soy un hombre que ha vivido, como todos los hombres deben hacerlo. Eso es todo.

Así que le dije lo siguiente: que es cierto que casi nunca he sido feliz y que tal vez la tristeza haya sido mi más fiel compañera la mayor parte del tiempo. Pero he sido un hombre satisfecho de su suerte. He vivido. He sentido todo lo que estaba a mi alcance sentir: he sido ateo, devoto, indiferente, apasionado, diligente y descuidado; lleno de esperanza y de desilusión, desconcertado por el tiempo y el destino, o consolado por la Providencia, al tiempo que todo avanza en mi interior mientras el péndulo de mi vida pierde amplitud hora tras hora.

Ella permaneció siempre sentada, llorando, a su manera infantil. Quise consolar a la niña a la que había querido, y entonces le dije esto: que normalmente amamos porque también nos aman, y damos más o menos lo que recibimos. Pero que amar sin ser correspondido es más raro y más maravilloso, y no tan humillante como pensé en su momento. Dar amor sin recibirlo es comprender que estamos hechos a imagen de Dios, porque el amor de Dios es inmenso e indiscriminado y nunca podrá ser correspondido en el mismo grado. «Continúa amando cuando tu amor no sea correspondido —le dije—, y estarás a un paso de los ángeles».

Entonces ella lloró más fuerte. «Me arruinaste la vida —dijo—. No te perdono y nunca te perdonaré».

«Bueno —respondí yo—, tú arruinaste la mía. Habría dejado Bethesda cuando era joven, habría sido libre; pero ahí apareciste tú, y por ti llevé mi vergüenza al púlpito todas las semanas, y dejé el consuelo que este a veces

me brindaba. Y yo no te perdono —dije—. Nadie ha sido nunca tan cruel conmigo como tú».

James, ojalá pudiera decir que al final nos perdonamos. Me gustaría contarte que ella puso su cabeza en mi hombro y que yo la acogí con cariño, que nos reímos e hicimos las paces. Pero lo que pasó es que nos quedamos callados mucho tiempo mientras oíamos una televisión que tronaba en la calle y un tren que iba a Liverpool Street. En un momento dado, ella preguntó: «¿Crees que podemos querernos y no perdonarnos nunca?».

No lo sabía, le dije. Pero pensé que deberíamos intentarlo.

THOMAS HART

La tarde siguiente, cuando Thomas caminaba por la ciudad, descubrió que su atención no estaba puesta en Grace, ni en Maria, sino en Nathan. «Pobre hombre, pobre muchacho», pensó, al tiempo que visualizaba de nuevo el bastón sobre la hierba, el pie tullido, y aquellos extraordinarios ojos que no se habían visto afectados por el tiempo ni el dolor. Pobre de él, que nunca olvidó a esa extraña muchacha de ropa extravagante mientras el mundo giraba y le llevaba, antes de que pudiera darse cuenta, ante un empleo, la consecución de una hipoteca y su renovación, y ante una niña que, sin duda, amaba a su padre, y cuya madre era seguro sensata y amable (allí, de nuevo y como siempre, en London Road en otoño, James Bower besaba de forma casual a su esposa). Más adelante, a su debido tiempo, llegaría el dolor, el reloj que avanza en su tictac, y Bethesda, que se recuerda mejor como si fuera un sueño. El problema era, sin embargo, que, si bien no se puede volver a entrar en un sueño, los trenes continuaban yendo de Kent a Essex a través de London Bridge a cada hora en punto. ¡Pobre Nathan! ¡Pobre chico!

Thomas pasó por delante del monumento a los caídos y llegó al antiguo ayuntamiento. Aquí, el museo de Aldleigh, desangelado y sin fondos, ocupaba unos lúgubres locales accesibles solo dos tardes a la semana, y Boudica yacía destartalada, después de haber sido desarmada de cualquier manera por unos operarios. Thomas sintió entonces un movimiento en su corazón como el de la aguja de una brújula que busca el norte, como si James Bower pudiera estar todavía ante su escritorio llenando aquellos finos formularios de solicitud de color rosa y contuviera en sus manos la solución a un problema que todavía no hubiera previsto. O tal vez estuviera llegando en ese momento, acercándose a él mientras extendía su

mano. «Sería del todo posible —pensó Thomas—; está entre las probabilidades; quizá James Bower siga viviendo intacto en algún hilo de tiempo paralelo al mío». Y justo ahí escuchó pasos, sí, no eran producto de su imaginación. Ningún desconocido se acercaría tanto. ¡Todo sucedió a la vez, lo que demostró que el tiempo no había sido nunca lo que él pensaba que era! Su respiración se aceleró, entrecortada, por la locura de su esperanza. Se volvió y (¡qué absurdo era esto!, ¡qué improbable!) encontró a un hombre que le resultaba familiar siguiendo sus pasos. Este se dirigió a él con una íntima mirada de largas pestañas.

—Hola —saludó.

—Hola —respondió Thomas, y por un instante sintió que el cuero cabelludo se le desgarraba del cráneo. Entonces entró de nuevo en razón y su respiración se calmó—. Dios mío —dijo, y estalló en carcajadas—, ¿tan pequeño es Essex? ¿Ninguno de nosotros puede escapar el uno del otro?

—En una de tus columnas —dijo Nathan, despreocupado e impávido—, dirías que todo esto tiene que ver con campos gravitacionales y órbitas. —Iba vestido con un traje oscuro de alguna tela barata de corte demasiado amplio, lo que le hacía parecer más pequeño y le daba el aspecto de un colegial al que le quedaba grande el uniforme.

—Imagino que sí. Pero ¿qué haces aquí, Nathan?

Nathan señaló un anónimo edificio cercano y explicó que había tenido que visitar a un abogado para un testamento. Parpadeó rápidamente tras sus gafas como si se avergonzara de que lo hubieran descubierto con las manos en la masa.

—Lo siento —dijo, y dio la impresión de que, como empezase a enumerar las razones que tenía para pedir disculpas, era muy posible que tuvieran que estar ahí toda la semana.

«Qué joven es —pensó Thomas, ablandándose de repente—, qué jóvenes serán siempre los dos, de pie en Lowlands, con sus cigarrillos robados, escudriñando entre las tablas rotas, tan inocentes como el día en que nacieron, y no mejores de lo que se

esperaba de ellos».

—Dime —preguntó Thomas—, ¿estás ocupado?

—No, ya no, y mi tren no sale hasta dentro de una hora. —Tenía una mirada a medio camino entre la vergüenza y la esperanza, como la de un perro.

—No —dijo Thomas, tan suavemente como pudo—. No, no se trata de Grace. Pero quiero que vengas conmigo. He buscado el cometa de Maria todos estos años, y, dado que estabas allí al principio, ¿no crees que deberías ver el final?

A Thomas le pareció que el otro hombre parecía aliviado y desesperado a partes iguales.

—Sí, por favor —afirmó con su antigua y alegre disposición a participar en lo que fuera que estuviera pasando.

Así que los dos hombres caminaron juntos moviéndose a merced de las partes doloridas de sus cuerpos, mientras Thomas explicaba que era posible que lo que más había querido encontrar hubiera estado en Aldleigh todo el tiempo; tan solo se les debería haber ocurrido mirar.

—Por muy extraño e increíble que parezca, estos días he llegado a la conclusión de que es algo obvio —dijo Nathan.

La entrada del museo quedaba ahora relegada a un lateral del ayuntamiento, con la puerta oculta detrás de carteles rotos, y cerrada con llave ante el paso de los curiosos.

—Mira —dijo Thomas, como si cometiera una pequeña travesura—, mira, se ve luz por debajo de la puerta, y hay polvo en el umbral (el cometa está ahí, esperando).

Llamaron una vez. Salió una mujer que a Thomas le pareció poco más que una niña. Tras examinar el cielo nublado, los condujo al oscuro vestíbulo con una cortesía que él sospechó se debía más a su edad (de Thomas) que a su reputación. El doctor Syed estaba de permiso, dijo mientras los conducía por pasillos en los que luces artificiales parpadeaban en accesorios llenos de moscas. La mayoría de las puertas estaban cerradas con llave, pero todo parecía en orden. Pasaron por una sala más grande, en la que se guardaban

pulidas vitrinas en buen estado ante las que nadie se detenía para observar su contenido.

—Ya hemos llegado —dijo la joven, y le dirigió una indulgente sonrisa a Thomas y otra más especulativa a Nathan—. ¿Les apetece un té?

—Gracias —dijo Nathan, que se había quitado las gafas—. Es usted muy amable.

—Entren —dijo ella, y se sonrojó ante su mirada azul—. Entren, por favor.

Los condujo tímidamente hacia una puerta abierta. Una luz tenue atravesó el umbral, luz que contenía tamizadas partículas de polvo.

Thomas entró y miró cautelosamente a su alrededor, como si temiera anticipar el dolor. Las débiles luces del techo apenas iluminaban el aire, y la alfombra despedía un olor parecido al del mantillo de hojas en otoño. El techo mostraba manchas de moho, el escudo de armas de Essex había perdido un *seax*[4], y los muebles que ya no se utilizaban estaban cubiertos con sábanas que aleteaban bajo las corrientes de aire. Solo quedaban al descubierto un bonito escritorio con superficie de cuero dorado y un par de sillas de plástico cerca del mismo. Un flexo con una fría bombilla blanca iluminaba una caja de cartón de la que se estaba despegando una etiqueta de plástico. Tenía adherido un trozo de papel en el que se leía: «FAO THOMAS HART».

—¿Qué ocurre? —preguntó Nathan—. ¿Qué has visto? ¿Estás bien?

Se adelantó rápidamente y rodeó al hombre mayor con su brazo y con tal firmeza que Thomas se dio cuenta, azorado, de que había estado tambaleándose allí mismo, debilitado hasta la estupidez por el escritorio con las manchas de té, el polvo que se filtraba a la luz de la mañana, el escudo de armas roto…

—Estoy bien —respondió, y quería, por orgullo, desprenderse del brazo que lo rodeaba, pero no era capaz de hacerlo.

De hecho, no veía a Nathan en absoluto, ni las cajas apiladas contra la pared, ni las sábanas temblorosas (la habitación no contenía nada más que no fuera James Bower).

Nathan dijo:

—Siéntate.

Puso al otro hombre en una silla y luego saludó a la joven que llegaba con el té en una bandeja. Sí, le dijo, estaban bien, gracias; no, no necesitaban nada más. Thomas miró la bandeja y las tazas de té verdes sobre platillos del mismo color. Todo el valor con el que una vez afrontara su pérdida con dignidad había desaparecido, y volvió a verse de nuevo de rodillas en la alcantarilla de London Road, ahogado por la confusión y la vergüenza. Se produjo un corto silencio, y la sensación, tan irreal que parecía llegar desde una gran distancia, de que Nathan le daba palmaditas en la espalda con un tímido e incierto afecto solo logró amplificar su soledad. Entonces, lentamente, Thomas percibió un movimiento en los márgenes de la habitación, entre las desconsoladas sábanas y las baratas sillas apiladas, y al mirar hacia arriba descubrió al fantasma de su hogar, que, malhumorada, sacaba una perla del dobladillo de su falda. *¿Qué estás haciendo aquí, Thomas Hart? ¿No puedes dejar que el asunto descanse a mis pies, donde está mi corazón?*

—Verás, nunca he estado solo —dijo Thomas—, nunca, en realidad. —Agradeció a Nathan la taza verde que este le ofrecía, y acto seguido sacó una libreta de su bolsillo y la puso al lado de la caja de cartón. Las persianas golpearon las ventanas. A lo lejos, al final del pasillo, la joven hablaba por teléfono—. La cuestión es —prosiguió Thomas— que, si lo que he estado buscando está aquí, todo ha llegado a su fin. ¿Qué me queda entonces? ¿A qué puedo aspirar?

Maria Văduva se acercó al escritorio, caminando por entre los aljófares que se esparcían por el suelo. Con ella había otra mujer que se había remangado la camisa y tenía las uñas llenas de arcilla de Essex. *Continúa*, dijeron, *continúa*, y golpearon la mesa tres veces. Así que, obediente, Thomas movió la lámpara para tener una visión más clara, y sacó de la caja una carpeta que contenía documentos. El primero de ellos era un formulario de color rosa descolorido en el que se solicitaba el traslado de una serie de

artículos de Chelmsford a Aldleigh, con el fin de catalogarlos y posiblemente exhibirlos. Estaba firmado por «James Bower, marzo de 1997». Con una especie de extasiada tristeza, Thomas vio el día que llegó a la redacción, y había un desconocido que le resultaba familiar sentado ante su escritorio.

—Thomas —dijo Nathan—, ¿estás seguro de que no estás indispuesto?

—Estoy seguro. Da un paso atrás. Deja que me llegue la luz.

Vieron entonces una carta, mecanografiada y corregida con letra minuciosa y meticulosa, fechada en 1965:

> No estoy seguro de la verdadera importancia de esta caja y su contenido, pero me parece que mi madre debe de haber cometido un error, como a veces era inclinada a hacer. Por eso los entrego a tu cuidado.
>
> FRANCIS SEABORNE

—Pero no hay ninguna caja —dijo Nathan—. ¿A qué caja se refiere, Thomas, y dónde está?

—Sería una caja de plomo —explicó Thomas—, de factura rumana. La guardan en el museo de Chelmsford, pero no contiene nada.

Sacó con cuidado un portadocumentos de cuero, ennegrecido por las manos que lo habían sostenido y marcado con un monograma dorado que decía: «C. S.». «Este es el final —pensó—. Se ha acabado. ¡Prefiero quemarlo y tirar las cenizas al río!». Las mujeres, sin embargo, observaban desde un rincón de la habitación, y Nathan contuvo la respiración. ¿No se ha cerrado el circuito de tu órbita, Thomas Hart? ¿No se encuentra tu fin con tu principio? El tiempo pasa, Thomas, y la luz avanza sobre la pared.

[4] *Seax* (o también *sax*, *sex* o *sachsum*) es el término del inglés antiguo que significa «cuchillo» y que designaba cualquier arma blanca de un solo filo.

Maria Văduva Bell
Lowlands, Essex
junio de 1889

Queridísima Cora, niña mía, esta será la última carta que recibirás de mí; ¡nunca más te escribiré! No es que pretenda que mi cuerpo muera (aunque tal vez podría hacerlo, ahora que mi sangre se ha convertido únicamente en agua salada); es solo que mis fuerzas finalmente me han abandonado.

He recibido noticias de Bucarest (y me han afligido, al igual que a veces uno encuentra en el bosque un árbol solitario, muerto hasta el tuétano). El hombre al que amo ha muerto. Él yace ya bajo tierra, así que ¡mi luz se ha apagado! ¡No puedo ver las estrellas —o no las contemplaré— y lo que no podemos ver no tiene forma ni ser! He cegado mi telescopio (¿de qué me sirve ya?). Iba a tener un cometa a mi nombre que me sobreviviría, pero todo lo que vi, lo vi por él. Era su cometa, y nunca el mío; todo lo que llevé a cabo, lo hice únicamente para poderme hacer digna de su admiración y de su amor. ¡Qué semejante he sido a un perro, buscando en el cielo un palo para atraer a su amo!

Encendí un fósforo. Lo acerqué al papel que guarda mis observaciones. Pero descubrí que no puedo quemarlo (en primer lugar, me he quemado el dedo), así que te las entrego a ti. Puedes deleitarte con ellas, dado tu aprecio por el conocimiento, y te obsequio también con mi vestido cometa, aquel con el que una vez dije que quería que me enterrasen; pues ¿de qué me sirven ya las estrellas, incluidas las estrellas muertas hechas de perlas?

Has dicho que me quieres. Muy bien, ¡pondré a prueba tu amor como un músico prueba su instrumento! ¡Si en verdad me amas, permitirás la manifestación de mi dolor! Cuando este cometa sea incorrectamente designado con un nombre en honor a su falso descubridor, guardarás silencio, y, cuando mueras, enterrarás el cometa contigo, para que la profundidad de mi amor pueda ser medida por la magnitud de lo que he perdido. De este modo, dirán: «¡Qué amor era aquel, que valoraba más que a su cometa y que a su propio nombre!».

Y, Cora mía, permíteme decirte esto antes de partir: otorgas demasiada importancia a amar y ser amada. ¡Esta es una causa perdida! ¿Acaso crees que el simple acto de amar asegura el retorno del amor? ¡No es así! ¡No puede serlo! Debes aprender a valorar tu intelecto por encima de tu corazón; debes buscar tu cometa dondequiera que esté y asombrarte ante él, ¡ya se encuentre este sobre tu cabeza o bajo tus pies! ¡Por mi bien, realiza alguna hazaña que sea recordada entre los hombres de ahora en adelante!

Y perdona a tu amiga.

MARIA

23:12 h, 17 de junio de 1889

En Lowlands House, Aldleigh, Essex

Ascensión Recta 0 h 42 min 30 s / Declinación 58° 45’ 12”

Objeto en Casiopea con un núcleo brillante y una doble cola extendida cuatro grados al nordeste, de color azulado

MARIA VĂDUVA BELL

—¿Qué harás ahora? —preguntó Nathan. Salían del ayuntamiento cogidos del brazo, sin que ninguno de los dos estuviera seguro de quién quería ayuda, ni de quién la daba—. Cora Seaborne hizo lo que le pidió su amiga. ¿Lo harás tú? —El cielo de color de plata había adquirido un cierto brillo mientras ellos estuvieron dentro, y Aldleigh comenzaba ya a cerrar de cara a la noche. Aquí y allá los primeros adornos navideños salpicaban las calles con luces inesperadas, y el viento se había retirado, exhausto. Detrás de ellos, la muchacha cerraba el museo y cantaba de forma desafinada.

—Si Maria quería que se guardaran sus secretos —dijo Thomas, desviando la mirada de la mujer que caminaba a su lado en un silencio ominoso—, debería haber sabido que no debía confiar en un escritor, para quien el mundo entero no es más que un comercio de frases. Escribiré esta tarde a la Unión Astronómica Internacional, en París, y solicitaré una investigación de algún tipo. Falta menos de un mes para el perihelio, y, aunque no haya esperanzas de ver el cometa con el nombre adecuado para entonces, nunca se marcha sin comenzar su regreso, y ¿acaso no hay siempre tiempo, después del tiempo? Lo que me hace pensar —dijo, hablando ahora con la autoridad de sus años— que quiero hablar contigo.

Nathan, sonrojado, volvía a ser de nuevo el chico que había roto la ventana de Bethesda. Tenía una mirada culpable y traviesa a la vez, como si supiera que merecía ser castigado, sin que esto le importara mucho.

—Lo sé —dijo—. Ella habla con tanta soltura sobre el amor. ¡Siempre lo ha hecho! Pero ¿cómo puede saber a lo que se refiere realmente? Si alguna vez me amó, fue hace veinte años, y entonces éramos unos niños. Yo ahora soy un hombre diferente, un hombre común y corriente, y ¡tengo toda una vida! Y nunca fui lo que ella

imaginaba. Ni siquiera puedo recordar al chico que ella conoció. Thomas, amo a mi esposa. Amo a mi hija. ¿Crees que Grace altera eso? No es así. Nunca podría.

—No acabo de entenderlo todo —dijo Thomas—. A lo largo de mi vida me he preguntado qué le debo al amor. Hubo un tiempo en el que sentía que, porque amaba a un hombre, él estaba en deuda conmigo; que él me hubiera hecho amarlo le hacía deberme su amor a cambio. Pero ahora él está muerto y nunca podré recibir ni siquiera una parte de lo que di. El mundo siguió girando, sin embargo, y llegué a creer que lo único que le debemos al amor es humildad y gratitud por haber sido amados alguna vez. Tú crees que es humilde decir que el amor de Grace no puede ser real y que ella está equivocada porque no eres libre, pero eso en realidad es una especie de orgullo. La verdadera humildad es someterse con asombro y agradecimiento a ser amado. La auténtica sabiduría es comprender lo sorprendente, improbable y realmente absurdo que es que ella fuera convocada de la nada como lo hemos sido todos nosotros, que respire este aire cuando tú lo haces, que vea este mundo cuando tú lo ves, y que, de entre la de todos sus miles de millones de compañeros de viaje, ¡sea tu palabra la que espera mientras se sienta sola en su habitación! Pues bien, esa es una responsabilidad, probablemente terrible, con la que no puedo ayudarte. Debes ocuparte de tu propia salvación temblando de miedo, y dejar que yo me ocupe de la mía.

En lo alto, un dosel de nubes se había abierto de este a oeste, y en el otro extremo de Aldleigh (sobre los quioscos, las zapaterías y el hombre calzado con viejas botas que limpiaba las hojas muertas de la alcantarilla), bajo la atenta mirada de unos hombres, bandas de brillante coral se oscurecían y fraguaban, creando un efecto similar al de vetas de cuarzo que atraviesan un muro de cantera. El sol comenzó entonces su declive (por ahora).

N., Thomas me contó cómo os encontrasteis en la calle. Dijo que estabas con él cuando dio con el cometa de Maria. No puedo creer que haya estado en Aldleigh todo este tiempo. Pero sí, de alguna manera, todo parece encajar. Me alegro de que estuvieras con él. Ojalá yo hubiera estado allí también. G.

¿Me querrás, Nathan? ¿Me dejarás amarte? ¿Acaso esto no es tan terrible para ti como lo es para mí? Te amo y te he amado toda mi vida. ¿No ves que te necesito para seguir viviendo, al igual que tú me necesitas a mí?

Ven aquí, Nathan. Ven. Reúnete conmigo en Lowlands cuando llegue el cometa. Lo veremos y apoyaré mi cabeza en tu hombro en silencio. No diré que te amo, te lo prometo. No diré una palabra.

Simplemente, ven.

Poco antes del perihelio del cometa Du Lac, Thomas Hart estaba sentado contemplando una imagen recortada de una revista con la atención de un hombre piadoso que consulta las Escrituras. Había llegado esa mañana en el correo, marcada con un pequeño y casi imperceptible beso de Grace, junto con una nota que decía que sí, que iría a Lowlands al día siguiente y echaría un vistazo a su desdichado cometa, y que, cuando había visto la imagen que le enviaba, había pensado en él.

Thomas admitió que no podía comprender completamente la imagen, sino solo discernir su belleza y creer en su relevancia. Era (decía el texto adjunto) un mapa del supercúmulo de galaxias de Laniakea, que significa «cielo inconmensurable»: emisiones de radiación electromagnética del universo cercano destiladas en una nube dorada que flota sobre un fondo azul, salpicada de puntos blancos que parecen moverse de la forma en que las partículas de agua podrían hacerlo en la niebla. La forma de esta nube era la de un corazón humano, y estaba marcada por filamentos brillantes que salían del centro con la apariencia de capilares que transportaban sangre vital. Estos puntos blancos eran galaxias a la deriva, y los filamentos brillantes fluían hacia el centro de la masa. En el borde, asentada como una ciudad en la desembocadura de un río, estaba la Vía Láctea. Allí estaba el hogar. Un punto rojo marcaba el lugar, etiquetado, tal como lo estaría un plano del aparcamiento municipal de Aldleigh, con las palabras: «ESTÁS AQUÍ». Thomas apoyó la cabeza en la mesa, y la mano, en la imagen. El corazón de oro latía contra su palma: estás aquí, estás aquí, estás aquí.

Entonces, estimulado por él mismo, por su diligente fantasma o por el paso del tren que iba a Londres, Thomas se sirvió café con cardamomo y se ocupó del resto de la correspondencia. Las causas

benéficas, las notificaciones de los lectores, los avisos de las empresas de servicios públicos…; todo quedó a un lado mientras emitía gruñidos de aburrimiento o indignación. Por último, en un fino sobre azul, encontró una carta con matasellos de París. Thomas la miró con la sensación de un hombre que está en el banquillo de los acusados y mira al jurado a los ojos: aquí estaba, el veredicto de unos desinteresados desconocidos de cuyo capricho dependía el resultado de veinte años de esperanza y desaliento. De manera inmediata, le sobrevino la sensación de distraída pena que siempre encontraba al final de una tarea. El manuscrito casi estaba terminado, el cometa estaba a su puerta; lo único que importaba llegaba a su fin. ¿Qué hacer entonces con el breve tiempo restante? La arena del reloj caía hora tras hora, pero no lo haría para siempre. *Continúa*, dijo Maria Văduva, y se acomodó en el alféizar de la ventana, con las botas hundidas dos pulgadas en el barro de Essex.

—Apártate de la luz —dijo Thomas.

Alzando la carta hacia la ventana, se dispuso a leer, con franca diversión primero y, a su debido tiempo, con deleite, aquellas frases de abigarrada traducción:

Estimado señor Hart:

La Unión Astronómica Internacional pone mucho énfasis en una colaboración feliz entre naciones, instituciones e individuos, ya sea esta de tipo profesional o aficionado.

Por eso nos alegró saber de usted en relación con el cometa 330P/1889 (Du Lac). Después de medir la evidencia y examinar la órbita y la posición del cometa en el año de su descubrimiento, consideramos probable que Maria Văduva Bell, de Aldleigh, en Essex, identificara el objeto por primera vez el 17 de junio de 1889 a las 23:12 horas en la región de Casiopea. Es política de la unión designar a un cometa con el nombre de un máximo de dos observadores principales y, por lo tanto, proponemos que el cometa adopte ahora la designación 330P/1889 (Văduva-Du Lac). Lamentamos que esta resolución llegue demasiado tarde para el perihelio actual, pero confiamos en que quedará satisfecho con esta solución.

Amitiés sincères,

PROFESOR DAVID LANE

Thomas dejó la carta y miró durante un rato la pared de enfrente. La arena del reloj continuaba su caída hora tras hora, y entonces se acumulaba un poco más. Apoyó la cabeza en la mesa, y con confusión y azoramiento sintió la llegada de las lágrimas. Había anticipado alegría y satisfacción, pero lo que llegó fue una sensación de pérdida. ¿Y ahora qué, Thomas Hart? ¿Qué harás con el tiempo que te queda?

Arriba, Thomas, dijo Maria Văduva, de pie junto a la ventana, después de haber volcado su café por la ventana en un arranque de mal humor. *Son más de las diez de la mañana y hay trabajo que hacer*. Eran más de las diez de la mañana y había trabajo que hacer, y, mientras tanto, Grace Macaulay lloraba en su fría habitación bajo el alero. Thomas, al pensar en su dolor, sintió el antiguo soplo en su corazón, y lo que le vino a la mente fue una niña en Bethesda, a la que llevaban en una canasta hasta la puerta, como si fuera en una maleta. En aquel entonces, había firmado un contrato del que nunca sería liberado, un contrato cuyos términos fueron fijados y circunscritos por el amor, y que ahora exigía que actuara. Maria buscó su mirada y asintió una vez: *Haz lo que debas, Thomas Hart.*

> Nathan, ¿te dijo Grace que el cometa se acerca? El perihelio es mañana. Venga, síguele la corriente a un anciano. Ven a Lowlands a las 8 de la tarde. Prometen cielos despejados. ¿No me ayudaste a encontrarlo? ¿Acaso no es casi tuyo? T. H.

De forma vergonzosamente rápida, llegó una respuesta:

> Gracias. No estoy seguro de si estoy libre. Lo comprobaré. Espero verte allí. N.

«No estás libre —pensó Thomas—, y nunca lo estuviste». Tomó más café y tostadas con demasiada mantequilla, y escribió otra nota

(Maria lo dejó con sus asuntos):

Querido Nick:

Te escribo para renunciar a mi puesto en el *Essex Chronicle* con tristeza, y con efecto inmediato. Ahora sonreirás y te dirás: Thomas, ya ha llegado el momento.

Adjunta encontrarás mi última columna. Espero que te guste.

¡Que Dios te bendiga y te guarde!

THOMAS HART

Volvió a sentir la paz espantosa que amenazaba con dejarlo inmóvil en su mesa, pero se le ocurrió que esos días las noches eran frías, y que Grace esperaría que le llevara algo de comer. Así que sacudió su propio cuerpo como si lo liberara del polvo y salió a la cocina, donde echó la leche en un cuenco de rayas azules y desmenuzó una torta de levadura fresca. No olía a pan recién hecho, sino a champán. Entonces Anne Macaulay apareció por el pasillo, surgiendo de la sombra del perchero mientras cosía un botón en forma de perla de plástico en su camisón: *Échale una pizca de azúcar*, dijo; *ayúdala un poco*. Una pizca de azúcar, pues, para espesar la levadura. Thomas, sin sorprenderse por la aparición, esperó junto a la ventana. Aún no había oscurecido, pero un manto de nubes se acercaba ya por el oeste y acabó con sus esperanzas.

Veo que el cielo todavía no está despejado, dijo Anne, y examinó la levadura, *pero posiblemente mañana sí lo esté. Ten fe.*

—Actualmente se encuentra en la constelación de Perseo —respondió Thomas—, girando una y otra vez a medida que se acerca. ¿Recuerdas Hale-Bopp? ¿Te acuerdas del gran cometa de 1997 y de la chica que provocó el incendio? Nunca hubo otro igual en todos los años transcurridos desde entonces, y no viviré para volver a ver el Halley, así que debo depositar todas mis esperanzas en esto.

Thomas cortó mantequilla fría en un bol de harina tamizada junto

con sal de Maldon.

Sí, dijo Anne. *Lo recuerdo. Tendrá que frotar un poco, señor Hart, solo con las yemas de los dedos, teniendo en mente en todo momento que el calor es enemigo de la buena repostería.*

Añadió la leche espumosa, la yema de cuatro huevos grandes y una cucharadita de vainilla de Madagascar.

—Da vueltas una y otra vez a través de Perseo —prosiguió Thomas —, se acerca a mil millas por hora, y, según tengo entendido, el espacio se abre a su alrededor; se dobla, por decirlo así. Es como una fina red que se aparta.

No hubo respuesta. Anne Macaulay había empezado a desvanecerse, a deslizarse hacia la puerta. En el fondo, ella nunca aprobó la fascinación de Thomas por la cuestión de las estrellas. Entonces él formó la masa y la ablandó. Luego la amasó hasta obtener el grosor de una vieja moneda de una libra y la dobló alrededor de fragmentos de delicias turcas, como le enseñara un hombre a quien, a su vez, le enseñó su madre.

El horno estaba listo. El azúcar en polvo esperaba en un bol. Era la hora del crepúsculo astronómico, y había oscurecido en Lower Bridge Road. Thomas cruzó la cocina y, de manera fantasiosa, se le ocurrió que el movimiento de su cuerpo desplazaba al universo, que este se hacía a un lado para acomodarlo. Podría decirse sin duda que él no era menos significativo, y ciertamente tampoco más importante, que un cometa que dispensa sus días de ordinaria gracia. El corazón de oro latía sobre la mesa. Estás aquí, Thomas Hart. Aquí estás.

LA LUNA SOBRE EL AGUA

THOMAS HART, *ESSEX CHRONICLE*,

12 de diciembre de 2017

En los veinte años transcurridos desde que comencé esta columna, he escrito muchos artículos sobre las estrellas y los pocos principios de la física que han estado dentro de mi limitada capacidad, y que apenas comencé a comprender. Nunca escribí como un experto, sino como un *amateur*, y, como un *amateur* es aquel que ama su materia, eso es lo que sigo siendo. Solo espero que hayan perdonado mis errores.

Como esta es mi última columna, vuelvo a la luna porque es a la que amé primero y mejor. Hace unas semanas, estaba paseando tarde por la noche después de un día de lluvia en el que había charcos en las calles, y mientras caminaba descubrí que, en ciertos momentos, cuando la posición del charco y el ángulo de la luz eran acertados, la luna llegaba a mis pies.

Miré durante mucho tiempo estos reflejos comunes y los encontré maravillosos. No eran la luna ni el agua, sino una tercera cosa separada: la luna sobre el agua, nacida como hija de la relación entre las dos.

Pues bien, he oído decir que al primer sorbo del vaso de las ciencias naturales uno se vuelve ateo, y que luego, en el fondo del vaso, Dios te estará esperando.

Algunos afirman que estas son palabras del físico Werner Heisenberg, y otros dicen que nunca pronunció tal cosa, pero a mí me cautivó lo suficiente como para buscarlo en los estantes y descubrir, como siempre, que mi asombro y mi comprensión entraban en conflicto y me dejaban sorprendido. Me parece que Heisenberg propone esto: que, aunque el electrón es ciertamente real, nada de lo que podamos afirmar sobre su ubicación ahora puede apenas decir dónde es probable que se encuentre en el futuro. Es algo misterioso, que no existe completamente separado de cualquier otra cosa y que cobra existencia más plenamente en el momento de la conexión.

Me pregunto en ese caso si el universo y todo lo que hay en él —ustedes, yo, la luna y el agua— no está formado por seres solitarios, sino más bien por cómo cada cosa se relaciona con otra, de modo que al final el mundo entero está hecho únicamente de conexiones.

Querido lector, estoy agradecido de que haya sido mi compañero todos estos años, de que hayamos existido juntos en esta página. Debo dejarle ahora, pero, tal como son las cosas, un cometa entra cuando yo salgo: Văduva-Du Lac, descubierto en 1889 por Maria Văduva Bell, de Lowlands House, en Aldleigh, en una noche clara de Essex. Si alguna vez les proporcioné un momento de interés o placer, ¿harán algo por mí? Salgan. Miren hacia arriba. Experimenten conmigo este acto de gracia que es común a todos nosotros. No puede ganarse ni ordenarse: es un regalo, y será maravilloso a causa del asombro que les cause. Miren hacia arriba conmigo, ¿lo harán? Levanten la vista y, en el momento en que miremos, habrá una cosa maravillosa, brillando en el tiempo, bajo la gracia común: el cometa que llevamos dentro.

Perihelio

El perihelio ya está aquí. El cometa 330P/1889 Văduva-Du Lac ha cruzado el plano de la eclíptica y se elevará por el este, en la región de Piscis, dando tumbos a toda velocidad. En los observatorios de París, Kielder y Púlkovo, se considera que su magnitud aparente es de –1. Denle una noche despejada y uno o dos días, y superará al gran cometa de 1997 y a todas las maravillas y desastres que lo acompañaron.

Aldleigh espera con la paciencia de los santos. No tiene elección. Han adornado con espumillón la tienda de todo a una libra, desaliñada en sus estrechos pasillos. Luces blancas, que parpadean intermitentes cuando se agota la batería, cuelgan de tejos y setos de ligustro. Los coros ensayan su «Gloria a Dios en el cielo» en ayuntamientos, salones y naves de pequeñas catedrales, pero en la tierra no hay gran expectativa de paz. Ronald Macaulay duerme en zapatillas, bordadas con las letras «R. M.», para recordarle su propio nombre y afirmar que sí, aquí está, aquí ha estado: he aquí un hombre para quien ningún amor natural podría equipararse a su amor por el cielo. Los niños regresan a su casa en Aldleigh en el tren de Londres, viendo cómo sus enormes rostros iluminados por lámparas pasan rápidamente por Stratford, Shenfield y Chelmsford. «Somos gigantes en la tierra —piensan—, y podríamos ocupar las ciudades», y, mientras tanto, sus padres, padeciendo crónicos dolores de cabeza, hacen recuento de los gastos del día. La escarcha palidece en las orillas del Alder, donde platos rotos y anillos de boda abollados acaban dentro de carros de la compra llenos de cieno, y en el sótano del antiguo ayuntamiento, los pechos desmontados de Boudica se irritan al contacto con las coronas de acebo.

Las cajas registradoras tintinean en el Jackdaw and Crow, donde

las colegialas, las mujeres y los hombres se muestran alternativamente enfadados o pacíficos sin ser conscientes nunca del motivo. Forman un cuerpo que se acerca a la barra, al tiempo que respiran y cantan que ojalá fuera Navidad todos los días. Plegarias santas, ociosas y a veces profanas se elevan como gorriones desde bungalós y oficinas donde los adornos comienzan ya a aflojarse en un sinfín de exclamaciones: «¡Dios mío, mira eso!», o «¡Por Dios, me has asustado!», y «¡Señor, hazme bueno, pero no todavía!». Campanillas de invierno brotan en la tumba que contiene todo lo que podría morir de Anne Margaret Macaulay, y ella se comunica en la hojarasca que vuela de un lado a otro entre las lápidas. *Estuve viva, Thomas Hart, y todavía lo estoy, y creo además que el armonio nunca estuvo afinado del todo*. Los amantes yacen en Potter's Field y no pueden creer que se hayan encontrado, no dan crédito a su suerte. Se aman rápido y de forma brusca a causa del frío, pero eso no importa, como tampoco importan los arrendajos que los amonestan en los árboles desnudos del camino. Ya está hecho y acabado, y la noche puede seguir su curso. «¡Apresúrate, alma mía, para responderle! ¡Alégrense, pies míos!». El Southend United va perdiendo dos a cero, y el héroe nacido de mujer aplastó a la serpiente con su talón, los barriles están vacíos en el Jackdaw and Crow, y Thomas está a punto de creer que su Redentor está vivo. La biblia está abierta en el púlpito de Bethesda, y el cristal roto se está soltando, de tal manera que el viento entra y gira a través del Génesis, el Éxodo y el Cantar de los Cantares: «Bendice al Señor, oh, alma mía, y no olvides ninguno de Sus beneficios». Ajeno a todo ello, y a media milla de distancia, el *Essex Chronicle* va camino de la imprenta.

Las ocho pasadas de la tarde. Thomas Hart está sentado en un banco de hierro junto al lago de Lowlands, y tiene frío, aun con su buen abrigo de invierno. El aire se endurece en escarcha, convertida en brillantes partículas que a su vez castigan a los ciclámenes que suben (rodeándolas) por las raíces del roble de Aldwinter. Las estrellas aparecen y desaparecen en bancos de nubes ligadas como

continentes perdidos en el horizonte lejano; en lo alto, sin embargo, está despejado. Thomas mira hacia el este, hacia la brecha que hay entre los tejos, pero aún no se ve ninguna señal.

Nathan está aquí. Llegó temprano y se cortó mientras se afeitaba. Se sienta en silencio junto a Thomas con las manos en el bastón, y su cuerpo tiembla a veces de dolor, de frío o de anticipación.

—Vendrá —dice Thomas—, va a venir.

Pero en realidad cada vez está menos seguro. ¿No sería mejor que ella se quedara en su habitación junto a la estufa eléctrica con la bata puesta? ¿Podría ser tal vez más conveniente que ella mantuviera su orgullo? Thomas se ocupa de la cesta que ha puesto entre sus pies y saca servilletas de tela blanca, una lata con hojaldres envueltos en papel, y panecillos blancos que sueltan harina sobre su abrigo. El cuerpo del hombre que está a su lado es todo atención, todo expectación y aplomo:

—Thomas, ¿es eso? —pregunta—. ¿Está aquí?

Aquí está. Se ha alzado. Flota sobre el horizonte punzante y emerge en el cielo cada vez más oscuro como algo que se eleva a la superficie de unas aguas profundas. Thomas se pone de pie. La lata cae de su regazo y se abre, y deja escapar un aroma de rosas.

—Mira —dice Thomas con una alegría inseparable de la pérdida—. Mira. —Tiene los ojos clavados en él como si fueran ganchos. Siente dolor.

Poco a poco el cielo se va oscureciendo, y el cometa se va iluminando en un claroscuro, y, enfrentándose con fuerza a su torpeza y su desesperada falta de lenguaje, piensa: «¿Cómo voy a hacerle justicia nunca? Es el rayo de un reflector, es una perla reducida a una mancha, es la noche desgastada y el advenimiento de la gloria de Shejiná; pero tampoco es como ninguna de estas cosas, y no sirve de nada intentar encontrar las palabras».

Nathan se levanta y se mantiene firme y en silencio sobre sus pies. Se dirige a Thomas y le confiesa:

—No sabía qué esperar —dice, y le agarra con tanta fuerza que le hace daño—. Nunca lo supe.

El cometa, extasiado en compañía del sol después de su tiempo de soledad, comienza a mostrar su doble cola: aquí está el chorro de gas, azul como lo fuera una vez la luna, y aquí está la corriente de polvo iluminada por el sol, arrastrada por los vientos solares y curvada como la hoja de un *seax* del escudo de armas de Essex. Es indiferente a cualquier clase de doctrina y legislación, y su luz universal no es ni sagrada ni profana.

Se produce ahora un movimiento más allá del lago, en la brecha que hay entre los altos tejos negros, y Nathan emite un sonido que recuerda al de su dolor. Aquí está Grace Macaulay, con un abrigo de terciopelo rojo, y se acerca rápidamente, como un animal atento a su presa, con toda una compañía a su paso. Atraviesan la brecha y se reúnen junto al lago, el lugar donde están todas las almas a las que Thomas ha amado alguna vez: aquí llega Anne Macaulay con su camisón de algodón, maravillada ante la fina manta azul que sostiene en sus brazos mientras canta «Contenta, contenta está mi alma»; aquí está James Bower, que le mira a los ojos con afecto y vergüenza, como diciendo: «Lo sabía, lo sabía, sí»; aquí aparece Richard Dimitru Dines, borracho de *whisky*, con su cartera a la espalda y su brazo alrededor del diácono mayor, cuya barba es más negra que nunca; aquí aparece Maria Văduva Bell, de cuyo vestido no asoma ya ninguna perla, acompañada por Cora Seaborne. *Querida niña*, le dice, *que nunca te desvíen de tu camino*. Y aquí está Grace Macaulay, con un abrigo escarlata. Un aroma de aceite de rosas emana de sus brazos, y a su paso va derramando su habitual alegría incontenible mientras se acerca primero al que es a la vez su enemigo y amigo. Ahí está su objeto de afecto, tan parecido al de un animal. «Qué inmenso es el amor —piensa Thomas—; qué sorprendente que todo continúe su curso, de forma implacable e inalterable». Ahora ella se aparta y se dirige hacia su amante y estrecha su cuerpo contra el suyo. Ambos son materia dispersa por el tiempo y las circunstancias, juntada para este momento según las leyes naturales.

—Estáis aquí —dice Thomas, observando a los presentes—, estáis

aquí.

Es tan abrumador que no puede soportarlo. El cometa se elevará y, al hacerlo, dispensará de manera equitativa su luz nacarada sobre el amor ofrecido, recibido, rechazado y equivocado, cuyo conjunto constituye la ley de las armonías que opera indefectiblemente en el corazón humano. Thomas escucha el tictac de su reloj y la música que llega desde Lowlands House. Todo lo que podría suceder alguna vez había sucedido y estaba sucediendo, mientras los cielos declaraban la gloria de Dios. Hasta él llega el ladrido de cada uno de los perros de Essex, y el ruido de los trenes que parten de todas las ciudades. Oye el primer discurso del tiempo y la última sílaba registrada. Ve bailar las primeras constelaciones y la extinción de la estrella más cercana a la Tierra. Todo es un motor en movimiento perpetuo, dirigido por Dios, el destino o el tiempo impasible, que da vueltas una y otra vez a través de ganancias y pérdidas, siendo cada parte destacable y esencial para el conjunto. «Qué absolutamente improbable es esto —piensa mientras permanece asombrado por el cometa y el agua—, qué milagro, simplemente estar en este lugar, que yo exista en forma de materia, y que esté aquí, de pie, con un abrigo al que le falta un botón, ¡con el corazón roto por nada más que polvo iluminado!».

¿Y ahora qué, Thomas Hart, una vez que estás ya ante la luz del perihelio? ¿Qué credo y consuelo puedes ofrecerles a tus amigos, ahora que todos tus cuadernos están llenos?

Quizá esta sea la maravilla, Thomas, y toda la ley: que estás aquí. Estás aquí. Estás aquí.

Agradecimientos

Gracias a mis padres, que me criaron juntos a la luz de Dios y de la ciencia.

Gracias a Robert Perry, que me ha escuchado durante tanto tiempo y con tanta paciencia.

Gracias a toda mi familia y amigos, cuya paciencia y afecto por mí deben de haber sido duramente puestos a prueba durante los muchos años que he trabajado en este libro. Nunca podré pagar su amabilidad.

Gracias a Jenny Hewson, Hannah Westland, Katherine Nintzel, Suzanne Dean, Sarah-Jane Forder y Graeme Hall. Pocas veces una novelista ha tenido más motivos para estar agradecida a sus agentes y editores por su sabiduría y competencia; sin ellos, este libro sería menos de la mitad de lo que es, y su autora, menos de una cuarta parte. Gracias a todos los de Jonathan Cape por su trabajo para llevar esta historia a sus lectores.

Gracias a Kate Devlin, Chris Gribble, Mark Haddon, Sarah Hall, Caoilinn Hughes y Louisa Yates por leer las primeras páginas cuando más necesitaba lectores. Gracias a la Gladstone's Library por ser nuevamente un lugar de refugio.

Gracias a Dorian Jessu por su ayuda con el rumano. Gracias a Marilyn Sher y Adam Sheppard por ayudarme a mantenerme más o menos de una pieza.

Gracias a David Butler, Paul Behrens y Nathan Yanasak por su ayuda con cuestiones de física y las estrellas. David, mi padre, me crio con un ojo en el telescopio y me enseñó las leyes de Kepler, y al hacerlo amplió mi mente y mi vida; Paul, amablemente, me hizo pensar más claramente y con placer. Estoy especialmente agradecida a Nathan, quien me brindó su tiempo y experiencia con

extraordinaria generosidad (he citado directamente de él lo relativo al bloqueo de marea). Los escritos de Carlo Rovelli han sido esenciales para este libro y para mí. Donde la novela yerre en materia de física, los errores son enteramente de Thomas Hart, o míos.

Gracias a S. G. por las órbitas. Este es su libro.